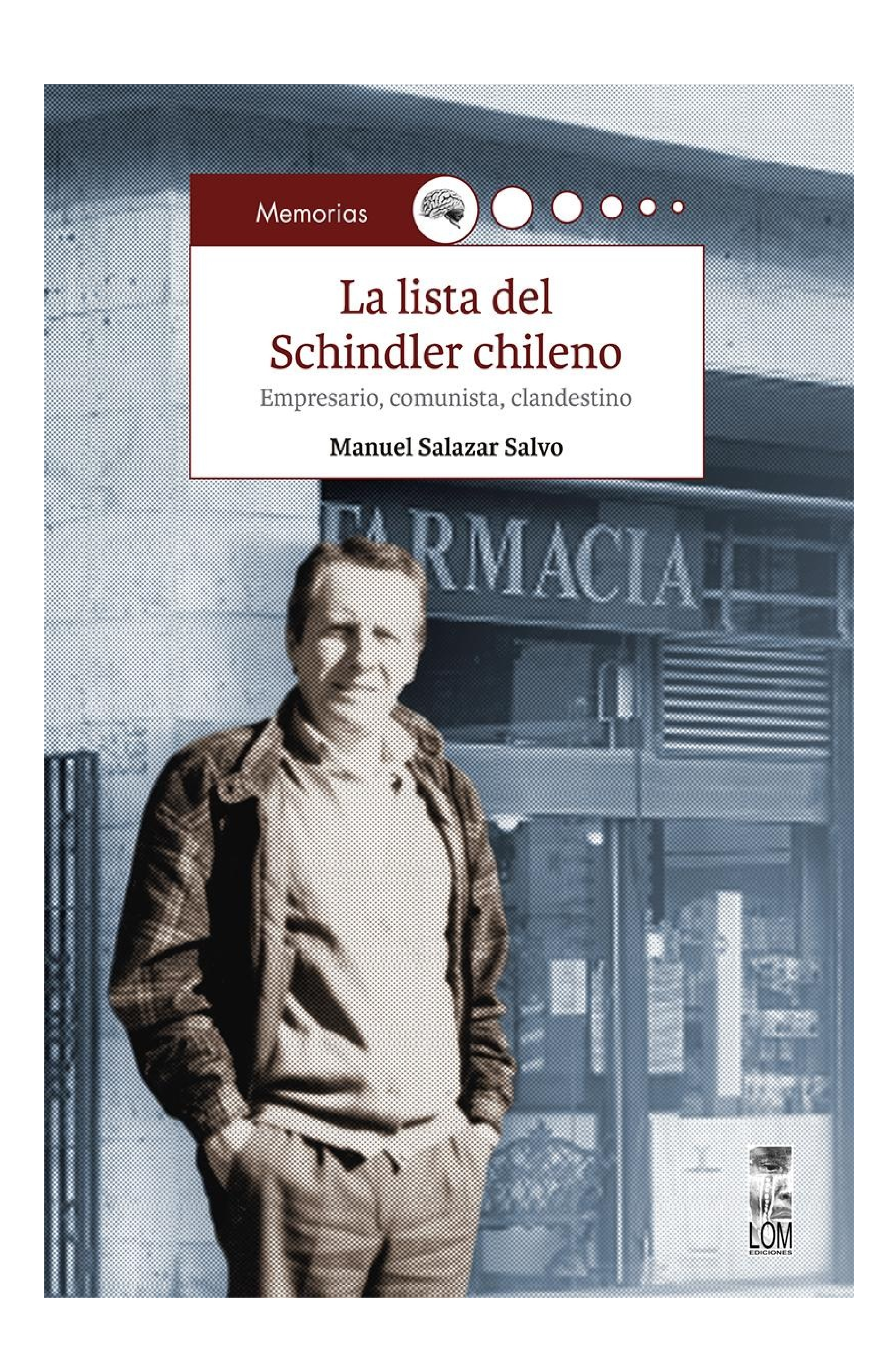
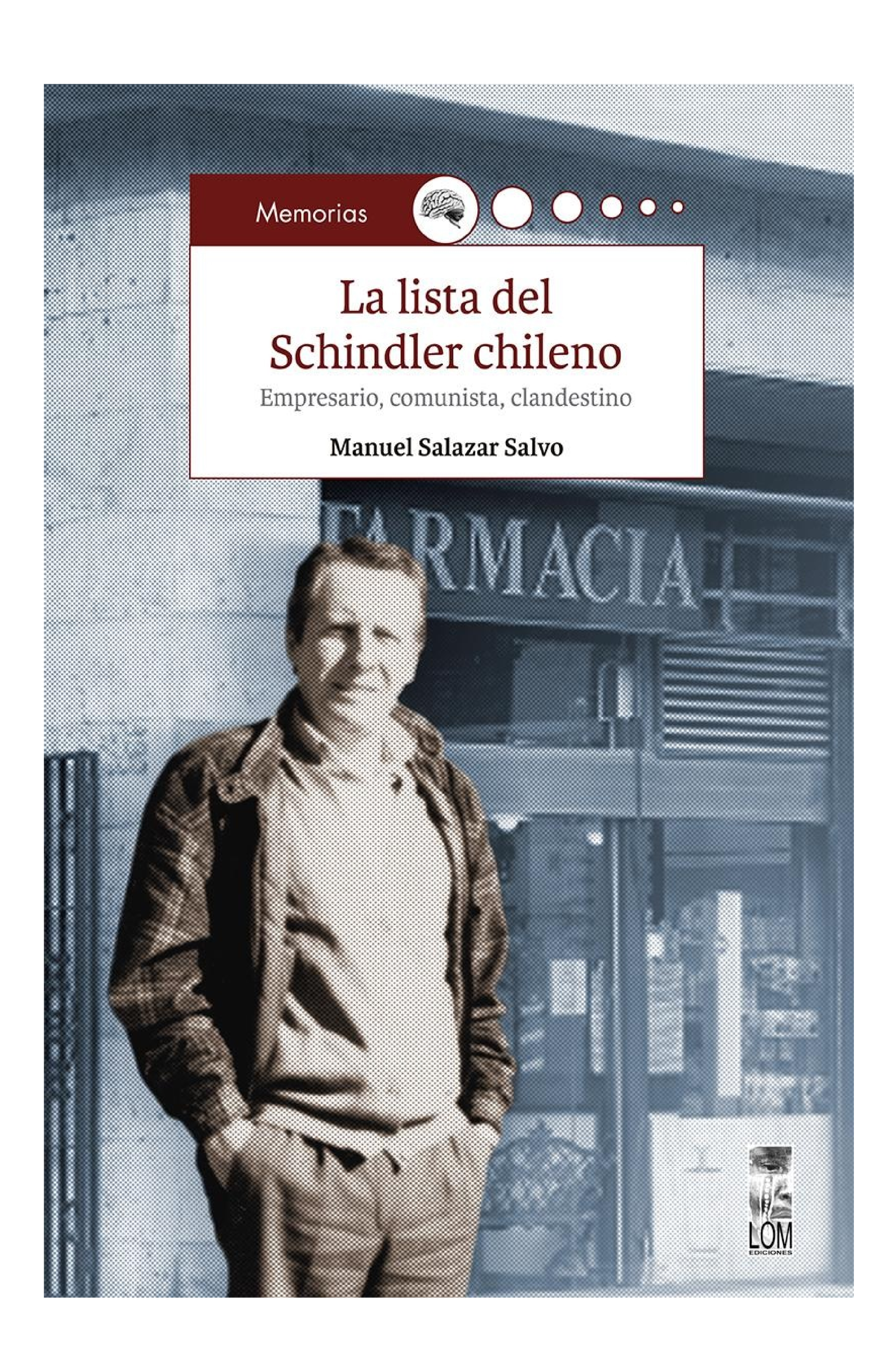


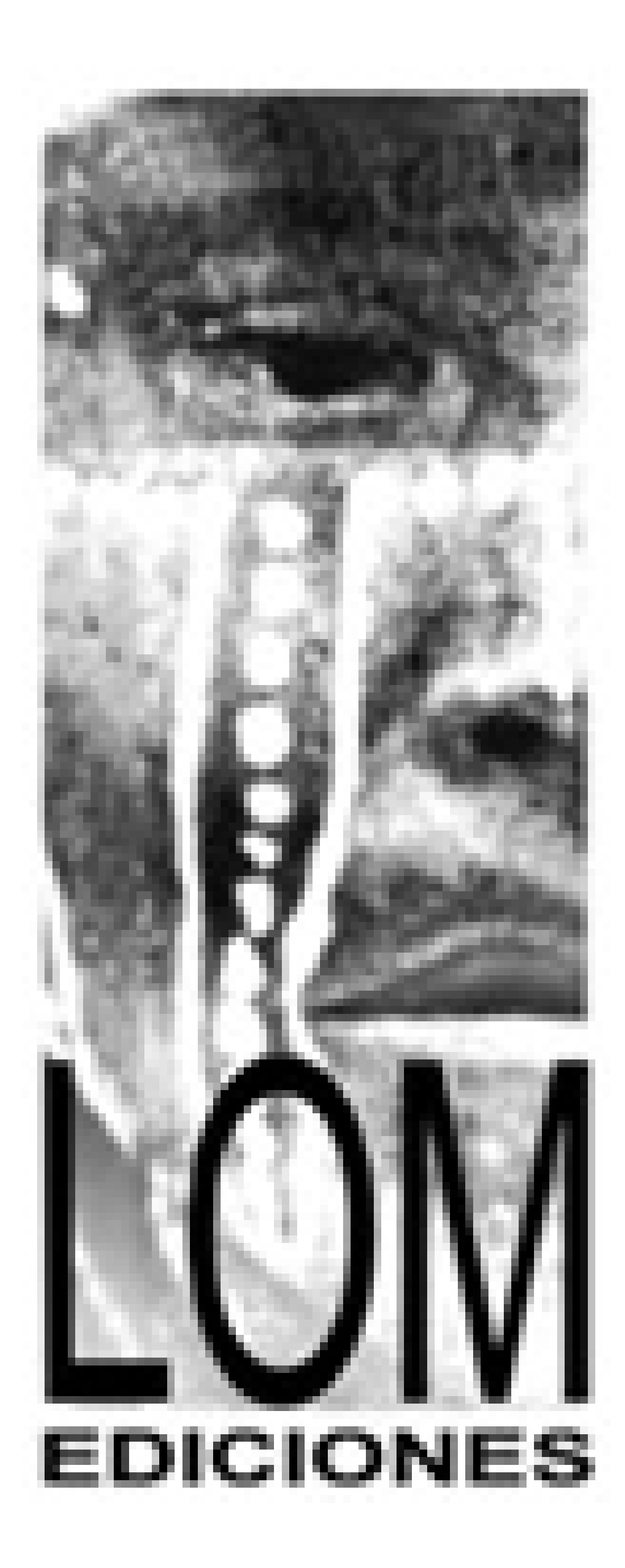
Memorias
La lista del Schindler chileno
Empresario, comunista, clandestino
Manuel Salazar Salvo
FARMACIA
LOM
EDICIONES


Memorias
La lista del Schindler chileno
Empresario, comunista, clandestino
Manuel Salazar Salvo
ARMACIA
LOM
EDICIONES

Manuel Salazar Salvo

La lista del Schindler chileno

Empresario, comunista, clandestino


LOM
EDICIONES

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

Primera edición, 2014

ISBN: 978-956-00-0522-9

Diseño, Composición y Diagramación

LOM Ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: (56-2) 688 52 73 • Fax: (56-2) 696 63 88

www.lom.cl

lom@lom.cl

A mi familia, a mis amigos y

a todos los compañeros que murieron

y sobrevivieron en la lucha por

recuperar la democracia.

Jorge Schindler E.

Introducción

Esta es la historia de un hombre que, enfrentado al golpe militar del 11 de septiembre de 1973, decidió emplear todas sus capacidades empresariales para ayudar a sus compañeros de partido y a militantes y simpatizantes del depuesto Gobierno de la Unidad Popular, que estaban siendo perseguidos por las policías secretas de la dictadura.

Jorge Schindler Etchegaray, así se llama el protagonista de este libro, pudo haber salido del país con su familia, pero optó por quedarse y poner en funcionamiento una cadena de farmacias que sirvió de fuente laboral, de refugio y de ayuda a decenas de hombres y mujeres de la izquierda chilena que trataban de sobrevivir y de resistir los intentos del régimen militar por exterminarlos y hacerlos desaparecer de la faz de la tierra.

Militante del Partido Comunista desde fines de los años sesenta en Concepción, Schindler se vinculó con los dirigentes obreros de las minas de carbón, con los cuadros profesionales y universitarios penquistas y con el ámbito empresarial donde era un experto: el rubro farmacéutico. Fundó la primera farmacia de urgencia en el sur, contribuyó a mejorar la distribución de remedios e insumos médicos a los más de quince mil mineros del carbón y trató de que el Formulario Nacional del Laboratorio Chile llegara a todas las principales ciudades de la región. También se vio involucrado fortuitamente en la muerte del cabo de Carabineros Exequiel Aroca, circunstancia que le costó persecuciones y acosos por largos meses. Hasta hoy, Schindler sostiene que el policía fue asesinado en un complot destinado a desestabilizar al Gobierno del presidente Salvador Allende y es capaz de relatar los pormenores de sus sospechas.

Los dos últimos años de la Unidad Popular los vivió en la Corporación de Fomento de la Producción, Corfo, en Santiago, donde trabajó en el Comité Farmacéutico de la entidad tratando de solucionar los innumerables problemas de distribución y luchando contra el acaparamiento de mercaderías que efectuaban los comerciantes y empresarios del sector, quienes a través del desabastecimiento azuzaban a los militares para que depusieran al Gobierno popular. En esas tareas lo sorprendió el levantamiento de las Fuerzas Armadas, el bombardeo de La Moneda y la sangrienta represión que se vivió en las

semanas y meses siguientes. Schindler, al igual que muchos, quedó sin trabajo y tuvo que empezar de nuevo, desde la nada. A fines de diciembre, junto con un excompañero de la Corfo, decidió instalar una farmacia en la villa México, en la periferia de Maipú. En esa tarea contó con la inestimable ayuda del capitán de Carabineros José Muñoz, exjefe de la guardia personal del presidente Allende, y del detective Quintín Romero, miembro de la escolta de policías civiles que había acompañado al mandatario en sus últimas horas de resistencia en La Moneda. Ambos habían sido llamados a retiro y bregaban contra la cesantía.

En Villa México, recuerda Schindler, se inició todo. Desde allí empezó a tejerse una red de apoyo y solidaridad con los comunistas perseguidos y también con camaradas de otros partidos de la izquierda. Poco a poco, sin embargo, la estructura en formación también sirvió para apoyar la reorganización del Partido Comunista, dar cobertura a los miembros de la dirección central y asentar algunas de las bases de la naciente resistencia clandestina. Empezaron a llegar compañeros del norte, de Concepción, de la zona del carbón, de Temuco y de Valparaíso. Cada uno de ellos asumió diversas funciones y tareas, turnándose entre las labores propias de la farmacia y las responsabilidades adjudicadas en el partido. Al llegar la primavera de 1974, la farmacia de villa México se hizo chica y Schindler con sus más cercanos colaboradores emprendieron la instalación de un nuevo local en el centro de Maipú. El director de la orquesta se multiplicaba entre el manejo de las farmacias y su cada vez mayor compromiso con la dirección del PC y las tareas clandestinas. Había que conseguir casas de seguridad, transporte, apoyo logístico, alimentos y otras muchas vituallas requeridas para mantener protegidas las nuevas estructuras del partido. Los agentes de la DINA y del Comando Conjunto, los instrumentos de exterminio empleados por la dictadura, asolaban los barrios de día y de noche, persiguiendo y cazando a comunistas, socialistas, miristas y a todos los que consideraban enemigos del régimen militar. También empezaron a rondar las farmacias de Schindler y a quienes en ellas trabajaban o eran asiduos visitantes.

Los años 75 y 76 fueron muy duros. Cientos de hombres y mujeres desaparecieron en los cuarteles secretos de los organismos de seguridad. Schindler y sus compañeros debieron lamentar la caída de varios de ellos. No obstante, se mantuvieron enhiestos y siguieron adelante; incluso abrieron nuevas farmacias en otros puntos de la ciudad.

En este libro no solo se relata la vida y los papeles que cumplió Schindler en

esos años, sino también las historias y las vidas de gran parte de quienes lo acompañaron en la lucha por sobrevivir y mantener las esperanzas de un futuro mejor para ellos y para el país. Se realizaron más de cincuenta extensas entrevistas; se buscó y ubicó a testigos que casi cuarenta años después viven en diversas ciudades del país y del extranjero; se revisaron la prensa y numerosos documentos de aquella época; también se examinaron procesos judiciales y una amplia bibliografía sobre la memoria de aquellos años.

Los tres primeros capítulos de este trabajo abordan las vivencias de Jorge Schindler en Concepción, el golpe militar en la zona y las consecuencias de la represión militar para muchos penquistas y, en particular, para los mineros del carbón, algunos de los cuales lograron huir hacia la capital e incorporarse a la red de farmacias ya mencionada.

El capítulo cuarto recuerda algunos episodios vividos en la Corfo al término de la UP y lo que allí ocurrió el día del golpe y en las jornadas siguientes. Muchos de los funcionarios fueron conducidos al Ministerio de Defensa, al estadio Chile y al estadio Nacional, y parte de sus experiencias son recogidas de sus propios relatos.

En el capítulo cinco se narra con detalles el nacimiento de la farmacia de la villa México y algunas de las tensas y dramáticas horas que allí se vivieron, en especial el momento en que llegaron los agentes de la brigada Lautaro de la DINA, la misma que operaba en 1976 desde el Cuartel Simón Bolívar exterminando a los máximos dirigentes del PC.

La trama del capítulo seis está referida a algunos de los familiares de Schindler, entre ellos su hermano Julio Schindler, detenido en el buque Maipo, en Valparaíso, y trasladado a Pisagua. Se cuenta, además, cómo sobrevivió Gaspar Díaz, el legendario máximo dirigente del PC en la actual Quinta Región, y el rol que cumplió la abogada Violeta Núñez en las primeras defensas de los perseguidos que se intentaron en los tribunales de justicia.

Los capítulos siete, ocho y nueve reúnen los testimonios de varios de los hombres y mujeres que trabajaron codo a codo con Jorge Schindler en esta verdadera odisea de coraje y pundonor. Un combatiente de La Moneda, un sobreviviente de la Caravana de la Muerte, un profesor inmerso en la reforma agraria, el mítico fundador de la confederación Ranquil, el compañero de la peluca negra y una monja de población que asilaba perseguidos son algunos de

ellos.

En los capítulos nueve y diez se rememoran aspectos sobre como funcionaban las direcciones clandestinas del PC en esos años y los últimos y denodados esfuerzos de Schindler por mantener en funciones la red de farmacias pese al cada vez más cercano asedio de los aparatos represivos del régimen militar.

Finalmente, en el epílogo se adjunta una lista de los principales actores de este relato y el destino que les deparó la vida en los años siguientes.

El autor

Capítulo I

Un joven emprendedor del rubro farmacéutico

Jorge Schindler nació en una de las zonas más pobres del país, en Lebu, la capital de la provincia de Arauco, cuyo territorio se extiende bordeando la costa penquista entre Laraquete, al sur de Lota, y Tirúa, frente a la isla Mocha, donde las tierras son flanqueadas por la cordillera de Nahuelbuta. Desde fines del siglo xix llegaron allí colonos suizos, italianos y algunos franceses, quienes se mezclaron con familias de origen español o con los nativos araucanos. La inclemencia del paisaje, los rigores de la sobrevivencia y la sangre de sus ancestros forjaron a muchos de los descendientes con caracteres fuertes y decididos. Algunos se quedaron allí para siempre tratando de modificar sus destinos; otros, como los Schindler, se marcharon en busca de mejores horizontes, pero sin olvidar jamás aquella exuberante geografía.

1.1. Agustín Schindler llega a Chile procedente de Marsella

El suizo Agustín Schindler Brunner salió en barco desde Marsella con destino a Buenos Aires en 1880. Tenía treinta años, era profesor de alemán y venía al sur del mundo en busca de una mejor suerte. Muy pronto decidió viajar a Chile. Cruzó la cordillera a pie y a caballo, y se radicó en Lebu, la actual capital de la provincia de Arauco, donde luego se casó con la chilena Ana Silva. Más tarde, en su segundo matrimonio, desposó a Luisa Hemette, descendiente de un inmigrante francés. Tuvieron tres hijos: Eduardo, Ana y Julio. Este último, profesor de Artes Manuales y de Caligrafía, graduado en la escuela normal de Victoria, se casó en 1937 con Viola Etchegaray Araneda, perteneciente a una familia de Caramávida, localidad de la actual comuna de Los Álamos, en la misma provincia de Arauco. Del matrimonio Schindler-Etchegaray también nacieron tres hijos: Julio, en 1938; Jorge, en 1939, y, Gabriela, en 1944[1].

Por esos años las condiciones de vida en la zona carbonífera eran muy duras. A la precaria vivienda, a la cesantía, a los bajos sueldos y a los abusos empresariales, se sumaba un creciente alcoholismo en la población. El periódico de la Compañía de Lota La Información reconocía que se consumían cinco millones de litros de vino anuales en una población de veinte mil personas, un promedio de doce a catorce mil litros diarios, «y si se considera que un tercio son varones adultos, el consumo viene a ser de casi tres litros diarios por persona»[2].

Julio Schindler Hemette hacía clases en el liceo de Lebu. Simpatizaba con el Partido Radical y el Frente Popular que llevó a la presidencia de la república a Pedro Aguirre Cerda y a Juan Antonio Ríos.

Los padres y sus tres hijos —«Los patos», como les decían— salieron de Lebu hacia Santiago en 1953. Se instalaron en una casa en Rafael Cañas, en Providencia. Julio, el hijo mayor, estudiaba en el Internado Nacional Barros Arana; Jorge iba al Liceo José Victorino Lastarria; y Gabriela asistía al Liceo 7 de Niñas. Julio egresó en 1955; Jorge en 1957, y Gabriela abandonó sus estudios cuando cursaba cuarto de humanidades, en 1962.

Jorge dio el bachillerato en Química y empezó a estudiar Química Industrial en la Universidad Técnica del Estado el año 58, carrera que tuvo que abandonar porque su familia enfrentaba graves problemas económicos.

Cuenta Schindler:

En 1957 empecé a pololear con Mirna Alcoholado Castro. Su familia era de clase media. La madre, la señora Leonor, era dueña de casa, y don Cristóbal Alcoholado era farmacéutico y tenía una pequeña farmacia en Irarrázaval esquina de Seminario, en Ñuñoa, que se llamaba Pasteur. El año 1958 entré a trabajar de junior en una empresa distribuidora de abarrotes donde más tarde fui vendedor: Ibáñez y Cía., los precursores de Almac y Líder. Estuve ahí hasta 1962. Ese año mi suegro me propuso trabajar con él en la farmacia y poco después nos asociamos. Ahí nos casamos con Mirna y casi como regalo de bodas me gané un premio gordo en la Lotería con un vigésimo que alcanzó para comprar una casa prefabricada muy buena, que instalamos en el sitio donde estaba la casa de mis suegros, en calle Holanda al llegar a Chile España, en Ñuñoa, y aporté el resto como capital a la farmacia. Ese mismo año mi hermana Gabriela se casó con Jaime Arratia Guerrero, empleado del Banco del Estado; y,

en junio de 1965, Julio se casó con Vesta Alcoholado Boye, profesora.

El año 1964 nos trasladamos con mi suegro a la farmacia Pasteur, en la Villa Olímpica, al lado de la piscina Mund, lo que fue un gran acierto comercial. Don Cristóbal era un gran hombre, integro, de izquierda no militante, ferviente masón y allendista de toda la vida. En agosto de 1965 nació mi hija Ana María y, en mayo del 67, mi hija Mirna Isabel.

A mediados de 1969 me separé de mi mujer y decidí también terminar con la sociedad en la farmacia Pasteur con don Cristóbal Alcoholado, mi suegro, y en Lebu me ofrecieron comprar la farmacia Sagardia, la más antigua y mejor de Lebu, que pertenecía a don Luis Sagardia, químico-farmacéutico, que había sido mi profesor de Química y Biología en el liceo de Lebu, colega de mi padre. Era radical y, teniendo una buena situación, era un hombre muy austero. Su hijo, Marcelo Sagardia, fue uno de mis grandes amigos de la infancia y juventud; también emigró a Santiago a estudiar en el INBA junto con Julio y Jaime Rocha. Hoy vive en Concepción con Cecilia, su mujer, y sus hijos.

Paralelamente, fui contratado en la Química Bayer como su representante en las provincias de Concepción, Biobío, Malleco y Arauco, y decidí irme a vivir a Concepción.

Siempre estuvimos muy unidos, desde la infancia en Lebu, con la familia Rocha Manrique, con Jaime Rocha Manrique[3] y sus hermanos Margarita, Patricio y Manuel, el «Yoyo». Nos veíamos seguido en Santiago, cuando mi hermano Julio estudiaba en el INBA. Jaime falleció repentinamente en 2012 en Concepción y la amistad continúa hasta hoy con sus hermanos. Otro gran amigo fue Manuel Acevedo, el «Mono», desde los tiempos del Lastarria y con quien nos reencontramos en Concepción, donde fue nombrado jefe zonal del Servicio de Seguro Social, en el gobierno de Allende.

En la Bayer viajaba por toda la región y visitaba los hospitales y las consultas médicas promoviendo medicamentos, recorriendo farmacias y vendiendo productos populares como la aspirina. Vivía en una casa en la villa San Pedro, que compartía con Emir Egaña Ramos, un amigo dentista. Después me trasladé a un departamento que arrendé en la misma villa San Pedro y más tarde a otro que alquilé en el barrio universitario. Yo había sido siempre de izquierda, simpatizaba con el MIR, pero quería comprometerme más, con un partido organizado y disciplinado. Mi hermano Julio militaba desde muy joven en el Partido Comunista, y yo decidí ingresar a él en 1969. Lo hice en una base de empresarios y vendedores entre los que estaban Rafael Moreno y Yamile Azar, su mujer; el flaco Olate, Gilberto Briones, Salas, Spielmann, y otros que no recuerdo.

Jorge Schindler cuenta que en marzo de 1970 acudió a la boÎte La Tranquera, en Concepción, a presenciar el espectáculo folclórico que llevó a la ciudad en aquella ocasión René Largo Farías.

Yo conocía bastante a René porque acudía con frecuencia a su peña Chile Ríe y Canta en Santiago, en la calle Alonso Ovalle. Cerca de la medianoche, cuando ya habíamos conversado bastante y tomado lo suficiente, llegué a un acuerdo totalmente improvisado con él y contraté su espectáculo para que actuara en Lebu el sábado siguiente, y junto con una gran amiga y camarada, Miriam Farrán, partimos para Lebu al otro día y contratamos el único teatro del pueblo. Llegamos a un buen acuerdo, que nos permitiría recuperar en parte la inversión. El día de la función el teatro estaba completo y el espectáculo fue un gran éxito de público y crítica. Nos contactamos con el hospital y con la cárcel de Lebu para ofrecer una actuación totalmente gratuita, lo que fue muy valorado por todos. Aprovechamos, además, de hacer propaganda para las próximas elecciones presidenciales donde Salvador Allende iba de candidato.

El elenco de la peña Chile Ríe y Canta lo formaban destacados artistas de la música y el folclore chileno como Rolando Alarcón, Héctor y Raquel Pavez, Pedro Messone, la Charo Cofré y Hugo Arévalo, Silvia Urbina, los Emigrantes, los Patricios de Talca, el dúo Rey Silva con arpa y guitarra y varios más que no recuerdo ahora.

Después de la actuación nos trasladamos a la casa de mis padres, que habían preparado una gran comilona y también hubo una breve función para los comensales. Al día siguiente, la Municipalidad de Lebu les organizó a los artistas un asado al palo en agradecimiento por las actuaciones en el hospital y en la cárcel. La fiesta terminó dejándolos en un bus de regreso a Concepción.

1.2. Escándalo en el hospital de empleados de Lota Alto

Habla Schindler:

En 1971 viajaron a Concepción los dos dirigentes sindicales más importantes del Laboratorio Chile, Emilio Morales, de la DC, y Alfredo Lyon, del PS. Andaban en una campaña promocional del Formulario Nacional de Medicamentos que producía dicho laboratorio a nivel nacional y como una manera de bajar los precios en base a los genéricos y no a los nombres de marca o fantasía. Junto con ellos viajamos a Lota y tomamos contacto con Manuel Rodríguez, el jefe de personal de Enacar en ese entonces. A ellos les interesaba enormemente promover el uso de dichos medicamentos en los sectores más vulnerables como eran los mineros y sus familias. Yo les expliqué la paradoja de que en la farmacia del hospital de Lota Alto no estuvieran dichos medicamentos a disposición de los enfermos y que el farmacéutico Juan Acuña, demócrata cristiano, los boicoteaba y en vez de comprar directamente a los laboratorios los medicamentos e insumos, lo hacía a través de la farmacia de su mujer en Villa Mora, en Coronel[4]. Decidimos con Manuel y los dirigentes sindicales hablar directamente este verdadero fraude con Isidoro Carrillo, el gerente general de Enacar, y así este compañero en una reunión almuerzo se enteró de la situación directamente y nos pidió ayuda, poniendo a nuestra disposición todo lo que necesitáramos.

Yo volví más tarde con Gilberto Briones, del PC, dueño de una farmacia en Concepción, y nos fuimos directamente a la Gerencia General. Isidoro Carrillo

ya había dado instrucciones a su secretaria para que pudiéramos hacer una auditoría, facilitándonos toda la documentación que fuera pertinente y, el mismo día, con nuestra propia experiencia pudimos determinar este fraude a los intereses de los mineros. Con los antecedentes en la mano, nos reunimos nuevamente con Manuel Rodríguez e Isidoro Carrillo y dos personas más de la confianza de Carrillo y, a la vez, concurrió el profesor Luis Vargas, químico farmacéutico, presidente del Colegio de Farmacéuticos de Concepción y decano de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Concepción, para que certificara este fraude que demostraba por ejemplo que un litro de alcohol con precio en el mercado de mil pesos lo compraba en la farmacia de su mujer en cinco mil y así en todo lo demás, medicamentos y accesorios. Carrillo denunció este hecho con caracteres de escándalo, pero el farmacéutico Acuña fue apoyado por gran parte de los médicos y profesionales que trabajan en el hospital. Finalmente tuvo que indemnizar al farmacéutico y proceder a su despido de la empresa, lo que salió en primera página en todos los diarios de Concepción.

Los dirigentes sindicales del Laboratorio Chile viajaron nuevamente a Lota y con la nueva estructura que se dio a la farmacia, contratando de partida a un farmacéutico recién recibido, que era del MIR, la farmacia fue abastecida con los medicamentos del Formulario Nacional en un 70 % y directamente comprados al Laboratorio Chile, cumpliéndose el objetivo de bajar los precios de los remedios a los mineros y sus familias directas. Ahí nos ganamos la amistad y confianza de Carrillo, Rodríguez y otros ejecutivos de Enacar.

Isidoro Carrillo quiso agradecer la ayuda y respaldo de los dirigentes del Laboratorio Chile invitándolos a conocer el pique Carlos y, nada menos que como guía, iba mi amigo y camarada Manuel Rodríguez, jefe de personal de Enacar. Antes de bajar al pique tuvimos que ponernos los overoles, cascos y lámparas que conformaban la indumentaria de los mineros y así entramos a un ascensor, que era una verdadera jaula, donde cabían unos treinta mineros. Bajamos novecientos metros bajo el nivel del mar y desde ahí en un pequeño ferrocarril por quince kilómetros bajo el mar hasta las faenas donde estaban trabajando los mineros. Desde que entramos todo era peligroso y arriesgado; después volvimos a la superficie y nos dimos una ducha caliente, lo que era el máximo adelanto para los mineros, ya que antes salían sucios y directo a sus

casas de miseria. Culminó el día con una comida que nos ofreció Isidoro Carrillo en el Club de Maule.

1.3. La primera farmacia de urgencia en el sur

«El año 1972 fue para mí de gran actividad política y realizaciones», rememora Schindler.

Después de la investigación en Lota, conversé con Emilio Morales y Alfredo Lyon una idea que venía dando vueltas en mi cabeza y que era la posible instalación de una farmacia de urgencia en un barrio popular de Concepción; y que fuera estatal, es decir, del Servicio Nacional de Salud, el SNS. Formamos un comité integrado por el profesor Luis Vargas Cáceres, decano de la Escuela de Química y Farmacia de la Universidad de Concepción; Irma Alarcón, jefa de farmacias de la dirección zonal del SNS; Gilberto Briones y yo. Lo primero que hicimos fue reunirnos con el doctor Jorge Peña, director zonal del SNS, y le expusimos nuestro proyecto. Recibimos de inmediato su apoyo y nos pidió que viajáramos a Santiago, a una reunión con el ministro de Salud, Arturo Jirón. Él haría los contactos y entregaría su opinión favorable a nuestra iniciativa.

En Santiago, lo primero fue constatar que no nos iba a recibir el ministro, sino el subsecretario, el doctor Sergio Infante, quien se mostró reacio a la idea y a darnos su apoyo. Le insistimos en que queríamos una reunión con el ministro Jirón y lo presionamos tanto que al final cedió y nos dio el visto bueno. Hasta ese momento la única farmacia de urgencia que existía en Chile era la de la Posta Central, en calle Portugal, en la capital. Así, después de muchos dimes y diretes, fue autorizada nuestra propuesta y se proveyeron los fondos necesarios. Volvimos a Concepción satisfechos de lo que habíamos conseguido y nos pusimos en campaña para ubicar un local adecuado y que reuniera las condiciones necesarias. Lo encontramos en calle Paicaví, en el Barrio Norte, donde funcionaba una farmacia pequeña que andaba al tres y al cuatro. Negociamos con la dueña y nos traspasó el local. El profesor Vargas se puso en campaña para ubicar a dos químicos farmacéuticos jóvenes, que estuvieran

comprometidos con el Gobierno popular. Encontramos a Vicente Muñoz, un muchacho socialista recién recibido, y a otro farmacéutico cuyo nombre no recuerdo. También elegimos al personal adecuado para atender la farmacia durante las veinticuatro horas del día y de la noche, algo inédito en Concepción, y abastecida con los medicamentos del Formulario Nacional del Laboratorio Chile. Finalmente, la farmacia abrió sus puertas al público en julio de 1972 y cumplió el objetivo para el cual fue creada, dar atención a un barrio de la periferia de Concepción con atención especial y continuada. Eso duró hasta el día del golpe, cuando fue allanada buscando a supuestos extremistas. Vicente Muñoz fue detenido y lo llevaron al Fuerte Borgoño, en Talcahuano, dependiente de la Armada. Cuando salió libre lo despedimos con un asado en Santiago. Se fue a Canadá y nunca más supe de él.

1.4. El asesinato del cabo Exequiel Aroca

En agosto de 1972 la región penquista estaba convulsionada por el creciente enfrentamiento político y social entre los partidarios de Allende —mayoritarios en la zona— y la oposición que encabezaba el Partido Nacional y el Frente Nacionalista Patria y Libertad (FNPL), con el apoyo del Partido Demócrata Cristiano. En aquellas semanas se registraron un intento de asesinato del regidor socialista Arturo Pérez, asaltos a fundos expropiados o tomados, voladuras de puentes en Nacimiento y Rarinco, disparos a carabineros que vigilaban la Intendencia del Biobío, un ataque con explosivos a una camioneta de la Cora y balazos en contra de alumnos de izquierda que ocupaban sedes universitarias.

Desde Curicó a Puerto Montt se organizaban grupos de agricultores, comerciantes y empresarios para luchar abiertamente en los campos y en las calles en contra de militantes y simpatizantes de la Unidad Popular. Concepción parecía ser el epicentro de los intentos por desestabilizar al Gobierno socialista.

A las 18:30 del martes 29 de agosto, cerca de cinco mil personas, entre ellas unos dos mil mineros del carbón, se congregaron en la plaza Independencia para manifestar su apoyo al presidente Allende. Un par de horas después, cuando comenzaban a retirarse, piquetes organizados de opositores, distribuidos en las esquinas cercanas, rompieron en gritos y consignas en contra del Gobierno,

dando inicio a una gresca generalizada que se extendió a casi todo el perímetro céntrico de Concepción.

Cerca de las 21:30, cuando el aire se tornaba casi irrespirable debido a los gases lacrimógenos lanzados por las fuerzas especiales de Carabineros que intentaban controlar los incidentes, en casas y edificios comenzaron a sonar cacerolas blandidas por los vecinos opositores. Jóvenes de izquierda, a su vez, arrojaban piedras a puertas y ventanas tratando de acallar a la disidencia.

Recuerda Schindler:

Ese día se avizoraba muy complicado. Estaban llamadas tres marchas y se temían enfrentamientos. A nosotros, como militantes comunistas, nos correspondía mantener el orden de los partidarios de la UP, pero en Concepción el clima estaba enrarecido y el Partido Socialista desconocía y se ponía al margen de las instrucciones de Santiago y seguía en la Asamblea del Pueblo con el MIR. Las marchas se realizaron por separado y con incidentes menores: llegaron los mineros desde Lota y Coronel respaldando al Gobierno.

Más o menos a las nueve de la noche me dirigía en mi Fiat 600 hacia mi hogar en el barrio universitario. Iba acompañado por Martín Irigoyen, socialista, casado con una amiga de Lebu. Íbamos por Víctor Lamas y al llegar a Castellón nos encontramos de pronto con un pelotón de carabineros y un gran alboroto, por lo cual detuve el auto y pudimos ver como justo en la esquina estaba cayendo al suelo un carabinero con casco protector. Nos bajamos a ayudar y junto con otros carabineros constatamos que había sido herido de bala. Un oficial me pidió que lo llevara a la posta de urgencia del hospital regional y junto con otro carabinero lo metimos al auto y partimos rápido al hospital. Como yo me conocía el camino, llegamos en diez minutos y en el trayecto pudimos darnos cuenta de la gravedad de las heridas y de que el carabinero iba moribundo. Cuando llegamos al servicio de urgencia lo trasladaron en una camilla adentro y mientras tanto un carabinero de turno en la posta me tomó una declaración. Después fuimos a buscar el auto que estaba rodeado por vehículos policiales. Aquí quedó la cagada, dije yo, y de repente apareció un oficial que me preguntó: «¿Usted es el que trajo al cabo Aroca herido al hospital? Nosotros queremos agradecerles su valiosa ayuda en nombre del Cuerpo de Carabineros. ¡Ábranle el paso!», dijo, y los vehículos que me tenían cercado se corrieron y pudimos salir. Hasta ese

momento nunca me imaginé la gravedad y el peligro de estar directamente involucrado. Nos despedimos con Irigoyen y partí a mi hogar que estaba muy cerca.

Al día siguiente, como siempre nos reunimos con el resto de la célula en el café Haití y ahí recién pude ver la realidad de la situación y sus consecuencias. Apareció mi nombre en los diarios como que yo lo había recogido al cabo en el suelo. Pasados tres días me llamaron a declarar a la Fiscalía Militar como testigo directo. El fiscal Gustavo Villagrán Cabrera, un tipo corpulento y con un gran vozarrón, me dijo: «¡Oye tu apellido es Schindler! ¿Qué tienes que ver con el Julio Schindler de Lebu? Fuimos compañeros en el liceo y nos conocemos de cabros chicos», me señaló. Hasta ahí todo era amable, hasta que me preguntó: «¿De qué color es tu auto Fiat?». «Azul», respondí yo. Se sorprendió y me dijo: «Alguien está mintiendo. Los carabineros me dicen que es rojo». Le respondí que el auto estaba a dos cuadras y podía ir a verlo. Al final me indicó: «¡Ándate, no te necesitamos más!». Cinco días más tarde se realizó la reconstitución de escena a las cinco de la mañana y sin que yo hubiera sido citado. A todo esto, en el partido en Concepción tomaron contacto con el Partido Socialista, ya que las noticias y la declaración del oficial mayor Valenzuela, que iba a cargo de los servicios especiales de Carabineros, sostenía que el cabo Aroca había sido herido por un disparo desde la sede del PS, en el ex-Palacio Gidi, ubicado en Castellón y a sesenta metros de Víctor Lamas. Ahí empezaron los problemas y contradicciones porque mi versión echaba por tierra la de Carabineros.

Por instrucciones del partido, me reuní con dos abogados socialistas muy conocidos —uno de ellos era Samuel Fuentes— y convenimos en que diera una entrevista a Televisión Nacional en Concepción, que fue emitida en directo. En ella, expliqué detalladamente, con un mapa y croquis, como yo había visto los hechos y principalmente la ubicación donde habíamos recogido el cuerpo del cabo Aroca. Al salir del canal, me estaban esperando unos compañeros de seguridad de la intendencia y me advirtieron que no alojara en mi departamento esa noche. Me fui en mi auto a la Villa San Pedro y noté que un auto Ford Falcon me seguía en forma constante. Como yo conocía la villa San Pedro muy bien, aceleré el Fiat y cambié el destino original, que era la casa de mi amigo Manuel Acevedo, que vivía con su mujer y cuatro niños, y me dirigí a toda

velocidad hacia el departamento de Rafael Moreno y Yamile Azar, su mujer, ambos militantes de mi célula; me metí en el estacionamiento dentro del edificio y golpeé la puerta. Abrió Yamile y le dije que me estaban persiguiendo, que apagara la luz. Pudimos observar el Ford Falcon con cuatro individuos dentro dando vueltas en círculo. Llamamos a los números que me habían dado los de seguridad de la intendencia y más o menos en veinte minutos llegó un jeep. Los compañeros me dijeron que no podía permanecer ahí ni un minuto más y me llevaron a Concepción, a la casa de Mario Benavente, dirigente del partido, quien ya estaba al tanto de los hechos y del revuelo causado por mi entrevista en televisión. Ahí permanecí un par de horas y el partido tomó la decisión, dada la gravedad de la situación, de sacarme de Concepción. Me llevaron a la casa del encargado de seguridad del partido en Talcahuano, donde pude alojar. Al día siguiente me embarcaron en un coche dormitorio del tren nocturno que salía a Santiago desde Talcahuano y me dieron un departamento al que solo el conductor del tren, un compañero del partido, tenía acceso. Así llegué a Santiago al día siguiente.

En la capital aproveché el tiempo y fui a la Bayer. Estaba pendiente de los hechos. Cuando llamé a Concepción me dijeron que podía volver y así lo hice. A los dos días noté que dos civiles me seguían en el centro y pudimos constatar que se trataba del sargento de Carabineros Cares y del suboficial Jara, lo que puse en conocimiento del partido. Poco después, un día estaba almorzando donde mi casera del Mercado Central y llegó un civil que se identificó. Era Mayo Baltra, comisario jefe de la brigada del Crimen. Con muy buenos modales me explicó la gravedad de la situación y me pidió que saliera unos días de Concepción, que eran instrucciones recibidas del Ministerio del Interior en Santiago. Me llevaron a Lota, hablé con el compañero Rodríguez y este con Carrillo y me condujeron a la casa de huéspedes de Lota Alto, a un departamento bien equipado y donde me llegaban las noticias. Un día en la tarde, el encargado de la casa me dijo que me estaban buscando los de Investigaciones. Asustado, salí por una ventana y como pude llamé a Manuel Rodríguez, el jefe de personal de la Enacar, quien me llevó a su casa en Maule a la orilla del mar. El compañero vivía con su mujer e hijos en forma bastante modesta para el cargo; me dieron comida y más tarde una cama. Ahí se forjó una amistad que dura hasta hoy y juntos compartimos el exilio en Frankfurt. Al día siguiente decidieron llevarme a la casa de huéspedes de Schwager, la antigua mansión de los Cousiño, los exdueños de las minas, donde llegaban los invitados vip. Esa noche estaba

Valentina Tereskova, la primera mujer astronauta, como huésped de la gerencia y más tarde alojó Fidel Castro, en su polémico viaje a Chile. Ahí permanecí otros tres días, hasta que me avisaron que el peligro había desaparecido y pude volver a Concepción y normalizar, si se puede decir así, mi vida.

El día antes de los incidentes, el martes 29 de agosto, detectives habían arrestado a dos integrantes de Patria y Libertad que se movilizaban en un Austin Mini azul, sospechosos de haber atacado a balazos la sede de la Universidad Técnica en Concepción. El diario vespertino Crónica dio cuenta de aquel arresto:

Dos militantes del Movimiento Patria y Libertad fueron detenidos en la calle Aníbal Pinto con Barros Arana en la noche del martes. Los detectives de Investigaciones los detuvieron mientras se trasladaban en un automóvil Austin Mini de color azul.

En el interior del automóvil y en posesión de los dos jóvenes universitarios fueron encontradas cuatro armas: dos revólveres de alto calibre, un puñal de unos cincuenta centímetros de largo con filos en ambos cantos y un laque de goma relleno con alambre de cobre de unos cuatro centímetros de diámetro.

Los militantes de Patria y Libertad viajaban en el mismo auto desde el cual se dispararon una serie de balas en contra de la Universidad Técnica del Estado en unos incidentes ocurridos hace un tiempo.

Los jóvenes detenidos fueron identificados como Julián Adolfo Secco López, de veinte años, estudiante de Ingeniería, y Carlos Timmermann Betkcke, de diecinueve años, estudiante de Economía y con domicilio en el fundo Bucalemu, de Yumbel.

Mas adelante, el periódico agregaba:

El prefecto de Investigaciones, Enrique Robles, por otra parte, señaló que ellos investigaban el baleo de la Universidad Técnica cuando dieron con el automóvil y los dos ocupantes.

El mismo prefecto señaló que «hemos podido detectar en la ciudad una gran cantidad de vehículos de fuera de la ciudad que circulan sospechosamente en sectores donde nosotros sabemos que sostienen reuniones clandestinas los militantes de Patria y Libertad».

La policía inició una investigación en torno a estos vehículos que bruscamente llegaron a la ciudad, con motivo del anuncio de la marcha llamada del Hambre.

Los policías detectaron que una gran cantidad de vehículos de diferentes lugares de la zona central había llegado a Concepción con jóvenes muchachos, sin aspecto de ser familias de paseo o jóvenes turistas[5]*.*

Más de cuarenta años después, a Schindler no le cabe ninguna duda de que el asesinato del cabo Aroca fue parte de una conjura de Patria y Libertad para desestabilizar al Gobierno de la Unidad Popular y poner a los carabineros en su contra.

Por esos mismos días, Patria y Libertad inició los preparativos finales para el proyecto Sierra Alfa, destinado a crear en la Sierra Nevada, en Argentina, una escuela para guerrilleros urbanos que se levantarían luego en contra de Salvador Allende. Roberto Thieme, el secretario general de los conjurados, realizó en esa fecha un curso de comando en la Colonia Dignidad dictado por exoficiales alemanes que residían en ese lugar al mando de Paul Schäfer. Thieme efectuaba desde la colonia frecuentes vuelos de reconocimiento del territorio argentino elegido para ubicar la base subversiva. El fundo El Lavadero, situado en Parral, propiedad de los colonos alemanes, disponía de equipos de radio con diferentes bandas y frecuencias que permitían comunicarse con Argentina y con los aviones en vuelo.

En octubre de 1972, Federico Willoughby, asesor de la Sociedad Nacional de Agricultura; el general de Ejército (R) Alfredo «Macho» Canales, y el dirigente universitario Francisco Prat Alemparte llegaron a la Colonia Dignidad para preparar, en conjunto con los directivos del lugar, un levantamiento en contra del Gobierno socialista. El general Canales, llamado a retiro hacía muy poco por Allende tras haber sido sorprendido preparando un complot militar, viajaba con identidad falsa a bordo del avión Cessna que piloteaba Thieme.

Algunos de los colonos alemanes le solicitaron al exoficial que se pusiera a la cabeza de una nueva organización política que reuniera a los movimientos antimarxistas, nacionalistas, universitarios y a los gremios de oposición para solicitar la intervención inmediata de las Fuerzas Armadas. Tras la sobremesa, los visitantes recorrieron parte de las instalaciones del fundo. Thieme confirmó ese día que la Colonia se situaba en las mismas coordenadas del territorio argentino donde ubicaría el cuartel general de la milicia que estaba formando, y a solo una hora de vuelo de sus amigos en Dignidad.

En Santiago, mientras tanto, policías de Investigaciones detuvieron a comienzos de noviembre a un grupo de militantes de Patria y Libertad que actuaba en operaciones subversivas y acciones de sabotaje en contra del Gobierno. Entre ellos figuraba el estudiante de Química Eugenio Berríos, conocido en Concepción por su afición a fabricar bombas y explosivos. Berríos fue acusado en esa oportunidad de haberle propinado una feroz golpiza y aplicado corriente eléctrica a un obrero que se había robado algunos ejemplares del diario que editaba Patria y Libertad.

Berríos ya había establecido relaciones con un ciudadano estadounidense que también trabajaba en el movimiento que dirigía el abogado Pablo Rodríguez Grez. Su nombre era Michael Townley, que operaba en Patria y Libertad bajo el apodo de «Juan Manolo» y que era hijo de un exfuncionario de la CIA destinado en Chile en la década de los sesenta.

Townley llegó a Concepción en marzo de 1973, junto con otros dos destacados militantes del FNPL —Rafael Undurraga Cruzat y Gustavo Etchepare—, con una misión encargada por el director de Canal 13 de televisión, el sacerdote Raúl Hasbún. Debían destruir las instalaciones electrónicas que el Gobierno había dispuesto para impedir las emisiones de Canal 5, una señal pirata de televisión puesta en funciones en la ciudad penquista por Hasbún. El comando de Patria y Libertad ingresó a la casa donde estaban instalados los equipos del Gobierno, en

Freire 382, el 18 de marzo, y robaron los instrumentos y asesinaron al cuidador del lugar, un obrero pintor de brocha gorda llamado Jorge Tomas Enríquez González[6].

Así, las sospechas que Jorge Schindler manifestara en agosto de 1972 tenían un asidero real. El jefe de Patria y Libertad en Concepción, Jorge Souper Onfray, al igual que otros dirigentes como Fernando Saenger, Hernán Jiménez Serrano, Germán Domínguez y un sujeto de apellido Fernández, mantenía estrechos vínculos con algunos oficiales de Carabineros, de la Armada y del Ejército. Casi tres décadas después de estos hechos se sabría que el capitán de Ejército (R) Víctor Mora, quien dirigió la ocupación del Regimiento Tacna en octubre de 1969, era uno de los coordinadores de la subversión en contra de la Unidad Popular, oculto bajo su cargo de gerente de una de las principales empresas forestales de la zona penquista.

Hasta hace muy pocos años, Schindler seguía investigando en Europa y en Chile los aspectos oscuros que él consideraba hubo en la muerte del cabo Aroca. Relata:

A mi llegada a Frankfurt en abril del 80 empecé a ir a la oficina que el PC tenía en la ciudad y donde se reunía la UP de esos tiempos. Como estaba sin trabajo me ofrecí a asistir regularmente y apoyarlos en lo que fuera. Ahí me encontré un día con Rafael Merino, que había sido el secretario del regional del PS en Concepción, un hombre controvertido que causó muchos problemas por su acercamiento al MIR y la formación de la Asamblea del Pueblo, totalmente al margen de la dirección socialista en Santiago. El día del asesinato del cabo Aroca ocurrieron hechos extraños y muchos dijeron que las balas habían salido del local del PS y señalaban a Marcelo Merino, hijo de Rafael, como autor del disparo. Traté varias veces de hablar con los Merino en Frankfurt y siempre me eludían. Lo hice nuevamente en Chile cuando Rafael hijo, hermano de Marcelo, trabajaba en la Dirección del Trabajo, donde su gran amiga, María Ester Feres, era la directora nacional. Ellos habían compartido el exilio en Frankfurt. Inmediatamente después del golpe se asilaron en la Embajada alemana en Chile. Rafael esa vez me dijo que si había que investigar, él estaba de acuerdo en hacerlo, resultara lo que resultara.

1.5. Un intendente que sabía demasiado

La muerte del cabo Aroca causó tal revuelo en el país que una comisión especial de la Cámara de Diputados, encargada de conocer una acusación constitucional presentada por el Partido Demócrata Cristiano, destituyó al intendente Wladimir Chávez. Lo culparon de haber violado disposiciones constitucionales en lo relativo al otorgamiento de permisos para concentraciones públicas. En su reemplazo asumió, en octubre de 1972, Fernando Álvarez Castillo, quien se convirtió en el tercer intendente de Allende en Concepción después de Egidio Contreras y Wladimir Chávez, con períodos de suplencia de Gilberto Grandón.

El 11 de septiembre de 1973, cerca de las 7:30, un piquete de carabineros de civil llegó hasta el domicilio del intendente, en calle Freire 1899; los uniformados lo obligaron a vestirse rápidamente y se lo llevaron detenido. Estuvo preso más de un mes en el campo de concentración habilitado por la Armada en la isla Quiriquina, hasta que el 5 de noviembre fue trasladado —junto con el doctor Jorge Peña Delgado y el profesor Eliecer Carrasco— a las dependencias de la Cuarta Comisaría de Concepción, en calle Salas 329, para ser interrogado por la Comisión Civil de Carabineros y el E-2, una unidad de inteligencia del Ejército. Un cuarto integrante del grupo, el expresidente del Banco Concepción, Ozren Agnic, fue llevado al estadio regional.

El interrogatorio fue ordenado por el comandante en jefe de la III División de Ejército, general Washington Carrasco, luego del hallazgo en Lota de diez ametralladoras rusas, marca AKA, con sus respectivas municiones. En las indagaciones habrían participado de manera directa los capitanes Sergio Arévalo y Alex Graft, aunque estos declararon años más tarde ante los tribunales que solo presenciaron en calidad de observadores el interrogatorio practicado por dos militares —un suboficial y un cabo— que se constituyeron en el recinto policial la tarde del 7 de noviembre de 1973.

El 8 de noviembre de 1973, Álvarez fue encontrado sin vida en su calabozo del segundo piso de la unidad policial. No hay certeza sobre la hora del deceso, pero sí del momento en que terminó el interrogatorio: a las 19:00 horas, aunque su viuda, Adriana Ramírez, sospecha que murió poco antes de la medianoche.

La muerte de Álvarez se atribuyó, según la versión oficial, a un paro cardiorrespiratorio —como informaron los periódicos El Sur y Diario Color—, pero en realidad el exintendente murió a consecuencia de un hemotórax causado

por un violento golpe en el lado izquierdo de su caja torácica, que le provocó la ruptura de vasos sanguíneos en el pulmón y la inundación con sangre del mismo. Tres informes de autopsia corroboraron esa apreciación.

Adriana cuenta que fue alertada del traslado de su esposo desde la Quiriquina a Concepción y, cuando hacía antesala en la III División de Ejército para hablar con el jefe de Servicio de Inteligencia Militar, dos detectives llegaron a buscarla y la trasladaron hasta el Instituto Médico Legal para reconocer el cuerpo y certificar la identidad de su marido. Solo la autorizaron a mirar el cadáver, pero pudo observar las yemas de sus dedos ennegrecidas y dos huellas visibles en el rostro producto de golpes, lo que indicaba que le habían aplicado electricidad.

Esa misma noche, el general Carrasco la llamó por teléfono y le dio el pésame en nombre de las Fuerzas Armadas. El militar reconoció que había hecho interrogar al intendente por una presunta internación de armas y el Plan Zeta.

Adriana Ramírez afirma que se habría roto un acuerdo entre el Ejército y Carabineros, ya que fueron los miembros de esta última institución los que se adelantaron a detenerlo en su casa el día del golpe. Y eso ocurrió por el conocimiento que Fernando Álvarez tenía acerca del verdadero responsable de la muerte del cabo Exequiel Aroca. Según la viuda, los policías condujeron a su esposo a la intendencia —antes de llevarlo a la isla Quiriquina— y lo obligaron a que les entregara un papel que mantenía en la caja fuerte donde se indicaba en nombre del asesino real del cabo Aroca. «Soy la única que sabe de ese documento, porque Fernando me lo mostró. No lo leí. Incluso me ofrecí a guardarlo, pero Fernando optó por dejarlo en la caja fuerte de la intendencia. No puedo probar que exista el documento, pero mi esposo me dijo que el responsable de la muerte del cabo Aroca había sido un oficial de Carabineros», ha insistido la viuda de la exautoridad regional.

«Los carabineros se adelantaron. Washington Carrasco, en la entrevista que tuvimos, me aseguró que el acuerdo entre las tres ramas que había en Concepción era que el Ejército se haría cargo del intendente. Esas fueron sus palabras; y que Carabineros se adelantó y él no sabía por qué», agrega.

Por la muerte del cabo Aroca solo respondió un socialista disidente, miembro del Ejército de Liberación Nacional (ELN), Héctor Figueroa Yáñez, quien fue condenado por sentencia militar a nueve años de prisión por el delito de maltrato de obra a Carabineros con resultado de muerte.

«¡Yo no disparé desde el techo del PS!», aseguró a la periodista Sonia Mendoza desde Noruega, donde vive actualmente. «Yo sé que había gente nuestra arriba, en el techo de la sede del PS. De otros techos de más atrás, le dispararon a la gente nuestra y supusimos que era gente de Patria y Libertad. Si el fiscal que me condenó hubiese querido saber la verdad, lo habría conseguido, pero no actuó de la forma correcta. Me obligaron a firmar una declaración a lo que es golpes», añadió a la periodista[7].

El juez Carlos Aldana, en la causa rol 31-2010, está investigando en la actualidad el delito de asociación ilícita y homicidio calificado de Fernando Álvarez. En el proceso los presuntos responsables son el general Washington Carrasco y los oficiales de Carabineros, Benjamín Bustos, exprefecto de Concepción; Fernando Pinares, excomisario de la Cuarta Comisaría de Carabineros —hoy Primera Comisaría—; los capitanes Sergio Arévalo Cid y Alex Graft, y el teniente Roberto Ricotti, todos integrantes de la Comisión Civil de la época, que posteriormente pasaron a integrar el Servicio de Inteligencia de Carabineros, Sicar, organismo que dependía del subprefecto de los servicios, Fernando Poo, hoy fallecido. También están involucrados Luis Ortiz Lorenzo, jefe del E-2 —unidad de la inteligencia militar—, fallecido, y dos o tres uniformados más que intervinieron en los interrogatorios a Álvarez y a otros presos políticos por el hallazgo de armas en Lota, el crimen del cabo Exequiel Aroca y el Plan Zeta[8].

En el proceso, el exjefe de la Sicar, el capitán Sergio Arévalo, declaró que, por denuncias de la época posgolpe, encontraron diez ametralladoras AKA en Lota y el general Washington Carrasco dispuso que el jefe de inteligencia de la III División enviara funcionarios del Ejército para interrogar a Álvarez. En ese contexto, a principios de noviembre, lo trajeron desde la isla Quiriquina hasta la Cuarta Comisaría de Carabineros. Una vez allí, se habilitó un lugar para interrogarlo a él y al doctor Peña Delgado. Ninguno —afirmó Arévalo— tenía información de las armas y nunca fueron sometidos a apremios ilegítimos. Concluido el interrogatorio, militares y carabineros se retiraron y a la mañana siguiente se enteró del deceso.

El teniente Roberto Ricotti García, enlace entre Carabineros y el Ejército en 1974, declaró que el interrogatorio duró entre cinco y seis minutos y trató sobre armamentos. «Se decía —afirmó— que habían llegado armas desde Cuba escondidas en bolsas de azúcar, reuniones políticas y presencia de extranjeros en la zona».

Los interrogatorios tenían un sistema inicial de ablandamiento —describió el profesor Eliecer Carrasco, exsecretario del PS de Concepción—, donde los amarraban y sentaban en una silla con una capucha, apoyándoles armas en la sien; luego los dejaban solos y antes de interrogarlos «nos golpeaban brutalmente; en una oportunidad me caí de la silla estando amarrado. Recuerdo que los primeros golpes fueron en la boca del estómago y luego recién empezaban las preguntas».Condenado a cinco años de prisión por un consejo de guerra, el abogado y exdiputado por Concepción Iván Quintana reconoció en el proceso al capitán Arévalo Cid como su torturador en la ex Cuarta Comisaría de Carabineros, donde estuvo detenido una semana antes que Álvarez, Peña y Carrasco. «Fui torturado al menos tres veces, en dos de ellas con los ojos vendados y en la última me retiraron la venda para carearme con otros detenidos. Tuve la oportunidad de ver a mis torturadores […], y entre ellos estaban los tenientes Ricotti, Jorge Offerman y Graft; y entre los carabineros, vi a Héctor Cares y Raúl Hermosilla».

Por su «participación directa e inmediata», los mismos oficiales y personal de tropa mencionados por Quintana —además del mayor Pinares— fueron mencionados al juez por el exprefecto de Concepción, también indagado en los hechos, Benjamín Bustos, quien recibió la orden de detener a Álvarez directamente del general Carrasco en la noche del 10 al 11 de septiembre.

En su informe final, la Comisión de Verdad y Reconciliación expresó sus dudas sobre las verdaderas razones del fallecimiento del intendente de Concepción:

A esta Comisión le asiste la convicción de que la muerte de Fernando Álvarez constituye una violación al derecho a la vida de responsabilidad de agentes del Estado. Se funda esta convicción en que el afectado estaba detenido desde hacía un mes, que el resultado de la autopsia concluye que sufrió heridas que no se explican sino por la aplicación de tormentos y que hay testigos confiables que supieron de su muerte durante los interrogatorios[9].

En septiembre de 2011 el juez Carlos Aldana levantó la aplicación de la ley de amnistía dictada por la Corte Suprema para este caso e inició una serie de diligencias para poder esclarecer lo ocurrido. La familia del

exintendente fue informada de la determinación, al igual que el Programa de

Derechos Humanos del Ministerio del Interior, parte acusadora en la causa y que en 2010 había presentado una querella por el homicidio calificado de la autoridad regional.

En enero de 2013, el magistrado realizó la reconstitución de la escena del crimen en el local de la Primera Comisaría de Carabineros de Concepción, aunque el trámite fue dirigido por el fiscal militar, mayor Fernando Grandón. En la diligencia estaban presentes ocho carabineros en retiro, dos de los cuales lo hacían en calidad de detenidos y como testigos del homicidio de Fernando Álvarez. El juez Aldana resolvió dejar en libertad a los dos uniformados detenidos: el exmiembro del Sicar Francisco Arévalo Cid y el integrante de una unidad de Inteligencia del Ejército José Puga Pascua. El magistrado no pudo llegar a la convicción de que Arévalo y Puga eran culpables del asesinato.

1 Entrevista con Gabriela Schindler.

2 Enrique Figueroa Ortiz y Carlos Sandoval Ambiado, Carbón: cien años de historia (Santiago: Cedal, junio de 1987).

3 Jaime Rocha Manrique nació el 4 de noviembre de 1938, en Lebu. Casado con Tomasa Maldonado, padre de tres hijos. Realizó los estudios primarios en la Escuela Pública n.° 1 de Lebu y en la Escuela anexa del Liceo de Lebu, mientras que los secundarios los efectuó en el Internado Nacional Barros Arana (INBA).

Ingresó a la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile; sin embargo, concluyó sus estudios universitarios en la Universidad de Cuenca de Ecuador, donde recibió el título de abogado en 1963. Inició sus actividades políticas en 1954, al incorporarse a la Juventud Radical de Lebu. En 1969, fue elegido alcalde de Cañete, tras la renuncia de Paulino Viveros Sagardia. Paralelamente, entre 1967 y 1971, obtuvo el cargo de regidor de Cañete. También se desempeñó como vicepresidente de la Comisión Chilena de Derechos Humanos de Concepción, además de ser consejero del Colegio de Abogados de esa ciudad desde 1985 a 1988. En 1988, fue nombrado presidente del Colegio de Abogados de la Octava Región, ejerciendo por un año. En diciembre de 1989 presentó su candidatura a diputado por la VIII Región, distrito n. ° 46 de Arauco, Cañete, Contulmo, Curanilahue, Lebu, Los Álamos, Lota y Tirúa. Resultó electo para el período de 1990 a 1994. En diciembre de 1993 fue reelecto para el siguiente

período, de 1994 a 1998. En diciembre de 1997 fue nuevamente reelecto por su distrito para el período de 1998 a 2002. Entre 2002 y 2006, fue embajador de Chile en Panamá. Murió el 1 de octubre de 2012, en Concepción.

4 El día del golpe, fuerzas militares rodearon las poblaciones de villa Mora, mientras buques de la escuadra naval de Talcahuano apuntaban hacia ellas.

5 Diario Crónica de Concepción, jueves 31 de agosto de 1972.

6 La investigación y el juicio que pendían sobre el sacerdote Raúl Hasbún, Townley y sus secuaces por autoría intelectual de asesinato y robo con homicidio fueron interrumpidos por el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Eugenio Berríos se transformó en empleado de la DINA, encargado de fabricar gases letales para asesinar a disidentes.

7 Entrevista de Sonia Mendoza, diario El Sur, 17 de agosto de 2007.

8 Los archivos desclasificados de la CIA a partir del año 1999 demostraron que jamás existió un Plan Zeta y este fue una operación de guerra psicológica de los militares chilenos, específicamente de la Armada, para justificar la represión. Uno de sus autores fue el historiador Gonzalo Vial Correa, quien el 11 de septiembre de 1973 dirigía la revista Qué Pasa, propiedad del Grupo Portada, que integraban los economistas Emilio Sanfuentes y Pablo Baraona, y los abogados Cristián Zegers, Jaime Martínez y Hermógenes Pérez de Arce.

9 Secretaría de Comunicación y Cultura, Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Santiago: Ministerio Secretaría General de Gobierno, febrero de 1991).

Capítulo II

El golpe en Concepción

Las seis historias que siguen a continuación corresponden a personas que desde muy jóvenes ingresaron al Partido Comunista y militaron siempre en la VIII Región. A la mayoría de ellos Jorge Schindler los conoció antes y durante la Unidad Popular. Sobrevivieron al golpe militar e intentaron una resistencia que pudo ser suicida. Perseguidos y acosados, algunos fueron detenidos o se entregaron voluntariamente. Al iniciarse 1974 todos, salvo uno, debieron abandonar Concepción y buscar refugio en Santiago. Allí los acogió Jorge Schindler, en las farmacias que recién comenzaban a funcionar. Estos son los relatos de sus experiencias.

2.1. Presidente de ocho mil mineros del carbón

A los setenta y seis años, Omar Segundo Sanhueza dice que tiene un apellido no más, que a su padre todavía lo anda buscando. Cuenta que su abuelo lo persiguió un tiempo para pegarle, pero su padre se corrió. Omar Sanhueza nació en Lota y asegura que nunca anduvo en parrandas. Lleva cincuenta y cinco años de matrimonio y con su compañera tuvieron siete hijos, pero se les murieron dos cuando eran niños. Recuerda que la empresa del carbón tenía un hospital y una posta. El médico era cuñado del gerente general. Cuando parían las mujeres, las retaba, las trataba mal. A más de alguna le pegó su empujoncito. Una vez las compañeras le dieron una fleta al doctor en la misma posta.

Estuvo en la escuela entre 1946 y 1952 y llegó hasta sexta preparatoria. Era el mejor alumno de su clase y siempre lo elegían presidente de curso y mejor compañero. El último año le ganó un ruso cuya familia venía arrancando de la Segunda Guerra Mundial. Su profesor más querido era Fernando Pérez, el mismo que muchos años después apareció condecorando al primer alcalde que el

general Augusto Pinochet puso en Lota después del golpe militar.

Una vez lo llevaron a la Escuela Normal Rural Experimental de Victoria, pero allá lo segregaron porque le dijeron que todos los mineros eran comunistas, rotos y cuchilleros. Omar Sanhueza aún cree que la represión a los comunistas que hizo Gabriel González Videla fue mucho más feroz que la ejercida por los militares en 1973. A su hermano lo relegaron en 1947, junto con cientos de mineros a los que en trenes y camiones se los llevaban de la zona del carbón.

Tenía recién nueve años de edad cuando entró a los pioneros. Toda su familia era comunista. Su memoria aún no le falla. Empezó a trabajar el 11 de enero de 1955, el mismo año en que el 5 de octubre hubo una gran explosión de gas grisú que mató a decenas de mineros. En 1960 lo eligieron presidente de la Comisión Juvenil Sindical, cargo que desempeñó hasta 1964, cuando el partido lo llevó como candidato al sindicato adulto. Sanhueza asegura que era uno de los mineros más educados. «Yo les sacaba la cuenta a los viejos porque había muchas faenas que no se pagaban. Trabajábamos doce horas y había cuatro horas —el tiempo que nos demorábamos en llegar y salir de los piques desde la superficie— que no se pagaban».

Cuando lo postularon al Sindicato Minero por primera vez, supo de las veleidades de la política. Algunos compañeros corrieron la voz de que era seguro que Omar sería elegido, así que era mejor votar por otro candidato, un advenedizo que había llegado procedente de los empleados de bahía, un oportunista que no dudaba en hablar mal de Galvarino Melo y de Jorge Montes, dos dirigentes comunistas que Sanhueza respetaba tanto como a sus padres.

El 9 de agosto de 1965 llegó a ser dirigente del Sindicato Industrial Minero de Lota, el más grande de la zona del carbón, con ocho mil mineros afiliados. Tres años después, en 1968, ocupó la presidencia del mismo. «Los viejos sacaron a Luis Fuentealba, que defendía a los puros barreteros. Yo era apir, el de más abajo en la escala de faenas: nosotros éramos como los ayudantes de los contratistas, que eran los que enmaderaban los frentes. Más arriba estaban los barreteros, los paradores, el capataz y el mayordomo».

En 1969 le comunicaron que no iría a la reelección en el sindicato. Sobre ese episodio no quiere hablar: «El partido sabrá lo que hace. No es bueno recordar por qué me sacaron», dice. Al año siguiente, sin embargo, las jefaturas comunistas recularon y Sanhueza nuevamente fue elegido presidente con la

primera mayoría, y allí se mantuvo durante toda la Unidad Popular, tratando de aumentar la producción y evitar las huelgas que promovían los miristas y los sectores socialistas más radicales. En eso, llegó el golpe militar.

Al recordar aquel tiempo, Omar Sanhueza pide disculpas porque usa «algunas palabras poco diplomáticas» y empieza a hablar.

El 11 teníamos una reunión a las nueve en la casa de huéspedes de Schwager con la cúpula empresarial. Llegaron a mi casa en un vehículo Isidoro Carrillo, Wladimir Araneda y Danilo González (el «Candy»). «¿Y tú no estay escuchando la radio El Carbón?», me dijo Wladimir. Los pacos le habían prohibido a la radio dar las noticias, solo podían transmitir música. Los compañeros se fueron y yo me fui a la administración; no había reunión.

El partido ordenó sacar a la gente de la mina. Eran cuatro piques: Chiflón Carlos, Pique Grande Arturo, Pique Nuevo y Pique Alberto, algunos unidos abajo. Salieron casi todos, solo quedaron algunos bombeando el agua para que no se inundara la mina. Les dijimos que había un golpe de Estado, pero no sabíamos qué pasaba en Santiago. El partido mandó gente a Concepción en busca de noticias. Yo junté a mi gente en el barrio Chiflón y después fui al barrio Arturo. A todos les dije que las balas no preguntan color político ni religioso. Algunos pensaban que un regimiento iba a estar con nosotros.

Al día siguiente hubo acuerdo para que ningún dirigente durmiera en su casa. Ese mismo día en la Escuela Arturo, cerca del retén de Calero, tomaron a Luis Flores y a Dino Vásquez, mis compañeros de partido. Habían estado reunidos con la dirección. Se corrió la bola de que estaban agarrando a los dirigentes y los estaban matando. Hablé con algunos dirigentes. Les dije que no hiciéramos la huevá más dramática y dura para la gente y les pidiéramos que salieran a trabajar.

A mí me llegó orden de que tenía que entregarme. Me lo mandaron a decir con una compañera. Yo estaba en otro lugar. Le pregunté quién había dado la orden y la compañera me respondió que no podía decirme quien había sido. «Si ese

chucha de su madre quiere entregarse, que se entregue él», le dije. «Lo primero que hacen los fascistas es descabezar al movimiento obrero. Ustedes no saben qué es el fascismo. Yo voy a enfrentar a estos huevones, para eso hice el servicio militar en el Chacabuco». Tiempo después me encontré con la compañera y ella se puso a llorar. «Me alegro de que usted no se haya entregado», me dijo.

Me quedé y me fondié. Salía por las noches con hambre y cagado de sed. A la gente le habíamos dicho que trancaran las puertas de sus casas y, aunque amenazaran con echarlas abajo, no las abrieran. Una de esas noches, pese a las advertencias, una compañera me vio por una rendija, salió y me dio agua.

Omar llora, se seca las lágrimas, vuelve a mirar de frente y continúa su relato.

Cada vez que podía le insistía a los compañeros: «No hagan cagadas, estamos cocinados, aquí lo único que podemos hacer es tratar de salvar la vida». Discutí con los miristas y socialistas que llamaron al paro el año 72 contra Allende por huevás políticas. Yo paré esa huelga. El mirista principal era presidente del Sindicato Metalúrgico de Coronel. Arrancó de la zona del carbón y lo mataron en Chillán.

El 12 de octubre logré salir en una micro hacia Ñuble. Los milicos interceptaron el viaje y nos hicieron bajar a todos con los carnés en la mano. Estoy seguro de que uno de ellos me reconoció, pero en ese tiempo hacían el servicio militar muchos hijos de mineros y lo más probable es que haya sido uno de ellos. «Siga no más», me dijo el soldado. Después, el partido me mandó a buscar para que volviera porque el general Washington Carrasco quería hablar con los dirigentes sindicales para solucionar los problemas que había[1]. La asamblea se hizo frente al teatro de Lota Alto. Los milicos no se atrevieron a hacerla en el teatro porque temían que les tiraran una carga de dinamita. En la reunión estaban Elgueta y Maruri, los jefes locales de Carabineros e Investigaciones. El general Carrasco dijo que si allí había alguna persona que hubiera sido golpeada, que lo dijera. Se escuchó solo un breve murmullo. Luego a los dirigentes nos llamaron a una reunión a la administración. Allí me comunicaron que podía bajar a la mina a trabajar cuando quisiera. Nos advirtieron antes que el sindicalismo ahora estaba

proscrito y que tampoco tendríamos dirigentes sindicales.

Trabajé como cuatro días y al quinto me fueron a buscar a la casa en la noche. Llegaron pacos, tiras y milicos. Hicieron una fila india y entró el sargento Moscoso, un paco grandote. Me golpearon en la cara con una metralleta y me sacaron sangrando a culatazo limpio. Había dos camiones esperando. Tenían detenido a García, el tercer hombre del partido, secretario sindical. Nos llevaron a la comisaría y nos dieron como caja. Me pusieron capuchón, pero les conocí el habla a todos. Me metieron un palo entre los brazos y la espalda, y me arrastraban hasta golpearme la cara con una viga vertical. La sangre me corría por los hombros y el pecho. Me sometieron a tres o cuatro interrogatorios esa noche y en la madrugada. Buscaban armas en Colcura y Chivilingo y decían que yo era comandante. En la mañana me tiraron en un calabozo y a los tres días me llevaron a la Cuarta Comisaría de Concepción.

A las 5:50 del 22 de octubre fusilaron a Isidoro Carrillo, Wladimir Araneda, Danilo González y Bernabé Cabrera. Cuando yo llegué a la Cuarta Comisaría ninguno de los que estaban detenidos allí sabía de la ejecución y no me creían

De ahí nos llevaron al estadio regional, éramos unos noventa. Había unas dos o tres mil personas y todos estaban en un silencio sepulcral por el fusilamiento de los compañeros. El estadio estaba a cargo de los militares, pero nos cuidaban los gendarmes. Allí vi al doctor Peña, socialista; al doctor Carrasco; al doctor Vargas; a Mario Benavente, y a tantos otros. Dormíamos en los pasillos y camarines sobre viruta de madera. El jefe del campo era el capitán Sánchez, a quien habían ascendido a mayor. Apenas llegamos interrogaron al Fedor Carrillo, hijo de Isidoro, y luego lo encerraron en una especie de ratonera.

Estuve tres meses ahí. Luego nos llevaron a la cárcel de Concepción, donde había unos trescientos presos en cada celda. De allí, al campo de concentración de Chacabuco, cerca de Antofagasta. Nos llevaron en un avión Hércules y pensábamos que nos iban a tirar al mar. Allá estuve otros tres meses y después

me trasladaron a Santiago, a Tres Álamos, de donde salí libre el 14 de diciembre de 1974. Poco antes de abandonar el lugar conversé unos minutos con el compañero Luis Corvalán.

Volví a Lota. El paco Elgueta era ahora el gobernador de Lebu y ya había una nueva dirección clandestina en el partido que dirigía una compañera. No había pega, me seguían y no quería caer preso de nuevo. Pensé incluso que me podían matar. Me fui a Santiago, sin plata, sin nada. Caminé por las calles buscando toparme con algún compañero conocido, pero nada. Terminé durmiendo debajo de un puente en el río Mapocho. Un día me encontré con un viejo compañero de Concepción. Me dijo que fuera a una farmacia en la villa México, cerca de Maipú, que ahí me podían ayudar. Llegué allá y me dijeron que sí, que me podían dar trabajo, comida y alojamiento. Me quedé un largo tiempo.

2.2. Almuerzo el martes 11 con los jefes policiales

A los sesenta y tres años, Abelardo Campos Sánchez sigue siendo un activo dirigente del Partido Comunista en la zona de Coronel. Ingresó a la Empresa Nacional del Carbón (Enacar) en 1968 y, en 1971, estuvo a solo seis votos de ser elegido regidor por Lota junto con Danilo González, Isidoro Carrillo y Manuel Sanhueza. Durante la UP integró el Sindicato Metalúrgico de Enacar, fue dirigente nacional de la Federación Minera y tesorero de la CUT provincial de Concepción. Recuerda que los sindicatos del carbón reunían a más de dieciséis mil trabajadores, un poder de consumo que era decisivo para los empresarios y comerciantes de la región. La instalación de la radio del Carbón, por ejemplo, propiedad de Nibaldo Mosciatti Moena, fue posible gracias a la mediación de los dirigentes sindicales, quienes cumplieron papeles relevantes en diversas iniciativas para el desarrollo de la zona[2]. El golpe militar lo sorprendió siendo jefe de Transporte y Movilización de Enacar y teniendo responsabilidades que se extendían entre Lebu y Antofagasta

Habla Campos:

Como todos los días salí de mi casa a las siete, y minutos después estaba instalado en mi oficina. No advertí nada irregular. Sonó el teléfono y era Gerardo Espinoza, el gerente de producción, el segundo en el mando, que estaba en Santiago. Preguntó cómo se veían las cosas y le respondí que el primer turno ya estaba en la mina y todo el resto, normal. Espinoza me dijo que en Santiago había un intento de golpe, que había que estar atentos a cualquier llamado e informarles a los compañeros. Llamé a Juvenal Valdés, que era el secretario regional del partido y le conté. Como a las 11 de la mañana, Valdés me dijo que había que subir a todo el turno a la superficie. Salieron los viejos, se reunieron en el patio del pique y empezaron a preguntar qué ocurría. Omar Sanhueza y otros dirigentes les comunicaron que estaba en marcha un golpe de Estado y los viejos comenzaron a pedir armas para defender al Gobierno. Se hablaba de que los cubanos habían traído armas, pero lo que traían era azúcar. A mí me tocaba recibirlos como tesorero de la CUT.

El 11 yo almorcé con los jefes de Carabineros e Investigaciones en el club social de la Enacar. Llegó el mayor Gastón Elgueta Bahamondes y Maruri. Nos dijeron que sabían que había un golpe pero que ellos estaban con nosotros. No les habían informado ni ordenado nada. El almuerzo se hacía una vez a la semana para conversar. Asistió también el jefe de Bienestar, el radical Milton Rivera.

En la tarde, algunos dijimos que había que hacer algo, tomarnos el Cuartel de Carabineros, en la plaza de Armas, cerca del sindicato, donde hoy está el BancoEstado; la subcomisaría, donde hoy está la comisaría, y los retenes que había en cada pique, con tres o cinco carabineros. No pasó nada y terminé yéndome para mi casa.

El miércoles 12 volvimos a trabajar. A mí me pararon en el portón de entrada. Los celadores me dijeron: «Compañero Campos: usted no puede entrar a la empresa». «¿Por qué?», pregunté. «El gerente Alfredo Díaz dio la orden». Alfredo era gerente de Relaciones Industriales, de derecha, pero mantenía buenas relaciones con nosotros. Insistí en entrar a sacar mis cosas y el propio Díaz me dijo: «Entra, saca tus cosas rápido y ándate por otro lado. Te andan

buscando». Salí por atrás en un jeep que tenía a mi cargo. Llegué al taller, dejé todas mis llaves y saqué un Fiat 600 en el que me fui a Colcura[3]. A mi compañera, que también era dirigente del partido, y a mi suegra las tomaron presas para que dijeran dónde estaba yo.

Entre el 12 y el 17 de septiembre casi todos los miembros de la dirección del partido vivimos juntos en Pueblo Hundido, Polvorín y otros lugares cercanos a Lota. La dirección del Regional Carbón, que abarcaba Coronel y toda la provincia de Arauco, estaba integrada por quince personas, entre ellas: Juvenal Valdés, Vladimir Araneda, Danilo González, Lucio García, Juan Garcés, Romilio Garcés, Santiago Concha, Germán González, Rivera, yo…

El mayor de Carabineros Gastón Elgueta hizo un llamado para que se presentaran ocho dirigentes a conversar con él: Danilo, Wladimir, Isidoro, Juvenal Valdés, Santiago Concha, Luis Fuentealba, Germán González y el que habla. Cuatro no nos presentamos.

Elgueta se reunió con ellos en la comisaría el día 17 y, al otro día, los detuvieron. El compañero Bernabé Cabrera, dirigente de Celulosa Arauco, fue apresado también porque andaba con ellos. A Fuentealba, que era diputado, lo tomaron en la calle. Las mujeres convencieron a Juvenal, a Germán y a mí para que no nos presentáramos. A los cuatro que se entregaron los llevaron a la comisaría, los tuvieron un par de días y luego los soltaron y les dijeron que no les iba a pasar nada, pero más o menos el 28, en la noche, llegaron otra vez a sus casas y los volvieron a detener. De ahí hasta el 22 de octubre, cuando fusilaron a los cuatro. El cura Pedro Campos Menchaca les fue a dar la extremaunción y vio a Fedor Carrillo llorando por su padre.

A comienzos del año 74 tuve que irme de la zona. Llegué el 14 a Santiago y los viejos del partido me dijeron que me quedaría unos quince días y luego saldría para la Unión Soviética. Poco después aparecieron Víctor Díaz y Pascual Barraza y me dijeron que no me iba y que debía integrarme a la Federación

Minera, a trabajar en la pública con Alamiro Guzmán, Carlos Pozo y otros dirigentes. Tuve que cortarme el pelo, engordar bastante y dejarme barba. Yo salía con el «Loco» Cuevas, un viejo grande y choro de la construcción con quien visitábamos sindicatos y tratábamos de organizar a la gente.

El año 75 pasé a la clandestinidad, en la interna, trabajando con Nicolás López (Manuel), «Chueco» Gallardo y «Montoya». Me mandaron a provincia, a hacer unas tareas en Copiapó y La Serena. Volví a Santiago el 76 y las cosas se pusieron difíciles. Por un dato de un compañero llegué a la farmacia de la villa México. Allí me encontré con el «Pelao» Ibáñez, Sergio Aguayo, Damián Trujillo y otros compañeros que aparecían de vez en cuando, como Carlos Fuchslocher, a quien había conocido en Lota.

Arrendé una casa cerca de la farmacia y me llevé a mi mujer y a mi hijo. Trabajaba como ayudante de bodeguero, hacía compras con Aguayo y depositaba platas en el Banco del Estado. Más tarde me fui a la farmacia Principal, al lado de la plaza de Maipú, donde luego llegó mi cuñado, Lucho Pane, y el profesor Luis Vargas, un químico que era exdecano de la Universidad de Concepción. Por esa época se abrieron otras farmacias en La Florida y en Curacaví. Ya habíamos como treinta y cinco compañeros trabajando en ellas.

2.3. Un misil antiaéreo en los cerros de Coronel

A Santiago Concha Pérez su madre le dijo desde muy niño que los comunistas eran todos cogoteros, que se vestían de negro y usaban el cuello de las chaquetas levantado. Casi se lo cree. Desde pequeño fue bueno para los deportes, como fondista, lanzador de jabalina o bala en el estadio Atlético de Concepción. Un amigo talquino de la adolescencia le prestó una vez un folleto de Robert Owen, el socialista utopista inglés, que fue su primer paso hacia la izquierda. De allí a las Juventudes Comunistas quedaba un breve trecho. Santiago tenía un tío que era boletero en el teatro Cervantes, cerca de la plaza de Armas en Concepción.

Allí acudía con frecuencia a ver los estrenos que llegaban a la ciudad. En una ocasión se encontró con una película húngara muy crítica de la Unión Soviética, donde los comunistas eran crueles, torvos y se vestían igual a como se los había descrito su madre. No le dio mayor importancia, pero, algunas semanas más tarde, al golpear en la sede del Partido Comunista local, no pudo evitar estremecerse cuando le abrió la puerta un hombre entero de negro que le sonrió dejando entrever un solo diente en su boca. Era igual a los que mencionaba su madre y a los que aparecían en la película húngara.

«¿Qué desea, joven?», le preguntaron con voz muy ronca. «Quiero militar en la Jota…», respondió apenas. «Pase, compañero», fue la tan esperada respuesta.

Adentro estaban Jacinto Nazal, el entonces secretario de las Juventudes Comunistas, y Galvarino Melo, el viejo obrero que más tarde sería diputado y célebre dirigente de la Federación Minera de Chile.

El trámite fue expedito y lo mandaron de inmediato a un congreso de estudiantes industriales en Santiago. Tenía que llegar a un local en la calle Catedral y conectarse con un tal Fernando Gallardo, el «Cachencho», que le presentaría al compañero Hugo Fazio. Cuando estaba esperando el bus que lo llevaría a la capital, desde un microbús en movimiento le pegaron un grito para que se acercara. Era Nazal, que al vuelo le pasó el carné azul que lo acreditaba oficialmente como jotoso. Corría el año 1958.

Santiago Concha estudió para mueblista en la Escuela Industrial y de Pesca de Talcahuano. En una oportunidad llegó una atractiva profesora española llamada Anita Labbé, que tenía el hábito de sentarse en su escritorio con las piernas cruzadas. La curvilínea anatomía de la maestra hacía transpirar a los treinta adolescentes que se preparaban para ser mueblistas, pescadores, carpinteros de ribera y conserveros. Un día la maestra se molestó porque los jóvenes no dejaban de mirarle las piernas. Santiago asumió la defensa: usted es una provocadora, porque nosotros ya somos grandecitos y con esas piernas delante ninguno de nosotros puede concentrarse en otra cosa. La profesora abandonó la sala. Minutos después, en el recreo, un profesor conocido llamó a Santiago a un lado y le dijo: «Santiago, traten de ser más cuidadosos, Anita y yo somos la célula del partido aquí y deben respetarla».

Concha evoca:

En 1967, el secretario de la Jota era Roberto Molina, pero se enredó con la compañera Edita González, y los viejos, que en ese tiempo eran muy moralistas, lo mandaron para Temuco y trajeron a Juvenal Valdés, que poco más tarde, siendo todavía de la Jota, asumió como el primer secretario regional del partido en la zona del carbón. A Tito Molina los militares lo asesinaron en el Regimiento Tucapel, en Temuco, después del golpe.

Empecé a trabajar con Juvenal. Yo vivía en Lo Rojas y un día me preguntó: «Oiga, compañero, ¿en qué se va p'a su casa?». «En micro poh». «No po' iñor; vámonos en tren». «Pero, chucha, vamos a llegar a la hora del loly». «Entienda: el tren es estatal, estos huevones son privados. Tenemos que ayudar al Estado». Empezamos a irnos todos los días en tren y todos los días Juvenal me preguntaba: «Oiga, compañero, ¿qué le pareció el editorial de El Siglo ayer?».

Me acostumbré a leer El Siglo entero todos los días. Juvenal era muy riguroso en torno a la vida partidaria. Pausado, le gustaba documentarse. En ese tiempo El Siglo era muy bueno y daba la línea del partido. Entré a la escuela de cuadros que dirigía y todas las mañanas nos hacía una prueba de dos horas sobre distintos temas. Se reía poco y cuando se enojaba era huevá seria. Era un hombre que uno aprendía a querer y admirar.

Otro viejo que inspiraba gran respeto era Adolfo Vivanco, que también fue secretario regional del partido un tiempo. Una vez, en un tren hacia Arauco, para el Cuarto Congreso de la Jota, me dio una charla sobre la moneda y cómo se forma el capital y el dinero. Nunca la he podido olvidar y tampoco he vuelto a escuchar una explicación tan clara y simple. Vivanco murió de un infarto en Moscú, en los brazos de Luis Corvalán.

Santiago Concha tiene sesenta y ocho años y sigue casado con Norma Hidalgo, exalcaldesa de Coronel y una de las grandes dirigentes femeninas del partido en la zona. El día del golpe Santiago era miembro del secretariado del Comité Regional.

Recuerda:

El 11 en la mañana partimos para Lota, al regional, y nos juntamos en la parte de atrás de la empresa. Vi que el «Chirola» [Isidoro Carrillo] estaba allí. Una delegación del partido fue a hablar con los mineros. Ellos pidieron armas, pero no había. Yo partí a las casas de seguridad con Danilo González y Wladimir Araneda. De ahí a poner en operaciones a los grupos chicos, ubicados en una decena de lugares con la gente acuartelada. El día 13 íbamos a lanzar el ataque a las comisarías, había que bombardearlas con dinamita. Hicimos una breve inspección y nos encontramos con que en Paillalú estaban todos los viejos curados, los que iban a atacar el retén.

Por Radio La Habana se decía que los mineros del carbón estaban viajando a Santiago.

La instrucción era atacar y ocupar las comisarías cuando en Concepción se hiciera lo mismo, pero allá estaba la zafacoca. Recibimos una orden de no marchar a Concepción.

En la sede del partido en Coronel apareció un misil antiaéreo. No sé como chucha llegó la huevá. Estaba desarmado y hubo que sacarlo. Tres cabros de la Jota lo llevaron a Lota por arriba de los cerros. Teníamos también una punto 50, un par de metralletas y algunos revólveres. Yo andaba con uno que me había pasado el mayor de carabineros poco antes del golpe. En eso llegó una orden de recoger el material que había. A buena hora porque habría sido una carnicería la yegua. Arriba de los cerros, en Coronel, estaban esperando unos veinticinco viejos cargados con dinamita. No iba a quedar nada en el centro, y después ¿qué hacíamos?

Orden de entregarse no hubo y en eso soy categórico, porque yo trasmití a Danilo González y a Wladimir Araneda que tenían que salir para el sur. Carrillo insistió en que había que ir a la intendencia.

El 13 sacaron a Juvenal Valdés, a Mario Benavente y a Moisés Zamora —el político militar que no funcionaba— hacia Concepción. En la tarde dieron una nueva orden: todos en sus lugares de trabajo.

No pude aguantar mucho. Tuve que salir para Santiago el día 18. Me subí a un bus LIT y vi en el diario que habían fusilado a Sergio Gutiérrez Rivas, un cabro que era minero y que había sido secretario regional de la Jota. Una vez el Checho Weibel me pidió gente para unas tareas y yo conversé con Sergio y partió para Santiago un mes antes del golpe. Vivía en una población donde detuvieron a unos miristas y de paso se lo llevaron a él. Lo dieron por muerto y lo llevaron a la morgue, donde quedó vivo entre medio de los cadáveres[4].

En Santiago hice contacto con la hija de Julieta Campusano en la plaza Almagro. Después me volví a Coronel y, pocos días más tarde, cayó Jorge Montes. Un día andaba hueveando en el sector de Lorenzo Arenas, en toque de queda, y me detuvieron los navales. Me llevaron a Talcahuano, me empezaron a chequear y me ubicaron. Me sacaron la chucha, pero salí a los cuatro o cinco días gracias a una gestión que hizo el general Ervaldo Rodríguez. Él fue comandante del Regimiento Chacabuco cuando mi papá era suboficial y carpintero de esa unidad.

El 25 de octubre viajé de nuevo para Santiago con mi mujer y con Walterio Carpenter, que había sido secretario municipal en Coronel. Nos contactamos con Mario Zamorano y luego nos fuimos a meter al hotel Sparta, en San Diego con Alonso Ovalle, que estaba lleno de comunistas. Todos los dirigentes sindicales iban allí a dormir. El dueño era un griego comunista.

A los pocos días nos llegó la orden de Mario Zamorano de que nos asiláramos en la Embajada de Francia y que ahí conectáramos con Silvia Soto y Manuel Cantero, que estaban adentro. Pasamos el año nuevo de 1974 en Francia.

2.4. El fracaso de un llamado a la sublevación popular

Millaray Brito Siade es hija de un exoficial de Carabineros que, siendo muy cercano al Partido Radical, llegó a ser presidente del Frente de Acción Popular en 1969 y luego gobernador de la UP a partir de 1970 en Loncoche, unos pocos kilómetros al sur de Temuco[5]. Su madre, hija de inmigrantes palestinos, era una mujer más bien conservadora. En septiembre de 1964, cuando Millaray tenía catorce años, entró a militar a las Juventudes Comunistas. A las reuniones de su célula acudían solo campesinos, todos pobres y con ojotas. Ella llegaba con botas e impermeable.

Se fue a estudiar las humanidades a Concepción, luego entró a la carrera de Historia y de ahí, a pedido de la Jota, a Periodismo en la Universidad de Concepción. No le gustaba trabajar con los universitarios y le solicitó al «Choño», el compañero Manuel Sanhueza, encargado nacional de Pobladores, que la enviara a trabajar al sector de la Agüita de la Perdiz, un verdadero reinado de la miseria en la ciudad penquista. Millaray pronto cambió sus hábitos y su apariencia. Carlos Contreras Maluje, miembro del Comité Central de la Jota y luego regidor del partido en Concepción, le decía que ella no se había proletarizado, que más bien se había lumpenizado. «Cuando llegaste aquí andabas con aros y pulseritas… Mírate ahora como andái», la retaba.

En 1972, para el congreso de la Jota, siendo la encargada regional de propaganda, el partido la pidió para la campaña de Allende. Pasó por varias funciones: encargada de Pobladores, Propaganda, Comisión Orgánica… Era mandona, pero también muy eficiente. Vivía en Lambé, en unos departamentos de la Corhabit, con Marcela Bravo, que era directora de la Junji; y ella dirigía la Junaeb[6]. A comienzos de 1973 la llamó a Santiago, a la Comisión de Control y Cuadros, el compañero Uldarico Donaire («Rafael Cortés»), y le dijo a la gente de la Junaeb que era el colmo que se farrearan a un cuadro político como ella.

Ahora, a los sesenta y tres años, Millaray recuerda:

En la mañana del 11 partí al partido, a la sede de Caupolicán. Llegué a las nueve y me encontré con los compañeros que cuidaban el local: el «abuelo» Marco

Ramírez y unos cuadros de la Agüita de la Perdiz que estaban en la puerta. Hay que quemar. Si hay que quemar la sede, la quemamos, les dijimos, y empezamos a quemar todo, sobre todo lo referido a organización. Luego nos fuimos.

La primera reunión del secretariado fue en una casa cerca de Laguna Redonda, una casa nueva de un hermano del «Choño», el compañero Sanhueza. Ahí nos juntamos Mario Benavente, Solís, Trujillo... El «Abuelo» Marco no fue. El compañero Benavente me producía veneración porque era miembro del Comité Central… y de ahí ya corría puro centralismo.

Se les ocurrió la brillante idea de llamar al pueblo a la insurrección. Se le ocurrió al compañero Juan Bautista Bravo, que era el presidente de la CUT. Entonces, el partido ordenó: los muchachos de la Jota que vuelen las torres de no sé dónde, también los servicentros. Y hay que sacar la gente a las calles, el día 13, en la mañana.

Yo empecé a recorrer los comunales y las células y citamos a la gente para el jueves 13, a las once de la mañana, en Prat con Barros, en pleno centro de Concepción. En una esquina se juntaron unos cuarenta y en la otra, al frente, unos treinta. Hacíamos de cabeza el Bravo y yo. No sé cómo no nos mataron a todos. En un momento nos miramos, subimos los hombros y nos fuimos, rapidito.

En los días siguientes recorrí los comités locales —los actuales comunales— ordenándole a los compañeros que se submarinearan, que había que esperar órdenes superiores, que tenían que cuidar la organización. Tratamos de que la gente mantuviera la orgánica pero sin arriesgar la vida. Yo entendí que lo que ocurría era de vida o muerte. Les dije a los compañeros que se cuidaran, que esperaran un poco para reunirse, que se mantuvieran comunicados. Los comunales del Regional Concepción eran Tomé, Penco, dos en Concepción y luego un tercero, Santa Juana, San Rosendo, Coelemu, Campanario, Yumbel... También estaban los regionales de Talcahuano y el Carbón.

Con la Ester Araneda, el Padilla y yo, todos de la Jota, formamos un comité regional improvisado. Los demás estaban fondeados. Al compañero Benavente no lo podíamos arriesgar porque era del Comité Central y lo iban a detener al tiro, como efectivamente ocurrió; el compañero Solís era diputado y lo sacamos para Chillán disfrazado de huaso. «No te vayas a reír, chucha'e tu madre, porque te van a pillar a la primera», le decíamos. Tenía los dientes de oro y una sonrisa muy típica. Lo metimos en un tren, en un coche de tercera, con una maleta de mimbre, terno oscuro cruzado y sombrero.

Al compañero Benavente no sé dónde lo fondeamos, en una casa de una compañera vieja por ahí por calle Barros. Por esos días llegó Jorge Montes. Se hizo cargo de Concepción y tuvimos que entregar a Benavente para que soltaran a su mujer. No soportó que la torturaran y se fue a entregar a Investigaciones. Más tarde, para justificar su debilidad, llegó a Moscú y acusó a la Ester y a Padilla de haberse enquistado en la dirección del partido.

Yo pedí autorización para ir a ver a mis padres en Loncoche. Entonces me fui. Llegué el 10 de noviembre a las cuatro de la tarde, y a las dos de la mañana estaba detenida en la FACh. Me delató la gente de Patria y Libertad de la zona, un tal Segundo Contreras, que llegó a mi casa a detenerme. Cuando entró, mi mamá casi se volvió loca y se puso a gritar: «¡Oficial…! ¡Sáqueme a este proxeneta de mi casa…!». Después, cuando me estaban llevando con la vista vendada, les volvió a gritar: «¡No me la vayan a violar…! ¡No me la vayan a violar…!».

Me llevaron a la base Maquehue. Fui la primera mujer detenida. Llegué junto con el compañero Ferreira y el compañero Veloso, que tenía una ferretería y era radical. Él era diabético y le dio un coma. Yo sentía cómo gritaba. Uno de los milicos me sacó la venda y me tiró unas frazadas. Estaba en una especie de sala de guardia donde había una litera. Temía por mi papá, que le diera un infarto, como le dio. Yo pensaba que mi papá no sobreviviría a una detención.

Me empezaron a interrogar. Me preguntaban por armas, por quiénes eran los dirigentes del PC. Yo les decía que Corvalán. Creían que yo era del MIR y mi gran defensa fue que yo era comunista.

«¿Pero cómo Martita?», me decía Cantarutti, que había sido un constructor civil de Obras Públicas, que después del golpe se puso el uniforme FACh. Martita es mi primer nombre y así me llamaban en mi familia. «¿Por qué tú afirmas que eres comunista?», me preguntaba. «¡Pero si Cristo también era comunista y luchó por los pobres!», le respondía yo haciéndome la huevona. «¿Pero si te matan?». «A Cristo también lo mataron…».

Me dieron algunos charchazos[7] y me hicieron dos simulacros de fusilamiento. Había un interrogador que hacía de bueno. Entraba y me decía: «Yo también tengo una hermana que es del MIR y trabaja en la usina de Huachipato. ¿En qué quieres que te ayude? No digas esto, no digas lo otro». Yo, mutis, no hablaba nada.

Después entraba otro más o menos lanzado. «¿Por qué si tú eres tan linda, cómo eres comunista…? En ese partido hay puros tipos degenerados… Y tú eres una preciosura de niña, un encanto de mujer». A los tres días me soltaron y me fueron a dejar a la puerta de mi casa. La FACh me prohibió volver a Concepción. «Si no estás con tus padres te vamos a ir a buscar y a detener, me advirtió un oficial».

Seguí en Loncoche hasta 1974. Ahí apareció mi tío Fad y me dijo: «¡Ya! ¡Nos vamos, porque si no tú te vas a meter en quizás que huevá!». Y me llevó a trabajar en un campo maderero. Yo era la segunda en la administración. Ahí nos mataron al compañero San Martín[8] que fue el único detenido desaparecido de Curacautín.

Luego me fui a Carahue, porque mis padres cayeron detenidos. Mi papá estuvo preso como tres meses. Después lo relegaron. Me quise ir de nuevo a Concepción, pero me contestó que no, que no me lo iba a permitir nunca más. Entonces viajé a Santiago. Me contacté con gente del partido, con Carlos Fuchslocher, y empecé a trabajar como enlace del Comité Central. Ahí cayeron los cabros de la Jota y a mí me tocó tipear el informe que salió al exterior con los nombres del Basoa, del Estay, del Mallea, del Paredes; incluso iba el nombre del Flaco Arriagada. Cuando empecé a escribir y apareció el nombre del Juan Carlos Arriagada yo dije: «¡Nooo. Esto no puede ser!». Le dije al Fuchslocher: «¡Esto yo no lo escribo! ¡Esto es mentira!». El Flaco fue mi maestro y no era traidor, como efectivamente se confirmó después. Carlos me insistía en que eso era lo que se decía. El informe se redactó en el primer semestre de 1975, antes de que cayera la gente de calle Conferencia. Una vez me encontré con el Carlos Paredes en la calle y me dijo: «Hola, Millaray, ¿cómo has estado?». «Pensé que estabas afuera», le contesté. «Mira las tonteras en que nos ha metido el partido. Los comunistas me defraudaron…», le dije mientras tiritaba por dentro.

Yo vivía en un departamento en Los Presidentes, en Ñuñoa. Ahí llegaba el compañero que era el encargado nacional del partido, el secretario interno, que nunca he sabido como se llamaba, que era un compañero bien alto, delgado y canoso. Él era el encargado después de que cayeron los otros. Yo tenía que entregarle informes de ciertas cosas.

Después empecé a trabajar con el Fuchslocher, que era el encargado nacional de Finanzas del partido en ese minuto. Ahí cayeron los compañeros de Finanzas en Argentina. Algunos se curaron y empezaron a pagar con dólares; los detuvieron y luego la cola llegó hasta acá y agarraron a todos los enlaces. Nos salvamos una niña que se llamaba Angélica, que nunca más la vi, yo y el Fuchlocher, los tres. Ahí cayó un compañero en la Gran Avenida que se iba a juntar con el Fuchlocher, lo detuvo la DINA en la calle. Después cayó el compañero que tenía un quiosco de diarios en la Alameda, al que le pegaron un balazo en la frente, y también cayó la compañera que llevaba plata a la calle Conferencia.

Paralelamente, yo trabajaba desde el 75 con Jorge Schindler en las farmacias, era su ayudante y hacía las relaciones públicas, las compras, los pagos, las prórrogas de los cheques. Cuando cayó la primera dirección logramos salvar a Gaspar Díaz. Yo iba todos los días a ver a Gaspar al departamento, le llevaba los diarios, comida y me quedaba con él. Lo fondeamos en un departamento de la villa México que se consiguió Jorge Schindler. Jorge usaba toda la plata que salía de las farmacias para ayudar al partido; jugó un rol fundamental en salvar gente, dar pega y comida, conseguir alojamientos… Trabajábamos como sesenta comunistas en todas las farmacias.

2.5. «Mi decisión podía servir para liberar a mi esposa»

Mario Benavente Paulsen nació en 1929, en Collipulli, provincia de Malleco. Profesor de Castellano, Filosofía y Ciencias Sociales, llegó al Comité Central del Partido Comunista en 1964. Para el momento del golpe, dirigía el Regional Concepción. Este es su relato.

El lunes 10 de septiembre de 1973 la situación en el país era tensa. La dirección central del partido venía advirtiendo desde hacía algunas semanas la inminencia del golpe militar. Esa noche, como miembro del secretariado, me correspondió estar a cargo del Comité Regional. El secretario era el entonces diputado Tomás Solís, que se encontraba en Santiago. La sede del regional estaba en un segundo piso en Caupolicán, entre las calles San Martín y O'Higgins. Alrededor de las 22:00 horas llegó el intendente, Fernando Álvarez Castillo. Traía las últimas noticias que le había comunicado el subsecretario del Interior, Daniel Vergara, quien le dijo que se habían abierto algunas perspectivas de salida democrática. Al despedirnos, ya en la calle, Fernando me dijo que esa noche podíamos dormir tranquilos. Nos retiramos a nuestros hogares. Fue la última vez que nos vimos.

A las siete de la mañana llegó a mi casa, agitado y lloroso, Marquito, el hijo mayor del intendente, que tenía solo trece años. Militares habían detenido a su

padre. Adriana, su madre, le ordenó que corriese a avisarme. El golpe se había iniciado. De inmediato partí a dejar a mi hijo mayor, también de trece años, al Liceo Enrique Molina y a mi esposa, Nimia, a la Universidad de Concepción donde era docente. Ellos, en sus respectivos establecimientos, debían comunicar lo que estaba pasando. Yo me dirigí al local del regional y adoptamos las últimas medidas de seguridad, destruimos los documentos que aún quedaban y comunicamos lo que ocurría a los comités locales de Concepción, del Carbón y Talcahuano. Pusimos en marcha las medidas previstas y advertimos a la militancia que debía estar atenta a las instrucciones. Los dirigentes pasamos a la clandestinidad. También les comunicamos a los dirigentes socialistas lo que sucedía. Nada sabían aún. El compañero responsable del regional del PS, Rafael Merino, no lo podía creer.

Todas las medidas previstas con los dirigentes regionales de la Unidad Popular fracasaron. No hubo modo de establecer contactos con ninguno de ellos para organizar la resistencia. El secretariado del Comité Regional del PC, integrado por cinco dirigentes, además del responsable de la Jota, el compañero Padilla, y del encargado de los mecanismos de autodefensa, se reunió en algunos lugares previstos. Solís y yo éramos muy conocidos en la ciudad, de modo que las precauciones fueron extremas.

Durante el día los helicópteros sobrevolaban Concepción, mientras se emitían por las radios y los canales de televisión las proclamas de los militares y se manipulaban las noticias, que hablaban de muertos y heridos. En las universidades y liceos se detenía a los dirigentes estudiantiles y lo mismo ocurría con los dirigentes sindicales y de las poblaciones. Los vehículos militares de guerra se desplazaban por los barrios. Gran parte de la población se encontraba aterrada.

Las radioemisoras y canales de televisión también hacían permanentes llamados a entregar a los dirigentes políticos. Incluso se ofrecía una recompensa de quinientos mil escudos por entregar vivos o muertos a Miguel Enríquez, máximo dirigente del MIR; al diputado y dirigente del Mapu Óscar Guillermo Garretón,

y a mí, culpándome de ser un ideólogo del Partido Comunista.

El miedo llegó a amplios sectores sociales, incluso a amigos y compañeros. Las casas de seguridad previstas con antelación no nos acogieron. Dirigentes que tenían la misión de protegernos y encontrarnos alojamiento y comida nunca aparecieron. El terror los invadió. No fueron traidores, pero abandonaron la lucha y sus responsabilidades, dejando a sus más altos dirigentes a la deriva. La hija mayor de Tomás Solís, Carmen Lía, de solo catorce años, y mi esposa Nimia, nos buscaron lugares para dormir. Esa ayuda me duró hasta el 21 de septiembre, día en que detuvieron a Nimia.

La dirección clandestina regional decidió que Tomás Solís y yo debíamos buscar un lugar donde refugiarnos. Se nos dijo que nuestra presencia ponía en riesgo al resto de la dirección clandestina. Fuimos descolgados y perdimos el contacto con la organización. Mi suegra logró conseguir con una amiga vendedora de quesillos en la Vega penquista que me diera refugio y comida. Permanecí en su vivienda de calle Arturo Prat, próxima a la vía férrea, y ahí me impuse de la caída del camarada Luis Corvalán y de destacados dirigentes comunistas locales como Isidoro Carrillo, Danilo González, Wladimir Araneda, Iván Quintana, Alonso Moena, Luis Fuentealba, y decenas de otros compañeros, la mayor parte mineros de Lota y Coronel.

Mi esposa se encontraba desaparecida y mis dos hijos de once y trece años fueron sacados a Santiago para evitar que se los convirtiera en rehenes. La única vinculación con el mundo exterior era mi suegra Nimia, mujer extraordinaria que respetaba a los comunistas, pero que carecía de toda relación partidaria. A través de ella, el prefecto de Investigaciones me recomendó entregarme a su dependencia, donde mi vida sería respetada y mi decisión podía servir para liberar a mi esposa. En la medianoche del 12 de octubre, llegué en un taxi a Investigaciones. Ahí me encontré con el abogado comunista Vlady Troncoso y otros compañeros de los partidos de la Unidad Popular. Después de diez días, y una vez que un detective me sometió a interrogatorios sin maltrato, bajo fuerte vigilancia, fui enviado al estadio regional penquista donde supe que, en un

extremo del mismo, se encontraba prisionera mi esposa. Ella me dio fuerzas para soportar y sobreponerme a todas las vejaciones y maltratos que hubo que soportar en esos días y más adelante.

El 18 de enero de 1974, alrededor de setenta compañeros fuimos sacados del estadio regional y enviados al campo de concentración de Chacabuco. Luego, al exilio, donde permanecimos hasta 1988, fecha en que se nos levantó la prohibición de retornar al país.

Los primeros contactos políticos que se dieron entre las fuerzas políticas democráticas ocurrieron en el exilio, especialmente en Caracas. Jaime Castillo y, posteriormente, Claudio Huepe, por la DC; Anselmo Sule, por el PR; Aniceto Rodríguez, por el PS; Sergio Bitar y Pedro Felipe Ramírez, por la Izquierda Cristiana; yo y, posteriormente, José Cademártori, por el PC. Más tarde, viajaba a Caracas Andrés Allamand a reunirse con los partidos de la ex UP, con excepción del PC.

2.6. Planificando en bote la resistencia a la dictadura

En 1955, aún bajo la ilegalidad instaurada por Gabriel González Videla, Alejandro Toro asumió la dirección regional del Partido Comunista en Concepción. Toro provenía del mundo laboral y llegó años después a ser diputado y senador por Maule. En 1958, conquistada ya la legalidad de hecho y de derecho, Toro y su equipo, entre ellos Jacinto Nazal, secretario general de la Jota penquista, ocuparon como sede un pequeño local en la calle Freire, a un costado de la Lotería. Por ese tiempo, a la par de las reuniones orgánicas, el «Físico» Ramírez dictaba un curso de marxismo inspirado en un manual de origen francés.

Pronto, el Comité Regional cambió de domicilio a la calle Serrano 683, donde funcionó hasta 1971. Desde esa fecha y hasta el golpe de 1973 se instaló en un

segundo piso ubicado en calle Caupolicán, a la altura del 300, contiguo al «Lanchonette»[9]. En 1959 asumió la secretaría regional Alberto Molina, proletario y autodidacta, conocido poco antes como «Mella» y quien era un verdadero profesional de la revolución. A Molina le sucedió Vladimir Chávez y luego, hasta 1973, Manuel Cerón, Tomás Solís y Mario Benavente. Un par de semanas después del 11 de septiembre, asumió la conducción del partido en Concepción el profesor Carlos Fuchslocher Cárcamo.

En uno de sus libros, Fuchslocher, natural de Aisén, quien se instaló en la zona del Biobío a partir de 1959, recuerda que a mediados de los años sesenta la controversia ideológica internacional entre chinos, soviéticos y castristas tuvo repercusiones concretas entre los jóvenes comunistas de la zona. En la Jota universitaria, parte de la base de Medicina se sublevó y se salió con Luciano Cruz a la cabeza. Como se acostumbraba, fue inmediatamente expulsado y comunicada la medida en un agitado y bien resguardado ampliado regional de la Jota en 1962.

En 1965 cundió el rumor de que el Che Guevara había estado en la zona, antes de viajar a Bolivia, y que se había reunido con un hombre del Comité Central, con el secretario regional Alberto Molina, y con un hombre del carbón, posiblemente a bordo de un barco de pesca de arrastre.

Tras la elección de Salvador Allende y para evitar roces entre el MIR y el PC, en diciembre de 1970 se suscribió un pacto de no agresión entre Miguel Enríquez y Jorge Insunza. La pugna no solo se mantuvo, sino que aumentó. En 1972 las tendencias ultra de Concepción crearon una Asamblea del Pueblo que fue impugnada por Allende en una carta a los jefes de los partidos de la UP. En parte de ella les señaló: «En la provincia de Concepción se ha producido por segunda vez en tres meses un fenómeno de tendencia divisionista que atenta contra la homogeneidad de la UP. No vacilo en calificarlo como un proceso deformado que sirve a los enemigos de la causa revolucionaria».

El día del golpe, Carlos Fuchslocher alcanzó a escuchar a las ocho de la mañana el comentario diario que hacía junto con Egidio Contreras en la radio Simón Bolívar de Concepción y que habían grabado el día anterior. Ambos tenían pendiente una citación a la Fiscalía Naval de Talcahuano por comentarios emitidos que no les habían agradado a los marinos. Salió de su casa y no encontró locomoción hacia el centro de la ciudad. Tuvo que hacer a pie la travesía por el largo y viejo puente Biobío, hoy en desuso. Llegó hasta la sede

regional del partido en calle Caupolicán y verificó que se estaban destruyendo los datos personales de los militantes y otras informaciones y documentos comprometedores. Se dirigió, entonces, a una breve reunión con Tomás Solís, el secretario regional, en una casa de calle Tucapel.

La resistencia activa e inmediata al golpe fue escasa. Solo se consignó un breve tiroteo entre unos jóvenes apostados en una habitación del hotel Romano, en calle Barros, y fuerzas militares en la tarde misma del 11. Así, luego de unas instrucciones muy generales e incluso erráticas, lo que quedaba del equipo regional del partido decidió replegarse. El sábado 15 de septiembre ya había al menos tres muertos, varios heridos y más de seiscientos detenidos solo en la isla Quiriquina.

Siete días después del golpe llegó al refugio de Fuchslocher la joven Esther Araneda a buscar la primera declaración pública, escrita a máquina, del Regional Concepción. En ella se condenó al fascismo, denunciando los malos tratos en los campos de concentración y llamando a la solidaridad y al «repliegue ordenado» de la militancia. Ya se contaba con un reducido equipo clandestino, único para toda la zona, integrado por Fuchslocher, «Parrita», Héctor León y Luis Trujillo. Rojas fue el primer veedor hacia la castigada zona del carbón. El último sábado de septiembre los dirigentes salieron juntos a un picnic a bordo de un bote en la laguna San Pedro. Llevaban unos melones con vino, empanadas y otras vituallas para guardar las apariencias de paseantes y poder conversar más tranquilos sobre los diferentes caminos para resistir a la dictadura militar.

En la segunda quincena de octubre se verificó el primer contacto con la dirección central de Santiago por medio de un viejo conocido de la zona, Jacinto Nazal, que pasó fugazmente por Concepción y se reunió con Fuchslocher en una casa de calle Arrau Méndez, en el borde río del sector Pedro de Valdivia. Casi dos meses después, en enero del 74, el secretario clandestino del Regional Concepción viajó a Santiago y se contactó con dirigentes del Comité Central en un boliche situado en el 1800 de la Gran Avenida. Las instrucciones fueron reasegurar los repliegues y proteger a los reducidos órganos clandestinos. En mayo, Fuchslocher emigró definitivamente a Santiago donde la dirección del partido le encargó nuevas tareas[10].

Un hermano suyo, Ramón Fuchslocher, en tanto, trabajaba para los aparatos de inteligencia de la dictadura. Ocasionalmente, entregaba a su hermano comunista algunos datos sobre las operaciones represivas que se realizaban en la Colonia

Dignidad. En 1990, después de haber asumido Patricio Aylwin la presidencia del país, Ramón Fuchslocher coordinaba en Valparaíso el espionaje militar sobre el Congreso Nacional.

1 El general Washington Carrasco, comandante de la Tercera División del Ejército, fue designado el 11 de septiembre de 1973 como la máxima autoridad militar en las provincias de Concepción y Arauco. Como juez militar, aprobó y modificó sentencias en los consejos de guerra que se efectuaron. Se le considera responsable de la condena y ejecución ilegal de cuatro dirigentes mineros de Lota.

2 Luego se transformó en la Cadena Tricolor y más tarde en la Radio Biobío.

3 Colcura, del mapudungun «piedra roja», es una localidad ubicada en la comuna de Lota.

4 Sergio Gutiérrez Rivas, casado, una hija, obrero minero, militante del Partido Comunista, fue detenido el 30 de septiembre de 1973, en su domicilio en Pudahuel, en Santiago, por militares del Regimiento Yungay de San Felipe y efectivos de la Escuela de Suboficiales de Santiago, los que se encontraban acantonados en la Casa de la Cultura de Barrancas, a cuyo cargo estaba el capitán de Ejército Gerardo Urich González. Fue fusilado junto con cinco dirigentes poblacionales en dicho establecimiento. Gutiérrez sobrevivió a la ejecución y fue enviado desde el Instituto Médico Legal al hospital José Joaquín Aguirre. El 2 de octubre de 1973, a las 14:30 horas, fue sacado de ese centro hospitalario por una patrulla militar, la que dijo llevarlo, por órdenes superiores, al Hospital Militar. Desde ese día se encuentra desaparecido.

5 Frente de Acción Popular (FRAP), coalición de partidos políticos de izquierda de Chile vigente entre 1956 y 1969.

6 Junta Nacional de Jardines Infantiles (Junji) y Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas (Junaeb).

7 Charchazo, palabra de origen mapuche que corresponde a una cachetada en la cara.

8 Julio San Martín, casado, militante del Partido Comunista y subdelegado de

Gobierno en la localidad de Capitán Pastene, fue detenido el día 29 de septiembre de 1973 por carabineros de Cautín, a la entrada de la ciudad de Lautaro. Lo trasladaron a la cárcel de Traiguén, donde estuvo recluido hasta el 24 de septiembre, fecha en la que se lo puso en libertad. Fue detenido nuevamente y conducido a la comisaría de Curacautín el 29 de septiembre luego de visitar a su madre enferma. Su cadáver fue encontrado al día siguiente en la vera de un camino cercano a la unidad policial.

9 El Luncheonette era un gran restaurante al estilo del antiguo Chez Henry, en Santiago; es decir, con salones diferentes por los que se iba avanzando. Al comienzo, junto a la calle, estaba la barra para ir a pegarse el pencazo mientras algunos jugaban al cacho o al dominó. Después venía un segundo salón, más tranquilo, y al final estaba el restaurante, que era bastante bueno, para clase media. Desapareció a comienzos de los ochenta y se fue a morir a una galería, en un local pequeño, donde solo quedaba el nombre del legendario Lanchoné, como le decían los penquistas. Hoy, en el tradicional lugar donde funcionaba, se levanta una torre de varios pisos dedicada a estacionamientos de vehículos.

10 Véase Carlos Fuchslocher, Luchar en Concepción (Santiago: Imprenta Caligrafía Azul Ltda., s/f).

Capítulo III

La dramática primavera penquista de 1973

Solo uno o dos breves enfrentamientos hubo en Concepción y en las comunas aledañas durante el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. No obstante, cuando los temores de una represión masiva comenzaban a despejarse, una breve visita del general Sergio Arellano Stark, a comienzos de octubre, terminó con el fusilamiento de cuatro dirigentes comunistas de la zona del carbón y la detención de decenas de actores políticos y sociales que fueron conducidos a campos de prisioneros públicos y secretos en toda la región. Jorge Schindler era amigo o conocía de cerca a muchos de ellos, con quienes había compartido los sueños del Gobierno popular de Salvador Allende.

3.1. Entre los más queridos y respetados

En 1960, Isidoro Carrillo era un joven pero ya respetado dirigente sindical de los mineros del carbón. Encabezó ese año una huelga sin precedentes en la historia de Lota que duró noventa y seis días. Obreros de diferentes ciudades y provincias de Chile enviaron todo tipo de ayuda a la zona para respaldar a los mineros que hacían ollas comunes en las calles. En el apogeo del movimiento se produjo un violento terremoto, con epicentro en Valdivia, que destruyó gran parte del sur del país y dejó miles de víctimas los días 21 y 22 de mayo. El presidente Jorge Alessandri llamó entonces a los mineros —«en aras del patriotismo»— a salir a trabajar, sin pronunciarse sobre sus demandas. En respuesta, los dirigentes de la huelga exhortaron a treinta y cinco mil mineros a emprender una marcha a Concepción, caminando unos cuarenta kilómetros. Muchos iban acompañados de sus mujeres e hijos adolescentes. A la cabeza de las columnas iba Isidoro, junto a Clotario Blest, Alberto Jerez, Jorge Montes Moraga y otros dirigentes sindicales, políticos y sociales.

Aquel movimiento sindical tuvo varios hitos: por ejemplo, las familias mineras se desprendieron de sus hijos, los cuales fueron adoptados en forma temporal por familias obreras de ciudades del centro del país, mientras los sindicatos intentaban mantener viva la huelga en Schwager, Lota, Colico, Trongol y Lebu con casi doscientas treinta ollas comunes.

Los mineros, los mismos que en 1920 conquistaron la jornada laboral de ocho horas, luchaban porque dicha jornada fuera real y efectiva. La jornada conseguida en 1920 corría desde que el minero llegaba al frente de laboreo hasta que terminaba su labor productiva; sin embargo, con el transcurso de las décadas, el tiempo de llegada hasta el frente era cada vez mayor, especialmente en minas como Schwager donde los trabajadores podían demorar casi dos horas en entrar y salir de los piques.

Los mineros proponían una jornada de ocho horas, desde que bajaban al interior de la mina y recibían su lámpara de trabajo, hasta el momento en que la entregaban, antes de ser subidos al ascensor. Exigían también la instalación de duchas para bañarse después del trabajo, además de otros puntos domésticos.

La huelga se perdió, pero la gesta de los mineros quedó en la retina de la sociedad y después de que el presidente Eduardo Frei Montalva reemplazara a Jorge Alessandri en La Moneda, se promulgó la ley de «lámpara a lámpara», con votos a favor de la izquierda y de un amplio sector de la Democracia Cristiana que encabezó el senador Alberto Jerez. En la conquista de ese logro y de otros muchos, Carrillo tuvo un papel protagónico. Por eso, pocos años después, los viejos mineros, con sus rostros tiznados de carbón, apenas contenían las lágrimas cuando, a principios de 1971, el presidente Salvador Allende, desde una tribuna instalada en la plaza principal, anunció la designación de Isidoro Carrillo como gerente general de las minas de Lota, luego de que, el 31 de diciembre de 1970, el mandatario socialista estatizara las empresas carboníferas de la región: Lota, Curanilahue, Trongol, Lebu y Schwager[1].

El día del golpe de Estado, Isidoro Carrillo pasó a la clandestinidad en un pueblo donde todos lo conocían. Se alargaron los días de espera indefinida. La policía no consiguió dar con su pista. Pero cuando las autoridades castrenses anunciaron a toda voz que solo se ocultaban aquellos que habían cometido delitos, Carrillo decidió probar su inocencia y apareció abiertamente en Lota dispuesto a entregar formalmente la administración de las minas. Acto seguido, las autoridades castrenses detuvieron al exgerente general y lo encerraron en la cárcel de

Concepción. Los militares acusaron a Carrillo y a tres de sus compañeros de ser cómplices en el llamado Plan Zeta, mediante el cual la Unidad Popular supuestamente preparaba el aniquilamiento de sus enemigos en las Fuerzas Armadas.

En una misma celda con Carrillo se vio el activista sindical y picador Celedonio Martínez, quien precisamente fue testigo de las últimas horas de la vida de Isidoro.

¡Cuando nos encontramos con Isidoro en la celda de la cárcel de Concepción, nos abrazamos, es que éramos amigos tan íntimos!... El 21 de octubre al anochecer nos llevaron a la tercera división. Nos llamaban de a uno. No se permitía hacer preguntas. Cada uno debía escuchar su condena en silencio. A mí me condenaron a diez años. Recuerdo que Isidoro se acercó a nosotros tranquilo, si bien le habían dictado la pena de muerte. Él trataba de animar y respaldar a otros presos, que esperaban su suerte. Cuando regresamos a la celda, Isidoro me dijo: «A nosotros nos tocó una prueba muy dura. Incluso si nos condenaron a muerte no debemos perder el ánimo». Ese mismo día, a eso de las doce de la noche, chirriaron los cerrojos de las puertas de la celda. Todos nos levantamos de un salto. «Señor Carrillo, salga...». Estaba todo claro para nosotros y para él. Llegó la hora de la ejecución de la pena. Yo me quedé helado mirando a Isidoro. Nos despedimos en silencio, solo intercambiamos una larga mirada...

Celedonio pudo salir de Chile poco después y llegó junto con otros exiliados chilenos a Zaparozhie, en la Unión Soviética, hoy perteneciente a Ucrania, donde también se instaló la viuda de Carrillo y diez de sus doce hijos. Otros llegaron a Moscú, Volgogrado y Kubán[2].

3.2. El teniente Toledo y los fusilados de Lota

Después de diez días de detención en la policía de Investigaciones, Mario Benavente Paulsen fue conducido al estadio regional, recinto donde el Ejército tenía el control absoluto y Gendarmería la responsabilidad de vigilar a los

detenidos. Los detectives, al entregarlo al Ejército, exigieron un certificado donde se establecía que el detenido se encontraba en buenas condiciones físicas. Cumplido el trámite, se retiraron del estadio.

Soldados en tenida de combate, con metralleta en mano, pistolas y granadas al cinto, le ordenaron a Benavente que se lanzara de bruces al suelo. Cayeron sobre él patadas y culatazos. De pronto, una voz de mando puso fin a la golpiza. Un teniente de Gendarmería se acercó y susurró al oído del prisionero: «No se preocupe… ¡Aguante! Su esposa está en el estadio y se encuentra bien».

Su esposa estaba viva, después de un mes de desaparición. Seguramente pronto podría verla. Era la noticia que más había deseado conocer. El duro maltrato podía soportarlo.

Benavente fue conducido por largos y oscuros pasillos de cemento hasta desembocar en la pista que circundaba la cancha de fútbol. En un sector de las graderías, centenares de prisioneros miraban tratando de identificar al nuevo residente y ver en qué condiciones llegaba. El profesor caminó por la pista de atletismo y se dirigió al fondo de las graderías. No estaba permitido aproximarse a las alambradas. Benavente divisó a su esposa y le sonrió como nunca lo había hecho.

Al día siguiente, manos anónimas le hicieron llegar una breve nota de ella donde le manifestaba la alegría de haberlo visto. Al mismo tiempo, con esa letra pequeñita tan propia de ella, le daba aliento para enfrentar con valor y entereza lo que viniere. Esa compañera de débil contextura física irradiaba una fuerza espiritual que alentaba no solo al esposo, sino a quienes la rodeaban. Hasta los cancerberos admiraban su serenidad y la entereza con que enfrentaba las dificultades. Nunca pudieron verla vencida.

El lunes 22 de octubre se supo en el estadio regional de Concepción que cuatro dirigentes comunistas de Lota habían sido fusilados en la madrugada. Esa fue la única vez en que ella lloró con desesperación y angustia. Los ejecutados eran amigos de valor probado y camaradas de mil batallas. Habían pagado con su vida el derecho a defender el régimen democrático y constitucional del país.

Al conocerse el fusilamiento, un profundo silencio inundó todos los rincones del recinto deportivo. Nadie hablaba. Ese día nadie pudo tragar bocado. Los cuerpos pesaban tanto que se hacía difícil desplazarse en mínimos movimientos.

A las 19:00 horas de aquel lunes brumoso y triste, se ordenó la formación para que los prisioneros ingresaran a los camarines, convertidos en lugares de alojamiento. El mismo teniente que había detenido la golpiza a Benavente, no pasó la lista habitual. Esperó en silencio a que las numerosas filas se constituyeran como era de rigor. De improviso llamó a Benavente:

«Entiendo que para usted ha sido un duro golpe saber que han muerto compañeros suyos», le dijo. «Sí. Ellos eran compañeros muy queridos. Se cometió con ellos un crimen que nunca podrá olvidarse. Me preocupa saber cómo esto afectó a mi esposa». «Se encuentra bien, aunque muy triste. Profesor, ¿necesita algo? Mi esposa fue alumna suya en el Instituto Superior de Comercio. Siente gran aprecio por usted. Me ha pedido que trate de hacerle menos doloroso su paso por aquí».

Transcurrieron algunas semanas. La vida pasaba en medio de sobresaltos y peligros. A las ocho de la mañana empezaban a funcionar los altavoces llamando a quienes iban a ser interrogados. Por lo general, se trataba de prisioneros jóvenes. Sobre ellos se descargaba el castigo y la tortura. Dramático fue el caso de cuatro muchachos de trece y catorce años a quienes se acusaba de ser terroristas. Se les golpeaba. Se les sometía a simulacros de fusilamiento. Se les acusaba, como a todos los prisioneros, de ser instrumentos del llamado Plan Zeta. Ellos demostraron una entereza ejemplar. Se ganaron el afecto de todos los detenidos. No pudieron quebrarlos ni convertirlos en delatores. Se los apodaba «Los Zetitas».

Después de nuevos interrogatorios y viajes a la fiscalía o a la cárcel, Benavente regresó al estadio con un fuerte resguardo militar. La recepción que le brindaron los demás prisioneros fue emotiva. Se había creído que esta prolongada ausencia sería la definitiva. Pero ahí se encontraba una vez más, anímicamente fortalecido. De inmediato se dirigió al lugar donde su esposa y demás compañeras lo saludaban. Una de las celadoras del sector femenino, la señora Alicia, muy apreciada por las rehenes debido a su calidad humana, apresuradamente le dijo: «El teniente le pide no acercarse a las detenidas. Los funcionarios del SIM[3] lo están vigilando». Le aseguró que a medianoche pasaría a buscarlo y le permitirá hablar con su esposa.

Así ocurrió. Pasada la medianoche, cuando todos dormían, el teniente lo condujo

por pasillos solitarios y en penumbras. Al llegar a una curva, se detuvo. «Allí lo espera su esposa», le indicó.

Un abrazo muy estrecho y un beso en la frente. Las palabras no lograban salir de sus bocas. Una tremenda emoción los embargaba.

La voz del teniente los interrumpió. «Nunca pensé que algún día vería un fusilamiento», comentó; y, al sentirse escuchado, inició un relato estremecedor:

Estuve presente en el fusilamiento de sus compañeros. Se los ejecutó en la madrugada del lunes 22, en un terreno eriazo cercano a Carriel Sur. El Ejército se negó a fusilarlos. La jefatura traspasó la responsabilidad a la Marina y esta la derivó a Carabineros y ellos a Gendarmería. Nos vimos obligados a cumplir las órdenes. El sábado en la noche se les comunicó a los condenados que en la madrugada del lunes se cumpliría la sentencia. Para nosotros fue algo tremendo. El profesor Danilo González fue el único que se quebró, pues ese día había recibido una cartita de su único hijo de escasos años. En ella le contaba que en la noche anterior había soñado que su papito llegaba a casa para abrazarlo a él y a su mamá. Pronto se repuso y afrontó los hechos con la misma increíble entereza de Isidoro Carrillo, Vladimir Araneda y Bernabé Cabrera.

En la madrugada del lunes fueron despertados y conducidos a Carriel Sur, lugar del fusilamiento. Isidoro Carrillo dirigió breves palabras a quienes supuso que iban a ser sus ejecutores: «Ustedes deben cumplir con su deber. Les agradecemos el trato humano que siempre supieron darnos», dijo.

Se hallaban en una exfábrica de ladrillos, próxima al aeropuerto. Se les ofreció la asistencia de un pastor evangélico, pero la rechazaron. Se les cubrió el rostro. Pidieron que no les taparan los ojos, deseaban ver lo que les pasaba. No les fue permitido. Se les ordenó permanecer de pie. El pastor, al retirarse, musitaba en voz baja sus plegarias. Ingresaron los fusileros.

«Yo me mantuve a un costado», contó el teniente.

El profesor Vladimir Araneda pasó lista a sus camaradas. Una vez que oyó sus voces, dijo a los fusileros: «Compañeros, no teman dispararnos. Ustedes deben cumplir con su deber. Nosotros hemos cumplido con el nuestro. Estamos listos».

Vino la descarga. Los cuatro se desplomaron. Uno de ellos, el profesor Araneda, se puso de pie. Hubo que rematarlo.

El teniente se dirigió a Benavente: «Profesor, yo no comparto sus ideas políticas. Yo soy cristiano. Usted debe sentirse orgulloso de sus compañeros y amigos. Cayeron como verdaderos hombres».

Los fusilados fueron Bernabé Cabrera Neira, de treinta y nueve años, empleado en la Celulosa Arauco y presidente del Sindicato Celulosa de Concepción; Isidoro del Carmen Carrillo Tornería, cuarenta y seis años, administrador público, gerente general de Enacar; Vladimir Daniel Araneda Contreras, treinta y tres años, profesor de educación básica en Lota y dirigente gremial del Magisterio, y Danilo Jesús González Mardones, treinta y nueve años, profesor normalista, alcalde de Lota. Los cuatro, luego de ser detenidos, fueron sometidos a proceso y condenados a la pena máxima en un consejo de guerra, causa rol 1645-73, el 18 de octubre de 1973, por presuntas infracciones a la ley 17.798 sobre control de armas, como autores de los delitos de organización de grupos de combate armado con bombas explosivas; fabricación, almacenamiento y transporte ilegal de explosivos y de artefactos confeccionados con los mismos; y tenencia ilegal de explosivos y bombas; todos ellos perpetrados en tiempo de guerra.

El día 21 de octubre, el comandante de la Tercera División de Ejército, general Washington Carrasco, aprobó la sentencia, fijando el fusilamiento para el 24 de octubre. Sin embargo, este se realizó el día 22. Los cuerpos no fueron entregados a sus familiares y se les enterró por instrucciones de las autoridades en el Cementerio General de Concepción, sin conocimiento de sus parientes. Solo en julio de 1990 pudieron ser ubicados y exhumados por orden del Segundo Juzgado del Crimen de Concepción[4].

3.3. Los sollozos del cabo Castillo

El cabo Castillo tenía unos veinticuatro años, estatura regular y contextura fornida. Se podía pensar que era un interrogador. Pero era uno de los gendarmes encargados de vigilar a los prisioneros en la Cárcel Pública de Concepción a

fines de 1973. Tenía las mejillas sonrosadas, una mirada triste y una voz tímida.

Mario Benavente había soportado durante varios días prolongados interrogatorios, apremios físicos e incomunicaciones en el estadio regional. De allí lo llevaron a la Fiscalía Militar, donde Demetrio Castillo, fiscal de Carabineros, ordenó incomunicarlo en la Cárcel Pública.

Esa mañana había salido del aislamiento. La ropa estaba impregnada de orines y mierda.

El cabo Castillo le manifestó que en la puerta del recinto había familiares que pedían verlo. La autorización les fue negada, no así la comida y la ropa limpia que le traían al prisionero. La ayuda le permitió asearse, rasurarse y cambiarse de ropa.

Compañeros y camaradas mineros del carbón se acercaban a entregarle su afecto solidario. El expresidente del Sindicato Minero de Lota y diputado Luis Fuentealba; el abogado y diputado Iván Quintana; los mineros Omar y Manuel Sanhueza, Pedro Cid, Juan Alarcón, Ernesto Haunstein; los hermanos Améstica, jóvenes socialistas; el experimentado dirigente de la CUT Provincial, Lucho Gajardo, y muchos otros.

Todos habían pasado por tormentos. Especial deterioro físico y mental era posible apreciar entre quienes habían estado en los centros de tortura del Fuerte Borgoño y la Isla Quiriquina. Los hermanos Améstica —uno de los cuales era docente universitario y había sido delatado por una colega que decía ser su amiga— le relataron las atroces torturas padecidas en el Fuerte Borgoño, en Talcahuano. El mayor de ellos levantó su camisa para mostrar las huellas que le habían dejado en el cuerpo: quemaduras de sopletes, cortes de yataganes en el bajo vientre, uñas de los pies arrancadas con tenazas.

«¿Y usted quién es para encontrarse aquí?», preguntó el cabo Castillo.

Benavente le dio su nombre y le dijo que era académico universitario y dirigente nacional comunista.

El cabo se sorprendió.

«Sepa usted, mi cabo —agregó Benavente—, que en medio de esta locura desencadenada contra nuestro pueblo, hemos encontrado en ustedes, gendarmes

de esta cárcel, un trato respetuoso y digno. Somos dirigentes políticos y cuando volvamos a recuperar la democracia, nunca olvidaremos el trato humano que ustedes nos han dado».

«Y nunca hay que olvidar a los pobrecitos fusilados», respondió el cabo con la cara estremecida por el llanto que comenzaba a brotar.

Benavente le ofreció un cigarrillo.

El cabo Castillo, cuyo padre era minero, había crecido en el mismo barrio que los hijos de Isidoro Carrillo, recién fusilado. Con ellos compartió juegos y peleas de infancia. A fines de octubre le habían ordenado integrar el pelotón de fusilamiento. Tuvo que disparar contra un compañero y amigo de su padre. Se sentía culpable de ese crimen[5].

3.4. El «familiar» del general César Mendoza

Nació en Los Sauces, en Malleco, el 20 de mayo de 1927. Su padre era comerciante, tenía una chanchería y un depósito de vinos; la madre era dueña de casa. Eran siete hermanos. Estudió hasta sexta preparatoria. Cuando dio el examen para ingresar a la Escuela Industrial de Angol obtuvo el mejor puntaje entre ciento sesenta postulantes, pero no pudo entrar. Su padre había quebrado y el escaso dinero disponible era para comer.

Hoy, cerca de cumplir ochenta y seis años de edad, Manuel Rodríguez Montenegro evoca su pasado:

Tuve que entrar a trabajar a los catorce años como portero bibliotecario de la Municipalidad de Los Sauces. Hacía el aseo y después atendía a quienes buscaban algún libro. De ahí me fui a hacer el servicio militar al Regimiento de Caballería Los Húsares de Angol. Salí como cabo de reserva y permanecí cesante dos años. No había en qué diablos trabajar. Un amigo me dio pega en una feria de animales, haciendo las guías de despacho, pero la paga era muy poca y con un amigo decidimos irnos a Antofagasta a trabajar en las minas de cobre. Llegamos a Talcahuano para irnos de polizones en un barco. No me atreví

a viajar escondido en el buque, temía que me tiraran al agua. Mi amigo vendió un rifle que tenía y compartió conmigo el dinero que le pagaron. Él se fue para el norte y yo partí a Coronel. Allí me encontré con unos amigos de Los Sauces que me dieron alojamiento y, al otro día, fui a la empresa de carbón y me contrataron como jornalero. Empecé a escalar de a poco. Al mismo tiempo, trabajaba con los comunistas, pero ellos mismos me dijeron que me quedara tranquilo y apareciera como independiente. Aún había represión y casi todos los compañeros estaban medio sumergidos.

Me demoré cinco años en llegar a supervisor de máquinas y herramientas. Me tocaba encargarles los trabajos a los torneros, a los fresadores y a todos los maestros que operaban las máquinas de los talleres. Teníamos ciento veinte empleados en dos turnos y en toda la maestranza éramos más de quinientos.

En 1967 se oficializó mi ingreso al partido y me pidieron que postulara a dirigente del Sindicato de Empleados. Gané las elecciones y me mantuve en mi cargo hasta 1970, cuando, luego del triunfo de la Unidad Popular, el partido me comisionó como jefe de personal de toda la Enacar. Me nombraron un mes después de que Isidoro Carrillo asumiera la gerencia. Me tocó dirigir a todos los obreros y empleados de la cuenca del carbón; a los de Curanilahue, Lebu, Colico, Lota y Coronel. En total, eran más de quince mil trabajadores.

El 11 de septiembre del 73 salí temprano hacia mi oficina y de allí al Regional Carbón, donde estaban reunidos unos veinte dirigentes. La orden fue sumergirse. Yo me quedé en mi casa. Más o menos una semana después me hicieron llegar la instrucción de que había que entregarse. Me negué. Algunos lo hicieron. Al día siguiente me fueron a buscar los pacos de la Cuarta Comisaría.

Mi esposa llamó de inmediato a mi hermana, Vilma Rodríguez, que trabajaba como modista en Santiago y le hacía la ropa a la esposa del general César Mendoza, el traidor que había asumido la dirección de Carabineros.

En tanto, en la comisaría estaban a punto de empezar a zurrarme. Entró de repente, muy rápido, un oficial que me preguntó: «¿Cuál es su vínculo con mi general Mendoza?». «Somos familia», le respondí lo más serio posible. «No se preocupe. Nosotros lo vamos a ayudar», me dijo el oficial y todo se relajó.

Me pasaron a la fiscalía con un parte que indicaba detención por sospecha, pero decidieron condenarme a doscientos veinte días de cárcel. Cuando el dictamen se estaba tramitando, suspendieron el fallo y me llevaron a consejo de guerra. Me acusaron de ser instructor paramilitar, portar explosivos, infringir la ley de control de armas y cuanta otra cosa se les ocurrió. Al final me condenaron a cinco años y un día y me ingresaron a la cárcel de Concepción el 16 de octubre.

Me recibió el suboficial Melo, un gendarme que era demócrata cristiano y que se portó muy bien con todos los presos políticos. En ese momento estábamos todos los presos mezclados y me tocó con los choros más peligrosos del penal, unos ladrones que dirigía el «Viejo» Contreras, al que le caí muy bien y les advirtió que no me hicieran nada o si no se las iban a ver con él. Lo peor en ese momento era que no había baños. En un patio existían unas letrinas llenas de mierda por todas partes. Estuvimos una semana sin cagar. No había modo de hacerlo ni estómago que aguantara el asco de solo acercarse a ellas.

Después de que fusilaron a Isidoro Carrillo y a los otros tres compañeros de Lota, conseguimos autorización para construir unos baños y duchas que hicieron un poco más soportable el asunto. También decidieron separarnos entre presos comunes y presos políticos. Nosotros éramos como ciento sesenta y nos ubicaron en varias celdas grandes y en una más pequeña y cómoda, que empezamos a llamar irónicamente «Tomás Moro». Ahí estaban la flor y nata de los presos políticos: el socialista Osren Agnic, que hasta el golpe era gerente del Banco Concepción; el doctor mirista Patricio Cid; el comunista Iván Quintana; el dentista socialista Wenceslao Rioseco, y Ormeño, un regidor comunista de Tomé, entre otros.

Un día llegó Ormeño muy entusiasmado. Tenía un amigo del Partido Nacional, un huevón que era dueño de unos carruseles y que quería ponerse la lata con el intendente y regalarle a la esposa de este unas quinientas cunas para que la vieja las usara en obras de beneficencia. Nos pusimos a trabajar de inmediato, pagaban bien y nos ganamos unos buenos pesos.

Estuve preso hasta diciembre del 75, cuando me conmutaron la pena por extrañamiento. Un hermano que era democratacristiano me consiguió a mí y a mi familia visa para Alemania Federal y en enero salí con mi esposa y mis cuatro hijos hacia Frankfurt.

3.5. Sureños «peligrosos» en medio del desierto

El 18 de enero de 1974 el estadio regional de Concepción albergaba a cerca de un millar de prisioneros políticos, hombres y mujeres, separados por una simple reja metálica. Ese día comenzaron a ser llamados y fichados por enésima vez; fotografiados y conminados a sacar sus pertenencias de los camarines. Un grupo fue separado de los demás y enviado a un camarín. Esa noche no les permitieron dormir y se les informó que cada uno podía escribir una carta a sus familiares más cercanos. Pensaron que los fusilarían o lanzarían al mar.

El grupo estaba integrado por los principales dirigentes políticos de la Unidad Popular en la zona. Al día siguiente, el 19, fueron subidos a unos buses que los llevaron al aeropuerto de Carriel Sur. De allí, a un avión Hércules y con prohibición de conversar. Luego de un par de horas de vuelo arribaron al aeropuerto Cerro Moreno de Antofagasta. Los esperaba un nutrido contingente militar y nuevos buses que los trasladaron a través del desierto hacia el antiguo campamento salitrero de Chacabuco, al que llegaron cuando empezaba a oscurecer. Vieron altas torres de vigilancia, doble fila de alambradas, tanquetas y militares premunidos de fusiles. Fueron formados y, con la ficha de antecedentes en la mano, revisados uno por uno. Luego les dieron las instrucciones sobre las

normas de convivencia cotidiana y se les advirtió que no podían tener contacto alguno con los prisioneros de Santiago.

Entre el «peligroso grupo de 59 extremistas y subversivos» llegados desde el sur del país, se encontraban Galo Gómez Oyarzún, vicerrector de la Universidad de Concepción; los académicos Alejandro Witker, Aníbal Matamala, Mario Benavente Paulsen, Eugenio García y Orlando Retamal; los médicos Jorge Peña Delgado, Carlos Hinrich Olivares y Nazif Paluan; los dirigentes provinciales de la CUT Emilio Cisternas y Heriberto Krumm; el presidente local de la Unidad Popular, el abogado Marcel Cerda; Eliécer Carrasco, del Partido Socialista; el exintendente comunista Luis Egidio Contreras; Gabriel Reyes Arriagada, de la Izquierda Cristiana; Enrique Torres Zapata del Mapu; y el vocero público del MIR, el abogado Pedro Henríquez.

Otro grupo importante lo integraba la plana mayor de los sindicatos del carbón, los dos «Manueles» Sanhueza, Jorge Chamorro y Juanito Alarcón. También estaba Ernesto Austin, regidor de la comuna de Coronel; y el paramédico José Riquelme, apodado «Cambise». La provincia de Arauco tenía su propia representación: el dirigente mapuche Juanito Neculqueo y el entonces alcalde de Arauco, Jaime Gayoso.

Otros prisioneros recién llegados eran dos dirigentes del principal hotel El Araucano, Joel Matamala y Luis Madrid, además de los jóvenes dirigentes Dagoberto Reyes, el «Negro» Godoy, Rodrigo Medina y Fedor Carrillo, Leonardo Archiles y el «Nene» Sanhueza, quien llegó a Antofagasta sin zapatos. De la ciudad de Los Ángeles figuraba el contador Jorge Munita y, de Chillán, el joven Pedro Naranjo.

Un personaje cuyo origen nunca se pudo dilucidar era el «Cojo» Munita, quien no paraba de hablar y mantenía una excelente y curiosa relación con los militares a cargo de la cocina. Ningún partido lo reconoció como militante y se rumoreaba que había caído detenido, como muchas personas, por denuncias no relacionadas con temas políticos.

En ese grupo, inicialmente se incluyó a cuatro mujeres, las que finalmente no fueron relegadas al campo de prisioneros de Chacabuco. Ellas eran Nimia, Lily y Delia, las tres profesoras secundarias; y Ema, una obstetra.

El presidente del Consejo de Ancianos —organización de los presos políticos

aceptada por los militares—, el exdiputado Patricio Hurtado, fue el primero que tomó contacto con los prisioneros penquistas y les informó sobre las condiciones del cautiverio, recomendándoles que se organizaran lo mejor posible. Ocuparon las antiguas moradas de los mineros del salitre y se distribuyeron en grupos de seis personas por casa, con un sistema de turnos para el aseo y la cocina.

La rutina diaria era semejante a la de un regimiento. Incluía una formación militar con el canto del himno nacional y el izamiento de la bandera. Luego desayuno, aseo de la casa y del pabellón e, inicialmente, trabajos forzados que permitieron a los militares limpiar una antigua sala de máquinas que se encontraba en el campamento salitrero.

Los penquistas rápidamente se integraron y participaron en los shows artísticos y de teatro que se realizaban semanalmente. Sus principales aportes fueron un coro dirigido por Nazif Paluan, el profesor y poeta Enrique García y la voz inconfundible del exlocutor Emilio Cisternas.

Muchos se abocaron a la artesanía en cobre, madera y ónix. Otros, a compartir sus conocimientos en la recién creada «Universidad de Chacabuco», haciendo clases de idiomas, matemáticas, historia y estadísticas, o asistiendo como alumnos a los cursos. El deporte y los juegos de salón también contribuyeron a mantener el ánimo en alto. En el pabellón de Concepción se habilitó una casa para jugar ajedrez, damas, brisca, escoba y carioca. Se agregaban a estas prácticas el tenis, el fútbol y la rayuela, en canchas precariamente habilitadas para ello.

Pasaron varios meses hasta que comenzó el retorno a la zona central, a Tres Álamos, en Santiago primero; y luego a Puchuncaví y Ritoque en la actual Quinta Región. Luego, la espera para recuperar la libertad, proceso que terminó con un importante grupo de penquistas expulsados hacia México[6].

3.6. Reencuentro en Zaporozhe

En la primavera europea de 1978 el periodista ruso Leonard Kósichev viajó a Zaporozhe a preparar para Radio Moscú un programa sobre los refugiados

chilenos. Allí le contaron que los mineros de carbón de Lota, al enterarse del fusilamiento de Isidoro Carrillo en octubre de 1973, lanzaron un reto a los militares. A la hora establecida, en las galerías dejaron de funcionar los martillos picadores y se detuvieron las vagonetas en las minas. Los mineros se quitaron los cascos. En las sombrías galerías subterráneas cundió un silencio que angustiaba el alma, eran minutos en que se honraba la memoria del compañero ejecutado.

Kósichev se encontró con Isabel, la viuda de Isidoro, que había salido con sus hijos de Chile hacia la URSS, y se instaló en Zaporozhe, donde empezó a trabajar en la fábrica Zaporozhspetstal. En esa ciudad ucraniana muchas otras familias chilenas también encontraron su segundo hogar. Las escuelas locales recibieron a los niños y niñas del lejano país del Sur. Pronto, los chilenos de Zaporozhe se acostumbraron al río Dniépr, y al habla ucraniana y rusa. Cuando Isabel abrió su puerta al periodista de Radio Moscú, en su departamento de la calle Ucraínskaya, lo saludó en ruso y en español: «¡Bienvenidos!, ¡Dobró Pozhálovat!». Isabel tenía una tupida cabellera negra y ojos oscuros. Hablaba alternando las palabras rusas con las españolas. Por su aspecto costaba imaginarse que era madre de doce hijos: Galo, Edita, Isabel, Sonia, Luz, Viola, Elena, Valentín, Vasili, Fedor, Vladimir, Yuri y Gorki.

No se sorprenda de que en nuestra familia haya también nombres rusos, e incluso nombres rusos poco comunes. Mi marido amaba al pueblo soviético y a sus escritores. ¿Sabe por qué hemos llamado a nuestro primogénito Fedor? Él ya tiene veinticinco años. En tiempos de la Segunda Guerra Mundial Isidoro era un adolescente y una noticia inesperada conmovió a Lota: en la bahía había anclado un barco soviético que completaría las reservas de carbón. Todo el pueblecito minero se dirigió a los amarraderos. Y por más que las autoridades trataron de impedir un encuentro con los marineros soviéticos, no lo consiguieron. De forma espontánea se organizó un mitin y pidieron que interviniera un marinero rubio que estaba sobre la cubierta. Él hablaba en ruso y por eso nadie le entendía una sola palabra. Pero entonces el marinero soviético con el puño en alto dijo «fascismo». Todo quedó claro. Eso significaba: sí, derrotaremos el fascismo. Ese marinero ruso se llamaba Fedor. Para toda la vida ese encuentro quedó grabado en la memoria de Isidoro, igual que ese nombre que pusimos a nuestro hijo mayor, relató Isabel.

Isidoro fue testigo de la firmeza de carácter de Fedor, a quien tenían recluido en la misma cárcel de la ciudad de Concepción y torturaban delante de los ojos de su padre. Durante la última cita con el hijo, Isidoro le dijo: «Debes estar preparado para cuidar de tus hermanos y hermanas, y ayudar a tu madre». Isabel le mostró a Kósichev un cuadro hecho sobre una tabla. Las tétricas hileras de barracas, detrás de las alambradas de púas, se parecían a los campos de muerte nazis, pero se trataba del campo de concentración de Chacabuco, dibujado por el cautivo Fedor Carrillo, quien pasó dos años allí. Escaparse era imposible. Vivir también. Sentía una gran preocupación por su madre. «Debo resistir este infierno», se inculcaba a sí mismo. «Resistir por mamá...». Y resistió. Después de ser desterrados de Chile, Fedor y Vasili vivieron en la República Democrática Alemana, y otros nueve hermanos y hermanas vivieron y estudiaron en la escuela-internado de Ivánovo, no lejos de Moscú. En la profundidad del alma, Fedor experimentaba un sentimiento de orgullo por su padre, pero nunca habló de ello con otros. Sin embargo, se refería gustosamente de cómo Isidoro le dio su nombre en honor de un marinero ruso[7].

3.7. Testimonio de un fusilero

En 1986 la Iglesia católica requirió a un gendarme radicado en el extranjero que participó en el fusilamiento de Carrillo, Araneda, Cabrera y González, para que indicara el lugar exacto de la ejecución realizada a las 5:50 de la madrugada del 22 de octubre de 1973, en un predio de prisiones, junto a la carretera que conduce al puerto de Talcahuano. El objetivo de la petición era precisar el lugar exacto de los disparos, pues había dudas y se pensaba realizar allí una eucaristía presidida por el papa Juan Pablo II, durante su visita a Chile en abril de 1987.

El ya fallecido periodista Quintín Oyarzo, redactor en aquel tiempo del diario El Sur de Concepción, recogió el testimonio del gendarme, identificándolo solo con las iniciales L. G. S. M., y lo publicó en el periódico penquista.

El aludido había ingresado a Gendarmería a los dieciocho años de edad y en 1973 fue destinado a Talcahuano. El golpe militar lo sorprendió allí y fue trasladado a Concepción. Recordó que varias veces había acompañado a los fusilados a la fiscalía. Dijo que cuando se les comunicó que estaban condenados

a muerte, el más emocionado era Isidoro Carrillo. Se abrazó llorando a Danilo González, el más carismático, y le dijo que lo que harían con ellos era «una maldad, porque nunca habían pensado hacer aquello de lo que los inculpaban».

«El domingo 21, como a las cuatro de la tarde, cuando terminaba el servicio de guardia, junto con las visitas, al ir hacia nuestros dormitorios, el cabo Germán Medina, que portaba una gorra en sus manos, nos hizo sacar de ella un papelito. En algunos decía Sí y en otros No. Los que sacaban el papel Sí debían ponerse ropa gruesa, porque los iban a pasar a buscar como a las 17:30 horas», relató.

Más tarde, dijo, fueron trasladados al estadio regional, a bordo de furgones. Ahí se reunieron con otros funcionarios de Gendarmería. Estos venían de Los Ángeles, Coronel, Arauco y otras ciudades.

«Nos entregaron carabina y casco militar. No sabíamos nuestro destino. Conversamos que quizás fuéramos de refuerzo a otras partes, pero en general estábamos a oscuras en relación con nuestro destino. Como a las 18:30 salimos en furgones de Gendarmería en dirección a la Base Naval de Talcahuano. A esa hora los detenidos en el estadio ya estaban en el interior de los camarines».

En el recinto naval, según L. G. S. M., fueron presentados a un oficial, quien los llevó al polígono de tiro del Fuerte Borgoño. Ahí les facilitaron munición y comenzaron a practicar disparando a blancos que estaban a doce o quince metros de distancia. Esto duró alrededor de tres horas. Eran treinta y seis funcionarios y quedaron seleccionados treinta y dos.

«A las 22.00 horas el capitán Rodolfo Schmidlin Chávez nos llamó para decirnos que habíamos sido elegidos por la Patria para hacer cumplir los primeros fusilamientos en Chile contra los que habían ideado el Plan Zeta y planificado el fusilamiento de opositores, como también la destrucción de locales militares. Nos prometió que luego del fusilamiento tendríamos tres días de franco, situación que no se cumplió», agregó.

Quien dio a conocer este testimonio se acercó a Schmidlin y pidió no participar en el fusilamiento, porque esto lo iba a traumatizar debido a su corta edad. La respuesta fue:

«Mire G., si no quiere participar, en vez de cuatro banquillos pondré cinco y el quinto será de usted, por traidor a la patria».

No se habló más del asunto y luego en el dormitorio varios de los fusileros señalaron el deseo de disparar al aire. Otros, sin embargo, expresaron que los condenados merecían morir. Ocho de ellos, que debían ajusticiar a Carrillo, analizaron la posibilidad de no dispararle, pero luego concluyeron que igual sería muerto con el tiro de gracia y solo sufriría más.

«Interiormente eso algo nos conformaba. Me fui al baño con mi compadre I. Comentamos lo que haríamos. Llegó el suboficial A., que era de la Armada. Le contamos y nos conformó diciendo que eran órdenes superiores y nos invitó al casino a tomar un trago. Fuimos seis con él, los más jóvenes. Nos regaló cigarros y nos curamos».

A medio despertar, los fusileros fueron trasladados al lugar de la ejecución. Llegaron adelantados en unos veinte minutos.

«Vimos cuando fueron llegando en vehículos especiales, no recuerdo bien cuáles. Me parece que venían de a dos. Cada uno al bajar lo hacía acompañado de un oficial, quien les conversaba al parecer para conformarlos. Los reos traían los ojos descubiertos, pero las manos amarradas a la espalda. El oficial marchaba atrás. Cada uno se sentó en una banca individual de madera con respaldo. Los amarraron a ella y les vendaron los ojos. Les pusieron un disco rojo en la parte izquierda del pecho. Escuchamos a Isidoro Carrillo cuando le dijo al oficial que caminaba a su espalda: “Señor De la Fuente, lo que van a hacer con nosotros es una maldad”».

De izquierda a derecha frente al pelotón estaban Wladimir Araneda, Danilo González, Isidoro Carrillo y Bernabé Cabrera. Ocho fusileros se ubicaron frente a cada uno. Cuatro hincados y cuatro de pie, separados los grupos por unos cinco metros. Las luces de los vehículos iluminaban el paredón, tallado en la pared de tierra. Más tarde allí funcionó una fábrica de ladrillos, frente a donde actualmente está el hospital de la Mutual de Seguridad.

Casi amanecía. El oficial dio la orden de fuego. Fue Carlos Gastón Valenzuela, alias «Condorito». «Oficial correcto, casi hermano de nosotros. Era uno más que cumplía órdenes. Una treintena presenció los fusilamientos. Entre ellos una mujer, al parecer extranjera, porque hablaba con un acento centroamericano».

Luego de las descargas hubo silencio, hasta que la mujer que estaba allí reaccionó primero, gritando: «¡Está vivo! ¡Está vivo!».

Se refería a Danilo González, quien se movía en la silla de adelante hacia atrás, diciendo: «Mamá, mamá, mamá».

El doctor Blanco Baeza se acercó, levantó la chomba verde que portaba el condenado, y recibió un chorro de sangre que salió del pecho.

Un oficial se acercó para aplicar el tiro de gracia, pero el doctor indicó que no era necesario y certificó la muerte de los cuatro[8].

Nunca se ha podido saber quién tomó la decisión de adelantar el fusilamiento, programado para el 24 de octubre. El día 20, incluso, el general Washington Carrasco convocó a sus oficinas a los abogados defensores, Julio Sáez Perry y Hugo Tapia, director del Servicio de Asistencia Judicial y presidente del Colegio de Abogados de Concepción, respectivamente, y les pidió que hicieran gestiones urgentes en Santiago que permitieran salvar la vida de los condenados por el consejo de guerra.

El juez Juan Guzmán Tapia, en sus investigaciones por los crímenes de la denominada Caravana de la Muerte, logró precisar que el lunes 1 de octubre llegó a Concepción en un helicóptero Puma el general Sergio Arellano, acompañado de diez oficiales y suboficiales, como oficial delegado del comandante en jefe.

Arellano aterrizó en el Regimiento de Caballería n.° 3, comandado por el teniente coronel Gastón Zúñiga Paredes, y esa noche ofreció una cena en la misma unidad militar a la que asistió, entre otros invitados, el comandante de la guarnición militar de Temuco y del Regimiento Tucapel de esa ciudad, coronel Pablo Iturriaga Marchesse.

El martes 2 de octubre el Diario Color de Concepción informó de la llegada de Arellano y publicó una fotografía donde aparecían el general Carrasco y el comandante Luis Zenteno despidiendo a la comitiva que viajaba en el Puma, los que eran observados por varios periodistas.

Se ignora si esa información fue un error de la redacción del periódico o si fue una maniobra destinada a encubrir la permanencia de Arellano en la ciudad. Años después, declarando ante el juez Guzmán, tanto Carrasco como Zúñiga y el coronel Pedro Espinoza, integrante también de la comitiva aérea, confirmaron que pernoctaron en Concepción y que se realizó la cena en el regimiento.

El martes 2 de octubre, Arellano y sus hombres durmieron en Temuco, durante las mismas horas en que seis prisioneros fueron asesinados en el Regimiento Tucapel y en la base aérea Maquehue, por un supuesto ataque a los soldados e intento de fuga[9].

1 «50 años de Huelga Larga del Carbón», Prensa Sur, lunes 24 de mayo de 2010. En <www.rsumen.cl>.

2 Tomado de «Apuntes de un testigo», radio relatos de Leonard Kósichev en radioemisora La Voz de Rusia. En <http://spanish.ruvr.ru>.

3 Servicio de Inteligencia Militar.

4 Véase Semblanzas del pasado, <marioynimia.bligoo.cl>, 8 de enero de 2010.

5 Véase Semblanzas del pasado, «Estadio regional Concepción y campo de concentración de Chacabuco», <marioynimia.bligoo.cl>, 7 de diciembre de 2009.

6 Publicado por Gabriel Reyes Arriagada en Testimonios, 12 de enero de 2009. En <www.tribunadelbiobio.cl>.

7 Difundido por el periodista Leonard Kósichev en «Apuntes de un testigo», radio La Voz de Rusia, 27 de septiembre de 2010.

8 Véase Quintín Oyarzo, Crónicas y minicuentos (Santiago: Interiordía, 2012).

9 Véase Jorge Escalante, La misión era matar (Santiago: LOM ediciones, 2000).

Capítulo IV

Redes de protección y trabajo clandestino

Jorge Schindler ya en Santiago, trabajando en el Comité Farmacéutico de la Corfo, se vinculó con destacados dirigentes de la Unidad Popular y del Partido Comunista. Operó codo a codo con Marta Ugarte, Patricio Palma, León Dobry, el general Alberto Bachelet y Galvarino Melo, entre otros, intentando solucionar los problemas de desabastecimiento que generaba la oposición a Salvador Allende. En eso estaba cuando sobrevino el golpe militar. En la Corfo también trabajaba el abogado Hugo Pavez, quien cumpliría un importante papel en la defensa legal de los comunistas perseguidos por la dictadura. Al mismo tiempo, sería el hombre que armaría el entramado legal de las farmacias de Schindler.

4.1. Viaje al Comité Farmacéutico de la Corfo

A fines de 1972, Jorge Schindler renunció a la Bayer y, recomendado por Alfredo Lyon, dirigente sindical socialista del Laboratorio Chile, aceptó incorporarse en Santiago al Comité Farmacéutico de la Corporación de Fomento (Corfo). Antes de ser oficializado su nombramiento, debió pasar un examen en la Comisión de Control y Cuadros del PC, dirigida entonces por Uldarico Donaire[1], más conocido entonces como «Rafael Cortés». Poco después de asumir sus nuevas funciones, a comienzos de enero de 1973, Schindler se casó con Gema Ugarte Alfero.

Evoca Schindler:

En la Corfo yo era el secretario político de la célula que reunía a los ejecutivos comunistas de la corporación. Ahí estaban Gerardo Weissner, con quien me

encontré luego en el exilio, que era el gerente de las industrias livianas; Sergio Oyaneder, el encargado de seguridad; Alfredo Sáez, contador; la sicóloga Marta Alvarado, la esposa de Patricio Palma, director de la Dirección de Industria y Comercio (Dirinco); Aída Eldelstein, farmacéutica, hija del compañero que era conocido como «José Pino» en el Comité Central del PC, entre varios otros.

El papel fundamental de Corfo era relacionarse con las empresas estatizadas. Yo estaba a cargo del Departamento de Distribución de Productos Farmacéuticos. Todo el año 73, hasta el golpe, hubo un intenso trabajo porque la preocupación central era el mercado negro, debido a que teniendo una producción más o menos normal, los productos desaparecían del mercado y el desabastecimiento era nefasto para el Gobierno. Poco antes del golpe, me instalé en el Laboratorio Geka, que producía la pasta Odontine, para tratar de regularizar el abastecimiento de dentífricos. También faltaban algodón y toallas higiénicas. Con Patricio Palma y el subdirector de Dirinco, León Dobry, «El Loco Dobry», me reunía en la Comisión Técnica del PC y en la misma Dirinco, además de Marta Ugarte, en ese entonces jefa de abastecimiento de las JAP, que encabezaban el general Alberto Bachelet y el capitán Raúl Vergara. Con todos ellos elaboramos una estrategia y decidimos actuar allanando múltiples bodegas clandestinas que estaban llenas de las mercaderías que faltaban en el comercio. En esos allanamientos íbamos juntos con Dobry, que era del PC, y dieron muy buenos resultados, especialmente en el sector de La Vega y de Estación Central, donde encontramos grandes cantidades de pasta de dientes y jabón de tocador, acaparados por comerciantes inescrupulosos y opositores al Gobierno. No tuvimos problemas, en cambio, con la industria farmacéutica y hubo una buena distribución de medicamentos.

Tengo un recuerdo imborrable de Marta Ugarte, una autodidacta ejemplar y muy modesta; de «El Loco» Dobry sé que después del golpe se asiló en la Embajada de Ecuador y que en ese país le fue muy bien en los negocios.

El 11 de septiembre de 1973 salí de mi casa a las 7:30. Mi mujer me iba a dejar al trabajo. Tomamos avenida Matta. Íbamos escuchando la radio. Nos dimos

cuenta de que el golpe estaba en marcha. El Comité Farmacéutico funcionaba en un segundo piso de un edificio que estaba en calle San Antonio al llegar a Monjitas, al lado del hotel Tupahue. Llegó el que hacía de jefe del comité, Edgardo Arrivé, socialista, exgerente del Laboratorio Merck. Nos pareció que la asonada militar era inevitable y decidimos dirigirnos al Laboratorio Chile, donde yo era director y debíamos reunirnos según las instrucciones que teníamos. Galvarino Melo, cuadro obrero del partido que también fue diputado, era el presidente del directorio y siempre me solicitaba ayuda en el tema de los medicamentos del Formulario Nacional. Él fue, además, director nacional del Servicio de Seguro Social. Yo conocía a los presidentes de los sindicatos industriales y de empleados. Los trabajadores nos recomendaron salir de allí porque los militares iban a allanar el lugar. Me encontré parado frente al estadio Nacional y decidí caminar hacia mi casa. Eran cerca de las 13:00 horas. Mi departamento estaba en un tercer piso y vimos el humo que salía de La Moneda. No cabía otra cosa que esperar.

Estuve tres días en la casa. Después fuimos a Corfo a buscar documentos, pero no nos dejaron entrar y nos mandaron a la sede central, en Moneda 921. Había como doscientas personas afuera que querían saber cuál era su situación. Un tipo que trabajaba como portero del Comité Farmacéutico estaba en la entrada. Resultó que era un civil que trabajaba para la FACh. Nos pagaron el sueldo hasta el 15 de noviembre y nos mandaron para la casa, cesantes.

Yo tenía algunos ahorros y pudimos arreglarnos un tiempo, pero los fondos comenzaron a agotarse y empecé a angustiarme. Llegó de Concepción mi suegro, Óscar Ugarte Sotolicchio, primo del general Pinochet y muy de derecha. El viejo traía un diario Crónica donde se informaba que me buscaban por el asunto del cabo Aroca.

En Valparaíso detuvieron a mi hermano Julio, lo metieron al buque Maipo y luego lo mandaron a Pisagua. Yo vivía con mi madre, que había quedado viuda —mi padre murió en 1972— y estaba recién operada de la cadera. Un vecino taxista nos denunció porque yo era comunista y llegaron los carabineros de la

comisaría de Los Guindos a allanarnos. Uno de ellos me conocía de la farmacia de la villa Olímpica e intervino ante el teniente que los mandaba. Les dijo que éramos buenas personas y muy tranquilos. Se fueron. Poco a poco me fui enterando de lo que estaba ocurriendo. Un día encontraron a Luis Corvalán, oculto en una casa a pocos metros de la mía, en calle Los Cerezos, entre Irarrázaval y Grecia.

Pasó el tiempo y la situación se puso asfixiante y sin perspectivas. Pensé incluso en salir de Chile. Contacté a un gran amigo brasileño que había estado trabajando acá en el Icira[2]. Se llamaba Joao Baptista Romanelli y era el padrino de mi hija Mirna. Le escribí y le dije que yo podía trabajar como visitador médico. Me respondió preguntándome si me podía llevar un capital de diez mil dólares, dinero que no tenía. Ya no podía con mis nervios cuando mi exsuegro me contó que su hermano, Manuel Alcoholado, tenía un local en la villa México, una población ubicada entre Cerrillos y Maipú, donde había estado funcionando una farmacia, que fuera a hablar con él. Llegué allá y don Manuel me entusiasmó y me dio ánimo.

Era en verdad una farmacia montada, pero cerrada. Había montones de medicamentos.

Yo tenía otro gran amigo y compañero de la Corfo, Ramiro Ríos, que era del Mapu, químico farmacéutico, que también seguía sin trabajo. Fuimos a ver el local de villa México y decidimos asociarnos y meternos en el negocio. Don Manuel Alcoholado era pro comunista y me dijo: «Jorge, te quedas con el local; no me pagas derechos de llaves, pero sí me pagas los medicamentos, como quieras y cuando puedas».

4.2. Abriendo las puertas de un bazucazo

El abogado Hugo Pavez Lazo, a los setenta y dos años de edad, integra en la actualidad el Programa de Defensa de los Derechos Humanos del Ministerio del Interior. Tiene a su cargo el seguimiento de gran parte de los juicios que se mantienen en los tribunales de justicia para aclarar los crímenes y desapariciones que se registraron en Santiago en los días y semanas siguientes al golpe militar de 1973. Pavez, militante comunista desde muy joven, pasó como detenido en aquel tiempo por el Ministerio de Defensa, el estadio Chile y el estadio Nacional. Tras recuperar su libertad se integró a los equipos de abogados que defendieron los derechos humanos desde el inicio de la dictadura. También trabajó por su partido en la clandestinidad y participó en la cobertura legal de las farmacias creadas por Jorge Schindler.

Habla Pavez:

Mi familia era de Curicó y muy conservadora. Mis padres se separaron cuando yo tenía unos dos años y con mi madre nos trasladamos a Santiago en 1946. Tenía miedo del viaje porque me habían dicho que los comunistas descarrilaban los trenes. Mi abuela materna, que era profesora, me educó inicialmente y luego ingresé al Instituto Nacional. Allí era muy cercano a las Juventudes Comunistas y formaba parte de un grupo de alumnos de izquierda donde estaban Antonio Skarmeta, presidente de la Academia Literaria; Augusto Carmona, mi compañero de banco, que ingresaría al MIR y sería uno de los fundadores de la revista Punto Final; Pedro Butazzoni, años después subsecretario de Hacienda del presidente Frei Montalva, y Jorge Arrate y Juan Facuse, ambos radicales entonces, entre otros. En el liceo también había muchos hijos de padres judíos que venían huyendo de la guerra, casi todos de derecha, y algunos hijos de españoles exiliados a causa de la guerra civil.

Vivía en Recoleta, donde mismo vivo ahora. Salí de humanidades en 1956 y entré a Derecho en la Universidad de Chile. En la misma generación estaban Mónica Madariaga, que era la primera del curso[3]; Luis Maira; Cristián Bulnes, el hijo mayor del senador Francisco Bulnes; Hernán Somerville, Litré Quiroga, Juan Pavín y Eduardo Contreras. Ese fue el curso que cambió la correlación política de fuerzas en la facultad. Hasta el año anterior había dominado el Grupo Universitario Radical (GUR) pero a partir de ese momento empezó a imperar la Juventud Demócrata Cristiana (la JDC).

Egresé e hice mi práctica en el Servicio de Asistencia Judicial del Colegio de Abogados. Luego me incorporé a trabajar al estudio del abogado procurador Fernando Ostornol, del cual después fui socio, cuando me recibí en 1967. Me casé en 1962, a los veintidós años, con Rosa Parisi, una compañera de curso. Entré a militar en el Partido Comunista por esos mismos años, a la Quinta Comuna, en Independencia. Participé en la campaña de Salvador Allende en 1970, y el día de las elecciones fui apoderado para todas las mesas de mujeres en la Quinta Comuna. La noche del triunfo me acosté a las 22:00 horas, agotado por la pega del día.

En los días siguientes conversé con Uldarico Donaire, el encargado de Control y Cuadros del partido, que me ofreció varias alternativas de trabajo: fiscal de la Caja de Empleados Particulares, asesor de Hugo Fazio en el Banco Central, o secretario abogado de la Intendencia de Rancagua, con Wladimir Lenin Chávez. Al final, en diciembre, me mandaron a hablar a La Moneda con Daniel Vergara, el subsecretario del Interior. Me recibió Daniel Escobar, funcionario de Correos adscrito a La Moneda, que más tarde fue jefe de Gabinete de Vergara y que hasta hoy permanece desaparecido. Me nombraron director nacional de Organizaciones Comunitarias del Ministerio del Interior, el equivalente a las organizaciones civiles de ahora. Eran solo dos las entidades de Interior que se relacionaban con las masas: Organizaciones Comunitarias y la Oficina Nacional de Emergencias (Onemi). Funcionábamos en Bulnes 80. Allí estuve en 1971, pero tuve un problema de control, me enamoré de una de mis cinco secretarias y mi matrimonio se rompió. El partido —que era muy moralizo— determinó que dejara mi cargo. Poco después me casé con María Cecilia Jorquera.

En marzo de 1972 me llamó el fiscal de la Corfo, José Rodríguez Elizondo. Ahora decía que nunca fue comunista, pero en ese tiempo militaba en mi célula, donde yo era el secretario político. Entré como abogado de la fiscalía. En Corfo asumí como abogado a cargo de los créditos otorgados por esa entidad a los productores, de las expropiaciones de la Corporación de Reforma Agraria (CORA) y de las negociaciones con los agricultores. Durante el paro de octubre de 1972 la gran mayoría de los abogados de la fiscalía era de derecha o del PDC.

Paralizaron todos menos un grupo de la UP que integraban el abogado jefe, el radical Eduardo Jara Miranda y Ángel Castro, entre otros pocos. Mi jefe era un abogado de apellido Orellana, de derecha; el segundo, Roberto Cobo de la Maza, era muy cercano a Patria y Libertad, teniente de la Armada en reserva. Después del golpe entró a la Inteligencia de la Armada y, ahora, en los últimos años, me lo he topado en varios juicios.

Tras el paro de octubre, José Rodríguez me pidió que asumiera la jefatura del Departamento de Estudios de la Fiscalía, donde estuve un par de meses. Al jefe, Carlos Monreal, que era comunista, le había dado tuberculosis. Por esa fecha conocí a Jorge Schindler, en el Comité de Empresas. Yo era secretario político de mi célula, él de otra y ahí nos encontrábamos en reuniones del partido para informarnos de lo que estaba ocurriendo en la Corfo. En esa fecha me llamaron para encabezar un grupo de defensa judicial en el tema de las empresas traspasadas al área social de la economía. Allí estuve hasta el golpe.

También yo estaba cada vez más activo en el partido; me integré al equipo de autodefensa y me tocaba cuidar los locales partidarios del Comité Central y del Regional Capital, el primero ubicado en calle Teatinos 416 y el segundo cerca de Ejército, en calle Vergara. Éramos grupos pequeños, de doce o quince; yo tenía un revólver amarrado con tela adhesiva, el mismo que unas pocas noches atrás se le había disparado en una pierna a un compañero que hacía instrucción de defensa personal.

La noche del lunes 10 de septiembre de 1973, estuve a cargo de seguridad en la Corfo con unos ocho compañeros. Levanté la guardia poco después de las 6:30 de la mañana y me pasó a buscar una camioneta que me llevaba a mi casa, en calle Almirante Grau, entre Vicuña Mackenna y el parque Bustamante. Llegué a acostarme. A mi mujer la pasaban a buscar para ir a su trabajo en el Ministerio del Interior y en el trayecto dejaba a mi hija Cecilia en la sala cuna. De pronto sentí sonar los tacos de los zapatos de mi mujer que volvía muy agitada. Me dijo que se había levantado la Armada y se fue. Me vestí a toda prisa y me fui colgando de un microbús que me dejó en el puente Recoleta, en Mapocho, y de

ahí me fui corriendo a la Corfo. Me acuerdo que vi a un compañero solo gritando ¡Abajo los fascistas! ¡Vida la Unidad Popular! ¡Viva Allende!

Nos reunimos en Corfo unas ochenta personas. Los dirigentes socialistas, con el general Sergio Poblete, de la FACh, a la cabeza, dijeron que tenían un lugar donde acudir. Los comunistas, unos cuarenta, nos quedamos a acatar las instrucciones de la CUT: todo el mundo a sus puestos de combate. El secretario político del Comité de Empresas, Guillermo Sáez, había sido removido después del tanquetazo. Estaba el encargado de organización, Sergio Oyaneder, y el encargado de Agitación y Propaganda. Nos preocupamos del almuerzo de la gente. No teníamos claro qué pasaría. Creíamos que se nos iban a entregar armas, que iba a haber resistencia. En el partido había convicción de que las Fuerzas Armadas se iban a dividir verticalmente y que un grupo iba a resistir. Confiábamos en los generales Prats, Pickering y Urbina. Éramos, en realidad, una mezcla de ingenuidad, confianza y disciplina. Lo que nos decía la dirección del partido era palabra santa.

Autorizamos al compañero de Agitación y Propaganda para que se retirara a cumplir una misión; y al jefe del personal de la Corfo, junto con otro, que manifestaron tener que salir a cumplir una misión especial del equipo de autodefensa. Llegó gente a refugiarse: la secretaria de Nilde Garfias, la encargada de la JAP en la Dirinco; una hija del general Pickering; un ayudante de cocina de Corfo Renca y miembros de los diversos comités. Requisamos las radios y los teléfonos. Algunos compañeros dijeron que habían visto fusilar a tres o cuatro personas en la pared trasera del Banco Español. Me llamó el encargado del Comité Local de la Primera Comuna, que recién se había dividido en norte y sur, y me dijo que abandonáramos el lugar, pero yo no le entendí.

Al día siguiente, el miércoles 12 en la tarde, llegaron los militares. Le dispararon un bazucazo a la puerta y entraron. Los mandaba el general Sergio Nuño, a quien la hija de Pickering se negó a saludar. Nos hicieron bajar a todos desde los pisos superiores y nos tiraron al suelo, donde nos mantuvieron varias horas. Escuchábamos quebrazón de vidrios y ráfagas de disparos. Vimos como los

soldados salían con cajas de productos cosméticos que tenían las secretarias para venderlos en el mercado negro y con piezas de queso que teníamos en el casino.

Nos hicieron parar e iniciamos un largo recorrido hacia el Ministerio de Defensa. Las mujeres se quedaron en la Corfo. En calle Matías Cousiño nos cortaron el pelo, a mí con un yatagán y a los otros con tijeras. Dimos la vuelta por Moneda, sacaron a un compañero de la fila y subieron con él a la radio Minería, en cuyo auditorio se había efectuado el congreso de la Primera Comuna del partido. En la cuadra siguiente doblamos por Bandera y paramos frente al teatro que allí había, donde los militares quemaron una bandera cubana. Seguimos hacia Alameda, Morandé y el Ministerio.

Nos recibió un callejón oscuro en el hall central. Luego empezaron a interrogarnos. Era evidente que alguien les había informado sobre nosotros, porque las preguntas eran muy precisas. A mí me preguntaban por armas mientras me pasaban un corvo por el estómago. Me dijeron que en media hora me fusilaban y me enviaron a los subterráneos. Uno de los oficiales pertenecía a las fiscalías militares. Se llamaba Sergio Vergara y ahora lo tengo en un proceso por haber integrado el consejo de guerra que se realizó en escarmiento por el ataque a una ambulancia en la población La Legua[4].

Nos tuvieron ahí hasta el día 13 en la tarde, cuando nos separaron en dos grupos: uno de profesionales y otro integrado por los que habían viajado al exterior, entre ellos Marcelo Concha, con quien éramos amigos y que está desaparecido desde el 9 de mayo de 1976, fecha en que fue detenido no sabemos si por la DINA o por el Comando Conjunto. A ellos los llevaron a Investigaciones, a nosotros nos sacaron en un microbús hacia el estadio Chile, donde llegamos a la puesta del sol.

4.3. ¡Al que diga que es independiente, lo mato!

Tuvimos que esperar que sacaran el cuerpo de un niño de quince años que habían matado porque intentó quitarle el fusil a un soldado. Salió el coronel Mario Manríquez, a cargo del estadio, muy ufano, y nos empezó a interrogar. «¿Tú, qué eres?». «Independiente», fue la respuesta. «¿Y tú?», le preguntó al segundo. «Independiente, señor». El tercero le contestó igual. Entonces, enfurecido, sacó su arma de puño y dijo: «¡Al siguiente que me diga "independiente", lo mato!». «¿Tú qué eres?», preguntó al que seguía poniéndole la pistola en la cabeza. «Independiente de izquierda, señor», le dijo el único miembro del Mapu que había entre nosotros.

Nos enviaron a los subterráneos, donde estuvimos toda la noche del 13 y el día del 14. Nos pegaban e interrogaban. El milico que pasaba nos daba una patada o un culatazo. De repente trajeron a Daniel Escobar de alguna parte y el teniente que lo estaba interrogando lo mató. Para mí era Miguel Krassnoff, otros dicen que era Edwin Dimter. Yo me he careado con el primero, que lo niega y se indigna. También se dice que en el estadio Chile estuvo Pedro Espinoza dando órdenes sobre qué hacer con los prisioneros[5].

Litré Quiroga, director de Gendarmería, fue conminado a presentarse ante la autoridad militar en el primer bando que publicó la Junta de Gobierno. Familiares y compañeros le pidieron que no se presentara, pero él dijo que no tenía nada que ocultar. Llamó al Ministerio de Defensa y llegó un vehículo con militares a buscarlo. Su cadáver apareció junto al de Víctor Jara. Creo que lo llevaron del Regimiento Tacna al estadio Chile; lo habían amarrado con alambre y sufrió mucho porque era gordo y el alambre se le incrustaba en el cuello y en otras partes del cuerpo. También está abierto un proceso por un muchacho de apellido Panes, que se lanzó desde el quinto piso del estadio Chile a la cancha y murió ahí. Otro caso es el de Sócrates Ponce, interventor de Indumet, un abogado ecuatoriano de bastante prestancia intelectual. Sé que lo llamaron por parlantes y desapareció en los subterráneos. Al día siguiente, le entregaron su cadáver al general Rubén Álvarez, de Carabineros, que era su suegro, muy amigo de Allende y que estaba próximo a ascender a director general.

Cuando estábamos abajo, en los camarines, llegó el coronel Manríquez en visita inspectiva con dos tenientes. Era un fantoche. Nos contó cómo las ramas de las Fuerzas Armadas se habían repartido el Gobierno. Ordenó luego que nos subieran a la cancha. En las graderías nos cruzamos con Víctor Jara. Allí nos hicieron inscribirnos para salir en los días siguientes. El sábado 16 quedábamos pocos y nos tocó el bus del último viaje. Nos llevaron al estadio Nacional, donde sufrimos los interrogatorios más intensos, aunque a cara descubierta. Parece que los hizo un detective ya mayor. Los compañeros del Comité Textil de la Corfo, detenidos con nosotros, estaban convencidos de que los militares los iban a llamar a colaborar porque, según ellos, eran indispensables.

Mi esposa se contactó con un cabo de Carabineros que trabajaba en organizaciones comunitarias, que le ayudó a llegar al estadio. Yo estaba cerca de la puerta de la escotilla y la vi; estaba al lado de la entrada y me llevó un churrasco. En una comida del Ministerio del Interior al cabo se le había pasado la mano con el trago. Yo lo mandé a dejar a su casa y quedó muy agradecido, no se olvidó nunca y cuando mi esposa le pidió ayuda, la hizo pasar como pariente suya y consiguió que ingresara a verme.

Finalmente me soltaron el 1 de octubre. Tomé una micro y llegué a mi casa, donde me encontré con mis suegros. El 2 de octubre fui a mi oficina particular, en Agustinas 853, frente a la iglesia de los agustinos. Tenía prohibido entrar a Corfo, aunque nos siguieron pagando hasta el 13 de noviembre. Yo seguí dirigiendo a los comunistas que trabajaban allí para recabar datos de lo que ocurría, hasta que en el partido me pidieron que me quedara solo trabajando en el grupo de abogados que trataba de defender a los perseguidos. Íbamos al Ministerio de Defensa a ver las listas de detenidos. Las tareas principales las asumieron Sergio Ovalle, Guillermo Cáceres y Fernando Ostornol, que era también dirigente del Regional Cordillera. Muy luego se empezaron a tejer redes de apoyo con otros abogados como Roberto Garretón, Jaime Hales y Andrés Aylwin.

Los abogados pasamos a depender del equipo de solidaridad del partido que dirigía Sergio Ovalle («Pedro»). Después de él estuvo Marta Ugarte, a quien detuvieron cuando estaba pasando a la Comisión de Organización[6]. Me tocó estar en algunos consejos de guerra. Guillermo Cáceres participó en el de la FACh junto con Héctor Basualto. Rose Marie Bornan estuvo en muchos de ellos. Los militares no han reconocido los consejos, solo algunos como el de La Legua, donde procesaron a personas que no habían tenido ninguna participación en hechos de violencia. A fines de 1973, nos fuimos organizando con los otros abogados comunistas; éramos unos quince. En 1974 hacíamos también análisis e información para la dirección del partido y nos dimos cuenta de que estaban operando otros servicios de inteligencia además del SIM. Llevábamos el control de las detenciones. Poco más adelante fue más claro a través de los recursos de amparo. Más tarde, el 75, se acordó que un grupo se dedicara a recorrer el país. A mí me tocó Concepción, donde me reuní con los abogados Quintana y Grandón. A la «Chela» Álvarez le tocó desde Valdivia a Puerto Montt y mandaba recados por la radio. Era muy valiente y altiva. La detuvieron y terminó en Tres Álamos.

A mediados de abril de ese año arrestaron a Fernando Ostornol en nuestra oficina. Yo estaba jugando ajedrez con Guillermo Cáceres y, luego de que este se fue, llegaron dos civiles que se identificaron como de Investigaciones. Fernando me pidió calma porque en su escritorio estaba el control de la campaña de finanzas de la célula, con todos los nombres. Lo llevaron a Cuatro Álamos, luego a Tres Álamos y de ahí lo mandaron al exilio a Italia y más tarde a México.

Ostornol fue el primer abogado de Corvalán, luego asumí yo la preparación de su defensa. Estábamos seguros de que la dictadura intentaría acusarlo a través de un consejo de guerra y simultáneamente enjuiciar al Partido Comunista. Discutimos si invocaríamos la convención de Ginebra: el partido decidió no hacerlo, pues no quería validar la institucionalidad vigente impuesta por Pinochet. La defensa la iba a encabezar públicamente Joaquín Ruiz Jiménez, exministro de Francisco Franco, que había roto relaciones con el general español algunos años antes. Ruiz Jiménez pertenecía a los católicos españoles más fervorosos y había sido embajador en el Vaticano. También estaban Guido Calvi, profesor de Filosofía del Derecho, un abogado eminente; dos rumanos que se

instalaron varios meses en el hotel Crillón; un abogado estadounidense comunista, exintegrante de la Corte Suprema de ese país, de apellido Faulkner, entre otros. El grupo no llegó a operar, pues finalmente se negoció el canje de Corvalán.

A fines de 1974 detuvieron a Jorge Montes, encargado de los comités regionales, por imprudencias en la relación con su esposa, la Pepa, que era muy celosa y posesiva.

Cayeron algunos dirigentes regionales y hubo varios muertos. A Jorge lo llevaron a la Academia de Guerra Aérea de la FACh y lo torturaron hasta lo indecible. Yo saqué en secreto parte del libro que escribió Jorge mientras estuvo preso. Se perdieron varios capítulos, pero finalmente se publicó.

Por esos mismos días, a través de la madre de Alsino García, un veterinario que trabajaba en el frente de profesionales del partido, llegué a las farmacias que dirigía Jorge Schindler. Me encontré con Violeta Núñez, una abogada casada con un argentino, también comunista, que les brindaba asesoría jurídica. Yo la reemplacé y Schindler me hizo contrato de planta, con pago de imposiciones incluido. Conocí a un farmacéutico comunista que había sido intendente subrogante de La Serena y que logró escapar jabonado de que lo fusilara la Caravana de la Muerte que dirigió el general Sergio Arellano. Recuerdo que me tocó una dura pelea con el Colegio Farmacéutico por la necesidad de que hubiera un químico farmacéutico a cargo de las farmacias. Yo sabía bien el papel paralelo que cumplían las farmacias de Jorge Schindler y ayudé en todo lo que pude hasta 1978. Con Carlos Fuchslocher tuve una relación ocasional. Era muy poco orgánico, se saltaba las instancias propias de la clandestinidad y pedía cosas que no tenía por qué pedir.

En agosto de 1974, la DIFA detuvo a Carol Flores y luego, en octubre de 1975, a Miguel Estay Reino (el «Fanta») y a René Basoa Alarcón. Su colaboración con lo que sería el Comando Conjunto fue clave para reprimir a la dirección de la

Jota, la caída del equipo de relaciones internacionales y el exterminio del Regional Sur de Santiago. Esto también se relaciona con la caída de la dirección socialista de Exequiel Ponce, Ricardo Lagos y Carlos Lorca, a quienes el Partido Comunista les prestaba seguridad porque eran muy débiles en lo orgánico. Todo esto y la entrega de información por parte de algunos militantes detenidos fue determinante en el desastre que vivimos en 1976.

Yo he participado en diversos trabajos para aclarar lo que ocurrió y todavía tenemos una serie de incógnitas sobre quiénes fueron los que detuvieron; si fue la DINA o el Comando Conjunto. El caso de Marcelo Concha, por ejemplo, no está nada de claro. Tampoco hemos podido precisar si hubo infiltrados desde antes, como podrían haber sido Basoa o el «Fanta».

Al caer los compañeros en la calle Conferencia y luego los demás, el partido nos dijo a los abogados que había que apechugar. Yo era el vínculo entre los abogados y la dirección. Mucho tiempo el contacto fue Ramón Vargas y luego Héctor Asela, quien murió más tarde extrañamente envenenado por gas. Cuando cayó Víctor Díaz, el partido me pidió que hablara con Patricio Aylwin para que asumiera su defensa. Fui a encontrarme con él al hotel Carlos V, en calle Huérfanos. Me dijo que con los comunistas ellos tenían discrepancias, que lamentaba mucho la situación, pero que no podía ayudarnos y asumir esa defensa.

1 Uldarico Donaire Cortez, casado, cuatro hijos, obrero gráfico, miembro del Comité Central del Partido Comunista, fue detenido el día miércoles 5 de mayo de 1976 durante un operativo montado por agentes de la DINA, en una casa de calle Conferencia 1587, en Santiago. Permanece hasta hoy en calidad de detenido desaparecido.

2 Instituto de Capacitación en Investigación en Reforma Agraria.

3 Mónica Madariaga Gutiérrez, abogada, prima del general Augusto Pinochet, fue ministra de Educación y de Justicia durante la dictadura militar. Falleció el 8 de octubre de 2009.

4 Sobre los enfrentamientos ocurridos en la población La Legua, veáse Mario Garcés y Sebastián Leiva, El Golpe en La Legua (Santiago: LOM ediciones, 2005).

5 En diversos procesos judiciales se investiga en la actualidad la participación del entonces mayor Pedro Espinoza, más tarde subdirector de la DINA, en crímenes ocurridos en Santiago en los días siguientes al golpe militar de septiembre de 1973.

6 Marta Ugarte Román, integrante del Comité Central del PC, fue detenida el 9 de agosto de 1976 por agentes de la DINA. Permaneció detenida en la Villa Grimaldi y murió a consecuencia de las torturas. Su cadáver fue arrojado por sus captores al mar y más tarde fue encontrado semidesnudo y dentro de un saco amarrado a su cuello con un alambre, en la playa La Ballena, ubicada en Los Molles.

Capítulo V

Todo empezó en villa México

A fines de 1973 Jorge Schindler seguía siendo buscado en Concepción por sus declaraciones públicas que habían sembrado dudas sobre la muerte del cabo de Carabineros Exequiel Aroca. En Santiago, acompañado de su socio Ramiro Ríos, Schindler se preparaba para una nueva aventura comercial. Decidió empeñar todo el prestigio empresarial que había logrado, así como su capacidad de conseguir créditos en los laboratorios, para fundar una cadena de farmacias que no solo ayudaría a la dirección clandestina del PC a mantener su trabajo, sino que daría protección y cobijo a numerosos militantes y compañeros de otros partidos de la Unidad Popular. En esa tarea pondría en riesgo a su familia y enfrentaría peligrosos trances que no sospechaba.

5.1. Nace una nueva farmacia

Schindler recuerda:

Llamamos a un maestro carpintero que había conocido en la farmacia Pasteur, en la villa Olímpica. No era un artesano mueblista, pero trabajaba bien y cobraba barato. Empezó a reparar las estanterías, arreglar los mesones, revisar el techo y cuanto detalle surgía. A los pocos días llegó el «Jano» Zepeda, un compañero que era vendedor del Laboratorio Merck, viejo militante comunista, y me pidió que le diera trabajo a Elda Reyes que era dirigente sindical del Laboratorio Merck y estaba como todos cesante. La conocimos, nos cayó bien y se sumó al equipo inicial. Contratamos como cajero a un dirigente de la CUT, del sector textil, el famoso «Pelao» Ibáñez, también comunista, que había perdido su pega en Yarur. Ibáñez había sido un hombre clave en el desarrollo de los trabajadores

de la industria textil, contribuyendo, además, a partir de diciembre de 1970, a la nacionalización de las numerosas fábricas que por esos años estaban principalmente en manos de familias de origen árabe.

Entonces, con el equipo inicial no solo vendíamos remedios, sino que empezamos a hacer curaciones, poner inyecciones, recetar cremas y pomadas, en fin, lo que viniera. Éramos como médicos y enfermeras a la mano, y la gente confió en nosotros.

Un día de marzo de 1974 llegó a la farmacia un compañero del partido, del Regional Concepción, que había asumido tareas muy delicadas en Santiago vinculadas con la dirección, y que necesitaba con urgencia un lugar donde instalarse. Yo tenía una casa que había comprado mi papá, a través de la Caja de Empleados Públicos, ubicada en la calle Rodrigo de Araya, de Macul hacia arriba, a la izquierda. Se la había pasado al presidente del Sindicato Industrial de la Bayer, que pertenecía al Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR) y el compañero se había desaparecido, dejándola amueblada parcialmente. Logré recuperarla y se la entregué al recién llegado, el profesor Carlos Fuchslocher.

Semana tras semana aparecían compañeros del partido que estaban clandestinos, sin trabajo, a veces incluso con poca ropa —ellos y sus familias— o simplemente con hambre. Hacíamos lo que podíamos para ayudarlos: un plato de comida, algunas monedas, una palabra de aliento y de esperanza. Se corrió la bola y llegó cada vez más gente.

En los inicios de la primavera de 1974, cuando empezaron a salir los volantines y a brotar los árboles de los pasajes de la villa México, nos pareció que era hora de pensar en crecer.

Miramos hacia Maipú, donde conocíamos a un funcionario de la municipalidad

que tenía una casa que nos podía servir. Era una casa esquina donde vivían sus hermanas solteronas. Llegamos a un acuerdo y arreglamos la construcción de tal modo que les habilitamos un departamento para que no se fueran y no pagaran arriendo. No era un local apto para una farmacia, pero lo transformamos y quedó casi perfecto.

Paralelamente, empecé a trabajar políticamente con Fuchslocher. Era un hombre flaco, fumador empedernido, muy culto y un gran formador de cuadros para el partido.

Juntos buscábamos casas o departamentos para reuniones de la dirección del partido, o bien para fondear a compañeros que corrían peligro o no debían caer en manos de la represión. No era nada de fácil. Una vez fuimos a una tremenda casa por ahí por Gran Avenida. Pertenecía a un compañero al que le iba muy bien distribuyendo leche en sus propios camiones. Se trataba de preparar una reunión de un equipo de la dirección que se efectuaría dentro de quince días. La esposa del compañero apareció dos o tres veces con la cara muy agria. Le dije a Fuchslocher que algo no andaba bien. Acordamos volver la semana siguiente para reexaminar la situación. Cuando llegamos, el dueño de casa no estaba y ella nos dijo por el teléfono: «Comunistas conchas de su madre. Arranquen que en cinco minutos estará acá la policía…».

Salimos de ahí lo más rápido que pudimos en mi Fiat 600. Dimos no me acuerdo cuántas vueltas y finalmente llegamos a Maipú. No volvimos nunca más a esa casa.

De las ganancias de la farmacia Villa México salía el dinero para atender a los compañeros que llegaban con dificultades, y empecé a tener problemas con Ramiro, mi socio, que veía que la cosa estaba muy cargada para el lado comunista. Finalmente le compramos su parte y formamos una nueva sociedad. Llegaron el veterinario Alsino García y el farmacéutico Armando Gatica, que ubicamos en una farmacia en Cerrillos. Había sido exintendente de La Serena y

salvó de morir a manos de la Caravana de la Muerte que dirigió el general Sergio Arellano Stark.

En 1975 nació una tercera farmacia, en la calle Principal, en Maipú. La instalamos en un local que era una carnicería. Lo conseguimos a huevo, con las patas y el buche. Le pusimos farmacia Principal. Poco antes llegó Exequiel Aquiles Farías, que había sido dirigente de Correos, un tremendo gallo. Trabajaba y era dirigente. Ese hombre era muy conocido por los compañeros de la dirección. Su tarea fue ser cajero de la Villa México, en reemplazo del «Pelao» Ibáñez, al que trasladamos a la Principal. Por ese tiempo yo quería instalar en Maipú un restaurante como El Hoyo, de Estación Central, pero las farmacias y el trabajo político clandestino absorbieron casi todos mis esfuerzos.

5.2. El día en que llegó la DINA

Schindler prosigue:

Un día de abril o mayo de 1976, cerca de las 15:30, los miembros del personal que almorzaba habitualmente a esa hora, entre ellos Romero, Vásquez, Ibáñez, Aguayo, Panes y la señora Raquel, que estaba encargada de la comida, sintieron que se levantaban las cortinas de la entrada de la farmacia, que estaban abajo y sin candado. Vieron dos autos Fiat 125, de los cuales se bajaron siete tipos y entraron con armas cortas en la mano, conminando a los empleados a levantar los brazos mientras los llevaban a la cocina, que también era bodega, y les pedían los documentos, procediendo a controlar sus direcciones privadas. Mostraron sus placas y dijeron ser de la DINA. Mientras unos preguntaban desde cuándo trabajaban ahí, otros registraron la oficina, los archivadores y cajones. Me buscaban a mí, a Jorge Schindler.

Uno de los agentes llamó a Quintín Romero hacia un costado y este pudo darse cuenta de que quien lo inquiría era un excolega de la Brigada de Homicidios, de

apellido Barrientos, quien le dijo que buscaban a los dueños de la farmacia —Schindler, Gatica y García— todos militantes comunistas, y un policlínico clandestino del PC que operaba ahí. Le agregó que todo era una fachada comunista, según un soplo que habían recibido. El agente tranquilizó a Quintín señalándole que gracias a él no iban a proseguir la investigación, pero que nos notificaba que nos iban a interrogar en los próximos días. Le dijo también que era una denuncia por soplonaje y que gracias a él [Quintín] no iban a seguir adelante. El siguiente interrogatorio se efectuó en la farmacia Principal, que era donde estaba la administración de todas las farmacias; ahí llegaron dos tipos que nos interrogaron por separado a Alsino, Armando y a mí. Uno de los agentes era un sicólogo que solo observaba, mientras que el otro interrogaba. Querían saber qué papel jugábamos en las finanzas del partido y especialmente el rol que yo cumplía. Les demostré todos mis años como dueño de farmacias, de dónde había salido mi capital. Les insistí que éramos solo empresarios de izquierda dedicados a trabajar y que les habíamos dado trabajo a muchos militantes de izquierda que habían sido exonerados por razones políticas. Finalmente se retiraron y al poco tiempo se nos dejó caer Impuestos Internos. No cabía duda de que era una persecución con amedrentamiento. Años después, sin embargo, me enteré de que el riesgo que habíamos corrido fue mucho mayor, porque los agentes que llegaron a la Villa México eran integrantes de la brigada Purén, la que junto a la brigada Lautaro ya habían emprendido la cacería y el exterminio de la dirección del Partido Comunista. Si no hubiera estado Quintín Romero quizás también habríamos terminado en la lista de detenidos desaparecidos del partido.

Quiero recordar también a algunos compañeros que trabajaron con nosotros.

A Óscar Ibáñez Corón le decíamos el «Pelao» Ibáñez, un tipo canchero, simpático y bonachón, militante comunista desde su juventud, con activa participación en los sindicatos de las empresas textiles e hilanderías donde trabajó. Comenzó como tejedor, para después especializarse como mecánico de telares. Así llegó a la dirección de la Confederación Nacional Textil donde ocupó cargos ejecutivos, especialmente en el gobierno popular. En 1972 fue intervenida la industria textil Yarur, la más grande hilandería de Chile, y Óscar Ibáñez acompañó al interventor designado por el Gobierno hasta el 11 de septiembre del 73, fecha en que fue detenido por el Ejército, llevado al Regimiento Tacna y,

después de unos días, trasladado al estadio Nacional donde estuvo como dos meses.

El año 1975 llegó a la Villa México, donde se incorporó de inmediato ocupando diversas funciones, especialmente como cajero de una de las farmacias; posteriormente volvió a su antiguo rubro textil, hasta su fallecimiento el año 1998.

Don Exequiel Aquiles Farías, antiguo funcionario de Correos de Chile, para el golpe militar era jefe de Correos en Concepción y paralelamente un destacado dirigente sindical comunista. Estuvo detenido y fue exonerado, trasladándose a Santiago donde tenía una casa en Las Rejas. Se incorporó como cajero de la farmacia Villa México a fines del 74, retomando sus responsabilidades en el Partido Comunista como enlace con la dirección. Posteriormente se retiró para administrar un restaurante de un cuñado en la calle Conferencia. Falleció hace muchos años.

Humberto Vásquez, era el más joven de todos y el único con experiencia como auxiliar de farmacia en la Posta Central, en la farmacia de urgencia. Militante socialista y dirigente sindical, estuvo un breve tiempo detenido y fue exonerado. Ahí llegó dateado a la Villa México, donde ayudó en la formación e instrucción del personal de las farmacias. Más tarde trabajó en diversos locales similares del sector céntrico de Santiago y también como vendedor de una droguería importante. Falleció en forma prematura en el año 2003.

5.3. El vendedor de cepillos de dientes

Reginaldo Tapia Fuentes tenía veintitrés años cuando llegó un día a Maipú en busca de trabajo. Una amiga le había dicho que en Proinfa, una empresa

envasadora y fraccionadora de productos farmacéuticos, requerían un vendedor. Él era profesor de Química y lo habían despedido de la Universidad Técnica, donde hacía clases a trabajadores de las grandes industrias de Santiago durante la Unidad Popular. En Proinfa lo aceptaron y muy pronto Tapia se dio cuenta de que las personas que allí laboraban cumplían también otras actividades, muy discretas y reservadas, a las que se integró rápidamente.

Recuerda:

Llegué al Liceo 7 de Ñuñoa en 1963 y allí la gran mayoría de los alumnos era de izquierda. Empecé a militar en las Juventudes Comunistas y pasé al partido a fines de esa década. Entré a la Universidad Técnica a estudiar Pedagogía en Química, fui dirigente estudiantil y más tarde hice clases en un liceo comercial en Recoleta. Militaba en una base junto con profesores que formábamos parte de un convenio para capacitar trabajadores que abarcó a todas las grandes industrias de Santiago y de otras ciudades.

Solo en la Industria de Neumáticos (INSA) teníamos más de doscientos trabajadores estudiando. A nivel nacional era una cifra importante. Íbamos a tener cuadros políticos de muy buena calidad.

El día del golpe quedé aislado en Puente Alto, donde vivía. Hubo un desconcierto total. Varios fuimos a la sede del partido y nos enviaron para la casa a esperar lo que pasara.

En la UTE, curiosamente, el convenio no fue tocado. Los militares no entendieron su trasfondo. Seguimos trabajando unos tres meses y luego nos finiquitaron. Éramos unos cincuenta docentes, entre ellos Jorge Pavez, con quien trabajé años después en la reorganización del Colegio de Profesores.

Me puse a buscar trabajo, pero nadie quería a un profesor despedido de la UTE. Mi hermana menor, que había sido secretaria de la presidencia de la república, me contactó con un comunista argentino que diseñaba unos ponchos que mandaba a tejer a Rancagua. Se llamaba Jorge Ferlizi y empecé a ayudarlo en las ventas. La paga era poca y en el verano de 1975 empecé a postular como vendedor a la empresa de cepillos dentales Duralón. En eso llegué a Proinfa, donde estaban varios compañeros de partido que trabajaban con Jorge Schindler. Empezamos a unir lo propiamente laboral con la actividad política, solidaria y social. El trabajo político lo retomé en Maipú con Gaspar Díaz y Aquiles Farías. Luego pasé a una célula del Comunal Santiago, donde nos vinculamos con Blanca Gamboa (la «Ronca») y abordamos la reconstitución del partido.

A mí me tocó la Séptima Comuna y atender células de la población José María Caro.

Tras la caída de la dirección que encabezaba Víctor Díaz, se constituyó la segunda dirección en mi departamento, en Rodrigo de Araya con Ramón Cruz. Ahí llegaron con chapas Víctor Galleguillos, Julieta Campusano, Fernando Ortiz y unos compañeros del norte. Eran seis y llegaron uno por día. Yo no podía salir. Tenía que cuidarlos y alimentarlos. Era octubre de 1976 y yo pasé a ligas mayores, a la Comisión Nacional de Capas Medias. Trabajé con Cipriano, con Manuel Cantero y con un viejo que era dirigente de los microbuseros. Cantero se vinculaba con la dirección. Organizamos a los taxistas, a los comerciantes, a los microbuseros y a los vendedores de ferias libres. Me especialicé en esta última organización y constituimos la Federación de Trabajadores de Ferias Libres, que ya la dirigía el mismo que hoy la preside; un profesor y feriante.

Recuerdo que un día tenía que atender una reunión en que participaba una parte de la segunda dirección. Estaban en un departamento, un poco más abajo de donde yo vivía.

Al llegar debía ver si sobresalía la punta de un diario El Mercurio debajo de un choapino, en un segundo piso. Yo iba a formar parte de un equipo que iba a trabajar con ellos. Por casualidad llevaba en mi maletín las facturas de vendedor y andaba con corbata. Estaban allanando y los tenían a todos sentados. «¡Pase!»,

me dijeron. «¿Usted quién es?». «Yo soy vendedor de Duralón y vengo a cobrar unas facturas», dije abriendo mi maletín. «¡Váyase! ¡Y no vuelva!», me ordenaron. Salí de allí y llegué a mi departamento. Estuve tres días sin poder levantarme de puro susto y rompí de inmediato todos los vínculos con el partido. Era fundamental la compartimentación y cortar todas las cadenas ante cualquier evento imprevisto. Esa conducta fue uno de los pilares que permitió la sobrevivencia del partido.

Algunas semanas después contactaron a Carlos Fuchslocher conmigo para hacer algunas tareas específicas. Una de ellas era que lo tenía que reunir con un hombre que venía de Argentina. Yo llegué a esperarlo a la Séptima Avenida, en Gran Avenida, a las doce del día. Debía abordarlo cuando viera que traía un diario en una mano y en la otra una botella de vino Gato Blanco. Me debía dar una contraseña y luego lo llevaría con Carlos. Llegué cinco minutos antes y decidí esperar la hora precisa. Estaba mirando cuando lo veo y justo aparece un automóvil del cual se bajan cuatro sujetos de civil, agarran a mi contacto y se lo llevan. Estaba mirando. Me quedé paralogizado. Me subí a un bus y me bajé cerca de Nos. Luego le fui a avisar a Carlos, que me dice que acababa de caer el hombre del quiosco de diarios, al que le meten el balazo en Manuel Rodríguez con Alameda y cuyo cuerpo apareció en el río Mapocho.

5.4. Rotación de amigos y compañeros

A mediados de 1974 el movimiento en las farmacias se hizo cada vez más vertiginoso y, casi cuatro décadas después, a Jorge Schindler por momentos se le confunden las fechas, los rostros y los nombres. Cuenta que en un momento de ese año apareció Patricia Matamala, química farmacéutica e integrante del MIR, que ayudó mucho junto con una hermana y varios estudiantes de Farmacia que hicieron su práctica en los locales de la villa México y de Maipú.

Con Armando Gatica y Alsino García, a quien había conocido en el Comité Farmacéutico de la Corfo, fuimos formando un equipo directivo que se hizo

cargo de los diferentes procesos que involucra el funcionamiento de una farmacia. Empezamos a tener algunos problemas con Ramiro Ríos y su mujer, quienes no comulgaban con nuestras ideas y menos cuando se dieron cuenta, sin conocer los detalles, de la gran influencia que tenía el Partido Comunista en lo que hacíamos. Él había sufrido la muerte de su hermano Arnoldo Ríos, militante del MIR en Concepción, en un enfrentamiento con jóvenes de la Jota, y eso lo marcó con un anticomunismo visceral. Pese a ello, manteníamos una muy buena relación personal. Ramiro, que fue mi primer socio en esa aventura, se retiró de la farmacia Nacional y hubo que modificar la escritura original. Así, se incorporaron como nuevos socios Armando y Alsino. Ramiro se quedó con Proinfa y se le dio una indemnización.

Damián Trujillo, un exdirigente de la Jota en Concepción, llegó a la Villa México a fines de 1974 recomendado por Gilberto Briones, con quien había trabajado en su farmacia en Concepción. Tenía experiencia en el rubro y le dimos trabajo en una de las farmacias. Hoy labora en la imprenta que edita el diario El Siglo.

A principios del 75 abrimos la farmacia Villa O'Higgins, en La Florida, y ahí pusimos a cargo a Viviana Salazar, una compañera hija del presidente del Sindicato de Empleados de Madeco, y a un empleado normal del rubro que conocía desde muchos años, Juvenal Cofré. Creo que esa fue una mala inversión y que el local estaba muy alejado de los otros, en abastecimiento y en todo. Esa farmacia se la vendí a Raúl Vitale, un gran amigo, casado con Margarita Rocha, de la familia de mis amigos de la infancia en Lebu. Vitale vivía en La Reina y después del golpe fue un gran colaborador y ayudista, que se dedicaba a la fabricación de muebles de terraza. Finalmente, terminó emparejado con Viviana, lo que le significó su separación matrimonial, con todas las consecuencias que eso tenía en ese entonces.

Ese mismo año, un exvendedor de Merck, Otto Hanisch, me contó que la farmacia de Curacaví, que era la única del pueblo, estaba a la venta y que él era amigo de la hija del dueño. En menos de un mes la propiedad fue nuestra.

Viajamos a Curacaví con Alsino a hacer el inventario y a recibir oficialmente la farmacia. Ahí puse a cargo a María Eugenia Barrera, también comunista, expresidenta del Sindicato Industrial de Geka —el de la pasta Odontine—, del cual yo fui interventor antes del golpe.

Por esa época apareció Juvenal Valdés, un gran dirigente comunista del carbón, miembro del Comité Central, que venía saliendo de la Academia de Guerra de la FACh y del campamento de prisioneros de Ritoque. Me llamaron del partido y me dijeron que Juvenal estaba viviendo en San José de Maipo, en la casa de un hermano que trabajaba en la municipalidad de ese pueblo. Partí para allá un día de invierno muy frío, me estacioné en la plaza y empecé a buscar la casa hasta que la encontré. En lo que era el garaje había un portón abierto con un letrero que decía «Se arreglan zapatos» con la zeta al revés. Ahí estaba el compañero Valdés arreglando unos zapatos a la antigua, con lezna y cuchillo. Le pregunté: «¿Me puede arreglar estos?». Cuando levantó la cabeza y me vio, se alegró mucho, cerró el local y pasamos a la casa de su hermano. Me presentó y nos fuimos a su pieza, que era una mediagua empapelada con hojas de diario. Todo estaba pulcro y ordenado; en un estante había unos cuantos libros. «¡Esto hay que celebrarlo!», me dijo y sacó una botella de ron Mitjans, sirvió dos copas llenas y agregó: «¡Salud, compañero! ¡Por la gran noticia que me trae!». Nos tomamos al seco el ron y, en los días siguientes Juvenal Valdés empezó a ir seguido a la villa México.

A Uldarico Donaire no lo conocí por su nombre verdadero, sino, al igual que casi todo el mundo, como «Rafael Cortés». Él estuvo dos o tres veces en la villa México, donde vivía una hermana. Comí con él y con otros compañeros en un restaurante cerca de Puente Alto.

El profesor Luis Vargas Cáceres, exdecano de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Concepción, fue uno de mis grandes amigos desde nuestro encuentro en Concepción el 71. Después del golpe lo echaron de la universidad, estuvo detenido cerca de un mes en el estadio regional y terminó como vendedor de pescado y haciendo otras actividades sin perder su dignidad. Lo pasó muy

mal. Él era paraguayo y había venido a estudiar Farmacia a Chile. Como estaba cesante y necesitaba ganarse sus pesos, le ofrecí que se viniera a Santiago a trabajar con nosotros a la Villa México. Le arrendamos un departamento frente a la farmacia, el que ocupamos también como consulta médica y donde ayudaba Ana María González-Vera, la esposa del español Carmelo Soria, a quien apodaban la «Bisagra». El doctor Vargas viajó con su citroneta a Santiago, la que puso a nuestra disposición y que fue muy útil. Hizo sus tareas profesionales y de instrucción al personal, además de colaborar en muchos encargos. Él se daba cuenta de que algo ocurría; se reía y me decía: «Cuidado, compañero, mucho cuidado». A fines del año 77 me lo llevé a trabajar conmigo a Concepción.

En la consulta médica trabajaba el doctor Randolf Schwarz, del MIR, a quien conocí como estudiante en la Universidad de Concepción. Pertenecía a una familia muy modesta de La Serena. Su madre era enfermera del hospital de esa ciudad. En Concepción nos hicimos muy amigos y destacaba en el hospital Higueras como futuro cirujano. Llegó a Santiago en 1975 a hacer su especialidad en el hospital José Joaquín Aguirre. Como estábamos abriendo el consultorio frente a la farmacia Villa México, le dimos la posibilidad de ganarse unos pesos extras y como contrapartida atender a algunos compañeros que necesitaban atención médica. Años después supe que estaba atendiendo en Concepción y Talcahuano, pero se vio metido en unos líos personales que truncaron su brillante carrera. Falleció hace unos pocos años.

Carlos Pozo Olivares, un destacado dirigente comunista de la Confederación Minera de Chile, llegó a la Villa México muy delicado de salud. Había estado preso en Pisagua durante la represión en el gobierno de Gabriel González Videla. Su mujer, Margarita Naranjo, hizo una huelga de hambre por su liberación y, debido a ello, falleció causando conmoción nacional. El doctor Schwarz lo atendió y le diagnosticó una hernia hiatal que necesitaba cirugía. Logró internarlo en el José Joaquín Aguirre con otro nombre y lo operó personalmente, quedando como nuevo y con un régimen de comidas. Nosotros le proporcionábamos algunos alimentos y acudía a la farmacia una vez al mes. Era un hombre bajito de bigote, muy bueno para las tallas y el cuento. Después me enteré de que era cuñado de Isidoro Carrillo y de su fallecimiento más adelante camino al aeropuerto para salir de Chile a Praga a una reunión sindical mundial a

la que iba como representante del partido. Un infarto al corazón fulminante lo doblegó para siempre.

Luis Trujillo fue miembro de la dirección de partido en Concepción y Talcahuano. Llegó dateado a la Villa México el 75 y lo acogimos como a todos los demás. Lo puse en contacto con Carlos Fuchslocher y retomó sus tareas partidarias. Vivió un tiempo en casa de mi hermana Gabriela mientras traía a su mujer y a su hija desde Talcahuano a Santiago.

Patricia Matamala, químico-farmacéutico, integrante del MIR, a quien conocía desde la infancia en Lebu, donde veraneaba con su familia todos los años, tenía una hermana médico que estaba detenida en Pirque. Trabajó un tiempo con nosotros y años después fue contratada por una de las primeras cadenas de farmacias de Santiago.

Otro que estaba era Elías Zarzar, el marido de Carmen Gloria Dapino, quien, mientras terminaba su carrera de Química y Farmacia, hacía su práctica en la farmacia Nacional. Elías era de ideas socialistas, no militante, e intuía que algo raro hacíamos. No preguntaba mucho, pero colaboraba con su taxi en el transporte de compañeros y mercaderías para las farmacias. Terminamos haciéndonos amigos y le vendí la farmacia Nacional a un precio simbólico. Elías murió muy joven de un cáncer fulminante y Carmen Gloria terminó con la farmacia y trabaja actualmente en una cadena en Maipú. Recuerdo, además, que Marcelo Concha trabajó tres meses como cajero de la farmacia Principal.

Carlos Fuchslocher me presentó en su casa a Gaspar Díaz, miembro de la dirección clandestina, y así empecé a meterme de a poco en tareas especiales. Se trataba de conseguir casas de seguridad, transmitir información, colaborar en la logística, entre otras cosas. Gaspar —«Pedro» para nosotros y «don Roberto» en el PC— era un compañero sencillo, un obrero formado en el partido y un gran educador que siempre se daba el tiempo para aclarar dudas y enseñar. Empezó a ir regularmente a la farmacia de la villa México. Allí teníamos una gran bodega

y espacio para conversar tranquilos. Gaspar nos indicaba las tareas que debíamos cumplir con Fuchslocher. En esos meses, a fines del otoño de 1976, desapareció su hijo Lenin Díaz, lo que afectó enormemente al compañero, pero aún así siguió trabajando. Después del dramático balance de la ratonera de la calle Conferencia, el partido decidió sacar a Gaspar del país y le organizamos una despedida muy emotiva en mi casa en Maipú. Esa noche se quedó a dormir y al día siguiente lo pasó a buscar un contacto para emprender la partida. Nos despedimos con un gran abrazo. Tipo ocho de la noche sonó el timbre. Era Gaspar de regreso. Habían fallado algunos detalles y lo traían de vuelta. Se quedó a dormir. Al día siguiente tratamos de retomar los contactos, pero no era nada fácil. Debido a las numerosas detenciones, las estructuras del partido se habían compartimentado rigurosamente. Decidí arrendar un departamento en la villa México para instalar a Gaspar. Lo habilitamos con don Aquiles y Millaray Brito llevando lo básico para que el compañero pudiera vivir dignamente. Allí estuvo como nueve meses, se reunió con su compañera y le dábamos algunos trabajos en la parte de atrás de la farmacia, donde envasaba hierbas y otros productos.

Un día, a fines de mayo de 1976, recibí un llamado de Fuchslocher. Lo noté muy nervioso. Me pidió que fuera a chequear a la Alameda con Manuel Rodríguez, donde hoy está la estación Los Héroes del metro, si el quiosco de diarios de la esquina estaba abierto. Esto era como a las nueve de la mañana y los quioscos abrían mucho antes. Llegué después de dejar el auto estacionado a una distancia prudente y lo encontré cerrado. Regresé lo más rápido que pude a Maipú, y le comuniqué a don Aquiles, el cajero, que a la vez era un enlace con la dirección del partido, lo que había ocurrido. Me llevó a la bodega de la farmacia y me dijo: «¡Compañero, quedó la cagada!», y me pidió permiso para salir toda la mañana. ¿Qué había pasado? Como consecuencia de la detención en Buenos Aires de Alexis Jaccard Siegler, uno de los hombres de las platas, junto con otros dos compañeros, la DINA había desarticulado toda una estructura de logística y compartimentación, y el compañero del quiosco de diarios era el último eslabón de la cadena. Este apareció al día siguiente, muerto, con un tiro en la cabeza en el río Mapocho.

Fuchslocher, que había reemplazado a Lenin Díaz como encargado de las casas de seguridad de la dirección del partido, me pidió en esas semanas que

escondiera a Virginia González, que había trabajado con «Rafael Cortés» en la Comisión de Control y Cuadros, y a quien la DINA buscaba afanosamente. La fondeamos en la Villa Olímpica, en la casa de una tía, donde permaneció más de un mes antes de salir al extranjero.

También establecimos vínculos con la familia de Gladys Marín, a través de su hermana Nancy, en la villa San Pedro de Concepción, donde se hizo muy amiga de mi hermana Gabriela. Mi hermana también jugó su papel de ayudista del partido, escondiendo y protegiendo a compañeros que estaban en peligro. El marido de Nancy era mi colega Jorge Riquelme, representante del Laboratorio Recalcine en Concepción y con quien recorrimos muchas veces juntos la región.

A José Campusano dejamos de verlo y supimos que había sido detenido. Al salir de Chile, a fines de 1979, me lo encontré en Bulgaria. Primero me dio un gran abrazo y luego me dijo: «¡De la que se salvaron, compañero! Yo iba saliendo de mi casa en dirección a ustedes y me di cuenta de que me iban siguiendo. Regresé y al día siguiente me detuvieron».

Mi buen amigo y compañero Emir Egaña Ramos, con quien nos conocimos en Concepción, se vino el año 1972 a Santiago, al igual que yo, y entró a trabajar como dentista de la Junta de Auxilio Escolar y Becas, y tengo entendido que a la presidencia de la república. Ahí se casó y tranquilizó. El «Turco» era bueno para el carrete. Después del golpe quedó sin trabajo y un dentista viejo que militaba en el partido lo acogió en su consulta en Matías Cousiño 82, en el piso 13. Al poco tiempo, el dentista dueño le preguntó: «¿Quiere quedarse con mi consulta?». Y se la vendió a un precio a lo amigo. En 1974 nos visitó en Maipú con su mujer, Carolina Acevedo, y su primer hijo en brazos. Compartimos un día entero haciendo recuerdos del pasado. Ahí nos ofreció atender a nuestro personal y familias gratis si no teníamos cómo pagar.

Emir ayudaba también a la gente de la dirección del partido. Una de sus pacientes fue Gladys Marín. Cuando nos juntábamos, yo le preguntaba cómo se

las arreglaba, y el contestaba: «Yo atiendo a un treinta por ciento de las consultas gratis; y con el otro setenta por ciento me las arreglo bien». Eso hasta que se decidió por primera vez a salir de vacaciones y se fue a Miami con su mujer y unos amigos. Al regreso, su avión de Aeroperú cayó al mar. Encontraron los restos de él, pero su mujer todavía está desaparecida.

Capítulo VI

Los parientes, los amigos y el peligro

Julio Schindler, el hermano mayor de Jorge, encargado de Corhabit en Valparaíso e integrante de la Comisión de Control y Cuadros de la dirección porteña del PC, miró por la ventana de su departamento en Playa Ancha y vio cómo los infantes de Marina, con sus rostros pintados, desembarcaban en el borde costero, en Las Torpederas, e iniciaban el allanamiento del sector. Eran las cinco de la tarde del día 11 de septiembre de 1973 y ya regía el toque de queda. En los cerros de Valparaíso, mientras, la esposa y la nuera de Gaspar Díaz, el máximo dirigente comunista de la región, permanecían en un inseguro refugio donde sus moradores temblaban de miedo por lo que consideraban una inminente detención. Julio Schindler terminó detenido en el buque Maipo, pero las dos mujeres pudieron escapar hacia Santiago. Meses más tarde, Gaspar Díaz llegaría a una de las farmacias de Jorge Schindler, donde le proporcionarían ayuda y protección.

6.1. «Me dijeron que estaba viviendo de yapa»

Julio Schindler recuerda que, en su infancia, Lebu era muy pobre y que la explotación de los mineros en los yacimientos de carbón era subhumana. No había noche en que no los despertaran las sirenas con las explosiones del gas grisú. Su padre tenía derecho, como profesor que era, a pelear una beca para uno de sus hijos en el Internado Nacional Barros Arana (INBA), en Santiago. Y así lo hizo. En 1953, Julio llegó a la capital e ingresó a cuarto de humanidades en el INBA, por entonces frecuentado principalmente por hijos de radicales y gente acomodada, de derecha. Al egresar rindió el bachillerato en Biología para ingresar a Medicina, pero no lo aceptaron.

Habla el mayor de los hermanos Schindler:

Un día me topé con dos compañeros del INBA que se estaban inscribiendo para Ciencias Políticas y Administrativas. Me anoté y me aceptaron. La sede estaba en Miraflores con Monjitas, donde hoy está el bar The Clinic. Cursé dos años y medio y me salí porque mi papá se enfermó gravemente y tuve que empezar a trabajar. Entré a la hostería Las Perdices, en La Reina, donde me tocó hacer de cajero y barman. En 1962 ingresé al Partido Comunista y empecé a militar en la Octava Comuna, en calle Tarapacá, donde me topé con César Godoy Urrutia, con quien militamos juntos[1]. Me cambié de trabajo al Banco del Estado, luego al Laboratorio Wintrop y más tarde al Laboratorio Merck.

Al llegar la Unidad Popular, asumí como encargado de la Corporación Nacional Habitacional (Corhabit), en Talca. Mi jefe era Alejandro Rodríguez, comunista de Concepción que está desaparecido desde el 27 de julio de 1976 hasta el día de hoy. A comienzos de 1973 me pidieron que me hiciera cargo de Corhabit en Valparaíso, donde llegué en marzo de ese año. Vivía en Quebrada Verde y me sumé al Regional Valparaíso del PC, que tenía una sede muy bonita frente al parque Italia y que dirigía el «Tío Pedro», como le decían a Gaspar Díaz. Ahí asumí un cargo en la Comisión de Control y Cuadros. La sede de Corhabit estaba muy cerca del mercado Cardonal. Me pusieron a dirigir todas las obras y trabajos de urgencia. La zona más difícil era la parte alta de Viña del Mar, donde la ultraizquierda nos hacía perder mucho tiempo con las tomas.

Sabíamos que el golpe era inminente, y el 11 de septiembre me desperté muy temprano. Me pasaron a buscar algunos compañeros y recorrimos varias poblaciones donde teníamos que limpiar muchas cosas. Luego me vine a mi departamento con Wladimir Morales, que ahora es un pintor muy famoso, y nos pusimos a comer los mariscos que había comprado en las afueras de la iglesia de La Matriz. Como a las cinco de la tarde, un destacamento de infantes de Marina desembarcó desde lanchas que llegaron a la playa de Las Torpederas y empezaron a allanar un gran sector de Playa Ancha. Llegaron a mi departamento, andaban con sus caras pintadas y armados para una guerra. No encontraron nada y se fueron. Más tarde llegaron los carabineros y luego los milicos, en allanamientos sucesivos. La cuarta vez nos detuvieron carabineros que vivían en nuestro mismo edificio. Nos amarraron y nos subieron a la parte de atrás de una camioneta que nos llevó a la explanada que está al lado de la

Escuela Naval, donde había mucha gente.

Luego nos llevaron a la comisaría de Playa Ancha y cerca de la medianoche al muelle Prat, donde estaba anclado el buque Maipo, que pertenecía a la Sudamericana de Vapores, empresa que se lo facilitó a los marinos.

Los detenidos éramos unos doscientos o doscientos cincuenta, muchos miembros de la Jota y obreros de la KDP, que nos tenían en la cala del barco desde donde nos sacaban para los interrogatorios. A varios de nosotros nos preguntaban mucho por supuestos hospitales clandestinos que habíamos habilitado en los meses previos. Estuve allí una semana, hasta que zarpamos e hicimos un largo viaje al norte. Amanecimos el 18 de septiembre en Pisagua, entre Iquique y Arica, que estaba habilitado como campo de prisioneros. Había un almuerzo especial, una porotada. Ahí empezamos a usar venda[2].

Estuve allí hasta los primeros días de diciembre, cuando nos trajeron en un barco de guerra de vuelta a Valparaíso, a la Escuela Naval antigua. Poco después nos dejaron libres pero con la obligación de un control de firma diario. Un oficial de Carabineros, a quien había ayudado poco antes del golpe, me dijo que me andaban buscando y debía salir lo antes posible de Valparaíso. Después supe que estaba en una lista de los que nunca debieron haber abandonado Pisagua. Los abogados Fabiola Letelier y Adil Brkovic me dijeron que estaba viviendo de yapa. Brkovic me aseguró: «Tengo la lista de los que debían ser asesinados en Pisagua».

La esposa y las tres hijas de Julio Schindler estaban viviendo en la casas de la familia Boye, en pleno centro de Valparaíso. En las semanas siguientes, ya de regreso en Santiago, Jorge Schindler y Germán Alcoholado, cuñado de Julio, trataron de asilarlo en la Embajada de México, muy cerca del río Mapocho, en la comuna de Providencia. Consiguieron hacerlo entrar, pero al regresar a su auto, Jorge y Germán fueron detenidos por civiles que los llevaron a la Cuarta Comisaría

—hoy 19.ª—, donde un oficial simpatizante de la Unidad Popular los dejó libres y no los envió al estadio Nacional, el destino habitual que sufrían los opositores por aquellos días. Contentos por lo obrado y la suerte de haber escapado de la represión, llegaron a la casa de Germán en la zona oriente de la ciudad, donde sorpresivamente se encontraron con Julio, a quien habían expulsado de la sede diplomática mexicana.

En un nuevo intento, Julio pidió refugio en la Embajada de Suiza, apelando a su ascendencia. Finalmente, gracias a la esposa del embajador de Francia, quien lo instruyó sobre cómo ingresar a la legación, el hermano mayor de los Schindler pudo asilarse allí y salir con rumbo a París a mediados de enero de 1974.

Jorge Schindler tiene muy vivas las imágenes de su infancia en Lebu, la tierra natal.

Cuenta:

Nuestra vida de niños estaba llena de contradicciones. A veces se me agolpan los recuerdos de la escuela pública donde estudié junto a los niños de los mineros del carbón, de los pescadores y campesinos. Allí recibí el impacto de la miseria en que muchos de ellos vivían, llegando a clases en pleno invierno con los pies descalzos, igual al poema de Gabriela Mistral, ese que dice: «Piececitos de niño, azulados de frío / como os ven y no os cubren Dios mío». Mi padre, como profesor era muy mal pagado y vivíamos al tres y al cuatro con el crédito que nos daban en las tiendas y almacenes. También recibíamos obsequios de los pescadores y campesinos, así siempre había algo para comer; de repente un congrio grande o un queso que le regalaban a mi padre, muy querido por todo el mundo. En las vacaciones de verano, nos íbamos en tren a Caramávida, en plena cordillera de Nahuelbuta. Viajábamos de Lebu a Antihuala, y desde allí a pie, a caballo o en carreta al campo de nuestros antepasados. Nos quedábamos desde la mitad de diciembre hasta mediados de marzo.

Schindler también se enorgullece de tener en su familia a dos figuras sobresalientes. Una, el poeta Gonzalo Rojas, primo en segundo grado de su madre; la otra , la folclorista Gabriela Pizarro, prima también por la rama materna.

6.2. El «Tío Pedro» pasa a la clandestinidad

La noche del 10 de septiembre de 1973, un agitado militante comunista llegó a la sede del Regional Valparaíso del partido, ubicada frente al parque Italia. Venía caminando apurado desde Gómez Carreño para comunicar el contenido de un urgente llamado telefónico recibido desde Punta Arenas. Un familiar muy cercano, que desempeñaba funciones importantes en la zona naval de Magallanes, le había asegurado que en la madrugada del martes 11 se levantaría la Armada para deponer al Gobierno del presidente Salvador Allende.

Los militantes que a esa hora cuidaban el local verificaron la filiación partidaria del nervioso compañero e hicieron algunas rápidas consultas. A los minutos, no hubo dudas sobre su origen y lealtad. Llamaron entonces al secretario regional, al «Tío Pedro», como denominaban a Gaspar Díaz Gallardo, el experimentado dirigente que vivía muy cerca de la plaza Victoria, y fueron a buscarlo. Gaspar partió como a las cuatro de la madrugada del 11 a la sede del PC.

Díaz había tratado de viajar a Santiago en la mañana del lunes 10 a bordo de un automóvil conducido por un chofer del partido y en compañía del diputado Luis Guastavino y de una nuera, Apolonia Ramírez Caballero, casada con su hijo Lenin Díaz. Cuando llegaron a Casablanca vieron que camioneros en paro tenían tomada la carretera y se vieron obligados a volver al puerto.

Durante el resto del lunes 10, Gaspar Díaz mantuvo una serie de breves reuniones con diversos militantes del partido, a quienes instruyó sobre sus deberes y responsabilidades en caso de precipitarse el esperado golpe de Estado. Una de las últimas entrevistas fue con Eduardo Morris, el aguerrido jefe operativo del Departamento de Investigaciones Aduaneras (DIA), que en la madrugada del 11 encabezaría un fracasado intento de resistencia armada en los cerros Los Placeres, Barón y Cordillera.

Díaz regresó tarde a su casa, donde lo esperaban su mujer Lidia y sus hijos Lautaro y Lenin, junto a la esposa de este último, la ya mencionada Apolonia, quien recuerda aquellas horas:

A las cuatro de la mañana llegaron a buscar a mi suegro, porque las tropas ya estaban en movimiento. Gaspar fue al local del partido con algunos compañeros

y destruyeron información antes que los marinos allanaran la sede. Más tarde apareció alguien a buscar a Lautaro. En la casa quedamos Lenin, su mamá y yo. Lenin me dice: «Mijita, usted y la viejita se van a ir a un lugar que ya está acordado. Cuide a mi viejita y su guatita» —yo estaba embarazada—. Ella tenía un bolso enorme con mercaderías y partimos las dos caminando al amanecer. Estaba todo el centro ocupado por los marinos y los carabineros. Llegamos a una casona grande que estaba bastante cerca, donde vivía un matrimonio que no era del partido, pero sí muy próximos a él. Estaban profundamente asustados. La señora fue más amable. El viejo estaba paralogizado. Era para puro irse. Nos mandaron a una pieza y nos pidieron que cerráramos, que no pusiéramos la radio ni nada. Al rato salió la viejita y me pidió que fuera a comprar pan. Eran como las dos de la tarde, tuve que hacer una cola enorme y ahí me enteré de la muerte de Allende.

Casi seis horas antes, una desesperada llamada del prefecto de Valparaíso, Luis Gutiérrez, al subdirector de Carabineros, general Jorge Urrutia, dio cuenta en Santiago al entorno de Allende que los barcos de la Armada que habían zarpado el día anterior para participar en la Operación Unitas, regresaban al puerto y que los marinos ocupaban las calles, la intendencia y las plantas de la Compañía de Teléfonos. En la capital, el comandante en jefe de la Armada, Raúl Montero, fue detenido en su domicilio, y el almirante José Toribio Merino usurpó su puesto. Gaspar Díaz, oculto en algún lugar de Valparaíso, llamó al alcalde Sergio Vuskovic para informarle las malas noticias. Este se dirigió a la casa del diputado Carlos Andrade, al frente de la escuela Pedro Montt, en la plaza Bismark, desde donde pudieron ver cómo el molo se llenaba de marinos. «Cerca de las diez de la mañana nos juntamos unas doscientas personas en la escuela y decidimos que se iba a resistir, pero cuando preguntamos quién tenía armas, yo era el único que tenía una pistola», ha recordado Vuskovic.

Los marinos y carabineros, desplegados en el plan y en los cerros, buscaban afanosamente a los dirigentes de la Unidad Popular, a los de los partidos de izquierda, de los obreros, estudiantiles y gremiales. Helicópteros sobrevolaban continuamente la ciudad mientras se sucedían los allanamientos. Sótero Apablaza asumió la dirección clandestina de la Juventud Comunista tras la detención del titular, Juan Orellana, en la madrugada del golpe, quien estuvo detenido en Lebu y más tarde se trasladó a Santiago para colaborar en la reorganización del PC hasta que fue detenido y desapareció para siempre el 8 de

junio de 1976.

La dirección regional del partido en Valparaíso contaba con veintiocho integrantes. De ellos, solo algunos pocos pudieron seguir operando en la clandestinidad. El mismo Apablaza, el «Chico» Leiva y «Tevito», pudieron reunirse en los cerros y en algunos bares del puerto con Gaspar Díaz. El «Tío Pedro» les pidió que cuidaran al partido, a sus diputados, a los cuadros, a la orgánica. «Por ahora estamos fritos; hay que pasar a la clandestinidad», les dijo.

Apolonia Ramírez sigue rememorando:

Volví con el pan a la casa y la señora nos dio un plato de comida. Enseguida nos pidió que nos fuéramos, porque su marido estaba muy asustado. Yo temblaba entera. Mi suegra habló con ella a solas. Nos fuimos a la casa de mi cuñada Guacolda, que vivía en el plan, y alojamos allí esa noche. No nos podíamos quedar, era mucho el riesgo y, a la mañana siguiente, Guacolda nos llevó a otro lugar, a un cerro, donde vivía una señora que trabajaba en el hospital. Era sola, separada, con dos niñitos. Lo primero que nos pidió fue que le ayudáramos a hacer desaparecer el hospital de batalla que allí había. Se portó de maravilla, valiente, inolvidable. Ahí estuvimos hasta el 16 o 17.

A Lenin lo echaron de dos casas. Lo volví a ver antes de regresar a Santiago, en la casa de Guacolda, y acordamos que nos reuniríamos en Santiago, en la casa de mi padre. Se había cortado el pelo, la chasca tremenda que tenía. En las calles, los marinos también cortaban el pelo a los muchachos y los pantalones patas de elefante a las niñas.

Viajé con mi suegra a Santiago en tren y nos instalamos en la casa de mi padre, que vivía solo, en la calle Gaspar de Orense, al lado de San Pablo y de la plaza Simón Bolívar, en Quinta Normal. Lenin, miembro del directorio del mineral El Teniente, volvería como pudiese. Gaspar encabezaba la lista de los más buscados por los marinos en Valparaíso, publicada en los diarios y difundida a cada rato en las radios porteñas.

Mi padre nos recibió. No era militante pero era de izquierda. Lenin llegó como el 18 o 19. Cero peso. Mi padre había sido obrero del calzado, cortaba el cuero en su domicilio y Lenin ayudaba, aunque salía todo el día y colaboraba en la reorganización del partido. Yo tenía tres meses de embarazo. Llegaban lumumberos —como llamaban a los estudiantes de la Universidad Patricio Lumumba— a conversar con Lenin. No sabían si irse o quedarse. Lenin regresó de la URSS en septiembre de 1970 y de inmediato fue incorporado a la Comisión Técnica del partido con Óscar Astudillo, José Oyarce y Bernardo Araya, entre otros; luego se incorporó al directorio del mineral La Exótica y más tarde al de El Teniente. Yo volví en mayo del 73 de la URSS y me integré a la Subsecretaría de Economía.

En octubre del 73 fui un par de veces a visitar a Gaspar en un pueblito chiquito a la salida de Valparaíso donde lo tenían fondeado. Luego estuvo en Quilpué. Doña Lidia, mi suegra, partió a Vallenar a la casa de su madre. Un par de semanas después, en vísperas del 1 de noviembre, trajeron a mi suegro a Santiago en un camión con flores y lo ocultaron en una casa de una amiga lumumbera, pero hubo un rumor de registro en el sector y lo llevaron a la casa de mi padre en Quinta Normal. Mi padre tenía problemas con el alcohol y cuando se curaba podía hablar cualquier cosa. Teníamos que tener un cuidado permanente.

Pasamos el fin de año ahí y, unos días más tarde, al filo del toque de queda, llegó Galvarino, otro de los hijos, encargado de autodefensa del Comité Central de las Juventudes Comunistas. Venía muy mal, ardía en fiebre y tenía las muñecas destrozadas. Lo habían detenido cuatro civiles en la población Dávila, donde compartía casa con Manuel Pincheira, el subsecretario de Economía de Allende al momento del golpe. Buscaban a Manuel, que no estaba, y detuvieron a Galvarino. Lo llevaron al Ministerio de Defensa, donde lo golpearon, torturaron y le preguntaron exclusivamente por Pincheira. Respondía que no tenía idea, que él solo le arrendaba un par de piezas, porque no ganaba mucho como obrero de la construcción, y les mostraba sus manos callosas. Lo condujeron de vuelta a la población Dávila para esperar a Pincheira en la casa. Partieron con él cuatro sujetos arriba de un vehículo. En la casa, lo amarraron con alambres a una silla, de pies y manos, muy apretado. Era ya de noche. El tipo que andaba a cargo se

fue y quedaron tres guardianes, que también se fueron yendo, hasta que como a la una de la madrugada queda solo uno. Galvarino se fue soltando poco a poco, mientras fingía dormir y el civil se paseaba para allá y para acá. Como a las cuatro de la mañana Galvarino había logrado soltarse y sorprendió al tipo abalanzándose sobre él, quitándole el arma. «No te mato para que veas la diferencia entre tú y yo», le dijo a su vigilante, noqueándolo y huyendo luego del lugar. Gaspar recibió a su hijo, parecía un león lamiendo a su cachorro. Mi suegro iba a cumplir sesenta años y le habían teñido el pelo que lo tenía muy blanco, era inconfundible. A los pocos días asilaron a Galvarino, y Gaspar quedó un poco más tranquilo.

6.3. La misteriosa caída de Lenin Díaz

Gaspar Díaz nació en 1914 e inició su vida laboral a los doce años como pirquinero. Cuando cumplió veinticuatro ingresó al Partido Comunista. Fue dirigente de los regionales de María Elena, Tocopilla, Antofagasta y Copiapó, antes de llegar en 1967 a conducir el Comité Regional Valparaíso. Era ampliamente conocido no solo en su partido, sino que en todos los ámbitos políticos y sindicales. Sus seis hijos —Gastón, Guido, Galvarino, Lenin y Lautaro, al igual que su hija Guacolda— militaban también bajo el emblema de la hoz y el martillo. Gaspar, muy cercano a Víctor Díaz, a Luis Guastavino, a Julieta Campusano y a José González, entre otros dirigentes históricos, conocía a su partido como pocos y por eso era rabiosamente perseguido por la dictadura militar, al igual que varios de sus hijos.

Apolonia Ramírez continúa:

Un día descubrimos que mi papá había salido con Gaspar a un boliche, pese a que el «Tío Pedro» no bebía. Ahí nos dimos cuenta de que había que salir de allí. Llevamos a Gaspar a la casa de otra amiga lumumbera y luego a otro lugar. Nos quedamos en la casa de mi papá un tiempo más con Lenin y mi hija Lorena, que había nacido en el hospital Sotero del Río, y luego nos fuimos a la casa de la Mónica Molina, en las Lomas de Macul, donde estuvimos unos pocos meses. La Mónica y su marido estaban pelando el ajo, pues estaban cesantes y tenían un hijo de cinco años. Se fueron a La Reina alta, a una casa arrendada por el

partido, y nos llevaron a nosotros. Era una parcela con dos casas de madera como cabañas, una de las cuales estaba vacía. Nos visitaban a veces los hermanos de Mónica.

Nos quedamos hasta junio de 1974, y el partido arrendó para nosotros un departamentito en Providencia, entre Holanda y Suecia, que era de una señora democratacristiana que había sido funcionaria de la Embajada de Chile en la URSS. Poco después nos fuimos a una casa en la calle Goethe, cerca del parque La Quintrala, en La Reina. Era una muy buena casa, amueblada entera, donde estuvimos todo el año 75. Américo Zorrilla estuvo allí con nosotros. Medio en broma y medio en serio, él castigaba a la Lorena y la ponía contra la muralla cuando hacía alguna travesura. A veces salíamos para que llegara alguien. Una vez, estando nosotros ausentes, llegó doña Selenisa a encontrarse con su marido, Víctor Díaz.

Un día de enero de 1976 apareció un tipo muy buenmozo, muy bien arreglado. Tocó el timbre y cuando salí me preguntó por «don Ignacio». Aquí no vive nadie con ese nombre, le dije. Insistió: «Yo sé que está aquí, no lo niegue, me dijo. ¿Por qué no le consulta a él…».Yo cada vez más nerviosa, me volví a la casa. «Don Américo» estaba mirando por la ventana y me pidió que lo dejara entrar. Mi hipótesis es que pueden haber sido el «Checho» Weibel o Juan Cortés Alruiz, el primero cayó en marzo y el segundo en mayo de 1976.

«Don Américo» había adquirido gran fama en el partido luego de que, bajo la «ley maldita» de Gabriel González Videla, dirigiera la impresión en la clandestinidad del Canto general de Pablo Neruda. Durante la Unidad Popular fue ministro de Hacienda y al momento del golpe era el encargado del frente de propaganda y uno de los principales dirigentes del comunismo criollo. Ya en la clandestinidad, a comienzos de 1974, se hizo cargo de la Comisión de Organización y pasó a integrar el secretariado del partido junto con Víctor Díaz, «Rafael Cortés», Mario Zamorano e Inés Cornejo. A fines de 1975, ante la ofensiva de los aparatos de represión en contra de los comunistas, el partido tomó la decisión de que saliera del país. Como era bastante bajo, le prepararon

unos zapatos especiales para que se viera más alto, le cambiaron el semblante y le sugirieron hablar lo menos posible, pues tenía una voz muy característica.

Cuenta Apolonia:

Lenin seguía en infraestructura y finanzas, consiguiendo recursos para el partido y buscando casas de seguridad. Trabajaba con Vicente Fodic. Poco tiempo después de la detención del «Checho» Weibel, llegó a nuestra casa Fernando Lara y nosotros nos cambiamos a un departamento en Bilbao al llegar a Tobalaba. Fernando era de Talca, tenía una compañera, lo buscaban mucho y poseía solo una muda de ropa.

En octubre de 1975, el compañero Juan Rivera Matus, uno de los dirigentes regionales del partido, fue al funeral de su padre y los agentes de seguridad lo marcaron y empezaron a seguirlo. Cayó a comienzos de noviembre y está desaparecido hasta hoy. En los primeros meses del 76 estábamos probando el departamento de Bilbao. En el partido estaban pasando cosas graves: no había plata y comenzaron a caer compañeros importantes.

La casa de mi padre se seguía usando como casa de seguridad. El vínculo más directo era Elisa Escobar, que conocía esa casa desde poco después del golpe. A ella yo la conocía como Marcela. Era muy irrespetuosa de las normas de clandestinidad. Llegaba al departamento de Providencia sin previo aviso, y por eso Lenin nunca más le dio la dirección de donde vivíamos.

El sábado 8 de mayo del 76 Lenin tenía que verse con Marcela en la casa de mi padre y cuando había reuniones Lenin me llevaba para darle cobertura. Mi padre ya no vivía solo. Estaba con él mi hermano menor con su esposa y un niñito. Ese día llegó también mi hermana con su marido y sus dos niños. Yo me inquieté porque había mucha gente y Lenin tenía que hablar con Marcela. Llegó finalmente como a la hora de almuerzo. La casa tenía doble puerta y mi hermana vio que entraba la Marcela con un hombre joven. Lenin se juntó brevemente con ellos en la pieza de entrada y los dos visitantes se fueron. Lenin me dijo: «Qué lata, voy a tener que venir mañana». En esa reunión se iban a resolver tres cosas:

le iban a decir a Lenin que podía quedarse en nuestro departamento, se iba a resolver el asunto de la plata y le comunicarían cuáles eran las nuevas funciones que asumiría como miembro suplente del Comité Central del partido.

Al día siguiente, Lenin me pidió que le fuera a dejar a Gaspar, al departamento de Eyzaguirre con San Diego, un trabajo que yo le había hecho sobre la inflación. Bajó a comprar El Mercurio, tomamos desayuno y le dije que no tenía ganas de ir a la reunión con Marcela. Lenin salió y llegó donde mi padre como a las nueve. El viejo estaba en pijamas y también le abrió, poco después, a Marcela y a un hombre alto, bien vestido, que permaneció bajo el dintel de la mampara. Luego, mi papá entró al baño a ducharse. Sintió la voz de Lenin y enseguida el golpe de la puerta de calle al cerrarse. No vi a mi esposo nunca más.

6.4. «Cada uno de nosotros era el partido»

Jorge Schindler prosigue con sus recuerdos:

Más o menos a mediados de 1975 llegó Omar Sanhueza a la farmacia de la villa México, donde lo recibí personalmente. Su apariencia no tenía nada que ver con el dirigente de los mineros del carbón que yo había conocido en Lota en 1972. Parecía un mendigo, sucio y hediondo. De modo grueso me contó su drama y que estaba viviendo debajo de los puentes del río Mapocho hacía una semana. Alguien le dijo que en la Villa México había un compañero que lo podía ayudar y llegó hasta donde nosotros. Lo hice pasar a la bodega y mientras conversábamos les dije a don Aquiles y a Quintín que teníamos que conseguir ropa urgente para el compañero. En la farmacia había un baño con ducha fría. Le pasamos jabón, champú y una máquina de afeitar y, mientras se bañaba, fui a mi casa a buscar algunas prendas que le pudieran servir. Omar salió de la ducha renovado y contento. El recibimiento que le dimos lo tranquilizó. Lo llevé a almorzar a mi casa, entró en confianza y me contó todo lo que había padecido. Alguien se lo llevó a su casa unos días hasta que ubicamos a Jorge Ferlizi, un argentino del partido, casado con la abogada Violeta Núñez, quien tenía una

pequeña industria de artesanía por ahí por avenida Matta y le dio trabajo a Omar. Yo, paralelamente, llamé a Juan Zurita, dueño de la principal farmacia de Lota y un muy buen amigo demócrata cristiano, y le pedí trabajo para una hija de Omar. Así, la muchacha pudo conseguir una pega y llevar algo para comer a su casa, donde faltaba de todo. Después supe que la joven pudo salir hacia Canadá.

Más de cuarenta años después, radicada desde hace mucho tiempo en Buenos Aires, la abogada Violeta Núñez, rememora también aquella dura época en Chile:

A principios de 1970, ya titulada de abogada, volví de Buenos Aires a Santiago con mi hija de catorce años. Mi compañero, Jorge Ferlizi, ingresó meses después. Regresamos a pedido del partido porque faltaban profesionales. Jorge era especialista en alimentación de aves. En el partido me ubicaron como abogada en Corhabit, que funcionaba en Moneda, casi al llegar a Mac Iver. Yo era la única comunista en esa repartición. El vicepresidente era el compañero Alejandro Rodríguez, desaparecido desde 1976. Allí me sorprendió el golpe militar.

A mi compañero lo ubicaron en Proalin, donde fabricaban las vacunas para las aves de todo el país y que había sido ocupada por sus trabajadores. Luego lo trasladaron a dirigir el abastecimiento y la distribución de pollos.

Tras el golpe, ambos quedamos cesantes. En diciembre de 1973 abrí una oficina arriba del teatro Rex, en Huérfanos. Ahí fueron llegando compañeros que andaban perdidos porque no tenían ningún dirigente a quien recurrir. Muchos pedían cosas que yo no podía solucionar, como ayudar a un joven de la Jota que había sido torturado en el buque Maipo, en Valparaíso. Antes de ir al interrogatorio había decidido contar lo que sabía. Cuando llegó a la sala de torturas vio a su compañera muy mal por el castigo recibido, pero no había dicho nada. Entonces se avergonzó y no delató a nadie. Lo pusieron en libertad y poco después lo volvieron a detener.

Por eso ambos querían huir a la Argentina atravesando la cordillera por algún paso que conociera el partido. No recuerdo sus nombres y nunca más supe de ellos. Cosas de ese tipo era el pan de todos los días. Estuve tratando de ayudar lo que más pude y sin ningún contacto con la dirección. En verdad, cada uno de nosotros era el partido.

Así, se multiplicaron los hombres y mujeres que trataban de ubicar a sus familiares detenidos. Traté de contactarme con otros colegas y así conocí a Fernando Ostornol y a Hugo Pavez. Ostornol había tomado la defensa de los compañeros llevados a la isla Dawson, pero empezó a tener problemas, fue detenido el 11 de abril de 1975 y luego tuvo que irse al exterior. Asumió las defensas Hugo Pavez, quien alegó en la corte los recursos de amparos.

Mi primer recurso de amparo fue en enero de 1974 y lo presenté por un muchacho de veintitrés años, que fue sacado por carabineros de las oficinas de la Universidad de Chile. Era hijo único de madre viuda y su novia se preocupó de hacer todos los trámites. El joven era Sergio Eduardo Cienfuegos Cavieres, comunista. Fue detenido el 11 de abril de 1975 y nunca más apareció. Pedí en el alegato del recurso un ministro en visita para que se apersonara en el Cuartel de Tejas Verdes. Pero, como también había iniciado un juicio criminal en el juzgado penal, no me lo acogieron y resolvieron que lo pidiera al tribunal criminal de primera instancia. Era una jueza, no recuerdo el nombre. En la audiencia que pedí para hablar personalmente con ella, me manifestó que ni loca iba a enfrentarse con los militares.

Por esos meses conocí a Jorge Schindler, quien me pidió que lo asesorara legalmente en el manejo de sus farmacias. En ellas se ayudaba a muchos compañeros que trataban de eludir la represión de los aparatos de seguridad de la dictadura y, al mismo tiempo, reconstruir el partido.

En ese tiempo puse varios recursos de amparo. A la gente la detenían, la llevaban a la calle Londres y de ahí la trasladaban en camiones frigoríficos cerrados, que

eran para cargar pescados, a Tejas Verdes. Al llegar, los prisioneros con los ojos vendados olían el mar y escuchaban el ruido de las olas. Los conducían a un subterráneo a través de escaleras y una mampara hasta otra habitación donde se escuchaban las voces de varias personas que los estaban esperando para interrogarlos. Los hacían desvestirse completamente y los hacían subir a una especie de cama metálica que era la parrilla. En seguida les aplicaban electricidad en las uñas de los pies, en las manos y en los genitales; a las mujeres, en los pechos. Era una sesión larga, y ellos escuchaban que una persona que parecía ser doctor decía en algún instante: «Basta; se puede morir». Descansaban y luego los volvían a levantar, les tiraban agua y los llevaban nuevamente al interrogatorio. Siempre las preguntas eran sobre dónde guardaban las armas. De allí, a la rastra, los llevaban a unas casetas de madera, pequeñas, pero donde metían hasta veinte detenidos. Dormían en el suelo o parados, como podían. A los recién llegados y torturados los cuidaban lo que más podían. Un compañero que estuvo allí y al que pusieron en libertad me dijo que una mañana se despertó y al lado suyo había un hombre muerto al que se lo estaban comiendo las hormigas. A esos los tiraban al mar.

Recién para la Semana Santa de 1974, se organizó una procesión por los cerros cercanos al regimiento que estaba en Tejas Verdes, llevando a la virgen del Carmen. Ahí se pudieron sacar fotos de las casetas donde estaban los detenidos. Las habían construido en una especie de círculo y al medio ubicaron un poste que les servía para colgar detenidos. Allí también practicaban otras vejaciones y torturas para que las vieran los compañeros presos.

Cuando Hugo Pavez se sumó a la defensa de los detenidos, hizo varias diligencias muy importantes. Una de ellas fue entregarle una carta al cardenal Raúl Silva Henríquez cuando vino la comisión de la OEA, en junio de 1976, para que sus funcionarios investigaran la situación de los presos y desaparecidos. Se la pasó en su mano en los momentos en que el cardenal iba en dirección a la catedral. Esas acciones individuales eran muy arriesgadas, ya que todos los sitios que visitaba la comisión de la OEA estaban plagados de agentes de la DINA. Con Pavez se incorporó también la Chela Álvarez, que tenía una oficina en calle Huérfanos y nos prestaba una sala para reunirnos. Había otro compañero abogado, no puedo recordar su nombre. Era un tipo tan sensible que sufría con

todo lo que pasaba. Tenía ya una predisposición al alcohol y se convirtió en un borracho. A los abogados que alegábamos los recursos de amparo nos angustiaba mucho el hecho de que, mientras exponíamos, los ministros durmieran, salvo el que hacía de presidente, que trataba de escucharnos.

A esas alturas, mi compañero instaló con otro camarada una pequeña industria. Jorge se consiguió un hombre joven que tejía a telar y sabía hacer grandes cantidades de tejidos. Contrataron diseñadoras y crearon dibujos inspirados en el mundo mapuche. Hicieron ponchos, cubrecamas, chaquetas, de todo. La parte administrativa se hacía en mi oficina, que se convirtió, además, en una tienda de las muestras que se fabricaban. Esos ponchos y cubrecamas se vendían a las profesoras de los jardines infantiles, que los pagaban en cuotas. Marcelo Concha, gran amigo y compañero, se dedicaba a cobrar en los jardines infantiles de todo el gran Santiago. Allí pudimos comprobar el terror de la gente, a la que todo le parecía sospechoso. En esa época los chilenos perdieron la amabilidad que les era tan natural. Supe de varios compañeros de base que vivían en poblaciones y que se hicieron canutos, es decir evangélicos, porque así, por lo menos, tenían dónde conectarse con gente. Marcelo duró poco con nosotros porque consiguió un trabajo mejor en una empresa de exportaciones agrícolas. Cuando Marcelo estuvo preso en Chacabuco, mi compañero Jorge mandó ponchos para el conjunto folclórico que allí habían formado. Marcelo tocaba la guitarra y cantaba muy lindo.

Entre la gente que trabajaba para la fábrica de ponchos, estaba también la compañera de José Campusano. Ella tejía a crochet la boca de los ponchos y hacía y les ponía los flecos a los cubrecamas. José también colaboraba. Lo conocíamos mucho. Era un gran comunista.

También interpuse un recurso de amparo por Alejandro Rodríguez, un compañero que vivía cerca de nuestra casa, en Vitacura, y que también desapareció el 27 de julio de 1976. Una mañana, temprano, veo que viene su compañera llorando. Y ahí me cuenta lo de Alejandro. Tenía su estudio de arquitecto en la calle Andrés Bello. De ahí salió con una serie de planos y no se

le vio más. Desapareció con su automóvil y sospechamos que lo apresaron cuando iba por la avenida Costanera, junto al río Mapocho. Su compañera se agotaba de andar de un lado para otro, a veces arriesgando su vida. Una vez se fue a Vicuña Mackenna, donde supo que funcionaba la DINA. La recibieron en una sala que tenía las paredes forradas en una tela negra, y menos mal que la dejaron ir. Una vez la llamaron por teléfono y le dijeron que Alejandro andaba en una población como perdido, vestido con harapos. No hubo población que no recorrió. Con el tiempo la llamó el jefe de la Cruz Roja y, a quemarropa, le dijo que no buscara más a su marido, ya que estaba muerto y seguramente sus restos estarían enterrados en alguna parte cerca de la cordillera. Salió de allí llorando, estuvo en su auto hasta medianoche, llorando. Al otro día temprano fue a mi casa a contarme que ya no lo buscaría más.

Mi compañero fue detenido por la Fuerza Aérea. Llegaron a la casa de su socio, Patricio Rojas, en busca de un extranjero, Jorge, que era argentino. Revisaron toda la casa. Patricio les dijo que Jorge era una eminencia que había venido a Chile a ayudar y que no andaba escondido. Le pidieron que Jorge se presentara en la base de El Bosque, que si no iba lo iban a buscar. Acompañé a Jorge a El Bosque. Nos atendió un capitán, muy amable, pero no era el que interrogaba. Nos hizo sentar en un banco en las afueras del recinto y a mí me dijo que me fuera a mi casa, que mi marido iba a tardar. Jorge me pidió que me fuese. Después Jorge me contó que cuando me fui apareció un jeep con un energúmeno, con los ojos rojos, vociferando: «¿Usted es Jorge Ferlizi? Queda detenido. ¡Guardia, llévenselo!», y lo llevaron a un hangar que estaba lleno de hombres sentados en el piso. Empezaron a llegar los detenidos que habían sido interrogados; a muchos los llevaban arrastrando. Llegaban terriblemente torturados. Entre ellos había un muchacho que Jorge había conocido en Proalin. Como pudo se acercó a él, estaba muy adolorido y le contó que fueron a Proalin y ellos habían escondido armas en los terrenos, las encontraron y se llevaron a todos los obreros que estaban en ese momento, a todos los torturaron mucho. Al lado de Jorge había un señor que le dijo que era profesor de la Universidad de Chile. Estaba muy asustado. Ahí le tocó a Jorge ir al interrogatorio. Mi compañero tenía mucha labia y mucha experiencia, por lo vivido en Argentina. Les dijo que había venido a Chile una vez y que le gustó tanto el país y su gente que se casó con una chilena. Eso les cayó en gracia porque se reían a carcajadas. Uno de ellos le preguntó cómo eran los golpes de Estado en Argentina, entonces Jorge les contó que días antes se anunciaban en los diarios. No lo torturaron, no

le tocaron un pelo.

En la Navidad de 1974, con Chela Álvarez, otra compañera abogada, y Eliana Farías, la exesposa del compañero Volodia Teitelboim, llevamos a la Correccional de Mujeres varios canastos con pollos asados, papas, ensalada de tomate y cebolla, pan y harta fruta. Chela, que conocía gente en La Vega, se consiguió todo y ella misma lo cocinó. Yo conocía a María Poblete, la jefa del estudio jurídico que funcionaba en la Correccional; con ella hice mi práctica profesional de abogada. Chela también la conocía bastante. Antes de llevar nada, hablamos con ella y le contamos lo que queríamos hacer. Era muy peligroso, porque estaban allí los milicos. Entonces, en dos automóviles echamos todas las cosas y las entramos escondidas un día antes del 24 de diciembre. Tuvimos inconvenientes para bajar las canastas, así que María Poblete tuvo que hablar con la madre superiora de las monjas que estaban acreditadas en la Casa Correccional de Mujeres. Se llegó a un acuerdo: mitad para ellas y mitad para las presas políticas que habían sido trasladadas allí por los militares.

Íbamos una vez por semana a ver a las presas. En una oportunidad entramos con Chela y, en la mesa donde teníamos que entregar los carnés, Chela, sin querer, lanzó el suyo sobre el sargento que nos atendía. Se enojó mucho y llamó a unos soldados para que detuvieran a la Chela, que, según él, lo había ofendido. Intervengo y le pido que la disculpe porque no se había dado cuenta, mientras por lo bajo le pido a Chela que ofrezca disculpas. Menos mal que Chela reaccionó, le pidió perdón y el sargento nos dejó entrar a ver a nuestras mujeres. Por cosas tan simples podían detenerte y vaya a saber qué suerte correrías.

Cuando Chela fue a Magallanes para interponer recursos de amparo por los prisioneros de la Isla Dawson, tuvo problemas con el comandante de la región porque los militares no querían que hubiera defensa para los presos. A Chela la detuvieron en el avión en que volvía a Santiago y la llevaron a Tres Álamos. Yo hice una petición para presentar al Colegio de Abogados y la hice firmar por todos los abogados conocidos; algunos se negaron y dijeron que Chela era muy orgullosa, que a veces saludaba y otras veces no. Lo que pasaba era que ella

usaba lentes de contacto y a veces se le olvidaba ponérselos y entonces no veía a los abogados amigos y no saludaba a nadie.

1 César Godoy Urrutia fue un profesor normalista, uno de los fundadores del Partido Socialista y luego, desde 1944, militante y dirigente del Partido Comunista. Fue diputado en varios períodos desde 1937 hasta 1969. Preso político tras el golpe militar de 1973, vivió exiliado en México desde 1975. Regresó a Chile en 1984 y falleció al año siguiente.

2 El campamento de prisioneros de Pisagua fue utilizado desde septiembre de 1973 hasta octubre de 1974 como centro de detención y tortura, bajo el mando de la Sexta División del Ejército. El viejo recinto de tres pisos del pequeño pueblo costero llegó a alojar a cerca de seiscientos prisioneros, superando con mucho su capacidad original. En las diez celdas del primer piso, de 2 x 4 metros cada una, permanecieron los prisioneros incomunicados. En el segundo y tercer piso había ocho celdas de aproximadamente 4 x 10 metros, en cada una de las cuales eran encerrados hasta veinticinco prisioneros. Las mujeres detenidas fueron transferidas a una dependencia contigua al teatro de la ciudad, habilitada especialmente para este efecto. Con el mismo fin se ocupó un galpón conocido por los prisioneros como el «supermercado».

Capítulo VII

Golpe en Santiago

El detective Quintín Romero y el capitán de Carabineros José Muñoz tenían por misión proteger al presidente Salvador Allende. El primero resistió con las armas en la mano el asedio militar a La Moneda, junto al mandatario socialista. El segundo abandonó el palacio en la mañana del 11 de septiembre por orden del jefe de Estado. Meses más tarde, ambos serían piezas fundamentales en la creación de la primera farmacia que abrió Jorge Schindler en las inmediaciones de Maipú, en la villa México. Con ellos también estuvieron el profesor Sergio Aguayo, que había capacitado a centenares de campesinos beneficiados con la reforma agraria, y el dirigente comunista José Campusano, fundador de la legendaria confederación Ranquil.

7.1. Un detective que combate en La Moneda

Quintín Romero Morán es hijo de un chofer de buses de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado (ETC del E). Se crió en la población Juan Antonio Ríos, donde aún tiene muchos amigos. En su familia había varios boxeadores amateur. Era el mayor de ocho hermanos y tuvo una infancia sacrificada y difícil. Cuando estudiaba sus humanidades en el Valentín Letelier, a la entrada del barrio Recoleta, conoció a un vecino que trabajaba en el Laboratorio de Criminalística de la Policía de Investigaciones, quien le prestaba revistas y le contaba sobre el trabajo de los detectives. Le gustó y, casi al término de sus estudios secundarios, le dijo a su padre que quería ser policía. Salió del liceo en 1966, postuló y quedó. En ese tiempo para ser detective se estudiaba solo un año.

Romero estuvo en la Brigada Judicial hasta 1968, luego tres años en la Brigada Móvil y de ahí en la Brigada de Homicidios, la legendaria BH, que por entonces

dirigía Carlos Rodríguez Oyarzún, el famoso CRO. Por entonces, el jefe de la Inspectoría era Mayo Baltra, el mismo que le advirtiera a Jorge Schindler en Concepción que debía abandonar la ciudad después del asesinato del cabo Exequiel Aroca.

En esos años, Investigaciones era muy democrática, recuerda Romero. Los funcionarios se pronunciaban sobre cuestiones políticas, pero esto no influía para nada en el trabajo. Todos sabían lo que cada uno pensaba. Un día de noviembre de 1970, el inspector Hugo González, jefe antiguo que era un reconocido allendista, le contó que se estaba formando una escolta para el presidente electo y le preguntó si le gustaría ser parte de ella. Romero asintió de inmediato. Hacía muy poco que habían matado al general René Schneider y ya se sospechaba lo que podía venir: Camilo Valenzuela, Arturo Marshall, Patria y Libertad y todo eso.

Habla Romero, hoy de sesenta y siete años de edad:

Siempre se había hecho eso de las escoltas para los presidentes y algunas otras autoridades, pero el trabajo de nosotros fue muy diferente. Antes, los policías solo acompañaban al mandatario; nosotros, en cambio, preparamos una labor de envergadura. Quedó alguna gente de la «policía política» —el Departamento de Informaciones de la Policía de Investigaciones—, que acompañó a Allende mientras era candidato. En total éramos unos veinticinco, más los choferes, y nos preparamos entre enero y marzo de 1971. El primer jefe fue Sergio Alcaíno, que murió en el avión que se cayó cuando fuimos a Ecuador, Colombia y Perú. El segundo jefe fue Juan Seoane, que venía de la antigua PP. En ese período el jefe del GAP era Max Marambio, que usaba la chapa de «Ariel Fontana». Ellos eran muy pasados p’a la punta; no así los socialistas. Carlos Jorquera, asesor de prensa de Allende, y La Payita se dieron cuenta de que los miristas eran muy atropelladores y finalmente salieron en junio del 71. Las peleas con la escolta y con los socialistas ya eran intolerables.

Por esos años no había ni estudios ni manuales para ser escolta. Me compré un libro de magnicidios y luego El Chacal. Seoane también nos encargaba tareas y así logramos idear un plan para cuidar al presidente. A mí y a José Sotomayor Llanos nos tocó el teatro Municipal; a otros el estadio Chile, el estadio Nacional, el Congreso… todos los lugares donde podía ir el jefe de Estado.

Hicimos un patrón: por dónde salir, cómo funcionaba la central de luz, dónde había que estacionar la ambulancia y el auto del GAP con el plasma y todo lo demás. Pronto, los GAP se dijeron: «Estos ratis no son nada de huevones». El que mandaba era «Bruno» y los segundos eran «Carlitos» y «Fernando». Con el capitán José Muñoz, el jefe de la escolta de Carabineros, jamás tuvimos un problema, al igual que con el teniente Dondero, el encargado de la guardia de palacio.

En cambio, sí tuvimos dificultades con los navales durante todo el gobierno del presidente Allende. Solo dejaban entrar a Seoane y él, peleándola mucho, a veces lograba que dejaran pasar a «Bruno». Todos los demás quedábamos en la guardia.

Eso no ocurrió ni con los militares ni con la FACh ni menos con los carabineros. Eso sí, que los militares y los navales filmaban y fotografiaban todo. Otro aspecto que no pudimos controlar fue que los dos encargados de instalar teléfonos en La Moneda eran suboficiales de la FACh. La lavandería, en tanto, estaba a cargo de un suboficial de la Marina.

El ministro del Interior era protegido por gente del Partido Socialista. Aquel muchacho de pelo largo que aparece en una fotografía disparando por una ventana de La Moneda para el golpe era uno de los que andaban con José Tohá.

Durante el «tanquetazo» del 29 de junio del 73 nos fallaron dos compañeros de la escolta. Estaban en el palacio, pero cuando vieron los tanques se paralogizaron y no hicieron nada. Yo estaba haciendo gimnasia en la Asociación Cristiana de Jóvenes y me vine corriendo. Daniel Vergara nos pidió que mantuviéramos la calma.

En agosto y en los primeros días de septiembre del 73 nos parecía inminente el golpe militar. Había un viaje programado a Zambia y Zaire en la primera semana de septiembre, para asistir una reunión de la OPEC. Nosotros nos íbamos antes y quedamos vacunados contra el cólera, la malaria y otras enfermedades. Teníamos que irnos a fines de agosto o a comienzos de septiembre, y de repente nos dijeron que no había viaje. Se reforzaron los turnos y se duplicó el trabajo. En las noches había que ir a dejar al presidente a Tomás Moro y a veces pasaba a hablar con Carlos Altamirano, que vivía en avenida Kennedy, pasado Américo Vespucio. Uno de nuestros vehículos permanecía hasta la madrugada en las afueras de la residencia del mandatario. En El Cañaveral no hacíamos guardia.

La noche antes del golpe un chofer me fue a dejar como a las tres de la mañana a mi casa. Yo vivía con mi esposa, una hija de cuatro años y un hijo de tres meses en Recoleta, frente al estadio Municipal. Mi señora era profesora y se levantaba muy temprano. El martes 11 me despertó como a la siete: «Quintín, escucha lo que dice la radio». No teníamos teléfono. Me levanté sin ducharme, con ropa deportiva y botines. Me puse en el bolsillo tres cargadores para mi pistola Browning calibre 9, el cortaplumas suizo que me había regalado el presidente en la última Navidad, y salí a tomar el primer microbús que pasara. Me subí a una Pila Independencia Recoleta que me dejó en Balmaceda con Teatinos, al lado de la Cárcel Pública. Empecé a correr hacia La Moneda. Me paró un piquete de carabineros en Santo Domingo y les mostré el carné que nos había dado con su firma el general Mendoza. Un teniente me miró fijo y me advirtió: «Usted sabe lo que le va a pasar, ¿cierto?», y me dejó seguir.

Entretanto, su jefe, Juan Seoane, había recibido en su casa, en calle Valenzuela Castillo, entre Manuel Montt y Miguel Claro, en Providencia, un llamado de un GAP desde Tomás Moro alertándolo sobre el levantamiento de la Armada y pidiéndole que acudiera de inmediato porque el presidente iba a salir rumbo a La Moneda.

Seoane subió en su automóvil Chevy, puesto a su disposición por Investigaciones, y enfiló hacia el barrio alto. Llevaba su pistola Browning y una ametralladora Walter con un cargador. Tenía una radio que captaba el servicio de carreteras de Carabineros, la central de Investigaciones y las transmisiones del

equipo del presidente. Pasó a buscar a otros tres detectives de su grupo que le comentaron lo que habían escuchado a través de la radio. Llegaron a la casa presidencial cuando Allende ya la había abandonado y se devolvieron hacia La Moneda. Se estacionaron frente a la puerta de Morandé 80 y entraron a pie. Tenían su oficina junto al patio de los cañones que compartían con los carabineros del capitán Muñoz. Eran 18. Seoane llamó a Alfredo Joignant, el socialista que dirigía Investigaciones. «Usted se queda ahí para defender al presidente», le dijo.

Algunos miembros del GAP y detectives distribuyeron los fusiles AKA y los tres cohetes soviéticos RPG que había en La Moneda. Uno de los dieciocho policías civiles sintió miedo; pidió permiso para ir a comprar cigarrillos y no volvió más. Quintín Romero se instaló en el segundo piso, en el gabinete de Allende, de cara a la plaza de la Constitución. Allí también tomaron posiciones su colega José Sotomayor y dos GAP, uno era Daniel Gutiérrez Araya («Jano»), de pelo corto y peinado hacia delante; el otro era Antonio Aguirre Vásquez («Gonzalo») que estaba tendido detrás de una ametralladora que asomaba hacia la plaza. Tenía el pelo largo, era alto y delgado y vestía un suéter blanco con cuello de tortuga. De pronto los tanques empezaron a disparar contra el palacio. Un cañonazo impactó de lleno en el techo de la habitación en que se encontraban. Romero y Sotomayor trataron de apagar el fuego con plumones, cojines y alfombras. «Jano» preparó su lanzacohetes para responder el ataque. Romero lo tapó con la capa azul de médico que Allende mantenía en el lugar para evitar que la llamarada del disparo lo quemara. El disparo dio de lleno en un tanque situado junto al Banco Central, en Morandé con Agustinas. Vieron como el periodista Claudio Sánchez, de Canal 13, huía despavorido del lugar. Sonó un teléfono. Romero contestó debajo de un escritorio. Era la primera dama, Hortensia Bussi, que llamaba para saber del presidente. Le pidió a Romero que cuidara de su marido. «Voy para allá», le dijo antes de colgar. Nunca llegó. «Gonzalo», el muchacho de suéter blanco que manejaba la ametralladora, había sido herido de gravedad. Tenía un balazo en una pierna y otro en la región lumbar; sangraba profusamente[1]. Se escuchó entonces el ruido de los aviones que se aproximaban y empezaron a caer las bombas. Un rocket destruyó el techo de la sala de consejo, explotando con un ruido ensordecedor y llenando todo de humo y fuego. Romero y Sotomayor huyeron hacia el sector de Teatinos y bajaron hacia la zona de la Cancillería, en el costado sur de La Moneda.

Prosigue Quintín Romero:

A mí me detuvieron con Sotomayor después de que entraron los bomberos. Estábamos en un baño que daba al patio de Los Naranjos, en el lado de la Cancillería. Se aproximó un capitán con cinco soldados y nosotros salimos con las manos en alto diciendo que éramos detectives. Después supe que ese capitán nos había atendido un mes antes en la Escuela de Infantería de San Bernardo, cuando la visitamos con el doctor Allende[2].

Los militares nos sacaron por la puerta que da a la Alameda y nos llevaron hacia Morandé, al frente del Ministerio de Obras Públicas, donde tenían al resto de los prisioneros. En el camino vimos salir corriendo a la gente de ese ministerio. Los habían dejado irse y muchos iban llorando. Entre ellos vimos a los miembros del GAP que habían estado disparando toda la mañana sobre los golpistas desde los últimos pisos del MOP. Incluso uno de ellos, «Patán», me cerró disimuladamente un ojo.

Me pusieron al lado del periodista Carlos Jorquera, que estaba sangrando y tiritaba. El «negro» me dijo: «Chico, olvídate del doctor, ya no está con nosotros». Luego, los militares nos llevaron a bordo de dos microbuses de la Armada al Regimiento Tacna.

Cuando llegamos, el comandante de la unidad, el general Ramírez Pineda, estaba histérico. Mandó a buscar dos ametralladoras y gritaba que nos iban a matar a todos por habernos atrevido a hacer frente al Ejército. Un mayor y otros oficiales lo calmaron y lo llevaron a las oficinas. Enseguida, de rodillas, nos llevaron a las caballerizas, donde tuvimos que sacarnos los zapatos y las camisas. Preguntaron los nombres y actividad de cada uno, mientras a gritos buscaban al «Coco» Paredes y al doctor París. «¡Así que vos soy el Coco Paredes! ¡Aquí te queríamos tener!», le dijeron al exdirector de Investigaciones cuando lo identificaron. Poco más tarde interrogaron a Seoane y a los colegas Douglas Gallegos y Juan Espinoza. Les mostraron fotos de los GAP y les preguntaron por sus apodos, chapas y nombres verdaderos.

Al día siguiente, tipo cuatro de la tarde, llegó a buscarnos el inspector Santiago Sirio, con cuatro detectives en varias camionetas.

Nos llevaron al Cuartel Central en calle General Mackenna. Estaba todo el personal esperándonos. He visto llorar dos veces a los ratis: en esa oportunidad y cuando a los exonerados nos hicieron el 2004 un reconocimiento en la escuela. También estaba el nuevo director, el general Ernesto Baeza y uno de sus ayudantes, el comandante Sergio Badiola.

Subimos al tercer piso y nos habló Baeza: «Ahora hay otra etapa en Chile. Ustedes cumplieron con su deber. Si hubiesen ganado, serían héroes, pero están en el bando perdedor y deben asumir las consecuencias. Voy a tener mucho ojo y a cualquiera de ustedes que tenga una conducta tibia lo doy de baja de inmediato», nos dijo. Luego nos fueron a dejar a nuestras casas. Al día siguiente me mandaron a la Tercera Judicial y la primera semana de octubre me llamaron a retiro junto con Seoane. Ese mismo día uno de los jefes me llevó a la Cooperativa de Empleados Particulares, en Santo Domingo con Bandera, donde tenía un amigo que era radical y gerente de la entidad; le explicó qué había pasado y me dejaron trabajando. Ahí estuve hasta junio de 1974, pero me retiré porque no había ninguna posible proyección. Otro excolega del grupo de La Moneda, David Garrido, me contó que Seoane y el capitán José Muñoz, que había sido jefe de la escolta de Carabineros de Allende, se iban a ir a Argentina y querían verme. Los padres de la esposa del capitán Muñoz tenían una farmacia en Las Rejas con 5 de Abril. Fui para allá y el capitán me dijo: «Me voy pasado mañana a la Argentina. Quédate trabajando aquí con mi señora». Me presentó a sus suegros y acepté la oferta. Al segundo día de trabajo apareció Jorge Schindler. Me contó que estaba armando otra farmacia en Maipú y me pidió que lo fuera a ver. Pasó un mes y Jorge insistió. Finalmente fui, y quedé impresionado con los compañeros que trabajaban con él, que me recibieron muy cálidamente. Estaban Ramiro Ríos y Alsino García, entre otros. Decidí, entonces, irme a la farmacia de la villa México. Ellos me enseñaron todo lo que había que saber sobre el negocio. Salía a curar perros con Alsino. La gente llegaba a tomarse la presión. Había muchos vecinos que habían trabajado en Salud y que se tomaron departamentos en los años 70 y 71, cuando la villa estaba por entregarse. En los meses siguientes, detuvieron a muchos de ellos. Me

encontré también con varios viejos conocidos de la población Juan Antonio Ríos que llegaron a vivir allí. Poco a poco me di cuenta de que también se efectuaban otras tareas, muy reservadas y delicadas. Salíamos a dejar y a buscar gente en la citroneta. Nunca pregunté nada y ayudaba en lo que podía.

Un día llegó un hombre que al verme quedó perplejo. Era el repartidor de pan de la panadería La Selecta que llegaba a Morandé 80, en La Moneda, cuatro veces al día con un canasto. A la entrada había un GAP, un carabinero y un detective, junto a una cabina chiquitita con un libro y un asiento. Nosotros le sacábamos un par de panes calientitos al mediodía. Esa primera vez que llegó a la farmacia el hombre no dijo nada, pero varios meses después me preguntó: «¿Usted se acuerda de mí?». «Claro que sí», le respondí. Seguía trabajando en La Selecta, haciendo fletes en un camión. Se llama Marcial y desde ese momento nos hicimos muy buenos amigos, hasta hoy.

7.2. Jefe de la guardia presidencial

El día del golpe militar, el capitán José Muñoz Salas, jefe de la Sección de Seguridad Presidencial de Carabineros, se despertó a las 6:30 con un llamado telefónico de un miembro del GAP que le pidió que fuera de inmediato a la casa del mandatario. Muñoz vivía con su familia en un bungalow de color blanco en Tomás Moro 108, al lado de la residencia del gobernante. Se vistió lo más rápido que pudo y a los minutos se cuadró ante Allende. El doctor le ordenó que organizara de inmediato la salida hacia La Moneda. El capitán le preguntó a los tripulantes de las tres tanquetas estacionadas en los patios si eran capaces de enfrentar a los tanques apostados frente al palacio de Gobierno. Todos asintieron. A los pocos minutos una comitiva de tres automóviles y tres tanquetas emprendió rumbo hacia el centro de Santiago.

Muñoz llegó a su puesto el 5 de noviembre de 1970, cuando era miembro del Servicio de Investigación de Accidentes de Tránsito (SIAT) y estudiaba Ingeniería del Tránsito en la Universidad Técnica del Estado. Lo recomendó el propio director de Carabineros, el general José María Sepúlveda. Hasta ese

momento nunca había visto en persona a Allende. Al llegar a sus nuevas funciones, el capitán se encontró con tres grupos de seguridad: carabineros, detectives y el GAP. Tuvo serios roces con estos últimos en los primeros cinco meses. Consideraba que se excedían en sus actuaciones y que eran bastante prepotentes. Después del asesinato del general René Schneider, la rutina cambió completamente. Muñoz preparó un detallado estudio sobre las modificaciones que había que hacer. Pidió un helicóptero, más capacitación y cursos de paracaidismo y pilotaje. También recomendó reemplazar los revólveres por pistolas, y el habitual terciado y sable por una chaqueta corta hasta la cintura, que permitiera extraer más rápido las armas de puño. Finalmente, solicitó un veinticinco por ciento de aumento de sueldo para sus hombres.

Al comienzo de su servicio lo iban a devolver a sus antiguas funciones y tuvo un breve encontrón con el presidente. Su jefe directo, el general Oreste Salinas, secretario general de Carabineros, le sugirió que hablara con Allende. Pidió una entrevista con el mandatario. Este lo recibió y le reprendió que los carabineros estuvieran usando armas cortas. Muñoz le explicó que el cambio había que hacerlo gradualmente y le resumió todas las modificaciones que estaba incorporando. Allende, cambiando el rostro, le dijo que no sabía, que estaba mal informado y que retiraba la decisión de removerlo. Era la primera vez que hablaban a solas. Muñoz aprovechó de decirle que los miristas y socialistas le ocultaban los trayectos y los destinos de la comitiva presidencial y que eso no podía ser pues él era el jefe de la escolta. Allende replicó que las cosas cambiarían desde ese mismo instante. «Usted es el jefe de la seguridad presidencial y puede hablar conmigo cuando lo requiera», sentenció el gobernante.

Desde ese momento, un automóvil de Carabineros presidió la comitiva; luego iban los motociclistas, otros dos vehículos de Carabineros y dos de Investigaciones, y cerraban el cortejo los GAP a bordo de sus FIAT 125 de color azul oscuro, recomendados por Pepe Ortigoza, el corredor de autos amigo de Allende.

En junio de 1973, luego del intento de levantamiento de algunos oficiales del Regimiento Los Libertadores, que rodearon con tanques La Moneda, pero que fue controlado rápidamente por el general Carlos Prats, la Sección de Seguridad Presidencial de Carabineros quedó acuartelada en forma permanente. El capitán Muñoz, por su parte, recomendó a la superioridad de su institución tomar una serie de medidas para mejorar la protección del mandatario.

El día del golpe, el capitán Muñoz se mantuvo en La Moneda con los generales José Sepúlveda Galindo y Sergio Urrutia, director y subdirector, respectivamente, de Carabineros. Junto a ellos estaban los cincuenta hombres que integraban la Guardia de Palacio, al mando del teniente Jaime Ferrero, y los miembros de la escolta, donde otro teniente secundaba a Muñoz. Permanecieron allí hasta cerca de las 11:00 horas, cuando Allende les pidió que abandonaran el lugar, que no se sacrificaran.

«Me llamó para decirme que nos agradecía la fidelidad que le estábamos brindando, así como nuestra lealtad con respecto a Chile, pero que salváramos nuestras vidas, que se retirara la gente nuestra. Yo creo que ese ejemplo que él nos dejó, incluso preocupándose de la sobrevivencia de todos nosotros hasta el último momento, demuestra la envergadura de hombre que era», declaró Muñoz, años después en una entrevista. Antes de salir de La Moneda, el capitán le entregó su casco y su fusil al presidente. Allende usó solo el primero[3].

Muñoz estaba casado desde 1967 con Sonia Alcoholado, prima hermana de la primera esposa de Jorge Schindler. Ambos hombres se conocían superficialmente, pero estrecharon vínculos después del golpe. El capitán, dado de baja, salió de Chile en 1974 rumbo a la República Democrática Alemana, desde donde retornó menos de un año después y se integró a trabajar en la farmacia que tenían sus suegros, colaborando también con Schindler en la gestión de sus crecientes negocios. Murió de un cáncer prostático a mediados de los años 2000 y Sonia, su mujer, le siguió poco después.

7.3. El profesor que capacitaba para la reforma agraria

Desde muy pequeño, allá por la década de 1950, Sergio Aguayo Ortiz quería ser profesor. Su padre era sastre, tenía cuatro hermanos y apenas salió de la enseñanza primaria, a los doce años de edad, empezó a trabajar. Primero lo hizo en una zapatería, luego atendiendo una caldera en el teatro Municipal de Temuco, donde era medio pollo del mayordomo. De ahí a cortar entradas en el teatro Austral y más tarde a vender repuestos y maquinarias para el campo en la importadora Saavedra Benard, donde estuvo once años. Ingresó a la Universidad Popular Víctor Fernández Concha a estudiar Comercio y los rudimentos de la

administración. Después, a terminar sus humanidades en horario nocturno. Aguayo era empeñoso y constante. Por años ahorró unos pesos para cursar estudios superiores. En 1966 postuló para ser profesor primario en castellano en la sede Temuco de la Universidad de Chile. Quedó, obtuvo su título y se quedó como ayudante de una cátedra, desde donde también luchó para que la sede adquiriera formalmente el rango de sede de la principal universidad del país.

A los dieciséis años, a mediados de los cincuenta, ingresó a un centro cultural clandestino de izquierda que se llamaba Máximo Gorki. Dos años después, ya militaba en la Jota y jugaba en un equipo de fútbol

—el Lautaro— integrado por jóvenes del partido que disputaban bravos encuentros con los campesinos de la zona de Cautín.

En 1969, siendo ya profesor, lo llamó el partido para capacitar a los obreros agrícolas según la nueva ley de sindicalización campesina. La legendaria confederación Ranquil, fundada entre otros por José Campusano, requería más y más docentes. Aguayo asumió como responsable de las escuelas de Temuco y Valdivia. Tomaba contacto con los campesinos, programaba los cursos de capacitación y explicaba los significados de la reforma agraria que se comenzaba a aplicar en el país. En eso estuvo hasta 1971. Lo convocaron entonces para integrarse al Instituto de Capacitación e Investigación de la Reforma Agraria (Icira), creado mediante un convenio entre la Unidad Popular y la FAO de las Naciones Unidas para avanzar en la transformación de los campos, coordinando a todos los organismos del sector: la Corporación de la Reforma Agraria (CORA), el Instituto de Enseñanza Rural (IER), el Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario (Indap), y el propio Icira.

Aguayo recuerda:

Me tocó coordinar el trabajo del Icira entre Cautín y Chiloé. Tuvimos problemas con el MIR, en especial con Roberto Moreno —el «Pelao»— a quien le decíamos el «Long Play», porque funcionaba a treinta y tres revoluciones por minuto. El encargado de Icira era Solón Barraclough[4]. Había también dos expertos franceses y tres o cuatro brasileños. Yo era miembro del Comité Regional del partido en Cautín, que lo dirigía Alberto «Tito» Molina y donde estaban también Raúl Buholzer, Guillermo Quiñones, Amelia Vargas, Iván Ljubetic, Juan Bascuñán, Sergio Riquelme, Jesualdo Millar, Óscar Bascuñán, Alberto Núñez y Juan Chávez, secretario general de la Jota. Del Comité

Regional fuimos detenidos y torturados: Iván Ljubetic, Raúl Buholzer, Sergio Riquelme, Sergio Aguayo, Alberto Molina y Juan Chávez, siendo además estos dos últimos asesinados en el Regimiento Tucapel. Me casé en 1971 y al momento del golpe tenía un hijo de año y medio y otro de cinco meses. En Temuco vivía a la entrada de Pueblo Nuevo.

El 11 de septiembre del 73 me levanté y escuché por la radio lo que estaba pasando. Partí al local del partido en Miraflores y me encontré con dos o tres compañeros. Juntamos papeles, cuadernos y otros documentos y los quemamos en una estufa. De ahí, cada uno a sus casas. Los días siguientes empezamos a tratar de ubicarnos. No había ninguna orientación; la única fue que nos presentáramos en nuestros respectivos trabajos. Yo partí a Santiago el 25 o 26 de septiembre para ir al Icira. Me dijeron que volviera a mi provincia y que me iban a avisar cualquier novedad.

En el Diario Austral de Temuco apareció el 2 de noviembre una lista de treinta y dos personas que debían presentarse ante la Fiscalía del Ejército, entre ellas yo. Hicimos una reunión y los compañeros me dijeron que tenía que ir. Fui y me presenté en el Regimiento Tucapel. El actuario era un compañero simpatizante nuevo, que había sido presidente del Instituto Chileno Soviético de Cultura. Me dijo que leyera un documento que me pasó, que lo firmara y que estaba listo, que me fuera para la casa.

A los pocos días me llamaron del Icira en Santiago. Me dijeron que no necesitaban de mis servicios y que me iban a hacer el finiquito; me pagaron dos meses y vacaciones, y me volví a Temuco.

El sábado 10 de noviembre, como a las 14:00 horas, llegó una patrulla de milicos y el que los mandaba, un tipo rubio de ojos azules, me dijo: «Tú tenís un arma; ¿dónde está?». Efectivamente, yo tenía un arma porque habían quemado el local del partido en Puerto Montt y nosotros hacíamos turno para cuidar nuestro local. El compañero a cargo de cuidar la sede, el «Pantera» Fernández, me había

entregado el revólver, pero yo lo había devuelto. No me quisieron creer. Me subieron a una camioneta y me advirtieron: «Allá te vamos a refrescar la memoria». Me dejaron en la guardia todo el sábado, el domingo y el lunes. Ese sábado asesinaron a los compañeros en el supuesto asalto al polvorín[5].

El lunes en la tarde nos trasladaron a dos o tres detenidos a la cárcel, incomunicados. El martes en la mañana llegó una patrulla militar a buscarme y me llevaron al regimiento. Al llegar, me condujeron por un costado de la guardia, me hicieron hincarme, me taparon la vista y me metieron a una pieza ordenándome que me sacara la ropa y me tendiera en un camastro que había allí. Enseguida me empezaron a dar. A los golpes les siguió la corriente, por todas partes. Me preguntaron dónde teníamos escondidas las armas y qué le enseñábamos a los campesinos. En un momento me dio un shock y se asustaron, hasta que reaccioné. Entonces me pusieron patas arriba y me empezaron a echar una cuestión helada, muy helada, mientras me tapaban la boca con un paño. Me lo hicieron cinco o seis veces, hasta que el que mandaba dijo: «Parece que este huevón no sabe nada; vístete». Me trasladaron nuevamente a la cárcel y estuve siete días incomunicado. Me largaron el día 27 a las seis de la tarde. Me fui a la plaza Brasil y tomé un taxi para la casa. Tenía sinusitis, dolores de cabeza y había perdido el olfato. Me llevaron a la casa de mi hermana, que me dijo: «Esta misma noche nos vamos a Santiago».

En Santiago conversé con el compañero Víctor Galleguillos y me dijo que las circunstancias no estaban para dar la cara, pero que no había que irse del país. A nadie le conté dónde estaba. Dormía en una casa en calle Beancheff, a una cuadra y media del parque Cousiño. Con el compañero Coloma, que había sido regidor, hicimos un intento por asilarnos en la Embajada de Alemania, pero el asunto fracasó. La situación se estaba poniendo muy difícil; necesitaba trabajar, producir algo de plata para mandarle a la familia. Estuve viviendo con un primo y de ahí me fui con el compañero José Campusano, con quien trabajamos haciendo las terminaciones de los ponchos y chamantos que producía Jorge Ferlizi, un compañero argentino que estaba casado con la abogada comunista Violeta Núñez. Ahí estaba cuando, más o menos a mediados de 1974, surgió la posibilidad de Jorge Schindler y la farmacia. El compañero Campusano me recomendó que fuera para allá.

Llegué a la Villa México. Jorge estaba atendiendo el local y después de una breve conversación, me quedé a trabajar allí. Aprendí a conocer algunos medicamentos y entonces asumí como bodeguero. El farmacéutico era Ramiro Ríos. Después fui cajero, auxiliar, hice algunos cursillos en laboratorios y recomendaba ciertos remedios, nunca de ojos ni de oídos. Ahí teníamos la bodega central y abastecíamos a las otras farmacias.

Posteriormente, hubo discrepancias entre los socios. Decidieron separarse. Jorge se quedó con dos farmacias, una en Maipú y la otra en la villa México. Más tarde, por ahí por 1976, me pidió que me quedara a cargo de las dos farmacias. Yo me llevé a mi familia luego de estabilizarme. El compañero Armando Gatica tenía una casa camino a Melipilla, a unas cuadras de la farmacia, y yo se la arrendé. Después nos cambiamos a la villa México y luego a Maipú, a una población que tenía la empresa Lord Cochrane.

Un día Jorge me propuso que me fuera a Concepción con él. Mi señora tenía familiares allá y no le gustaba Santiago, así que acepté. Llegué a Concepción entre el 76 y el 77, y Jorge me nombró jefe de compras de la Farmacia de Urgencia Uno, en O’ Higgins con Colo Colo. La otra estaba en Freire con Rengo.

7.4. Fundador y primer presidente de la Ranquil

José Campusano era de estos dirigentes que no se imaginaban la vida sin el partido. Nació en 1915, en el campo, en Mantos de Hornillo, un villorrio poco más allá de Huentelauquén, al norte de Los Vilos. Hijo de madre soltera, Cecilia Campusano, hasta los ocho años vivió con ella. Fue el período de la gran sequía. Murió toda su familia, quedó solo una tía, Dominga Campusano, que lo sobrevivió y murió de ciento ocho años. Se trasladaron a Ovalle, al valle de

Limarí. Llegó a segunda preparatoria y empezó a trabajar de campesino. A los diecisiete años conoció a su padre, que era una especie de arriero, aunque nunca vivió con él. Ingresó a la conscripción militar, pero lo echaron luego de ser sorprendido militando en una célula del partido. Un zapatero llamado Inocencio, que venía de las faenas del salitre, lo formó en sus primeros pasos políticos. Ingresó como peón a la mina La Cocinera, donde le cayó un pedazo de cantera encima que le rompió los pulmones y le quebró las muñecas. Empezó entonces, a los diecinueve o veinte años, a trabajar con el partido en el mundo campesino.

Durante la clandestinidad comunista, bajo el gobierno de Gabriel González Videla, fue perseguido pero nunca lo apresaron. Su mayor contribución fue la unificación de todas las federaciones de obreros agrícolas en la Confederación Campesina e Indígena Ranquil, de la cual fue su fundador y primer presidente. También estuvo en la Confederación de Trabajadores de Chile (CTC), en el norte. El año 1969 dejó la Ranquil e ingresó a la campaña de Salvador Allende.

Cuenta su hijo homónimo, José Campusano:

Durante la Unidad Popular, mi padre ingresó al Instituto de Capacitación e Investigación de la Reforma Agraria (Icira), y poco antes del golpe lo nombraron gerente general de la Empresa Nacional Avícola (Enavi). Él sufría porque tanto el MIR como el PS paralizaron la industria. Recuerdo haberlo ido a ver a su oficina. Yo tenía catorce años y me encontré con el general Bachelet, que estaba a cargo de la Central Nacional de Abastecimiento (Cenabast).

En marzo de 1973, a los catorce años, yo entré a la Escuela de Artes y Oficios de la UTE a terminar mi secundaria. Militaba en la Jota desde antes, en La Granja. El día del tanquetazo, el 29 de junio, me quedé en la escuela con otros compañeros a cuidarla. Mi padre me fue a buscar y me preguntó qué iba a hacer. Le dije que tenía que quedarme y él respetó eso.

El día del golpe llegué a la escuela y permanecí allí hasta como las 11:00. Los infantes de Marina intentaron entrar y nosotros arrancamos hasta la villa Portales. Mi papá fue a buscarme nuevamente y no me encontró. Se fue a la casa caminando. Tras el golpe, no se si partió a la Comisión Agraria clandestina del partido o a alguna otra. Desapareció de la actividad familiar. Iba

esporádicamente a la casa. Cuando llegaba, más de alguna vez yo lo acompañé a hacer alguna cosa. Viajamos en una oportunidad a San Felipe. Ingresamos al centro y llegamos a la plaza; él tenía que hacer un contacto y de repente me tomó del brazo y me dijo: «Vamos, vamos, algo raro está pasando aquí». Se había dado cuenta de que era una trampa. Tenía una sensibilidad especial para esas cosas.

El año 74 yo trabajaba en la zona sur de Santiago en la reorganización de la Jota en las poblaciones San Gregorio, La Bandera, Malaquías Concha y La Castrina. Me detuvo en la calle una patrulla del Ejército en un camión y estuve dos días desaparecido en una comisaría, en el paradero 14 de La Florida. Mi padre volvió a la casa y se quedó allí mientras mi mamá me buscaba. Cuando volví, no me retó, porque yo le discutía el derecho de hacer lo mismo que él hacía.

Llegó a la casa el 19 septiembre de 1975 y le dijo a mi madre que lo estaban siguiendo y que había decidido ir a la casa porque si lo detenían, que lo hicieran allí. El 21 de septiembre, a las tres de la mañana, golpearon a la puerta los miembros del Comando Conjunto. Los dirigía el comandante Edgar Ceballos y Roberto Fuentes Morrison, el «Wally», que estaba disfrazado de comando del Ejército de Chile. Teníamos un perro pastor, y cuando saltaron la reja le dispararon un balazo. A mi papá se lo llevaron sin decirnos nada.

Durante su detención, en el Nido 28, en El Bosque, un médico con rango de capitán le salvó la vida porque mi padre estaba tirado en un patio, desangrándose, con una anemia aguda. Nunca nos habló mucho de la gente que lo detuvo. Por esa misma fecha arrestaron a varios compañeros de los regionales del partido en la zona sur. Mi padre no pertenecía a esas estructuras y no lo vincularon con la dirección del partido. Si lo hubiera detenido la DINA, hubiera terminado en el Cuartel de Simón Bolívar, lo habrían asesinado y hecho desaparecer.

Cuando llegó al hospital de la FACh, alguien preguntó el nombre del paciente y

él gritó «José Campusano», y en pocas horas se supo que había sido detenido. Lo acompañaba un joven conscripto que hacía de carcelero, pero que no quería ser militar y lloraba con frecuencia. Mi papá lo aguachó y le pidió que viniera a la casa a dejar una nota. El muchacho lo hizo, y eso permitió que se presentara un recurso de amparo. Lo llevaron a Cuatro Álamos y luego en libre plática a Tres Álamos. Lo fuimos a ver, habían pasado más de dos meses, no podía caminar, lo habían torturado mucho. Estuvo preso un año. Cuando salió, la Iglesia católica lo acogió en Punta de Tralca y después se instaló en una cabañita en Santo Domingo, que era de un tío. Hasta allá lo íbamos ver y salíamos a pasear. Un día íbamos caminando con mi madre y vimos que venía en sentido contrario Eduardo Frei Montalva con su mujer. El le dijo: «Don José…», le hizo una reverencia y le estiró la mano para saludarlo. Mi padre lo miró fijo y no lo saludó. Frei siguió de largo. Mi mamá retaba a mi padre y mi viejo callado, mirando al horizonte, sin decir una palabra.

En agosto de 1976, por orden del partido, salió hacia el exilio, a Francia. Más tarde viajó con mi madre a Bulgaria y se instalaron en Sofía, donde estuvieron cuatro años.

7.5. Sobreviviente de la Comisión Nacional Sindical

Luis Trujillo González, a los setenta y siete años, es uno de los pocos sobrevivientes de la Comisión Nacional Sindical del Partido Comunista, que trabajó sin descanso para reorganizar su partido en los duros tiempos de la clandestinidad, después del golpe militar de 1973. Natural de Talcahuano, hijo de un obrero de los astilleros marítimos de la Armada, el menor de tres hermanos, estudió su enseñanza básica en su puerto natal y luego contabilidad en el Instituto Comercial Concepción. De allí, ingresó en 1953 a la Escuela de Grumetes, donde hizo al primer curso de electrónica que se dictó en ese lugar. Al año siguiente, lo llevaron a la Escuela de Electrónica, en Viña del Mar, hasta 1957, cuando decidió abandonar esa institución armada.

Regresó a Talcahuano y entró a trabajar en una oficina que Lan Chile tenía en

Hualpencillo, donde asumió el despacho de carga. Un día cualquiera, un pasajero lo vio hacer cálculos de algebra en una pizarra y le ofreció irse a trabajar a las faenas de construcción de la planta de Cementos Biobío en Talcahuano. Aquel pasajero era yerno del dueño de la empresa, que resultó ser Hernán Briones, el mismo industrial que cincuenta años más tarde dirigiría la Fundación Pinochet.

Luis siguió como despachador en la constructora y luego en Cementos Biobío, donde, como independiente, fue elegido dirigente sindical. El presidente de esa organización laboral era comunista y, poco a poco, Trujillo se fue acercando al partido fundado por Luis Emilio Recabarren, al que finalmente ingresó como militante en 1964. Lentamente la zona industrial de Concepción se fue politizando, al igual que todo el resto del país. En 1967, usando un subterfugio legal, todos los dirigentes sindicales de Cementos Biobío fueron despedidos. El partido le ofreció a Trujillo militar como funcionario y asumir como encargado sindical del Comité Local de Talcahuano, dirigido en esos años por Carlos Fuchslocher.

Al aproximarse la campaña presidencial de 1970 y confirmarse la candidatura de Salvador Allende, Trujillo debió trasladarse a Concepción como encargado sindical de ese regional. Allí estaban a cargo, entre otros, Mario Benavente y Wladimir Chávez. Conoció, entonces, a varios de los dirigentes nacionales y a gran parte de los militantes locales más destacados, entre ellos, Jorge Schindler.

Recuerda Trujillo:

Me había casado en 1968 y vivía con mi compañera, que era profesora, en la villa San Martín, a la entrada de Higueras, en Talcahuano. A fines de agosto y comienzos de septiembre de 1973 tuvimos varias reuniones en el regional, donde nos informaron que el golpe era inminente. No teníamos, sin embargo, las medidas ni los medios para enfrentarlo. Había sí algunas casas preparadas para encontrarnos si ocurría algo muy grave. El martes 11 escuché por radio lo que estaba pasando y me dirigí de inmediato a Concepción. Llegue a las oficinas del Ministerio de Vivienda y ahí estaba Juan Carlos Arriagada. Poco después apareció la Millaray Brito a contactarnos para asistir a una reunión urgente. Se habló de retomar los vínculos, mantener las estructuras y tratar de reorganizar al partido. A eso nos dedicamos casi todo aquel mes.

La última reunión del pequeño grupo de cinco compañeros que integraba el secretariado, que encabezaba Fuchslocher, se hizo a fines de septiembre en la casa de Alfredo Gallardo, un ferroviario que vivía en Chepe, en la orilla de la línea del tren. Hasta ahí llegó el senador Jorge Montes a hablar con nosotros. Afuera de la casa, de «loro», estaba un nieto del compañero Gallardo. Tendría unos ocho años y mientras jugaba a las bolitas avisaba todo lo que pasaba. De repente entró corriendo. «¡Abuelo! ¡Abuelo! Allá viene el compañero Montes», dijo. Era cierto, como a unas dos cuadras, con un poncho encima, venía caminando el compañero Montes. Nos planteó rápidamente algunas cosas sobre la organización y la necesidad de sostener al partido. Estaba en eso cuando apareció de nuevo el cabro chico avisando que se aproximaba un camión con milicos. Hubo que evacuar rápido. Primero salió Montes y luego, de a uno, los otros. Quedamos dos. Paró el camión frente a nosotros, se bajaron los milicos y golpearon en la casa del lado. Allí vivía un matrimonio de profesores socialistas y venían a buscar al marido. Lo sacaron a golpes y culatazos, lo subieron al camión y se marcharon. Los dos que quedábamos salimos por atrás y nos perdimos en los pasajes del sector.

Yo seguí en Concepción un tiempo hasta que me enviaron en 1975 a Talcahuano como secretario regional para organizar el partido. Una de mis escasas ventajas fue que no era conocido, ni siquiera la familia sabía que yo militaba. Lo primero que hice fue contactarme con los portuarios y, en particular, con Vitalia Sagristá, que era la secretaria técnica de ellos y que mantenía contactos con todos los gremios de la zona: la CAP, Petrodow, los suplementeros, los panificadores, la construcción e incluso los pobladores. Pronto pudimos montar una nueva dirección, hacer algo de propaganda, mover la parte laboral y tratar de mantener los sindicatos.

Gabriel León, dirigente de los suplementeros, también había pertenecido a la Armada. Un día se le pasó la mano con el trago y se puso a gritar vivas al Partido Comunista. Lo detuvieron, le sacaron la cresta y se lo llevaron a la Colonia Dignidad, donde lo torturaron hasta más no poder. Murió poco después de un paro cardíaco. Él sabía que yo era el secretario del partido en Talcahuano, dio mi nombre y me empezaron a vigilar. Designaron para eso a un tipo de apellido Flores que había estado en la Marina antes del golpe, lo habían dado de

baja por borracho y luego del golpe lo recontrataron. Estaba casado con la hija de un matrimonio muy amigo. El acoso se hizo insoportable hasta que un día me avisaron que tenía que abandonar lo antes posible Talcahuano, que me iban a detener.

Volví a Concepción y me agarraron los milicos cuando iba a una reunión, cerca de Manuel Rodríguez y Paicaví. Caí de mala cueva y me llevaron al regimiento Guías. Estuve diez días. Me pegaron solo por sospecha. De ahí, al estadio Collao, donde aún había mucha gente detenida. En una de las largadas de gente salí yo. Tenía tres casas de seguridad. Una en Lorenzo Arenas, que era de un familiar lejano, un tío que era suboficial de Infantería de Marina en el Fuerte Borgoño y que me contó de las torturas. Él no era militante, pero toda su familia sí, mineros del carbón.

En la primavera de 1976, la DINA me buscaba. Yo sabía que estaba cayendo la dirección en Santiago, pero no tenía otra alternativa donde ir y viajé a la capital. Lo hice solo y estuve varias semanas tratando de contactar a gente del partido. Buscaba en el centro y en otras comunas, pero nada. Hasta que a fines de año pude encontrarme con el compañero «Rafael», que trabajaba en Finanzas, y eso me permitió llegar hasta una de las farmacias de Jorge Schindler en Maipú.

En el local de la villa México estaba Quintín Romero. Hablé con él, no lo conocía. Apareció Jorge y me presentó a los otros compañeros. Estaban allí Juvenal Valdés y Gaspar Díaz. El primer trabajo que se me encargó fue vincularme con otros partidos, con gente del PS, del Mapu, con los radicales. Nos juntábamos en una casa en Miguel de la Barra, al lado del cerro Santa Lucía. Después me reubicaron en la cosa sindical, que era donde mejor me movía. Yo entendía el lenguaje de los dirigentes. En eso llegó mi mujer con mi hija desde Talcahuano. Primero vivimos un tiempo con la hermana de Jorge y luego en su propia casa, donde fue muy amable y cariñoso con nosotros.

Más tarde tomé contacto con José Concha, dirigente de la construcción, quien

nos arrendó una ampliación de su casa, y allí nos establecimos. El trabajo de Jorge Schindler permitió que muchos cuadros del partido sobrevivieran y pudieran seguir ayudando en la lucha contra la dictadura. Yo, al dejar la farmacia, me vinculé con las confederaciones de la construcción, los textiles y metales. Allí, con Cuevas, Concha, Alamiro Guzmán, Lecaros, Caro y otros empujamos la creación de la Coordinadora Nacional Sindical (CNS), que también atendía a varios de los regionales del partido en Santiago, y organizamos las primeras elecciones sindicales en Codelco. La primera fue la de El Salvador. Estuve seis meses en el mineral. Llegué a Copiapó y luego a Pueblo Hundido, hoy Diego de Almagro. Mi cobertura era como dirigente de rehabilitados alcohólicos y, a través de esa chapa, pude ingresar al Departamento de Rehabilitación de Codelco.

1 Antonio Aguirre Vásquez («Gonzalo»), integraba el equipo de seguridad de José Tohá. Salió de La Moneda herido a bala en una pierna y en la región lumbar. Fue conducido a la Posta Central, desde donde fue sacado por una patrulla militar con destino desconocido. Se encuentra desaparecido desde entonces.

2 Se trataba del capitán Hernán Ramírez Hald, quien llegaría a ser general y director del Comando de Industrias Militares e Ingeniería. En agosto de 2002 fue condenado a ochocientos días de cárcel por su complicidad en el homicidio del presidente de la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF), Tucapel Jiménez, ocurrido el 25 de febrero de 1982. La pena le fue remitida.

3 Véase revista Cauce, 31 de agosto de 1987.

4 El encargado de Icira era Solón Barraclough, renombrado economista agrícola, considerado como el padre de los estudios rurales, principalmente de América Latina. Trabajó con la Oficina Regional para América Latina de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) desde finales de la década de 1950 y en especial con el Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (Icira) en Chile. Fue uno de los arquitectos líderes de los famosos estudios CIDA sobre la tenencia de la tierra en varios países de América Latina. Llegó a ser uno de los mayores expertos en reforma agraria y organización del campesinado. Como director del Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, en Ginebra en

1977, continuó su compromiso con los asuntos rurales y campesinos, tales como la seguridad alimentaria, los problemas del medio ambiente y el desarrollo sustentable.

5 En el Regimiento Tucapel, de Temuco, tuvo lugar uno de los tantos falsos enfrentamientos montados por la dictadura militar. Ocurrió en la noche del 10 de noviembre de 1973, cuando fueron asesinados siete comunistas: Florentino Alberto Molina Ruiz, cuarenta y cuatro años de edad, obrero, miembro del Comité Central y secretario regional del PC de Cautín, y Carlos Aillañir Huenchal, obrero agrícola de cincuenta y siete años. Los otros cinco eran jóvenes comunistas: Juan Antonio Chávez Rivas, veintinueve años, del Comité Central de la Jota y secretario regional de esa entidad; Juan Carlos Ruiz Mancilla, de veintiún años; Amador Montero Mosquera y Pedro Juan Mardones Jofré. Los cuatro eran estudiantes de la Universidad Técnica del Estado, sede Temuco. El quinto muchacho, Víctor Hugo Valenzuela Velásquez, de veintidós años, trabajaba como empleado público.

Capítulo VIII

Las mil tareas de la sobrevivencia

Al grupo de trabajo de Schindler se sumaron también un veterinario experto en enfermedades avícolas; un ingeniero agrícola titulado en la Universidad Patricio Lumumba de Moscú; un farmacéutico que en La Serena había sobrevivido por milagro a la Caravana de la Muerte; un vendedor de productos farmacéuticos transformado en empresario y que colaboraba con la estructura de finanzas del PC; y una aspirante a monja que se había especializado en asilar gente en las embajadas. Estas son sus historias.

8.1. El «compañero Juan» y su peluca negra

Hijo de un comerciante, Alsino García Mujica nació en Puerto Saavedra, en el litoral de la provincia de Cautín. Cursó parte de su educación primaria en la escuela de esa localidad y luego siguió sus estudios en el Instituto Araucano y en el Liceo de Hombres de Temuco. En 1957 ingresó a Medicina Veterinaria en la Universidad de Chile y, paralelamente, a las Juventudes Comunistas. Llegó a ser vicepresidente del centro de alumnos de su carrera, cuando el presidente era Alfredo Fuchslocher, que más tarde fue intendente de Osorno. Su primer trabajo profesional lo desempeñó en una planta procesadora de aves, rubro que no abandonó hasta hace algunos pocos años. En 1965 ingresó al Instituto Bacteriológico e inició su especialización en patología aviar. A comienzos de 1973 lo designaron interventor de Interifa, un laboratorio especializado en fiebre aftosa, propiedad de capitales franceses[1]. En 1962 entró al partido y se casó en 1966. Al momento del golpe militaba en una célula comunista en el Bacteriológico, donde también presidía el Comando de la Unidad Popular (CUP).

Cuenta Alsino García, hoy de setenta y tres años:

El 11 de septiembre yo vivía en la villa Portales, detrás de la Universidad Técnica. Desperté muy temprano, al escuchar cuando los marinos ametrallaron la radio de la UTE. Me levanté lo más rápido que pude y me fui a Interifa, en calle San Ignacio con Enrique Matte, al lado del hospital Exequiel Cortés, en El Llano. En total, eran unos sesenta trabajadores, agrupados en dos plantas. Reuní a los comunistas y les pedí sus carnés de militantes para destruirlos, advirtiéndoles que negaran su pertenencia al partido. Me contacté luego con Waldo Pizarro, el encargado del Regional San Miguel, el esposo de Sola Sierra. Le conté que la gente quería hacer volar las calderas de la planta. Al rato llegó un compañero en bicicleta con la instrucción de que todos se fueran para sus casas. La mayoría de los operarios eran democratacristianos. Sus dirigentes me dijeron que sabían del golpe y que ellos no estaban de acuerdo. Después me entregaron una lista con nombres y domicilios donde podía llegar si tenía algún problema.

Me fui a mi casa y traté de hacer contacto con algunos compañeros del partido. Al otro día volví a la empresa a ordenar algunas cosas y destruir otras. A Interifa llegaron tres nuevos interventores, civiles, auditores, y me puse a disposición de ellos; nunca llegaron milicos. Fui al Bacteriológico y me llamó el capitán de seguridad, un militar que actuaba de civil, que era jefe de personal, ecuatoriano, y que nunca supimos que era milico. Me dijo: deberíamos mandarlo al estadio Nacional, pero dada su trayectoria usted va a quedar con detención domiciliaria y va a tener que presentarse todos los días aquí. Desde ese momento todos los días tenía que ir a firmar.

Mientras tanto, imprimimos en mi casa el primer manifiesto de la CUT, con la compañera Olga Estandier, en un mimeógrafo manual, y empecé a contactar a otra gente, como Luis Fuenzalida, que estaba en el INIA, y a los compañeros del partido en la Corfo. Poco a poco establecimos redes para reorganizar el partido, formamos células de veterinarios y de ingenieros agrónomos. Una vez a la semana nos reuníamos en alguna calle unos diez o quince minutos. Pronto, estuvimos en condiciones de hacer algunos análisis sobre la situación de la agricultura. Conseguí trabajo haciendo asesorías en enfermedades de aves a productores avícolas de Limache y sus alrededores.

A fines del 73 me encontré con Jorge Schindler. Lo conocía desde la Corfo y me contó que con Ramiro Ríos iban a formar una empresa para instalar una farmacia y, quizás, un laboratorio. Me interesó el asunto y entré a trabajar con ellos a comienzos del año 74. Ayudaba a Ramiro en los asuntos químicos, a veces atendía al público e incluso barría el piso; hacía de todo. Conseguí algo de dinero con algunos productores avícolas para comprar alcohol, unos cinco mil litros, y echamos a andar Proinfa. Allí envasábamos en vidrio el alcohol y se lo vendíamos a las farmacias. Luego hicimos lo mismo con amoníaco, bencina blanca y ese tipo de productos.

Arrendamos una parcela en Santa Ana de Chena, que era de un compañero del Bacteriológico. Buscamos a un colega veterinario, César Martínez, que era gerente de Pfeizer, para que la alquilara. Al comienzo todo era muy rudimentario. Comprábamos tambores de doscientos litros y tuvimos que inventar un sistema para envasar. Al mismo tiempo, tratábamos de mantener activas las células del partido, en particular las que tenían que ver con el tema campesino y agropecuario. Nos reuníamos periódicamente con José Campusano, miembro de la Comisión Nacional Agraria, y con Marcelo Concha Bascuñán, ingeniero agrónomo que había estudiando en la Universidad Patricio Lumumba y que también había estado en Corfo. Yo me hacía llamar «compañero Juan» y asistía a las reuniones con una peluca negra.

Sospechábamos que la DINA algo sabía de nuestras actividades. Un día dos sujetos interceptaron a la empleada de mi casa y le dijeron: «Compañera, venimos a la reunión que hay en la casa». Ella les contestó que allí no había ninguna reunión. Otro día llegaron e interrogaron a mi mamá y a la empleada acerca de mis actividades. Revisaron algunas revistas en inglés y francés que yo tenía sobre enfermedades avícolas y se fueron. Cuando me enteré, rompí todos los contactos con los compañeros.

En otra oportunidad llegó la DINA a la farmacia Principal y los agentes empezaron a interrogar a los dependientes. Estaban Armando Gatica, Damián

Trujillo y la Mauje. Justo entré yo y la Mauje me hizo un gesto de advertencia. Simulé ser un cliente y me fui a avisarle a la Patricia Matamala, una química farmacéutica que trabajaba con nosotros y que estaba vinculada al MIR. Ella trabajaba también en Santa Rosa, en un local de una de las primeras cadenas de farmacias chicas que hubo en Santiago. Le puse un mensaje en una receta y se lo entregué aparentando ser un cliente.

También tuvimos algunos problemas en la farmacia Nacional, en Pajaritos con Carmen, donde hoy está la tienda Corona. Una vez escondimos libros del partido, de la Editorial Austral, y los íbamos sacando de a poco para distribuirlos. Una de las viejitas que vivían al lado se dio cuenta y nos dio un plazo perentorio para sacarlos, en caso contrario nos denunciaba. Conseguimos unos vehículos para cambiarlos de lugar y la DINA capturó uno y detuvo al actor Fernando Gallardo, que iba en él, al que llamaban «Cachencho» y que era muy conocido públicamente[2].

Entre nosotros se comentaban las cosas del trabajo, los problemas personales y lo que ocurría en el país, pero nada se hablaba de las actividades políticas clandestinas de cada uno. Todos sabíamos que la reserva y la prudencia eran fundamentales en esas labores. Así, por ejemplo, a la farmacia Principal llegaba dinero; yo lo ponía en un sobre y pasaba un compañero a buscarlo, que era de la dirección. Nadie más sabía de eso.

Se creó una empresa que se llamaba Asesorías Sindicales (ASIN), que funcionaba en la avenida Bulnes, en el centro, en medio de todas las reparticiones militares. Allí estaba Carlos Carrasco, que era ingeniero comercial, entre otros, buscando generar recursos para el partido. Planteamos que era más fácil obtenerlos a través de empresas y, especialmente, por medio de las organizaciones sindicales. Sin embargo, ello no lo podían hacer los mismos dirigentes de los trabajadores porque tenían muchas necesidades y las tentaciones podían ser muy grandes. Había que armar una estructura para manejar la plata. Ahí tuve contactos con Gaspar Díaz y con Uldarico Donaire, quienes a su vez mantenían las relaciones con la dirección del partido.

Allí pasaron algunas cosas muy graves. A ASIN llegó plata de la Kinderhilfe, de Alemania[3]. Llegó a Valparaíso y se la entregaron a Carlos Opazo, que era el presidente de El Surco. Él negó haber recibido el dinero y yo lo encaré en una reunión donde estaba presente Gaspar Díaz. Pese a mis reclamos, Opazo siguió en El Surco y hacía yunta con su mujer, la Pancha, que también era dirigente. Entre ambos desarmaron la organización campesina y ella creó Anamuri, una agrupación de mujeres campesinas donde ella era la líder y usaba los recursos para viajes y gastos personales. Ambos vivían del partido.

Yo me quedé con la farmacia Principal en 1979, cuando se fue Jorge Schindler a Europa. Seguí en la Comisión Nacional Agraria, donde trabajaba con un compañero al que le decían el «Crespo», que era de El Surco y que vivía —con un contrato de arriendo— en una parcela que yo tenía en Maipú. Un día del otoño de 1986 llegó a la farmacia un tipo joven a hablar conmigo. Quería saber sobre el «Crespo», a quien la CNI vinculaba con el arsenal de armas que habían encontrado en Carrizal, en el norte. Le avisé al compañero, le pedí que se cambiara de lugar e hicimos un nuevo contrato de arriendo.

A los pocos días volvió la CNI. Les mostré el contrato de arriendo pero no me pescaron. Me sacaron vendado de la farmacia como a las ocho y media de la noche. Me llevaron a mi casa en Las Villas, en Maipú, donde revisaron todo. Encontraron unos papeles del partido y me subieron en un furgón Suzuki y partimos hacia un lugar desconocido, que después supe que era el Cuartel Borgoño.

Me metieron vendado a un subterráneo, me pusieron un buzo más grande que la cresta y me empezaron a dar; golpes primero, corriente después. «¡Vos soi de la Comisión Agraria!», me decían, y métale descargas. Alrededor mío hablaban hombres y mujeres, estábamos en una pieza chica con mucha luz. De repente entró una mujer que gritó: «¡Este es un conch’e su madre! ¡A este huevón hay que matarlo! Este huevón trabaja con Jorge Schindler. ¡Mejor mátenlo, que van a perder el tiempo en interrogarlo!».

Estuve dos días en Borgoño. En la farmacia, debajo del mesón, estaban pegadas unas estampillas con los teléfonos a los que las niñas debían llamar si algo me pasaba. Se contactaron con el abogado Juan Manuel Alcoholado y con el «Chico» Mario, de la Comisión Agraria. Media hora después informaron sobre mi detención en la radio Cooperativa y el Colegio de Veterinarios empezó a reclamar por mí.

En tanto, en Borgoño, me seguían interrogando. Uno de los agentes me preguntó qué era una hoja. «¿Del tipo literario o botánico?», le respondí y me llegó un feroz charchazo. «¿Me estái hueveando, chuch’e tu madre?». Me preguntaban sobre la denominación militar guerrillera y clandestina. Me hice el huevón y me fui de negativa en todo. Más tarde llegó otro tipo que me interrogó primero sobre mis posiciones ideológicas y luego sobre las farmacias; sabían todo el negocio y tenían copias de las escrituras. Me acordé que varios años antes, la DINA se había llevado gran parte de la documentación en sacos paperos, y semanas después llegaron inspectores de Impuestos Internos a revisarnos los libros y las cuentas.

A la tercera noche me sentaron frente a un escritorio y me hicieron firmar vendado unos papeles. Me pasaron ropa y me dijeron que me iban a ir a dejar a mi casa. Finalmente me llevaron a la casa de una de las muchachas que trabajaban en la farmacia. ¡«Te quedái aquí!», me advirtieron y se fueron. En las semanas siguientes comenzaron a llegarme papeles con calaveras y amenazas diversas. Lo que nunca supieron es que, cuando me detuvieron, en la parcela había armas de Carrizal: AK, M16 y explosivos. Estaban en sacos de plástico, tapados con guano de cabra.

8.2. Descendiente de aristócratas y gente progresista

Marcelo Concha Bascuñán tenía veintisiete años para el golpe militar. Militante de las Juventudes Comunistas desde muy joven, estudió agronomía en la Universidad Patricio Lumumba, en la Unión Soviética, y a fines del gobierno de Eduardo Frei Montalva convalidó su título en la Universidad de Chile e hizo su práctica en la estación La Platina del Instituto Nacional de Investigación Agropecuaria (INIA). Durante la Unidad Popular lo nombraron director zonal del Servicio Agrícola y Ganadero (SAG), en Cautín, y más tarde gerente general de la Empresa Nacional Avícola (Enavi), controlada por la Corfo. El joven agrónomo pertenecía a una familia mezcla de aristócratas y gente progresista. Era hijo de Carlos Concha Huidobro y María Bascuñán. Su padre, socialista, había pertenecido al grupo universitario Avance y era muy cercano a Salvador Allende; la madre, en tanto, provenía de una familia de destacados comunistas.

Los Concha Bascuñán eran cuatro hermanos: Carlos, Lilia, María Elena y Marcelo. El mayor, Carlos Concha Bascuñán, veterinario y también comunista, viajó a Suecia con una beca de perfeccionamiento de las Naciones Unidas pocos meses antes del golpe. Marcelo, en tanto, permaneció en Chile y fue detenido el 12 de septiembre de 1973[4].

Estuvo en el estadio Nacional y luego en el campo de concentración de Chacabuco, donde formó parte del conjunto folclórico que dirigía Ángel Parra. Fue liberado el 25 de abril de 1974, sin cargos en su contra. Desde esa fecha se incorporó a la clandestinidad comunista, vinculado estrechamente a las estructuras agrarias y a las tareas de reorganización. Trabajó con Sergio Aguayo, José Campusano y Gaspar Díaz y, a través de ellos, se relacionó con la envasadora Proinfa y las farmacias de Jorge Schindler, a quien conocía desde la Corfo.

A fines de 1975, cuando la DINA y el Comando Conjunto arremetieron en contra del Partido Comunista, su hermano Carlos lo llamó por teléfono varias veces desde Suecia para pedirle que saliera del país. En la última oportunidad, incluso le contó que le había comprado el pasaje, pero Marcelo se negó a abandonar Chile. Trabajaba como encargado de producción en una empresa de exportaciones, propiedad de un amigo de la familia, cargo que le permitía mantener una buena cobertura para viajar a las provincias y mantener contactos con los regionales del partido. Era muy cercano, además, a Lenin Díaz, uno de los encargados de las estructuras de seguridad y financiamiento, y a quien la DINA detuvo el 9 de mayo de 1976.

Marcelo Concha, casado por segunda vez, con tres hijos, fue detenido por agentes de la DINA el 10 de mayo, alrededor de las 15:00 horas, en la vía pública, en el trayecto entre la casa de su suegra, ubicada en calle Juan Díaz 41, y el Instituto de Fomento Pesquero (IFOP), ubicado muy cerca de la esquina de las calles Irarrázaval con Pedro de Valdivia, en Ñuñoa. Aquella mañana, Marcelo había concurrido en forma habitual a su trabajo en la Compañía de Exportaciones Chilespaña, ubicada en la Galería España, en Estado 337, oficina 608, desde donde se dirigió a las oficinas del Instituto de Fomento Pesquero (IFOP), oportunidad que aprovechó para almorzar en la casa de su suegra, distante a cuatro cuadras. A las 15:00 horas salió hacia IFOP, señalando que a las 18:00 horas estaría de regreso porque esa noche debía viajar a Los Ángeles. Concha no llegó al instituto de la Corfo, no viajó al sur y tampoco regresó a su domicilio.

En la mañana de ese mismo día se recibieron varios llamados telefónicos en su oficina, preguntando por él. Incluso, dos individuos se hicieron presentes en las dependencias de la empresa exportadora, donde se entrevistaron con el gerente, José López, inquiriendo información respecto de Marcelo y su horario de llegada, señalando que tenían un negocio de exportación pendiente con él. Eso llamó la atención de sus compañeros de trabajo, debido a que las exportaciones no eran de su responsabilidad y estaba a cargo del área de producción. El padre de Marcelo Concha, Carlos Concha Huidobro, recibió ese mismo día, cerca de las 13:30 horas, un llamado telefónico de un hombre que se identificó como Jaime Zamora, quien le preguntó por Marcelo. Además, la detención de Marcelo Concha estuvo asociada a una serie de otros arrestos de militantes comunistas.

Unos diez días antes de su desaparición, Marcelo Concha visitó la casa de Luis Corvalán —preso a la sazón— convocado junto con otros amigos y camaradas de la dueña de casa, Lily Castillo, esposa y compañera del secretario general del PC. En esa ocasión, se lució bailando una polka chilota con su compañera, Aminta.

En junio de 1976, la Dirección Nacional de Comunicación Social del Gobierno (Dinacos) emitió una declaración oficial donde expresó:

En conocimiento de los servicios de inteligencia de que el Partido Comunista clandestino en Chile ordenó el día 11 de mayo de 1976 efectuar asilos masivos en diferentes embajadas, como también realizar acciones terroristas aisladas, resolvieron actuar contra las casas-buzón (32 en total en Santiago), que este

mencionado proscrito partido mantiene para el enlace entre la Comisión Política y los diferentes regionales del ex Partido Comunista. En las casas-buzón fueron detenidos aquellos miembros del Partido Comunista clandestino que se dedican a este tipo de enlaces[5].

8.3. El hombre que se salvó de la Caravana de la Muerte

Armando Gatica Barahona se tituló de químico farmacéutico en la Universidad de Chile el año 1961 y entró a trabajar al Instituto Bacteriológico en el área de control de alimentos. De ahí se trasladó a un laboratorio de investigación en tuberculosis en el hospital San José, al lado del Cementerio General de Santiago. A comienzos de noviembre de 1966 se fue con su esposa a La Serena para crear un laboratorio de Bromatología en la Segunda Zona de Salud y colaborar en la implementación de un sistema de control de alimentos para todo el Norte Chico. Accesoriamente, fue nombrado perito para informar a los juzgados cuando había incautación de drogas. Militante comunista desde muy joven, le tocó también asumir varias veces como intendente subrogante durante el gobierno de la Unidad Popular.

El 11 de septiembre de 1973 transcurrió en La Serena con casi completa normalidad, al igual que los días miércoles 12 y el jueves 13. El viernes 14, sin embargo, las cosas empezaron a cambiar.

Armando Gatica, a los ochenta años de edad, recuerda:

Ese día los militares comenzaron a citar gente al Regimiento Arica. El comandante era el coronel Ariosto Lapóstol Orrego, y su secretario, el teniente Emilio Cheyre. En la mayoría de los casos devolvían a la gente a sus lugares de trabajo o a sus domicilios. A mí, sin embargo, me detuvieron en la mañana en la vía pública con un aparatoso operativo policial en circunstancias de que yo seguía trabajando habitualmente y mi domicilio era conocido por todas las autoridades. Me llevaron al regimiento y me enfrentaron al coronel Lapóstol, el cual ordenó que me investigaran. Luego, me llevaron aparte, me apoyaron en una muralla y me empezaron a golpear en los testículos. Al mediodía me metieron a una pieza donde me mantuvieron hasta la noche, cuando me

trasladaron a la cárcel incomunicado. Ahí estuve en la sala de clases de los menores casi dos semanas. A fines de septiembre me llamaron nuevamente desde el regimiento, me llevaron al lugar donde estaban las fiscalías y luego de ser interrogado por un fiscal de Carabineros quedé en libre plática en la cárcel. Allí permanecí bastante tranquilo hasta que el martes 16 de octubre apareció la Caravana de la Muerte, al mando del general Sergio Arellano Stark.

La caravana llegó el día 16 como a las once de las mañana a bordo de un helicóptero Puma. La integraban el general de brigada Sergio Arellano Stark; el teniente coronel Sergio Arredondo González; el mayor Pedro Espinoza Bravo; el capitán Marcelo MorEn Brito; el capitán y piloto Emilio Robert de la Mahotiere González; el capitán y copiloto Luis Felipe Polanco, y los tenientes Juan Viterbo Chiminelli Fullerton y Armando Fernández Larios. También descendieron de la nave dos soldados de la Escuela de Infantería. Todos en tenida de combate y fuertemente armados. En la losa los estaba esperando el coronel Ariosto Lapóstol, quien se sorprendió al ver a Marcelo Moren, su segundo al mando en el Regimiento Arica, de quien nada sabía desde que partió a Santiago para reforzar el golpe militar.

El general Arellano le comunicó a Lapóstol su calidad de oficial delegado del general Pinochet con la misión de revisar los procesos de los prisioneros políticos, y se dirigieron a la oficina del fiscal militar, el mayor Carlos Casanga, para revisar los antecedentes de los detenidos. Luego, en el despacho de Lapóstol, Arellano eligió a quince detenidos para ser sometidos a un consejo de guerra. Moren Brito anotó los nombres en una libreta aparte, en tanto el teniente Emilio Cheyre observaba. Lapóstol le explicó a Arellano que tres de los seleccionados —Roberto Guzmán, Manuel Marcarián y Carlos Alcayaga— ya habían sido sometidos a consejo de guerra y que estaban cumpliendo su condena en la cárcel de La Serena. Arellano respondió que las penas eran muy leves y que debían ser sometidos a un segundo consejo de guerra. Lapóstol, quien había presidido el anterior consejo de guerra, se opuso tenazmente, pero finalmente, ante la férrea decisión de Arellano, abandonó el regimiento y permaneció en los jardines exteriores.

Unos veinte minutos después, llegó Arellano hasta donde estaba Lapóstol para

insistirle en la necesidad de efectuar el consejo de guerra. En un momento se les acercó el capitán Mario Vargas Miqueles, quien llegaba de una misión en Vallenar, y solicitó permiso a Arellano para rendirle cuentas a su comandante. Arellano y Lapóstol siguieron conversando. A pocos metros permaneció el capitán Vargas. De pronto se escucharon disparos. Lapóstol le pidió al capitán Vargas que averiguara lo que estaba pasando. Regresó a los pocos minutos e informó que había quince personas muertas en la cancha de tiro de pistola. En ese mismo instante se escucharon nuevamente disparos aislados que provenían de la misma dirección.

En el polígono de pistola, ubicado en el faldeo del cerro vecino al regimiento, cerca de la sala de banda, los quince prisioneros que poco antes había sacado de la cárcel local el teniente Marcelo Moren Brito, fueron asesinados por miembros de la comitiva del general Arellano frente a los oficiales del regimiento. Luego se les ordenó a los mismos oficiales locales dispararles los tiros de gracia usando sus pistolas de servicio Staver. En ese minuto llegó al lugar el capitán Mario Vargas Miqueles, quien se negó a cumplir la orden. Sí la acataron los oficiales Emilio Cheyre, Jaime Ojeda Torrent, Hernán Valdebenito Bugman, Mario Larenas Carmona, Guillermo Raby Arancibia, Julio Lafourcade Jiménez, y el médico militar Guido Díaz Pacci.

Pasadas las cinco de la tarde, el coronel Arredondo, delante de Lapóstol, dio cuenta a Arellano de que todo estaba finiquitado y luego la comitiva se retiró del regimiento rumbo al aeropuerto. Lapóstol pidió a Arellano el acta del consejo de guerra que dictó la ejecución de los prisioneros, pero no le fue entregada.

Los prisioneros ejecutados fueron los siguientes:

Roberto Guzmán Santa Cruz, abogado, casado, tres hijos, asesor jurídico de los trabajadores de la Compañía Minera Santa Fe. Militante del MIR

Carlos Enrique Alcayaga Varela, treinta y ocho años, albañil. Secretario regional de la Central Única de Trabajadores (CUT) y gobernador de Vicuña. Militante del Mapu.

Manuel Marcarián Jamett, treinta y un años, agricultor, militante del Partido Comunista. Fue detenido por carabineros en Los Vilos, cinco días después del golpe militar.

Jorge Peña Hen, cuarenta y cinco años, director de la Escuela de Música de la

sede local de la Universidad de Chile y director de la Orquesta Sinfónica de Niños de la ciudad. Militante del Partido Socialista.

Mario Ramírez Sepúlveda, cuarenta y cuatro años, casado, dos hijas, académico de la Universidad de Chile, administrador de la fábrica estatal de neumáticos (Manesa) y secretario regional del Partido Socialista.

Óscar Aedo Herrera, veintitrés años, técnico forestal, militante del Partido Comunista. Fue detenido por carabineros en Salamanca, el 6 de octubre de 1973.

José Araya González, veintitrés años, campesino, militante del Partido Comunista. Fue detenido en Salamanca en la víspera de su homicidio.

Marcos Barrantes Alcayaga, veintiséis años, supervisor de Manesa, militante del Partido Socialista. Fue detenido en su lugar de trabajo cinco días después del golpe militar.

Jorge Contreras Godoy, treinta y un años, campesino, sin militancia política. Detenido por carabineros en Salamanca.

Hipólito Cortés Álvarez, cuarenta y tres años, funcionario municipal, dirigente del Sindicato de la Construcción y militante del Partido Comunista. Detenido por carabineros en Ovalle.

Óscar Cortés Cortés, cuarenta y ocho años, campesino, militante del Partido Comunista. Fue detenido en su casa de Ovalle por carabineros.

Víctor Escobar Astudillo, veintidós años, técnico agrícola, funcionario de la estatal Empresa de Comercio Agrícola (ECA) y secretario comunal del Partido Comunista. Fue detenido por carabineros en Salamanca.

Jorge Jordán Domic, veintinueve años, médico y militante del Partido Comunista. Tras escuchar su nombre en un bando militar, se presentó voluntariamente en la comisaría de Ovalle al día siguiente del golpe militar.

Jorge Osorio Zamora, treinta y cinco años, profesor universitario, funcionario de Manesa, militante del Partido Socialista. Fue detenido en su lugar de trabajo una semana después del golpe militar por funcionarios de Investigaciones.

Gabriel Vergara Muñoz, veintidós años, campesino, militante del Mapu. Fue detenido el 12 de octubre de 1973 en Ovalle.

El coronel Lapóstol pidió al médico militar que viera los cuerpos y extendiera certificados de defunción. Luego ordenó llevar los cadáveres al cementerio local y meterlos en una fosa común. Después mandó al teniente Cheyre a que publicara, en el diario El Día de La Serena del 17 de octubre de 1973, un bando en que se informó que los quince prisioneros murieron «ejecutados conforme a lo dispuesto por los tribunales militares en tiempo de guerra».

Cuando el 11 de noviembre de 1998 los cuerpos fueron encontrados y exhumados desde la fosa clandestina en el cementerio de La Serena, además de los múltiples impactos de disparos en el cuerpo, todos presentaban un orificio de bala en el cráneo, con dirección desde arriba hacia abajo. Era la prueba científica de que los habían rematado en el suelo.

Armando Gatica prosigue su relato:

El 19 de octubre me llamaron a la fiscalía y al llegar al regimiento me hicieron pasar a la zona de guardia, donde llegaron militares que me vendaron, encapucharon y amarraron las manos a la espalda. Había otros prisioneros y nos llevaron a una colina donde nos colgaron y nos empezaron a golpear con pies y puños y con palos en las nalgas. Perdí el conocimiento. Me bajaron y no me podía sentar, además de tener las muñecas destrozadas. Fui trasladado nuevamente a la cárcel, al Colectivo 2, donde llegué en muy malas condiciones. El sábado 20 me trasladaron nuevamente a la fiscalía, donde me sometieron a los mismos apremios, pero a campo abierto. Me hicieron hincar en el suelo y empezaron a darme culatazos en la espalda y en el pecho. Me preguntaban por la gente que tenía armas. Un oficial me dijo que si no respondía me fusilarían en diez minutos. Otra vez a la cárcel y el lunes 22 volví a la fiscalía. Me metieron en una pieza donde se escuchaba música clásica. Estuve ahí un largo rato hasta que sentí un feroz golpe en ambas orejas y alguien me dijo que ahí sí que iba a hablar. Me pusieron en una parrilla y me empezaron a aplicar corriente en diversas partes del cuerpo. Al otro día siguieron en el regimiento, donde me hicieron correr vendado hasta que me estrellaba con los diversos muros. Me caía y me levantaban a punta de culatazos. Así me siguieron dando durante varios días más.

Iniciaron entonces un proceso a los supuestos hospitales clandestinos y el 19 de noviembre fuimos citados a la fiscalía un número importante de funcionarios del Servicio Nacional de Salud que trabajábamos en diversas reparticiones de la Segunda Zona de Salud. Nos llevaron vendados y encapuchados a la colina del regimiento y nos hicieron tendernos en el suelo. Alguien dijo: «¡Aquí estás otra vez, Gatica. De esta sí que no te vas a salvar!». Me agarraron a patadas y me quebraron cuatro costillas. Luego nos llevaron a un galpón donde nos colgaron y siguieron golpeándonos mientras nos preguntaban por los hospitales clandestinos. Me aplicaron corriente en las tetillas mientras me tiraban agua. Después me bajaron los pantalones y me aplicaron corriente en los genitales. Más tarde, inmovilizado en el suelo, me introdujeron unos electrodos en el ano y siguieron con la corriente hasta que perdí el conocimiento. Me tiraron en un calabozo del regimiento y me dejaron allí toda la noche. A los otros los devolvieron a la cárcel. En la madrugada sentí los disparos con que fusilaron a un preso común al que le decían el «Paco Santón». En la cárcel creyeron que era yo y le avisaron a mi señora, la que fue al regimiento y habló con el mayor Casanga y el teniente Cheyre. Este último le dijo que mi situación era muy comprometida por ser comunista. Mi esposa habló con el obispo Francisco Fresno y este se sorprendió porque el coronel Lapóstol le había asegurado que en el regimiento no se torturaba. Fresno llamó a Lapóstol, quien recibió a mi señora y le garantizó que no me aplicarían más torturas. El proceso por los hospitales clandestinos lo tomó la FACh. Al final, todos los involucrados quedamos en libertad. Nada era cierto.

No quería seguir en La Serena; era muy peligroso. Un antiguo colega del Bacteriológico me contó que había una posibilidad de empleo en unas farmacias en Santiago. Ahí conocí a Jorge Schindler y empecé a trabajar con él en 1975, primero en la farmacia O'Higgins y luego en la Principal, en Maipú. Ahí estaban también Inés Varela y una muchacha que era hija de un funcionario del partido. Arrendé una casa en la villa Santa Adela, en el camino a Melipilla, que ocasionalmente prestaba para reuniones del partido. A fines de ese año Jorge me pidió que me hiciera cargo de la farmacia Principal, donde estaban el «Pelao» Ibáñez, la Elsa, Alsino y un compañero de apellido Vásquez, que también trabajaba en la farmacia de urgencia de la Posta Central. Jorge decidió comprar también la farmacia El Sol, en Curacaví.

8.4. La compra de la sede comunista de calle San Pablo

Braulio Quintana de la Fuente nació en 1933, en San Gregorio, un pueblo cercano a San Carlos, en la provincia de Ñuble. A los veinte años de edad se fue a San Javier, ingresó a un liceo comercial y se casó. Ya era socialista, militancia que le duró hasta que expulsaron a Raúl Ampuero de ese partido. Quintana y su familia se mudaron a Santiago, se instalaron primero en La Reina y luego en La Cisterna. Trabajaba como vendedor del laboratorio García y era dirigente del Sindicato Profesional de Viajantes de Chile. Tenía una citroneta que en 1970 empapeló con fotos de Salvador Allende, transformándola en un móvil de propaganda que se desplazaba por gran parte del sur del país. Desde mediados de los años sesenta se hizo cercano al Partido Comunista.

Tras la victoria en las urnas de la Unidad Popular, se hizo cargo de la JAP en su barrio. Al mismo tiempo, levantó el laboratorio Milena, ubicado inicialmente en la avenida Francia, en el sector de Independencia, y empezó a fabricar jabón de glicerina, entre otros productos cosméticos. Poco antes del golpe militar, viajó a Uruguay a un congreso de viajantes donde estableció estrechos vínculos con miembros del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), mejor conocidos solo como tupamaros, varios de los cuales llegaron entre junio y agosto de 1973 a Chile, huyendo de la dictadura de Juan María Bordaberry, y visitaban con frecuencia la casa de la familia Quintana, en el paradero 22 de la Gran Avenida.

El martes 11 de septiembre, cuando los tanques ya rodeaban La Moneda, Quintana, ignorante de lo que ocurría, llegó a la comisaría del paradero 26 de Gran Avenida a pedir protección para repartir alimentos en la JAP. Los carabineros lo quedaron mirando fijo y le dijeron que mejor se fuera para su casa, antes de que decidieran detenerlo. Poco después llegó un contingente de la FACh a allanar su domicilio. El suboficial que iba a cargo conocía a la familia; su hermana había trabajado como empleada en la casa de los Quintana. Se retiraron tranquilamente. Días más tarde volvieron, esta vez al mando de un oficial. Buscaban cubanos, quienes, según informes recogidos entre algunos vecinos, llegaban con frecuencia a esa vivienda. Braulio Quintana les explicó que no eran cubanos, que eran unos amigos uruguayos vinculados al rubro farmacéutico que conocía por su trabajo. Los hijos del dueño de casa eran amigos de los hijos del comandante de la FACh Fernando Mujica, subdirector de

la Escuela de Especialidades y vecino del barrio, lo que ayudó a que el oficial que buscaba cubanos aceptara las explicaciones y se marchara.

Braulio Quintana de la Fuente falleció en noviembre de 2009. Sus hijos, Marcela y Braulio, recordaron algunos aspectos de la vida de su padre. Habla Braulio:

Nuestro padre tenía una gran capacidad de organizar las actividades en la comuna, algo que lo hizo destacar al interior del partido. Eso, unido a su condición de empresario, fue la característica que el partido evaluó con posterioridad al golpe para incluirlo en un equipo especial de finanzas que tenía la tarea de canalizar los recursos que llegaban desde el exterior. Eso —creo— ocurrió a partir del año 1976. Ese mismo año se adquirió la propiedad de la calle San Pablo 2275. Mi padre le comentó a Abraham Muskablit que existía la posibilidad de comprarla y este llevó el dato a la dirección del partido. La compra se realizó a nombre de la madre de Abraham, ya que ella tenía una buena situación económica y podía justificar la adquisición. A partir de eso se creó una sociedad con Abraham llamada Sodime, financiada con los recursos dispuestos por el partido. Mi padre salió reiteradas veces hacia Argentina, con lo que seguramente se internaron parte de los dineros, a la vez que fueron sacados del país algunos miembros de la dirección que se encontraban en peligro de ser detenidos. En esa empresa también se daba cobertura de trabajo a militantes del partido en clandestinidad y que requerían de una historia legal para funcionar. Mi padre se quedó a cargo de la propiedad, junto con sus socios, en calidad de arrendador, para lo cual se creó la importadora de cosméticos QC y una empresa que tenía con su hermano llamada Laboratorios Milena Ltda., que funcionó por unos tres años más en la misma dirección. En esas tareas, mi padre se vinculó también con Jorge Schindler, quien paralelamente dirigía otra cadena de cobertura y de apoyo a militantes y dirigentes del partido.

Abraham Muskablit fue asesinado por la CNI luego del atentado del Frente Patriótico Manuel Rodríguez en contra del general Augusto Pinochet, en septiembre de 1986. La madre y la esposa de Muskablit abandonaron Chile con rumbo a México. Regresaron años después para formalizar legalmente la devolución de la casa de San Pablo al Partido Comunista.

8.5. Una «monja» de población que asilaba perseguidos

Chila Azar Cortés nació en Galvarino, en la provincia de Cautín. Su padre era un comerciante de origen sirio. Tuvo veinte hermanos, hoy quedan diez. Se vino a los seis o siete años de edad con toda su familia a Santiago. Su infancia fue bien carente. Llegaron a Gran Avenida, frente a Madeco. Luego, dos años después, se mudaron a Seminario con Irarrázaval, a un pequeño almacén que instaló su padre. Repartieron a los hermanos en casas de familiares. Chila fue a una escuela pública en Vicuña Mackenna, donde cursó hasta sexto básico y luego no la aceptaron en la escuela normal porque solo tenía once años. Al final, entró al Comercial Mixto n.° 3 que estaba en Santo Domingo con Miraflores.

En los años cincuenta su familia se radicó en una vivienda social, en la población Dávila, que obtuvo la mamá. Ahí Chila vivió sus humanidades hasta quinto de Comercio. Eligió secretariado administrativo, pero no le gustaba. Buscó entonces nuevos caminos a través de una comunidad cristiana en la misma población Dávila. Ese grupo religioso lo dirigía el sacerdote jesuita Alfredo Waugh, que era también abogado, contemporáneo de Alberto Hurtado. El cura hacía misa desde un altar que tenía instalado en la parte de atrás de su camioneta, y confesaba los días domingos en el clóset de un dormitorio de los hijos de una vecina.

Chila se fue a un convento y terminó en la Juventud Obrero Católica (JOC), donde se encontró con el sacerdote Fernando Ariztía. Le dijo que quería ser monja y terminó, en enero de 1958, en Pedro de Valdivia, en unas monjas francesas del Jeanne D’Arc, que eran de Grenoble. Trabajó en el colegio de esa orden religiosa, aprendió a conocer a la gente rica y a foguear su voluntad. El año 62 ingresó a estudiar Teología en la Universidad Católica, después de hacer sus primeros votos. La comunidad la alimentaba y le daba dinero cuando lo necesitaba.

Chila Azar, a los setenta y cuatro años de edad, cuenta:

En el Jeanne D’Arc estaban la Cecilia Morel, esposa del presidente Sebastián Piñera; la Patricia Undurraga, que después formó parte del programa de televisión Cachureos; la Cecilia Jara; la Patricia Arancibia Clavel, entre otras niñas. Yo tenía unos cinco o seis años más que ellas. Un día, anulamos las

primeras comuniones y empezamos a hacer camino con las chiquillas de otra forma; nada de clases, rompimos todo. Ahí tuvimos los primeros problemas con el cardenal Raúl Silva y con Fiducia.

Les dijimos a los padres y apoderados que a la religión no se le podía poner notas. Nos acusaron de comunistas y salimos en los diarios. Mirábamos qué hacían en el Saint George, cuyo rector era el cura Gerardo Whelan. Con nosotros estaban la Pancha Morales, con quien estudié Teología; los curas Rolando Muñoz, Roberto Bolton, Mariano Puga, Paul André Arnaudón, el francés que después se fue a Temuco; Roberto Leveque, Carlos Porra, José O‘Donoghue, Juan Alsina y el Pablo Richard. Con todos ellos y varios más trabajé; todos estaban muy metidos en las poblaciones.

No teníamos vínculos políticos, solo con las comunidades cristianas de otros barrios.

Participé en el Sínodo de Santiago, el 63 o 64. Allí empecé a visualizar bien las posturas políticas. El 70 nos desbandamos en comunidades pequeñas. Yo me fui a la población John Kennedy, en Pudahuel, con Carlos Porra, que luego se retiró del sacerdocio. En el convento me prohibieron asistir a las reuniones del grupo de los Cristianos para el Socialismo y me salí en 1972.

Tuve que conseguir un empleo y entré por concurso a LAN Chile con una recomendación de Fernando Ariztía, de quien yo era secretaria. Quería irme a vivir a un campamento y comprobar que se podía ser pobre y limpia sin tener que tomar las armas. Me fui a los Sin Casa, en Barrancas. Un joven me dijo que se entregaban casetas y sitios. Me tocó uno en Maipú, en el campamento El Despertar, en Olimpo con Independencia. En el campamento trabajaba con las JAP, con los niños; en lo que hiciera falta. Ahí estaban los curas Leveque, que era peluquero; el Richard y el O‘Donoghue.

El 11 de septiembre de 1973 partí en la mañana a LAN a trabajar. Caminaba por el barrio a Pajaritos, ahí me cambiaba las calcetas, los zapatos, y me iba a Cerrillos. Yo me desempeñaba en el Departamento de Finanzas, en Contabilidad. Me decían hermana. A la entrada, al que era el portero, lo encontré vestido de milico. Hubo una asamblea, órdenes contradictorias y al final nadie sabía qué hacer. Días después se llevaron detenidos a varios compañeros en unos microbuses.

En 1974 me fui a vivir en una casita en El Arrayán y empecé a colaborar con Fernando Ariztía en la ayuda a la gente perseguida y consiguiendo recursos para los pobladores sin trabajo. En esa época conocí a Jorge Schindler a través de mi hermana Yamile. Jorge nos colaboraba con productos de sus farmacias y también con dinero. Un par de veces les ayudé a asilar gente en embajadas. Lo hicimos a través de la Ivonne Legrand, que trabajaba en la Embajada de Francia. También asilamos a muchas otras personas en diversas legaciones.

Una vez nos vimos muy apurados para asilar a unos miristas que eran intensamente buscados por la DINA. Nos enteramos de que en la Embajada de Colombia se iba a efectuar una recepción de gala. Me conseguí una invitación y le pedimos a una persona que se dedicaba a esos menesteres que nos hiciera cuatro copias idénticas. Quedaron iguales, excepto que a cada una le faltaba el escudo colombiano en una esquina superior, el que estaba bordado con hilos de colores brillantes. Estuve cuarenta y ocho horas sin dormir bordando a mano con hilos parecidos el escudo. Al final casi no se notaba la diferencia. Entretanto, unas compañeras preparaban los esmóquines para los miristas. A ellos les insistimos en que no hicieran nada hasta estar sentados a la mesa, al interior de la embajada. Entraron sin problemas y cuando empezaba la cena, con todos los invitados ya ubicados, uno de los miristas se puso de pie y formalmente pidió asilo para él y sus compañeros

Ayudamos a mucha gente. Nunca pregunté quiénes eran ni por qué huían. Solo sabía que eran perseguidos y corrían riesgo sus vidas.

1 Durante la Unidad Popular se pretendió crear un solo gran centro de producción de vacuna animal, para lo cual la Corfo expropió el Laboratorio Interifa (ex Schmidt Hermann), creyendo que los laboratorios pequeños deberían desaparecer para producir vacunas más baratas. Al declararse un brote de epidemia Newcastle en aves, el gran laboratorio no fue capaz de cubrir las necesidades de vacuna, debiendo solucionar el problema los laboratorios más pequeños.

2 Fernando Gallardo fue un actor, director teatral, académico en teatro y activista político chileno. Trabajó en cine, teatro y televisión. Se hizo popular con su personaje Cachencho, dirigido a espectadores infantiles. También con la obra sobre don Quijote de La Mancha llamada El hombre de La Mancha, interpretando a Sancho Panza.

Miembro activo del Partido Comunista, se autoexilió de Chile durante la dictadura militar en la República Democrática Alemana, donde fue director artístico del teatro Hans Otto de Potsdam. Retornó a su país natal en 1987. Falleció el 18 de septiembre de 2004, a los sesenta y dos años de edad, debido a un cáncer gástrico.

3 Agrupación de mujeres alemanas y chilenas para ayudar a niños chilenos bajo la dictadura militar.

4 Entrevista con Carlos Concha Bascuñán, marzo de 2013.

5 Véase <http://www.memoriaviva.com/>.

Capítulo IX

Evocación de las primeras direcciones clandestinas

Aunque los comunistas no estaban preparados para hacer frente a un levantamiento militar como el que ocurrió el 11 de septiembre de 1973, muchos de ellos tenían ya una vasta experiencia en persecuciones y prohibición de militar. De entre muchos de los viejos y más comprometidos militantes —aquellos que Zorobabel González, el «Guagua», denominaba «la piedra del medio» del partido— surgió el temple necesario para hacer frente a esos años aciagos y reconstruir las estructuras de su organización. He aquí algunos de aquellos personajes.

9.1. De las elecciones a la producción de pollos

Sergio Ovalle Farías nació en el barrio de Estación Central en 1933, durante las repercusiones de la crisis del capitalismo en 1929. Su padre era un pequeño empresario que hasta 1930 había tenido una envasadora de té y café llamada Fénix. Su madre era dueña de casa y tenía dos hermanas. Su primera enseñanza la cursó en la escuela anexa a la normal José Abelardo Núñez, cuyo edificio hoy es parte de la Universidad de Santiago. Luego, siguió en el Barros Borgoño, donde a los trece años ingresó a una base de la Jota. Allí se encontró con un hijo de Reinaldo Núñez, diputado, célebre integrante del comunismo criollo, miembro del Comité Central, proletario, metalúrgico y motor del partido.

Como estudiante, Ovalle no consiguió ninguna insignia. Desde pequeño lo de él fue la política. Su bisabuela paterna era una furibunda balmacedista que había peleado en la revolución de 1891; su padre era el secretario del partido en la Cuarta Comuna; su madre también militaba en el partido; tenía un tío médico trotskista; y solo su abuela materna, muy cristiana, prima del cardenal José María Caro, intentaba empujarlo hacia la Iglesia católica. A los pocos años de

edad, Sergio aprendió a distinguir entre un comunista y un trotskista. Su padre, en plena Segunda Guerra Mundial, compró un gran mapa que puso en una pared del comedor y lo llenaba de banderitas rojas y azules según fuera el avance del conflicto. El cura del barrio era Alberto Hurtado, que se disputaba con su padre a los obreros del sector; la parroquia más cercana se llamaba Cristo Obrero y así, casi todo, lo fue llevando de la mano hacia la política.

A los ochenta años de edad, Sergio Ovalle recuerda:

Al iniciarse el gobierno de Gabriel González Videla, antes de que nos traicionara, en ese pedacito de gobierno popular que vivimos, yo me destaqué como dirigente de los secundarios. Caí preso en agosto de 1949, para la «revolución de la chaucha», y me condenaron a relegación en Pitrufquén[1].

Hablé con Mario Zamorano, que ya era secretario regional de la Jota, y le pregunté si acataba o no la pena. Me dijo que no lo hiciera y entonces entré a la clandestinidad, dejé mis estudios y pasé a ser miembro del Comité Regional de Santiago y encargado de educación de la Jota. Integré también el comité dirigente del Movimiento Partidario de la Paz, donde trabajé junto a Miguel Lawner y Carlos Jorquera Toledo, el «Carucho».

En 1951 me incorporé al comando juvenil de la primera candidatura presidencial de Salvador Allende, que dirigía José Tohá y que tenía su sede en la calle Serrano 62, en una casona vieja llena de piezas, con dos o tres patios, donde ahora hay un hotel internacional. Volví a la legalidad y con algunos compañeros hicimos un balance de ese período. Todos pensábamos que estaríamos mejor preparados si en algún momento llegaba nuevamente la represión.

El año 58 pasé al partido. Mario Zamorano me dijo que los viejos querían que trabajara como funcionario. Tuve entonces una conversación con Lucho Corvalán y me pidió que me incorporara a la Comisión Electoral, que dirigía el «Viejo» Dávila, el mago de las elecciones que tenía el partido. Era hermano de Carlos Dávila, aquel de la República Socialista. Mi padre me había enseñado muchas cosas sobre elecciones y pude montarme rápido en mis nuevas

responsabilidades. En eso estaba cuando, después de las elecciones de aquel año, falleció el «Viejo».

Poco después, en 1960, me nombraron encargado nacional electoral del partido. Ahí me mantuve hasta que pasé a ser miembro de la Comisión de Organización, en 1965, y me reemplazó Ramón Vargas. A mí me tocó el 64 decirle a Allende que habíamos perdido. Subí con Tohá al segundo piso de la sede de la campaña y le repetí lo que ya le habíamos dicho: si nos sobrepasan por doscientos mil votos en Santiago, perdemos; y eso es lo que estaba pasando.

Poco después de esos comicios, se inició una discusión en el Comité Central sobre cuál era el partido que necesitábamos para triunfar. Hicimos una serie de cálculos con Américo Zorrilla y mantuvimos una discusión que se prolongaba en Lucho Corvalán. Requeríamos un partido de masas, capaz de arrastrar la mayor cantidad de gente. En ese momento, cada voto, cada militante del partido se multiplicaba por nueve. Necesitamos agrandar eso, captar más militantes. Teníamos veinticinco mil el año 66. Estudiamos cuál era la velocidad de desarrollo del partido. Tomamos la comuna de Barrancas, hoy Pudahuel, y viendo ese pasadizo que se llamaba PC —por aquí entraban y por aquí salían, año a año— llegamos a la conclusión de que se iba a duplicar la cantidad de militantes en cuarenta años. Eso no podía ser, había que cambiarlo. Decidimos, entonces, construir un partido abierto a las masas. Mandamos a un grupo de militantes a estudiar la situación en Italia, a cargo de Jorge Muñoz, que estuvo un año allí. El Partido Comunista italiano creció rápidamente y queríamos saber cómo lo había hecho. Luego, con todos esos antecedentes, iniciamos la campaña y nos lanzamos a inscribir nuevos militantes. Pero nos dimos cuenta de que el partido tenía una actitud de desconfianza frente a la gente. A cada comunista le preguntábamos cosas simples, como «¿cuántos vecinos piensa usted, compañero, que pueden ser comunistas?». Les encontraban defectos a todos.

Inventaron, incluso, un chiste a propósito de lo que estaba pasando. Había que poner a prueba a los posibles nuevos militantes. Tenerlos un tiempo en barbecho y luego un dirigente tenía que hablar seriamente con ellos. «Mira, este es un paso

muy serio en tu vida, pero no es tan fácil. Aquí hay que mantenerse en la disciplina partidaria; y a ti te gusta el traguito. Entonces, eso no puede ser. Un comunista que ande tomando, por ningún motivo. Tienes que aprender a ser normal y dejar el trago…». «Bueno, compañero. Dejo el trago». «Bien, pero a ti también te gusta jugar a las carreras. Y eso no puede ser tampoco. Tenís que dejar los caballos…». «Bueno, compañero. Dejo los caballos». «Bien, pero eres bastante mujeriego. Y no podís seguir así porque la moral comunista es muy rigurosa en esta materia…». «Bueno, compañero, dejo las mujeres». «Bien, pero además hay momentos de la existencia del partido en que se te va a exigir dar la vida por el partido.... ¿Qué pensái de eso?». «Bueno, p'a la cagá de vida que voy a llevar en el partido…».

Esa era la actitud de muchos militantes: exigirle al que llegaba más de lo que hacíamos nosotros, que era la concepción que había sido sembrada por Stalin, y que sostenía que los comunistas éramos gente de una pasta especial. Empezamos una pelea ideológica frente a esas actitudes. Hubo gente que se dio cuenta de que teníamos que cambiar y otra que deseaba defender los principios en que creía. Un día llamamos a Mireya Baltra y le dijimos: mira, hay una camioneta con parlantes y fichas del partido. Instálate en una plaza en Barrancas y empieza a reclutar gente. Así rompimos en parte aquella conducta de vigilar tanto, la denominada vigilancia revolucionaria.

Recuerdo un pleno en que hubo acusaciones contra la Comisión de Organización. En ella estábamos Américo Zorrilla como jefe, Marta Ugarte, «Mario Silva», Óscar Ramos y yo. Nos decían que estábamos reclutando a gente que no era comunista. Teníamos que ganarnos a los secretarios regionales y a los mandos medios del partido. Hicimos una serie de estudios, rascábamos los libros para sacar argumentos para nuestras peleas. Finalmente, decidimos hacer algunos cambios en la estructura del partido y dividimos el país en cuatro partes. De Aconcagua a Arica, me hice cargo yo; Valparaíso y Santiago les correspondieron a Américo Zorrilla y Marta Ugarte; O'Higgins hasta Valdivia, lo tomó Óscar Ramos; y, de Valdivia a Punta Arenas, «Mario Silva». No era tan difícil la cosa por los medios con que contábamos. Teníamos diecinueve diputados, unos cuantos senadores y pasajes en Lan Chile como empresa del Estado. Tomaba el avión y me iba caleteando todo el norte. Nos quedábamos

cinco o diez días en cada ciudad y nos abríamos al partido, la gente se acercaba y te contaba cosas. No era como ahora, que van a una reunión y regresan en seguida. Así, en 1970, saltamos de veinticinco mil a cien mil militantes y, en las elecciones de septiembre, logramos medio millón de votos. Avanzamos harto en Concepción, Valparaíso y Santiago. Sin embargo, no pudimos conseguir mucho entre el campesinado, que dependía demasiado de la Iglesia católica y de los recursos que había manejado la DC en el gobierno de Frei Montalva.

Tuvimos una avalancha de militantes que hubo que educar y formar. De esa Comisión de Organización, quedo solo yo.

En 1969, en el congreso del partido, pasé a ser miembro del Comité Central y fui elegido secretario del Regional Sur de Santiago. En aquel tiempo en la capital había siete regionales: Santiago, dirigido por Jorge Muñoz; San Miguel, por Waldo Pizarro; Sur, por mí; Norte, por Nelson Jeria; Costa, por el doctor Carlos Godoy; Cordillera, por Eliana Ahumada; y Poniente, por Jacinto Nazal. Esos secretarios regionales se mantuvieron hasta el momento del golpe militar.

Al promediar la Unidad Popular dejé el Regional Sur porque el partido me puso al frente de una tarea que era urgente: regularizar la producción y distribución de pollos.

Trabajé en eso, desde la Comisión Técnica del partido, con Marcelo Concha, que asumió la gerencia de la Empresa Nacional Avícola, y con Luis Alberto Corvalán, hijo de don Lucho, quien se hizo cargo de las relaciones de Enavi con las empresas privadas, varias de las cuales habían bajado la producción a propósito. Nos vinculamos con todos los técnicos comunistas de Corfo y pusimos en marcha el Plan Avícola casi a fines del gobierno. El consumo había crecido mucho. La estructura de producción estaba hecha para determinada partes de la sociedad y nosotros queríamos cambiarla; lo estábamos haciendo cuando vino el golpe.

«¿Te parece a ti?», me decía Luis Corvalán cuando yo le decía que los empresarios avícolas de oposición estaban atornillando al revés y debíamos embargarles equipos para traspasarlos a los productores que sí estaban trabajando.

9.2. «Pedro Urrutia», un dirigente de múltiples funciones

En la noche del lunes 10 de septiembre de 1973 el Comité Central del Partido Comunista se reunió en la sede de la calle Teatinos. Orlando Millas fue el encargado de informar que el golpe militar era inminente y que parecía imposible detenerlo. Dijo, incluso, que algunos compañeros del Mapu pensaban que la asonada ya estaba en marcha aquella noche. Muchos de los presentes sonrieron irónicamente ante sus últimas palabras. Sergio Ovalle, sentado entre ellos, se sorprendió al escuchar que Millas hablaba de un «golpe incruento», sugiriendo que el partido esperaba esquivarlo. Enseguida se hizo una lista con los dirigentes que saldrían al día siguiente rumbo a las provincias con la misión de informar a los regionales. Lo leyó Mario Zamorano, el encargado de Organización, y se puso el punto final a la cita.

Ovalle salió en busca de su automóvil, estacionado en una pequeña calle en forma de ele que aún comunica Compañía con Teatinos. Se le cruzó el doctor Enrique París y le pidió que lo llevara hacia La Moneda, donde tenía que integrarse al turno de emergencia. Se despidieron y Ovalle siguió rumbo a su oficina en la Central Nacional de Abastecimiento (Cenabast), ubicada en el edificio de la Unctad. Allí cumplía las funciones de coordinador nacional, bajo las órdenes del general Bachelet. Al llegar, un funcionario le contó que una reportera del diario El Siglo, Mónica González, había ido para avisar que el golpe estaba empezando.

Ovalle sigue con sus recuerdos:

Me dirigí a una casa de enlace que tenía en la calle Portugal, entre las torres de la remodelación San Borja. Me dijeron que me habían estado llamando desde

Tomás Moro. Sonó el teléfono y era Carlos Toro, desde el Comité Central de la Jota, en calle República. Me indicó que el Chicho quería saber qué estaba ocurriendo con las tropas en San Bernardo. Llamé a unos compañeros de la zona sur, uno de los cuales me informó que no había comunicación con Valparaíso, salvo a través de la red interna de ferrocarriles. También me señaló que había salido la Escuela de Infantería y se encontraba tomando posiciones desde el paradero 40 hacia el sur. Le avisé a Carlos Toro, quien me dijo que creía que era el coronel Lionel Koenig Altermatt, el que tenía el compromiso de avisar y mover a la escuela para defender al Gobierno si es que había golpe[2].

Cambié el auto en que andaba, un Fiat 125 a nombre del general Bachelet, por un Fiat 600 que me pasó el dueño de casa y partí a un enlace en el pueblito del Parque O'Higgins para saber qué estaba ocurriendo en la FACh. A las doce de la noche nos sacaron los milicos, cerraron los locales y nos mandaron para la casa. Frente a mí estaba Alejandro Rojas con una niña. Alcancé a hablar con mi enlace pero lo único que me dijo es que la situación estaba bastante mala. De ahí me fui a mi casa, en calle Monja Alférez, donde estaban mi esposa, Carmen Correa Silva, también comunista, y mis tres hijos. Me llamaron de San Bernardo y me confirmaron que el golpe estaba en marcha. Le avisé al general Bachelet y acordamos juntarnos a las siete en el edificio de la Unctad. Yo le insistí en que no fuera al Ministerio de Defensa. Él confiaba demasiado en Gustavo Leigh.

En la mañana del 11, muy temprano, hablé con Raúl Vergara, el ayudante de Bachelet, y le dije que se fuera a una embajada. Salí hacia la casa de Portugal, dejé el Fiat 600 y me fui a pie a mi oficina. Desde allí llamé a Corvalán, pero me contestó Víctor Galleguillos. Me preguntó si yo tenía algún destino. Sí, le respondí. Cúmplelo, me ordenó. Partí a La Granja a buscar a una compañera que me movilizó en su auto y traté de comunicarme con la oficialidad de la FACh. No lo logré y decidí contactar al Regional Sur. Encontré a seis compañeros reunidos con Jorge Montes, que les estaba dando la línea. Me dirigí luego al Regional Centro, en calle Vergara, y no había nadie.

Volví a Portugal y traté de ir a la Corfo. A la primera cuadra me agarraron a

balazos. Regresé a la casa de seguridad y llamé a Patricio Palma y a Carlos Monreal. Les pedí que me ayudaran a enlazar con el partido por algún lado. No pasó nada.

En la madrugada del domingo 23 de septiembre, los militares rodearon la remodelación San Borja e iniciaron un pormenorizado allanamiento a todos los departamentos y casas del sector. En una de esas casas estaba refugiado Sergio Ovalle, quien a medida que la revisión de los soldados avanzaba se iba poniendo más y más nervioso. Sonó el teléfono y la voz de una mujer conocida le avisó que se preparara, pues la representante de Acnur en Chile lo pasaría a buscar en automóvil para sacarlo de allí. A los pocos minutos Ovalle sintió una bocina, salió a la vereda y subió al vehículo de la diplomática de la ONU, que abandonó raudo el sector. Hoy cuenta que se salvó de la detención gracias a la hija de la representante de Acnur, que vivía muy cerca y en cuya casa estaba refugiado Jorge Montes.

Ovalle continúa recordando:

Después de esa salvada, pasé a llamarme «Pedro Urrutia», y el partido me pidió que me encargara de retomar contacto con las direcciones regionales. El único ubicable era Jorge Muñoz, pero de los otros no sabíamos nada. Armamos un grupo de trabajo con Gerardo Weiner, su compañera, Patricio Palma, Julio Vega y yo. Conseguimos vehículos, choferes, algunas casas de seguridad, y empezamos a buscar a los secretarios regionales de Santiago. Nos movíamos gran parte del día por diferentes barrios tratando de encontrar a los dirigentes. Ellos, por su parte, también salieron a las calles y a las plazas a tratar de contactarse con el partido. Poco a poco los fuimos ubicando. Recogimos incluso a Marta Ugarte.

Un día llegué por casualidad a la vivienda de unos viejos compañeros y estaba reunido todo el Regional Sur, menos el secretario, que había desaparecido por propia voluntad. Ese era el peor lugar donde podían estar. Los dueños de casa eran dos hermanos. Se llamaban Stalin y Lenin Rodríguez.

Dividimos al regional en pequeños grupos y armamos un sistema de enlaces. Ahí también se decidió que Jorge Montes debía viajar al sur a retomar contactos con los regionales de Concepción. En ese momento ya existía una comisión múltiple que trabajaba con lo que quedaba de los frentes partidarios. Allí estaban Gaspar Díaz, Inés Cornejo, Marta Ugarte y Samuel Riquelme, entre otros. Yo ingresé a ella cuando cayó detenido Samuel Riquelme al intentar asilarse en la Embajada de Argentina, operación que había organizado René Basoa.

Se resolvió que solo la gente con autorización del partido se podía asilar en las embajadas y se creó un equipo para ayudar en eso, equipo que yo encabecé en cierta medida y cuyo trabajo era meter gente a las embajadas y sacar gente del país. También se organizó un equipo de abogados para asumir la defensa de los que caían detenidos. El grupo que dirigía las labores lo integraron Fernando Ostornol, Ramón Vargas, Carlos Monreal y yo. Nos vinculamos con abogados de otros partidos, como Jaime Castillo Velasco, del PDC; y Juan Bustos, del PS. La unidad operativa que organizaba los asilos la encabezó un compañero de apellido Canales. Hubo otros grupos encargados de buscar casas de seguridad para los dirigentes; en uno de ellos estaban Lenin Díaz y Elisa Escobar.

9.3. Algunos recuerdos breves y dolorosos

Poco antes de septiembre de 1973, la dirección del Partido Comunista designó a un pequeño grupo de dirigentes para que asumiera la conducción de la colectividad en caso de un golpe militar y escogió también a quienes de los ochenta y tantos miembros del Comité Central permanecerían en el país y cuáles serían sus enlaces. Los elegidos para encabezar al partido en esas condiciones fueron Víctor Díaz, Mario Zamorano, «Rafael Cortés», Jorge Muñoz e Inés Cornejo. Esa información la conoció muy poca gente, y todo el aparataje que incluyó permaneció en el más estricto secreto.

Cuenta Ovalle:

Solo en el trabajo posterior, cuando ya estábamos en la clandestinidad, algunos de los que estábamos cerca de la dirección nos fuimos dando cuenta de quiénes eran los que encabezaban el partido. La estructura restante se fue haciendo en la medida que las cosas fueron ocurriendo. Así, por ejemplo, se reconstituyó el secretariado, responsable de la parte administrativa y conformado principalmente por los encargados de Organización, de Finanzas, y de Control y Cuadros. Poco después empezaron a funcionar los otros frentes, como Propaganda, Pobladores, Profesionales, Femenino y los que fueron necesarios paras las nuevas condiciones. Hubo momentos en que se armaron diferentes equipos, que operaron en la medida en que se avanzaba, que no siempre estuvieron vinculados entre sí y que asumieron sus propias responsabilidades. Es por eso que ha costado tanto reconstituir la historia de ese período.

Carol Flores, Miguel Estay y René Basoa le causaron un gran daño al partido, pero no fueron los únicos que delataron y entregaron gente. Mucho se ha dicho sobre la caída del Regional Sur a partir de septiembre de 1975, pero casi todos los que cayeron no tenían nada que ver con el Regional Sur de ese momento. Eran los que habían trabajado conmigo cuatro años antes. Los miembros del Comando Conjunto llegaron a la casa de un compañero que hacía alarde de ser un hombre recio y duro, formado en las salitreras, de apellido Cárdenas, que empezó a hablar sin que ni siquiera lo apretaran. Entregó a Armando Mena y una lista de ese antiguo regional. Incluso fue con los agentes a mi casa a detener a mi esposa. Ese hombre fue un traidor y por ahí anda todavía; me lo encontré un día en un bus del Transantiago y miró hacia otro lado.

En 1976, en las caídas de las dos direcciones del partido, tuvo un papel relevante Elisa Escobar, a quien le decían la «Chica» y una de cuyas chapas era «Marcela». Y voy a contar algo que hasta ahora nunca había contado.

Una pareja integrada por Ariel Valenzuela y Cristina Castillo fue detenida por la DINA luego del secuestro de Víctor Díaz. ¿Qué papel habían jugado ellos? Ellos escondieron en su casa de Las Condes al «Chino» Díaz. Yo tomé la decisión de sacarlo de esa casa porque se había cometido un error: su compañera había

estado viviendo con él, haciéndose pasar por empleada doméstica en la casa de Ariel. Resolvimos sacar al «Chino» primero, pero su mujer se resistió. Ella tenía que irse después a la casa de unos parientes que tenía por ahí por Rengo o Rancagua, pero ella quería irse a su casa, en la población que estaba al lado de La Victoria. Le explicamos que si se iba a su casa la iban a detener y al final entendió y se fue sola donde sus familiares. Cortamos entonces el vínculo con Ariel y Cristina, y ellos pasaron a «reposar». Todo salió bien y el «Chino» salió hacia otra casa donde vivió dos meses.

Cuando la DINA lo agarró, poco después detuvieron a Ariel y a la Cristina. ¿Por qué cayeron si estaban cortados los vínculos? Cayeron porque Elisa conocía ese vínculo.

Años después, en un pueblo de Inglaterra, Cristina Castillo me relató que cuando estaba en manos de la DINA y la estaban interrogando, desnuda sobre una parrilla, se abrió de improviso una puerta y entraron conversando y riendo varios agentes. Al medio, contando chistes, estaba Elisa Escobar. Al ver a Cristina se le acercó y le dijo: «Mira, Cristina, ¿para qué haces tantos esfuerzos de negar y negar todo? ¿No me estás viendo al lado de ellos? ¿Tú crees que no les he contado todo? Ellos saben todo».

Uniendo cabos, nos dimos cuenta más tarde de que la DINA había aprovechado una debilidad de Elisa y le había metido un compañero que trabajaba para ellos.

Hubo también muchos momentos que nos ayudaron a tonificar el ánimo. Recuerdo que una vez acordamos una reunión en la casa del doctor Godoy, con él y con otra gente, además de un hombre que no conocía. Caminé por calle Doctor Johow, al lado de la plaza Ñuñoa, y entré a la casa de Carmelo Soria, con cuya mujer, a quien le decían la «Bisagra», yo había trabajado en la Jota. Pasé por dentro, llegué a la muralla del fondo y salté al lado, a una casa que daba a la calle Máximo Jeria. Tenía que encontrarme con un volante de la dirección a quien debía entregarle un informe sobre mi trabajo. Apareció un hombre de

bigotes, tipo mostachos, muy moreno y de pelo muy negro, absolutamente desconocido para mí. Desconfié de inmediato y me puse a la defensiva. «¡Hola, Sergio! ¿Cómo has estado?», me dijo como si me hubiese conocido toda la vida. «¿Quién eres tú?», le pregunté, cada vez más inquieto. «Lo único que has hecho es probar que mi nueva facha es perfecta», me comentó, mirándome muy fijo. Insistí en que no lo conocía y le pedí que se identificara porque si no me retiraría de inmediato. «¡Soy Gaspar Díaz!», me dijo y me abrazó. Yo no podía creerlo, pero ahí me di cuenta de que sí era él. Nos abrazamos y reímos largo rato.

Algunos de los momentos más dramáticos de aquella época los viví a fines de 1976 y comienzos de 1977, cuando cayeron las direcciones del partido. Con Waldo Pizarro quedamos de juntarnos el 14 de diciembre del 76 en una casa de la calle Los Jardines, al lado del parque Juan XXIII. Íbamos a pasar ahí la noche para conversar y al otro día desaparecer. Yo debía llegar primero y él después, pero Waldo se adelantó. En la casa había un matrimonio, dos hijos y una suegra. La dueña de casa me dijo que el compañero había estado ahí y que me había dejado un recado. El mensaje estaba escrito sobre una boleta de compra y venta de ese mismo día, que correspondía a unas pilas y que estaba emitida por un local de la calle Estado, en el centro de Santiago. Me pareció muy raro, porque después de la caída de la dirección del «Chino» Díaz, se les prohibió a los dirigentes de cierta categoría, que trabajábamos como encargados de frentes o que cumplíamos funciones cercanas a la dirección, que entráramos al centro de la ciudad.

El propio Waldo me había comunicado, además, que la nueva dirección, que encabezaba Fernando Ortiz, había decidido terminar con los enlaces para que no hubiera terceras personas que acumularan antecedentes sobre los dirigentes del partido. Yo, por mi parte, creía que nos estaban siguiendo, que estaban acumulando datos sobre nosotros y que nos caerían encima cuando les pareciera. En el mensaje escrito, Waldo me citó para el 21 de diciembre al mismo lugar. Le había parecido más importante ir a reunirse con un enlace del exterior que llegaba a Chile. Más tarde averigüé con Carlos Toro que él había enviado a través de Buenos Aires a un enlace y que este había desaparecido.

Volví el 21 de diciembre. La persona de la casa que me atendió me dijo que Waldo no había llegado, que estábamos corriendo un riesgo grande y que tenía la impresión de que había caído Fernando Ortiz. «¿Por qué piensa eso?», le pregunté. «Porque Fernando no ha llegado en una semana», me dijo. «¿Acaso usted sabe cuál es la casa donde está Fernando?», le repliqué. «Es que está aquí en Los Jardines, en la casa de su hermana: ella me pidió que tuviéramos cuidado porque Fernando no había llegado en una semana», me contestó.

Me di cuenta de que se habían roto las reglas elementales de seguridad. En esa calle había demasiados comunistas. Ahí vivía también la primera compañera de Jorge Insunza, que tenía un jardín infantil. Decidimos con el dueño de casa envolver unas botellas en papel de regalo —que parecieran presentes de Navidad — y salir de allí. A pocos metros, en plena calle, vimos a unos muchachones jugando fútbol. Me pareció muy raro. En esas calles nunca se ha jugado a la pelota; las pichangas son en las plazas y parques que hay en el sector.

Los primeros días de enero llegó Azerla al lugar donde solo él sabía que podía encontrarme. Él era uno de mis enlaces, que recogía mucha información y que más tarde llegó a la dirección del partido. Ya sabía que gran parte de la segunda dirección había caído.

1 La «revolución de la chaucha» o «revuelta de la chaucha» fue una violenta manifestación realizada los días 16 y 17 de agosto de 1949, en Santiago de Chile, con motivo del alza del valor del transporte colectivo en veinte centavos de peso, una «chaucha» en el lenguaje popular chileno.

2 El oficial fue retenido el día del golpe por un grupo de oficiales. Se suicidó más tarde en la Fundición Libertad.

Capítulo X

El año en que la suerte cambió

El acoso de la DINA y luego de la Central Nacional de Informaciones (CNI) empujaron a Jorge Schindler de regreso a Concepción. Ya instalado con su familia, abrió una farmacia de urgencia, pero las nacientes cadenas del rubro empezaron a crearle problemas. A las dificultades financieras se sumaron problemas de salud y todo se hizo cuesta arriba. Enfrentado a un dilema mayor, tomó entonces una decisión que cambiaría radicalmente su vida.

10.1. Una nueva farmacia de urgencia en Concepción

Jorge Schindler prosigue con sus recuerdos:

A mediados del 77 empecé a vislumbrar un cambio grande en mi vida. Sentía que no había desarrollado todo mi potencial, especialmente creativo y, de una conversación informal con un amigo químico farmacéutico, Santiago Gajardo Kerr, a quien le había vendido años atrás mi farmacia en Lebu, fue tomando peso la idea de abrir una farmacia de urgencia en el centro de Concepción. Nos abocamos a buscar un local adecuado, que estuviera bien ubicado y por el que no tuviéramos que pagar derecho de llaves. Encontramos uno en la esquina de O'Higgins con Colo Colo que estaba aparentemente desocupado y, preguntando, llegamos a su dueño que tenía un local con repuestos de autos en la calle Maipú. El hombre, de buen vivir, tenía su casa en el mismo local y nos llevó a tomarnos una piscola mientras le explicábamos nuestra idea. Le caímos bien y le gustó nuestro proyecto. Sin mayores trámites, nos arrendó el local solo con la firma de un contrato privado y así tuvimos en nuestro poder la infraestructura base de la farmacia, aportamos un capital suficiente para habilitar el local para el objetivo

y, en un par de meses, estuvo listo.

Nuestro traslado desde Maipú a Concepción fue para Gemita, mi mujer, reencontrarse con sus padres que vivían en San Pedro, y para mí volver a mis raíces cerca de Lebu. Llegamos con Jorge y Gemita, nuestros hijos, y arrendé un departamento en el centro de Concepción, cerca de la Farmacia de Urgencia. Después de un año nació Yasna. Mientras Gemita cuidaba de nuestros hijos, yo me dedicaba a la administración y la parte comercial de las farmacias. Ahí conocí a Francisco Troncoso, ingeniero comercial y gerente de ventas del laboratorio Pasteur de Concepción con el que hicimos una muy buena amistad, además de que ambos éramos comunistas. Él venía de la zona central y había trabajado en el Ministerio de Vivienda durante el gobierno de la Unidad Popular. Con Francisco; Rafael Moreno; Yamile, su mujer, y Gilberto Briones, que era dueño de dos farmacias en Concepción, reactivamos nuestra célula como militantes comunistas y nos reuníamos en algunas picadas de Penco o Concepción para analizar la compleja situación que se vivía. A veces también asistían Engel Rojas y José Vilugrón, del Sindicato de la Construcción de Concepción.

Mientras tanto, decidía qué hacer con la sociedad que tenía con Alsino y Gatica en Maipú, y así llegamos a un acuerdo salomónico mediante el cual yo me quedaba como socio mayoritario con las farmacias Villa México y Nacional, y ellos con la Principal de Maipú y la O'Higgins de Curacaví. La verdad es que no hubo problemas e hicimos los trámites legales con nuestro amigo, abogado y compañero Hugo Pavez Lazo, quien llevaba nuestros asuntos legales.

Debo reconocer hidalgamente que estaba cometiendo un grave error sobrestimando mi capacidad y conocimientos del rubro farmacéutico, pero lo grave es que subestimé al enemigo que estaba al acecho en Concepción, lo que me trajo una serie de problemas. Antes de que la farmacia abriera sus puertas, ya habíamos visitado los laboratorios en Santiago, donde nos recibieron muy bien y apoyaron nuestra idea. Nada sabían de mi actividad política encubierta. En un mes la farmacia estuvo casi lista para funcionar. Tenía tres químicos

farmacéuticos —el profesor Luis Vargas Cáceres, Sonia Cortés y Susana Araya —, auxiliares como Edson Grandón, Luis Panes, Javier Ortega, Vilugrón, Sergio Aguayo, Humberto Vásquez y otros; en total unas veinte personas. Faltaba, sin embargo, lo principal: el permiso del Servicio Nacional de Salud.

En el intertanto recibí una llamada de Quintín Romero desde Santiago, anunciándome que me había citado la Brigada de Delitos Económicos (Bridec), bajo apercibimiento de arresto. La situación se empezaba a poner muy complicada y tuve que viajar a la capital y concurrir a la citación con bastante temor. Quintín habló con algunos contactos que le quedaban en Investigaciones y me acompañó Millaray Brito. Yo llevé un maletín con ropa y artículos de aseo personal por si me dejaban detenido. Me interrogó un oficial joven, que empezó preguntándome de dónde sacaba las platas que movía. Me dijo que tenían sospechas de que pertenecían al Partido Comunista. No me costó mucho justificar mi capital. Le conté que siempre había estado en el rubro de las farmacias: en la villa Olímpica, en Lebu, en Penco y después en Maipú. El detective se agachó un poco y, hablándome al oído me dijo: «Esto es una denuncia directa del general Rigoberto Rubio, comandante de la Tercera División del Ejército e intendente de Concepción».

Muy tarde me di cuenta de la situación. Era evidente que algunos empresarios farmacéuticos penquistas habían recurrido a los militares para impedir que abriera nuestra farmacia. Salí de Investigaciones sin cargos y volví a Concepción. Pasaron casi tres meses con la farmacia totalmente abastecida, el personal contratado y recibiendo sueldos, y pagando el arriendo y todos los otros gastos. En poco tiempo empezamos a tener problemas para cubrir los cheques girados, lo que era habitual en el rubro. Millaray jugó un gran papel en ese momento; la tenía en Santiago corriendo todo el día de un laboratorio a otro para postergar los cobros de los cheques. Muchos gerentes comprendieron y tuvieron paciencia; otros no.

Viendo que la situación se complicaba peligrosamente, me fui a hablar con el director zonal de Salud, el doctor Carlos Martínez, cardiólogo de prestigio y

cercano a los radicales de derecha. A él lo había conocido de mis tiempos en la Bayer y nos caímos bien. Partí explicándole el dilema en que nos encontrábamos y me dijo: «Amigo Schindler, esto no se puede detener por meras sospechas. Lo que usted está haciendo es un gran aporte a la ciudad de Concepción, pero con su farmacia de urgencia les tocó las partes más sensibles a los otros dueños de farmacias y sus intereses; ese es el cuento».

Quiso conocer la farmacia y nos fuimos caminando juntos por calle O'Higgins hasta que llegamos. Adentro estaba el profesor Vargas, a quien el doctor Martínez conocía mucho; otros farmacéuticos y personal, que se impresionó cuando nos vio llegar. Al salir, el doctor me dijo: «Jorge, mañana tiene la autorización para abrir; y si no, presento mi renuncia al cargo». Paralelamente, habíamos presentado un recurso de protección. Nuestro abogado era Augusto Parra —el «Chucho» Parra—, un radical, gran demócrata y muy conocido que, además, era decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Concepción. La Corte de Apelaciones aceptó el recurso en una votación unánime, con lo que dimos un nuevo golpe para seguir avanzando.

Después del interrogatorio en la Bridec, traté de ubicar a Víctor Contador, un mayor de Ejército a quien había conocido en la farmacia de la villa Olímpica como cliente. Nos habíamos hecho amigos y me había arrendado su departamento en el edificio La Torre, en la misma villa, algunos años atrás. Logré ubicarlo y, amablemente, me citó a su despacho en el Ministerio de Defensa, en la plaza Bulnes, frente a La Moneda. Al verme me dijo: «Don Jorge, tanto tiempo, ¿qué lo trae por aquí?». Ingenuamente, le conté lo que pasaba en Concepción con la apertura de la Farmacia de Urgencia y el papel del general Rigoberto Rubio en todo lo que estaba ocurriendo. Me contestó: «Mi general siempre ha sido un poco pasado para la punta, pero yo me comprometo a hablar con él; llámeme la próxima semana». Nunca más supe de él; lo llamé insistentemente y nunca me respondió.

10.2. Un sindicalista de la construcción

En 1969, a los veintiséis años de edad, José Vilugrón Rojas ingresó a militar en el Partido Comunista. Unas pocas semanas antes, había ayudado a fundar el Sindicato de Pintores de la Construcción en Concepción y creado con otros compañeros dos células del partido en el valle de Nonguén, donde vivía con su familia.

El 11 de septiembre de 1973, Vilugrón era tesorero del Sindicato Único de la Construcción en la capital penquista. El presidente era Luis Araneda, y Antonio Deig, el secretario. Esa mañana se reunieron unos quince dirigentes en la sede de calle Serrano 470.

Algunos dijeron que había que defender al Gobierno popular y salieron en busca de un revólver que tenía un compañero. El arma estaba completamente oxidada y le faltaba un par de piezas. No hubo mucho que hacer y se fueron a sus casas.

Habla José Vilugrón, hoy de sesenta y nueve años de edad.

En los últimos días de septiembre, los dirigentes empezamos a ir a las obras a ver si podíamos hacer algo. Yo estaba trabajando en la Corhabit y ahí hicimos un paro que duró hasta que llegaron los milicos preguntando qué pasaba. No seguimos. Nunca tan huevones. De vez en cuando nos juntábamos con algunos obreros y les informábamos sobre lo que estaba ocurriendo. Tratamos de no perder contacto y mantener algunas estructuras del partido.

Un día de 1976, tipo dos de la tarde, cuando iba llegando al Sindicato de Campesinos, en calle Rengo, en Concepción, local donde nos reuníamos los dirigentes de la construcción, me topé con dos jóvenes que me preguntaron si yo era el maestro Vilugrón, el pintor. «Sí», les dije, «yo soy». Me consultaron si podría hacerles un trabajito por ahí cerca, a la vuelta de la cuadra. «Vamos a ver», les señalé. Cuando dimos vuelta la esquina apareció un tercer tipo. Me encañonaron y me subieron a un auto. Me llevaron a Talcahuano, donde está el estadio, debajo de un cerro donde los marinos tenían el Fuerte Borgoño. Ahí me tuvieron doce días. Había varios viejos de distintos sindicatos a los que les

estaban sacando la cresta; les pegaban con unas tablas en el espinazo. Nos tenían cagados de sed y nos daban a tomar los propios meados. Me pusieron corriente hasta por si acaso. Me amarraban de los pies, me levantaban con una grúa y me metían en unos tambores con un agua negra, llena de mierda. Me sacaban medio ahogado y me empezaban a dar golpes para que botara el agua. Me preguntaban por el partido, quién era yo, en qué célula militaba, quién era zutano y mengano. Tenían nombres y fotos de mucha gente. Me preguntaron por el Parada, un viejo militante, yesero; por el Gaspar Toro; por Varela; por la Flor, por gente que habían detenido antes que a mí. Ellos eran de la Federación de la Construcción y yo era del Sindicato Único de la Construcción. Éramos todos conocidos. Luego me llevaron a Santiago, a la Villa Grimaldi, donde me tuvieron dos días. Ahí me dieron una zumba que ni te digo. De Grimaldi, a Cuatro Álamos. Iba con un pie malo. Me había ensartado un fierro y la herida se había infectado. Nos llevaron en una camioneta. Iba otro bulto al lado mío. Con el gas de la bencina llegué muy mal.

En Cuatro Álamos estaba el compañero Luis Corvalán y me encontré con un cabro de la Jota que me llevó a su casa cuando me soltaron. Estuve veintiocho días desaparecido, salí hasta en las listas de la Vicaría de la Solidaridad. Cuando volví a Concepción, reactivé el sindicato con otros cinco dirigentes. Fui a la Inspección del Trabajo, lo inscribí y lo eché a andar el 77 con tres dirigentes, que era lo que exigía la nueva legislación laboral.

Yo pude figurar porque en ninguna parte quedó registrado que yo había estado detenido. A uno de los viejos del sindicato lo mataron después del 80. Le decían el «Johnny».

Por ese tiempo, para conseguir pega, nos parábamos en las afueras del local Donde Golpea el Monito, en calle Caupolicán esquina de Maipú. Ahí llegaban los datos de algún trabajo. La Yamile Azar le dio una pega al Engel y este me dijo que también podían contratarme a mí. Así conocí a Jorge Schindler, cuando empezamos a construir muebles, clósets y estanterías para la Farmacia de Urgencia. Con él compartimos muchas experiencias y nos comimos juntos

algunas cholguitas. Estuvimos ahí hasta que se acabó la farmacia.

En 1980 me separé de mi esposa y me fui a Chillán con mi nueva vieja. Allá echamos a andar el sindicato de la construcción de la ciudad. Me detuvieron de nuevo en 1982. Los ratis me llevaron a la comisaría, donde me pegaron hasta que se cansaron, y luego a la cárcel. Mi vieja, embarazada de ocho meses, también se fue presa. A ella la largaron porque creyeron que se le había muerto la guagua. Estuve un año y medio preso y otro año y medio firmando. Al final, decidimos irnos porque amenazaron a mis hijas. Nos sacó el Codepu, que nos ofreció irnos a Canadá o Australia. Elegimos Australia y partimos.

10.3. El artista de la brocha gorda

Engel Rojas es uno de los fundadores del primer Sindicato de Pintores de la Construcción en toda la zona del Biobío. Comenzó a militar en el Partido Comunista en 1970, y el encargado sindical del Comité Regional, un tal Canales, lo instó a él y a otros obreros a que formaran la primera célula de pintores en Concepción. A la célula le pusieron Pedro Lobos, en homenaje al obrero textil que se había transformado en profesor de artes plásticas, maestro del grabado y el dibujo, e intérprete de la cultura popular chilena, fallecido en 1968.

Su padre murió cuando Engel era muy pequeño. Eran siete hermanos y tuvo que ayudar a la madre, que instaló un pequeño comercio de frutas y verduras para sostener a la familia. Se levantaba a las tres de la madrugada para salir con ella a comprar la mercadería, volver a limpiar y ordenar el negocio y luego partir a la escuela. Solo pudo alcanzar la sexta preparatoria. A los catorce años empezó a trabajar en una tienda de géneros y luego en la fábrica de parqué González, que quedaba en calle Orompello, pasadito Rodríguez. De allí a una fábrica de estructuras metálicas y más tarde a la construcción, como pintor de brocha gorda.

Habla Engel Rojas:

Un dirigente sindical nos invitó a varios trabajadores a visitar el local del partido y decidimos entrar a militar. Le pusimos Pedro Lobos a la célula porque nos considerábamos artistas de la brocha gorda. Fueron mis primeras reuniones de un trabajo ininterrumpido hasta el mismo día 11 de septiembre. Tenía algunos meses de militancia cuando el partido me asignó la tarea de ayudar a formar el Sindicato Único Provincial de Trabajadores de la Construcción. Allí elegimos a Luis Araneda como presidente, y recuerdo que José Vilugrón era director. Conocí a los dirigentes de la Federación de la Construcción Gaspar Toro y José Varela. También en ese período conocí a Jorge Schindler, cuando yo ya participaba en la Comisión Sindical del Comité Regional. Luego me eligieron secretario del Comité Local Biobío, que funcionaba en la calle Serrano.

Recuerdo que semanas antes del golpe se hacían múltiples reuniones, donde la militancia se mostraba inquieta y preguntaba si se tenían armas y cómo debíamos comportarnos en el caso de un golpe militar. Se nos respondía que a su debido tiempo se darían instrucciones, las que al final nunca llegaron.

El día 11 me levanté con la noticia de que se estaba produciendo el golpe. Rápidamente me dirigí al local del partido y junto con otros compañeros de la Jota comenzamos a quemar documentación en el patio del local. Estuve allí como hasta las 14:00 horas. Luego fui a mi casa a avisar que iría a alojar a otro lugar. Unas dos semanas después me contactó Marcos Ramírez, quien me dijo que debía ir a Lota a reorganizar el partido. En eso estuve dos o tres meses. Alojaba donde un compadre y mi familia me iba a visitar.

Antes de irme a Lota, me encargaron sacar de su escondite al secretario del partido en Concepción, Tomas Solís, y llevarlo a Santiago para que se exiliara, pues corría grave peligro y era imposible seguir escondiéndolo. Recuerdo que lo disfrazamos; mi hermana le tiñó el pelo y con un equipo de la célula ferroviaria lo introdujimos en una locomotora con los fogoneros, hasta la estación de San Rosendo, donde lo bajamos para luego meterlo en un coche. Llegamos a

Santiago y lo entregamos en la casa del compañero Ismael Aparicio, que ya falleció.

En febrero de 1974 me reuní con Carlos Fuchslocher y empezamos a reorganizar el partido en Concepción. Estaba en eso cuando en el mes de julio llegó «Magdalena», que fue a mi casa a avisarme que Guillermo Teillier, quien por esos días estaba a la cabeza del partido en Concepción, no había llegado a una reunión que tenía en Santiago. Esa noche «Magdalena» me pidió alojamiento y a las tres de la mañana llegaron los milicos y nos llevaron detenidos a ambos a la Tercera División del Ejército, en O'Higgins con Castellón. Allí me encontré con varios compañeros que llevaban varios días detenidos. Recuerdo a Mario Oyola, Teresa Ramos, Armando Agurto, José Gallardo, Arturo Sáez y su hijo, Flor Mora —la secretaria del Sindicato de la Construcción— y José Varela. Me golpearon durante cuatro días y al quinto me enviaron a la cárcel que estaba en calle Chacabuco. Allí, después de cinco días, me dijeron que quedaba libre y me sacaron a otra sección de la misma cárcel, que daba a la calle Víctor Lamas. En ese lugar me esperaban miembros del Servicio de Inteligencia Militar (SIM), que me trasladaron en un jeep, junto a Magdalena, al Ministerio de Defensa en Santiago.

Llegamos al ministerio en la mañana del día siguiente. Me subieron a un microbús y me llevaron vendado a un lugar que mucho después supe que era la AGA, la Academia de Guerra de la Aviación. Me bajaron encapuchado hasta un subterráneo donde permanecí de pie muchas horas hasta que me desvanecí. Un guardia me pasó una colchoneta para que durmiera en el pasillo. Fue el primer gesto humano que sentí. Después de tres o cuatro días en los que seguí de pie, el mismo guardia me llevó a una celda que estaba a unos metros del pasillo y donde había una cama. En esa celda me encontré con Guillermo Teillier. Todo ese tiempo estuve vendado al igual que los otros detenidos. Luego me trasladaron a otra celda, pues querían cotejar mis declaraciones con las Teillier.

El mismo guardia que me recibió me dijo un día que tenía visita. Era mi mujer, que había logrado ubicarme. Ocurrió que un día en Concepción divisó al mismo

militar que me había ido a detener a mi casa. Lo siguió y vio que entraba a la Tercera División. Allí lo encaro y el militar le dijo que me habían trasladado al Ministerio de Defensa. Mi esposa volvió sobre sus pasos y le preguntó al guardia cómo se llamaba el militar con el cual había conversado. Este le respondió que era su comandante Puig. Con ese nombre en la memoria viajó a Santiago y se presentó al ministerio preguntando por mí. Al principio negaron saber dónde estaba, pero ella les dijo que el comandante Puig le había señalado que me habían llevado hasta allí. Ante esto, le informaron que yo estaba en la AGA.

Después de su visita, me trasladaron a Tres Álamos, donde estuve unos seis a ocho días y luego me llevaron al campo de concentración de Puchuncaví. Recuerdo a un oficial bonachón que nos permitía hacer deportes, acostarnos más tarde o jugar ajedrez, partidas donde hasta él se incorporaba. Quince días después, ese mismo oficial llegó un día totalmente cambiado. Sacaba a los prisioneros a medianoche de las cabañas y los hacía correr semidesnudos por el patio, arrastrarse por el barro o correr hasta chocar con la alambrada de púas. Después los obligaba a besarse para luego golpearlos por maricones. Todo esto con disparos al aire para que hubiera más y más terror. Después de estos ejercicios, como los llamaba, hacía entrar a los prisioneros a las cabañas a oscuras, donde estaban desparramados los enseres personales, los alimentos, los vasos, y los platos que habían roto previamente para que nos cortáramos los pies. Terminábamos todos con los pies sangrando. En ese campo me encontré con Mario Benavente; con el compañero Chamorro, de Lota; el abogado Marcel Cerda y su hermano Chamelo, entre otros presos. Más tarde me regresaron a Tres Álamos y me dejaron en libertad. Era a fines de abril de 1975.

Regresé a Concepción y me mantuve descolgado un tiempo. La situación económica era muy dura y ahí Jorge Schindler nos tendió la mano a José Vilugrón y a mí. Trabajamos con él en diversas pegas de carpintería y pintura en los años 76 y 77, en la Farmacia de Urgencia que instaló en el centro de la ciudad. Esa ayuda nos permitió capear el temporal.

A fines del 78 me reincorporé a la actividad clandestina participando en la

Comisión Sindical del Comité Regional Concepción. Ya para esa fecha la actividad partidaria había pasado de la reorganización a una franca ofensiva. Se realizaban acciones de propaganda, mítines relámpagos; y en los sindicatos se promovían el trabajo lento, los volanteos desde los edificios en construcción, los atrasos generales y otras formas de resistencia.

10.4. «Hacían pedazos los remedios buscando balas»

Gilberto Briones Araya nació Concepción, hijo de un suboficial que era carpintero del Regimiento Chacabuco. Estudió en el Liceo de Hombres y luego en el Instituto Superior de Comercio. No terminó su enseñanza, se casó y se fue a Santiago. Tenía diecinueve años. Trabajó como vendedor en el Laboratorio Lepetit, desde donde se retiró cuando lo compró Pfeizer. Volvió a Concepción en 1968, se compró un taxi y entró a militar al Partido Comunista, en el Comité Local Andalién, que estaba en calle Caupolicán. En 1969 instaló la farmacia Universitaria, en Barros con Janequeo, y conoció a un nuevo compañero en su base del partido: Jorge Schindler. En los últimos meses del gobierno de la Unidad Popular, Briones era el encargado regional del partido en la Junta de Abastecimiento y Precios (JAP).

Ahora tiene setenta y seis años de edad y rememora:

El 11 de septiembre del 73 yo estaba en Santiago. Había ido a buscar medicamentos para las tres farmacias patrióticas de Concepción que estaban desabastecidas, de las doce que existían. Volví muy escondido a la casa de mi padre en calle Fresia, muy cerca del Regimiento Chacabuco. Él ya estaba en retiro, como suboficial mayor, y había puesto una bandera chilena. Cuando empezaron a llegar los milicos, les decía que tenía un hijo comunista, pero de los comunistas buenos.

Yo vivía en un departamento que mi padre me regaló, al lado de su casa. Me

contacté con el partido y me fui enterando de lo que iba pasando. Estuvimos muchos meses sin actividad y no recibimos ninguna instrucción. Después de varios meses me ubicaron y empezó a funcionar el Comité Local Andalién. Éramos tres compañeros que nos hicimos cargo de la secretaría política, organización y finanzas, y que se vinculaba con tres o cuatro células del Barrio Norte, cada una integrada por no más de cinco militantes.

Caí preso en 1976. Me sacaron de la farmacia y estuve desaparecido dos días. Me llevaron a una comisaría y luego, vendado en una camioneta, al Fuerte Borgoño, presumo yo por el ruido de las gaviotas y el olor a mar. Me recibieron a patadas y combos. Ahí estaba el compañero Tapia, encargado regional de Finanzas del partido, que en ese tiempo ya estaba delicado del corazón y pedía que le dieran sus remedios. Falleció poco después de que lo soltaran.

Me golpearon y aplicaron corriente. Me acusaban de ser financista del MIR y me preguntaban por miembros de ese partido. Los interrogatorios eran cada tres horas. Al finalizar el segundo día me sacaron y me tiraron cerca del aeropuerto Carriel Sur. Pasó un carretonero y me llevó a la farmacia, desde donde me condujeron a mi casa. Estuve como quince días en una pieza oscura. Si prendían la luz yo sentía que me daba la corriente.

Del partido nunca fueron a preguntarme nada. Nunca más volví a vincularme con ellos.

Seguí trabajando en la farmacia. Me allanaban mañana, tarde y noche. Hacían pedazos los remedios buscando balas. Yo tenía dos farmacias: Universitaria, en Barros con Janequeo; y la Tribunales, en Tucapel con Barros. Un día Jorge Schindler me propuso que nos asociáramos. Ellos tenían otras dos farmacias. «Tú te haces cargo de la administración de las cuatro y yo del resto», me dijo. Jorge se fue luego de cerrar sus dos farmacias. Yo seguí otros dos años y también tuve que bajar las cortinas.

10.5. Los tramos finales

Jorge Schindler continúa su relato:

La Farmacia de Urgencia partió mal y con una cantidad de problemas derivados del retraso de casi tres meses en la autorización de apertura, lo que provocó serios problemas financieros, y había que poner capital fresco. Siendo la venta un éxito desde el primer día de apertura, no podíamos, siendo una farmacia de urgencia que funcionaba las veinticuatro horas del día, estar desabastecidos de los medicamentos; y aunque Millaray renegociaba los cheques en Santiago con los laboratorios, algunos se pusieron saltones, lo que dificultó más las cosas. Mi socio Santiago Gajardo no disponía del capital necesario. Yo vendí una parcela que tenía de mucho valor en el camino a Santa Juana y logré juntar veinticinco millones de pesos de ese entonces. Llegamos a un acuerdo, forzado por las circunstancias, con mi socio para que él se retirara y entrara un socio con capital, lo que terminó aceptando; y encontré a un empresario de buses recomendado por un amigo. Este hombre, don David Solar, muy modesto y con poca educación, aportó el capital necesario para la emergencia, pero no tenía idea del rubro farmacias. Aun así, superado el problema, vi la posibilidad de abrir una nueva sucursal cerca del mercado. Conseguí un muy buen local a bajo costo de arriendo y en 1978 la teníamos funcionando. La farmacéutica era María Eugenia Riquelme, quien era muy eficiente.

No obstante, las dificultades financieras nos siguieron apremiando y empecé a tener problemas de salud y un enredo en la cabeza que me hacía cometer errores.

A principios de 1979 con Rafael Moreno —el marido de Yamile Azar— y Braulio Quintana decidimos ir a dar una vuelta a Europa. Rafael quería ir a ver a su hijo que estaba radicado en Praga, becado por la Jota, y yo iría a ver a mi hermano en Bulgaria.

Los planes, sin embargo, a pesar de tener los pasajes aéreos comprados, empezaron a fallar. Rafael era un enfermo hipocondríaco crónico y tuvo una recaída; Braulio, en tanto, me dijo que estaba con algunos problemas financieros y que suspendía el viaje.

En septiembre de 1979 recién había vendido la Farmacia de Urgencia. Yo pasaba por un período de mucha confusión y tenía una erupción en la mucosa labial que me dolía y me impedía comer con normalidad. Un médico me advirtió que podía ser una neoplasia, pero no le hice mucho caso y opté por viajar solo. Lo hice en KLM, vía Río de Janeiro, Monrovia, en Liberia, y Ámsterdam, con posibles conexiones hacia Londres, París o Frankfurt, ciudad esta última a la que me dirigí para visitar a Manuel Rodríguez, mi viejo amigo que había sido jefe de personal en la Enacar. Estuve en su casa cuatro días y se preocupó mucho por el estado de mi boca. De allí seguí en tren hacia Bulgaria, donde mi hermano Julio vivía su exilio.

Viajé sin visa y en la frontera tuve que recurrir a toda mi capacidad de convencimiento para explicarles a los policías mi situación y lo que se vivía en Chile. Finalmente me dieron una visa y pude entrar a Bulgaria. Llegué a la capital, Sofía, como a las ocho de la noche. Era una ciudad muy señorial, antigua y bonita, pero Julio no me estaba esperando. Me fui a un hotel y logré hacer contacto telefónico con gente del partido. Llegó la compañera «Elena», a quien yo había ayudado a esconder y proteger en Santiago antes de su salida de Chile. Se acordaba de todo, pero lo único que hizo fue conseguirme un pasaje en tren para Burgas. El trayecto duró unas cuatro horas y Julio me estaba esperando. Vivía en un departamento con su mujer y sus tres hijas. Estaba allí desde mediados de 1974.

Mi boca seguía empeorando. Un médico búlgaro me dijo que tenía que verme de inmediato una dentista. Ella me operó, me sacó el tumor y pidió una biopsia. El resultado fue categórico: tenía un carcinoma espino celular en mi labio superior. Me enviaron a operarme en el Instituto Oncológico de Sofía. Me pusieron agujas

radioactivas de oro cuatro o cinco días. Cuando me dieron el alta, una doctora que había estado en Cuba me dijo que los efectos del tratamiento serían muy complicados y que durarían unos dos meses. Era cierto. Se me empezó a partir la boca; no podía comer ni tragar y hacía sufrir a Julio y a toda su familia. Poco a poco me fui mejorando y cuando ya estuve más o menos recuperado decidí ir nuevamente a Sofía. Quería hablar con la compañera «Elena» porque Gaspar Díaz y Juvenal Valdés me habían asegurado en Santiago, antes de salir hacia Europa, que desde la dirección del partido en Moscú me iban a ayudar.

En la sede del partido en Sofía, «Elena» me evadió olímpicamente. Otros compañeros me dijeron que llegaba pronto a la ciudad un miembro del Comité Central, pero esta señora me cerró las puertas para que no me reuniera con él. Pedí, entonces, una reunión con el comité local del partido y, delante de otros compañeros, le dije a «Elena» todo lo que pensaba de su actitud. Estaban presentes un compañero de apellido Sánchez, que fue alcalde de La Ligua, y otro que era de Punta Arenas. Yo quería saber si permanecía en Europa, si volvía a Chile o si me asignaban alguna otra tarea. Se compadecieron, me desearon suerte, pero me indicaron que allí no había nada más que hacer.

En las semanas siguientes, con la ayuda de Julio y del compañero Policarpo Corvalán, conseguí visa para salir hacia Frankfurt vía Budapest y Praga. Llegué en febrero de 1980 nuevamente a la casa de Manuel Rodríguez, que me acogió con la calidez de siempre. Me llevó poco después a la sede del partido en Frankfurt, donde estaba de secretario Iván Quintana y un compañero de apellido Roa, que era de Talcahuano. Me miraron con desconfianza y me dijeron que el partido ya no tenía nada que ver conmigo, que yo había salido de Chile por mi cuenta y que me las tenía que arreglar solo. No obstante, otros compañeros, entre ellos Camilo Guzmán, se mostraron muy solidarios.

Más tarde se presentó la oportunidad de ir a Berlín. Teníamos que ayudar a montar un stand en la Kirchentag, la fiesta más grande de las iglesias alemanas, donde se recaudaban fondos para la resistencia en Chile. Aproveché la oportunidad para cruzar el muro hacia la República Democrática Alemana e ir al

local del partido. Allí me encontré con Jorge Insunza. «¿En qué anda, compañero?», me dijo. Le conté todo. «¡Pucha, compañero! ¿Y a usted lo tienen colgando? ¿Se negaron a ayudarlo? ¡Esto lo corregimos de inmediato!», me aseguró.

Cuando volví a Frankfurt encontré a Iván Quintana desesperado por arreglar mi situación legal. Un compañero del Partido Comunista alemán me consiguió el asilo en tres meses y todo empezó a organizarse y a funcionar.

Casi un año después, los compañeros me pagaron el pasaje de mi mujer y de mi hijo mayor para que se reunieran conmigo. Una hija de Manuel, que tenía a su marido en Cuba, me prestó su departamento en Frankfurt y pudimos llevar desde Chile a mis dos hijas menores.

A fines de 1980 conocí a un cura que me contrató de mayordomo y sacristán de una iglesia evangélica, con derecho a una vivienda: mi trabajo era de media jornada y empecé a aprender alemán. También me puse a estudiar y fui montando, poco a poco, una agencia de viajes que se consolidó con la apertura de un local en el sector de la estación de trenes de Frankfurt.

En esos días me empezó a contactar Gerardo Weissner, que había sido durante la UP gerente de consumo corriente de la Corfo, y con quien militamos juntos. Él estaba en la dirección del partido en Moscú. Llegó un día a visitarme por encargo de Américo Zorrilla. «Te vamos a meter en los negocios del partido y te vamos a dar algo de absoluta confianza», me dijo. Ahí empecé a trabajar con la dirección, por sobre el Comité Local de Frankfurt.

En Berlín estaba el «Chago» Concha, un compañero de la zona del carbón, que me iba a dejar dinero. Me encontraba con él en un restaurante, me pasaba cincuenta mil dólares en efectivo y yo lo llevaba para Frankfurt y depositaba en

las cuentas bancarias que ellos me indicaban. Los servicios secretos alemanes sabían ya que yo estaba en algo extraño. Poco después mi relación se hizo directa con Américo Zorrilla y se inició otra historia bastante distinta a la que aquí he contado.

Epílogo

Cuatro décadas después

Armando Gatica. Ochenta y un años. Siguió participando hasta hace poco tiempo en la vida partidaria. Permanece al frente, junto a sus hijos, de la farmacia de Curacaví.

Hugo Pavez. Setenta y tres años. En 1978 el partido le comunicó que estaba en riesgo su vida y debía abandonar el país. Vivió el exilio en Suecia. Regresó a Chile y siguió trabajando como abogado. Se desempeña actualmente en el Programa de Derechos Humanos del Ministerio del Interior.

Sergio Aguayo. Setenta y cuatro años. Continuó vinculado al rubro farmacéutico. Llegó a ser uno de los máximos dirigentes del Regional Carbón del PC. Se distanció luego de la colectividad y hoy milita en la Izquierda Comunista, en Concepción.

Quintín Romero. Sesenta y siete años. Jorge Schindler le traspasó la farmacia de villa México, donde hoy sigue trabajando. Se reúne ocasionalmente con los compañeros de promoción en la Policía de Investigaciones.

José Campusano. Volvió del exilio en 1984 y se reincorporó a la confederación Surco Campesino. Siguió militando en una célula de La Granja. Murió de cáncer en febrero de 1992. Su viuda, Ernestina, vive en Valparaíso y sigue vinculada al partido.

José Vilugrón. Sesenta y nueve años. Vive en Australia, cerca de Adelaida, junto a su esposa y sus hijos. Desea volver e instalarse nuevamente en el valle de Nonguén, en Concepción.

Engel Rojas. Setenta años. Vive en Concepción. Tuvo que salir del país en 1983, pero regresó y se sumó nuevamente al trabajo de su partido.

Manuel Rodríguez. Ochenta y cuatro años. Volvió definitivamente del exilio en 1998. Hoy vive con una hermana en la comuna de La Reina y viaja con frecuencia a la zona del carbón, donde aún mantiene su casa.

Chila Azar. Setenta y cuatro años. Siguió ayudando en la defensa de los derechos humanos. Tuvo un hijo. Hoy vive en Padre Hurtado y continúa vinculada al trabajo solidario en las poblaciones pobres.

Alsino García. Setenta y tres años. Trabajó intensamente en la resistencia clandestina a la dictadura militar. Sigue vinculado al partido y es el dueño de la farmacia Principal, en el centro de Maipú.

Julio Schindler. Setenta y cinco años. Volvió del exilio en 1986, pero la CNI lo empezó a seguir y tuvo que radicarse en Buenos Aires. Hoy vive cerca del cerro Santa Lucía y sigue vinculado a su partido.

Gabriela Schindler. Sesenta y nueve años. Se mantuvo como ayudista del Partido Comunista. Se instaló con su familia en San Pedro, en Concepción, donde hoy sigue ayudando a sus hijos y nietos.

Gilberto Briones. Setenta y seis años. Dejó el trabajo farmacéutico en 1980. Se radicó en Chillán y se dedicó al comercio. Hace cinco años retomó su militancia en el partido.

Braulio Quintana. Se mantuvo trabajando en la clandestinidad comunista hasta el retorno de la democracia. Falleció, a los setenta y seis años de edad, en noviembre de 2009.

Millaray Brito. Sesenta y tres años. Estudió teatro, trabajó en un centro ecuménico de Pudahuel y en el Movimiento Democrático Popular (MDP). Siguió colaborando con su partido. Hoy es dirigente vecinal en Curacautín, donde vive dedicada a la agricultura y la artesanía.

Abelardo Campos. Sesenta y cuatro años. Permaneció trabajando en la clandestinidad hasta que la CNI lo detuvo en Valparaíso en 1986. Estuvo preso tres años. Hoy vive en Coronel y es dirigente local del partido.

Omar Sanhueza. Setenta y seis años. Volvió a Lota a fines de la década del 70. Sigue viviendo en el barrio Polvorín y asiste rigurosamente a las reuniones de su partido.

Santiago Concha. Sesenta y ocho años. Volvió del exilio en 1988. Sigue casado con Norma Hidalgo y en la actualidad es uno de los principales dirigentes del Partido Comunista en la zona del carbón.

Mario Benavente. Ochenta y tres años. Al momento del golpe era el secretario del Regional Concepción del PCCh. Vive en la capital penquista con su esposa.

Violeta Núñez. Bordea los ochenta años. Volvió a Argentina en 1977 y continuó trabajando en la clandestinidad comunista. Con su compañero ayudó al retorno y a la salida de Chile de muchos dirigentes de su partido. Vive en Buenos Aires.

Sergio Ovalle. Ochenta años. Fue encargado de la Dirección de Organización del PCCh en el exterior. Volvió a Chile en 1988 y se mantiene como dirigente regional de su partido en la comuna de La Florida.

José Muñoz. Se autoexilió un breve tiempo. Regresó a Chile y se vinculó al rubro farmacéutico. Murió de un cáncer prostático a mediados de los años 2000.

Gaspar Díaz. Fue uno de los pocos sobrevivientes del exterminio de las dos direcciones clandestinas del PCCh entre 1975 y 1977. Falleció debido a un largo cáncer pulmonar el 27 de agosto de 1992, a los setenta y ocho años de edad.

Carlos Fuchslocher. Se mantuvo en el trabajo clandestino muy cerca de la dirección del PCCh. Llegó a ser secretario regional en Atacama. Más tarde, formó parte de la Sociedad de Escritores de Concepción. Falleció el 6 de noviembre de 2011, a los setenta y dos años de edad.

Lenin Díaz. Asumió delicadas tareas vinculadas con la dirección clandestina del PCCh. Fue detenido por la DINA el día domingo 9 de mayo del 76. Tenía treinta años de edad y permanece desaparecido hasta hoy.

Marcelo Concha. Trabajó en la clandestinidad hasta que fue detenido por agentes de la DINA el 10 de mayo de 1976. Tenía treinta años. Fue visto en Villa Grimaldi. Hasta hoy permanece desaparecido.

Yamile Azar. Setenta y dos años. Se mantuvo trabajando en la clandestinidad. Vive en Concepción.

Juvenal Valdés. Permaneció en el Comité Central del PCCh hasta mediados de

los años ochenta. Falleció en julio de 1988.

Reginaldo Tapia. Sesenta y cuatro años. Fue asesor de la Comisión de Finanzas del PCCh hasta 1990. Siguió vinculado al rubro farmacéutico hasta que dio un brusco giro a su vida y se dedicó al ámbito gastronómico. Hoy es concesionario de un casino en los alrededores del Club Hípico.

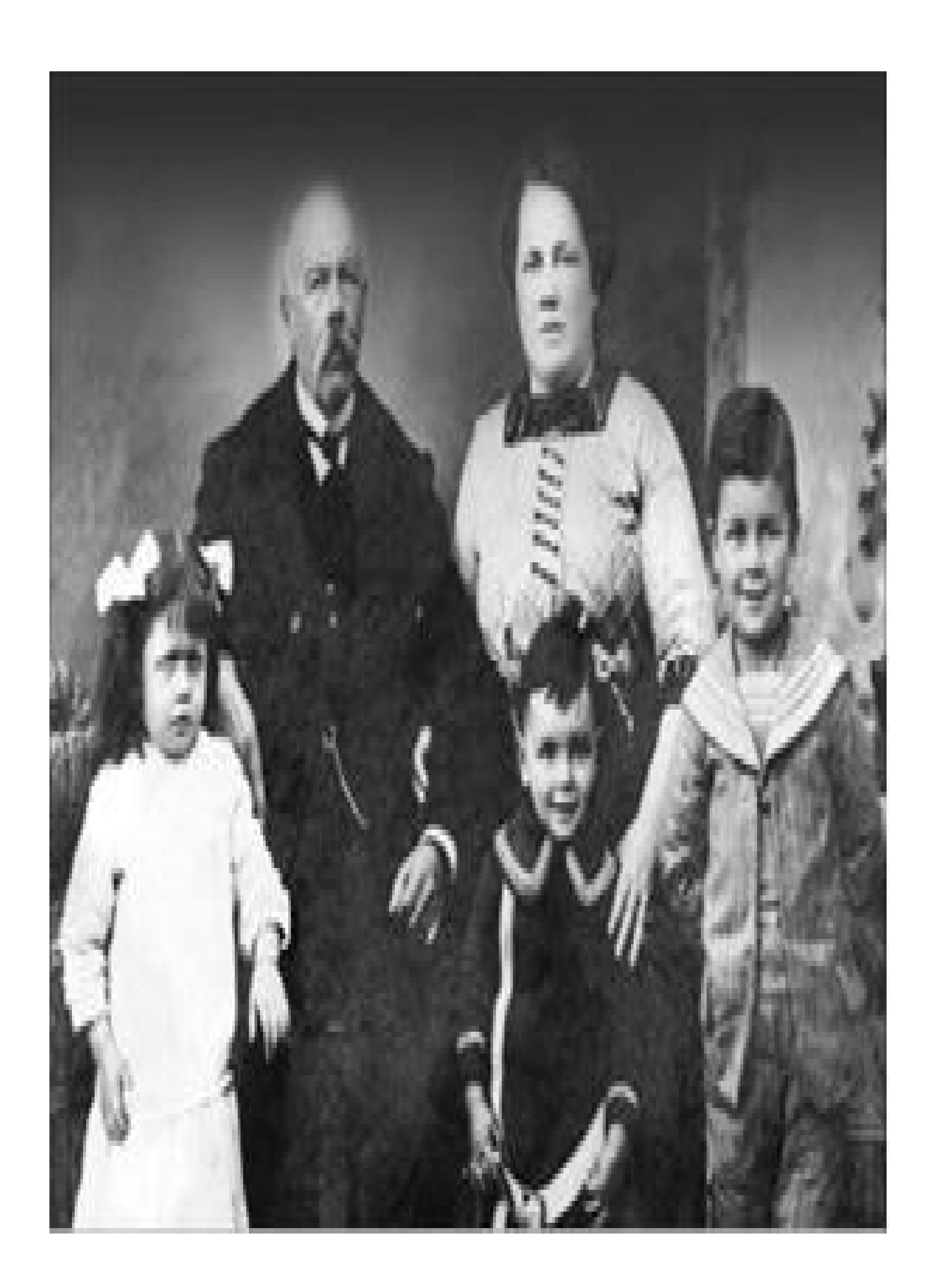
Luis Trujillo. Setenta y siete años. Siguió trabajando en el partido hasta después de 1990 y siendo miembro de la Dirección Nacional Sindical. Vive con su esposa en La Florida.

Jorge Schindler. Setenta y cuatro años. Se mantuvo colaborando con su partido desde el exilio en Alemania. Hoy vive con su familia en Frankfurt y está dedicado al rubro turístico. Adquirió la ciudadanía suiza.

Anexo fotográfico



Agustín Schindler y Luisa Hemette Silva.



El matrimonio Schindler Hemette y sus tres hijos.



Julio Schindler Hemette y Viola Etchegaray Araneda.



Jorge Montes, en el extremo izquierdo,

durante un acto en el Día del Minero, en Playa Blanca.



Eduardo Schindler Hemette.



Jorge Schindler, Jaime Rocha y Julio Schindler.



Comunistas chilenos en Moscú. Entre ellos Gaspar Díaz, Victor Díaz,

Luis Corvalán y Jorge Insunza.

Jorge Schindler

y su esposa, Gema Ugarte.





Isidoro Carrillo, a la izquierda,

con lentes oscuros, cuando era alcalde de Lota.


ESTUDIO + TRABAJO = PROGRESO

Salvador Allende en el acto de proclamación de la Universidad del Carbón.



Isidoro Carrillo.



De izquierda a derecha, José Oyarce, ministro del Trabajo;

Salvador Allende; Omar Sanhueza, presidente del Sindicato Industrial

del mineral de Lota; y, Juan Bautista Bravo, presidente de la CUT en Concepción.

Salón Rojo de La Moneda, Julio de 1972.



El capitán José Muñoz y su esposa,

Sonia Alcoholado, junto al presidente Allende.



Millaray Brito.

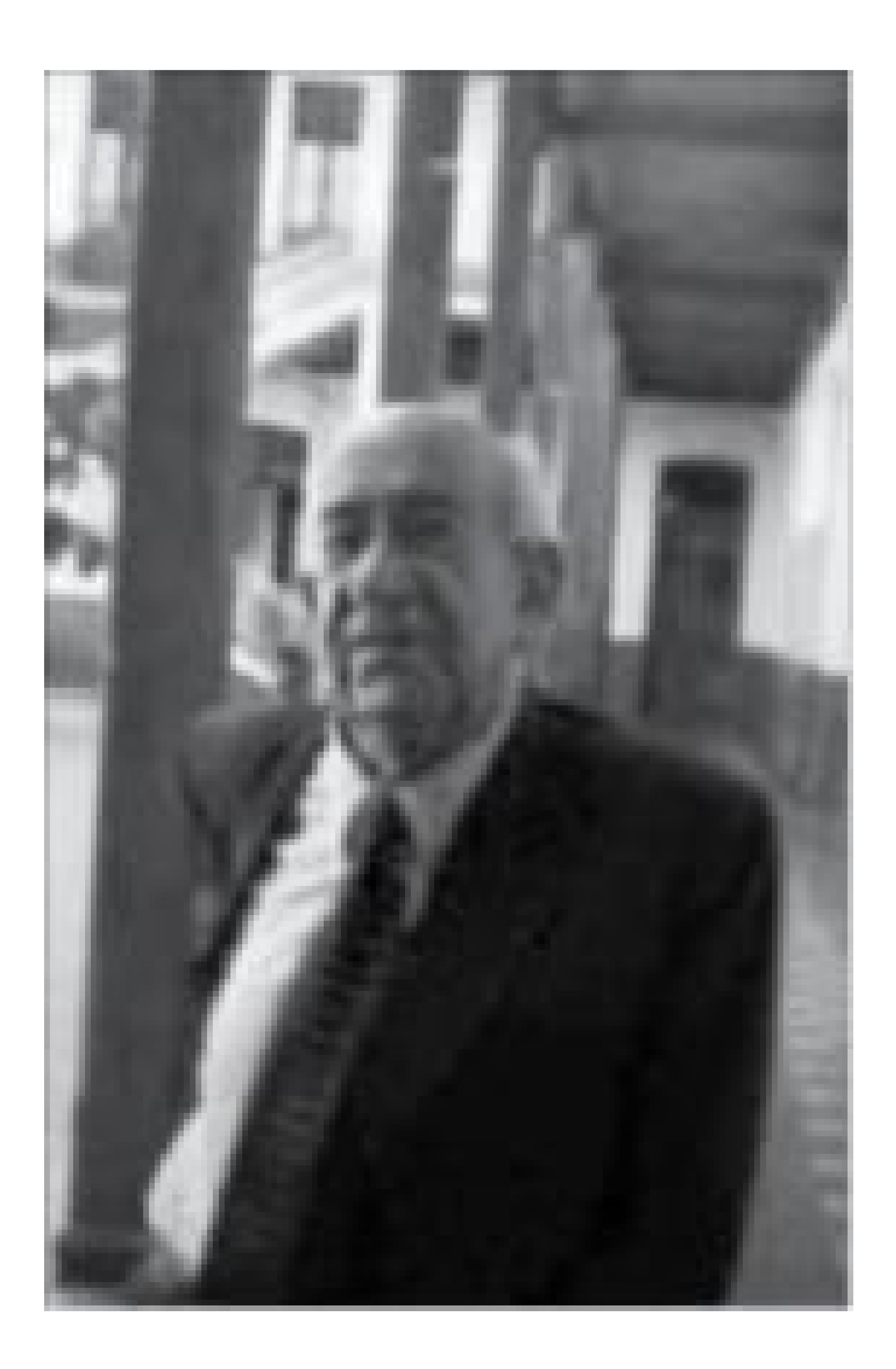


Carlos Fuchslocher.



Hugo Pavez.

Mario Benavente.





Alsino García.



Luis Trujillo.



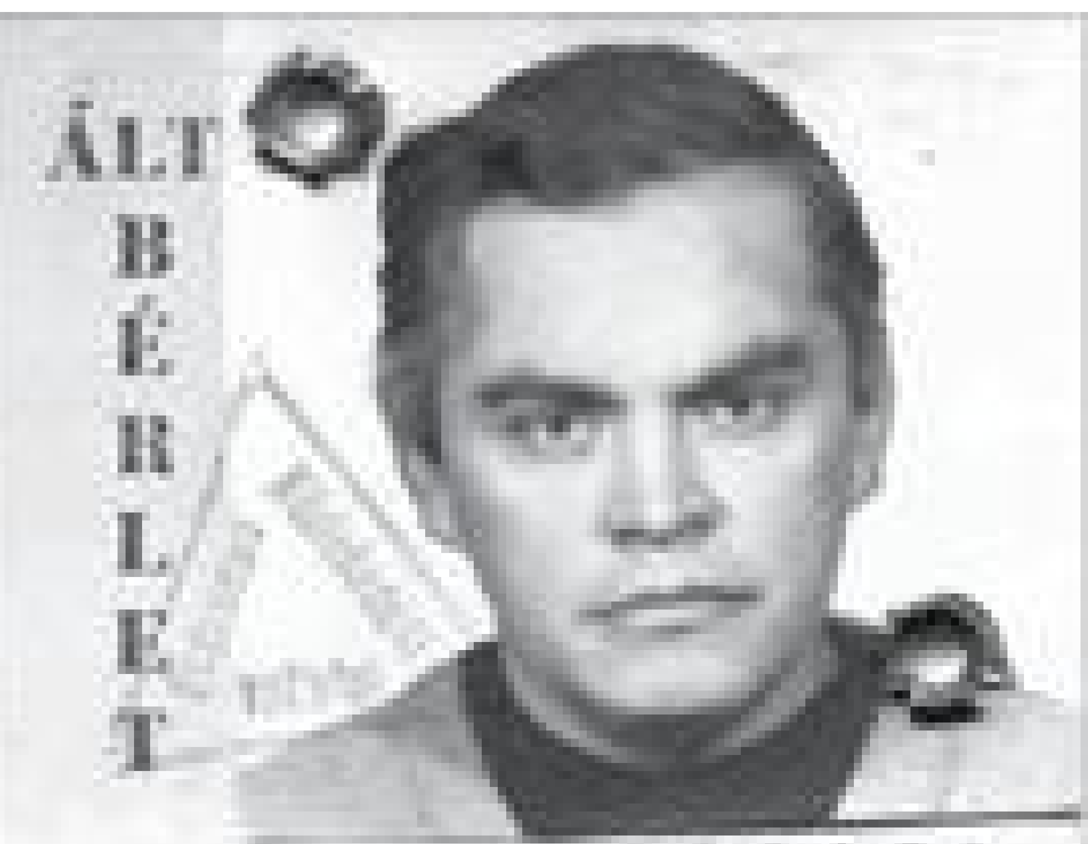
Lenin Díaz con Pablo Neruda.



Chila Azar Cortés.

Gabriela Schindler.





M 092160

'78
09

AUTÓBUSZBÉRLET

ÉRVÉNYES AUTÓBUSZR
VILLAMOSRA, TROLIBUSZ
FÖLDALATTIRA, METRÓ
ÉS A HÉVRE
A KÖZIG. HATÁRIG

092160

Ára: 110

15891

Galvarino Díaz.



Gaspar Díaz.



Marcelo Concha, detenido en el Estadio Nacional, es visitado por su esposa y su hija recién nacida.



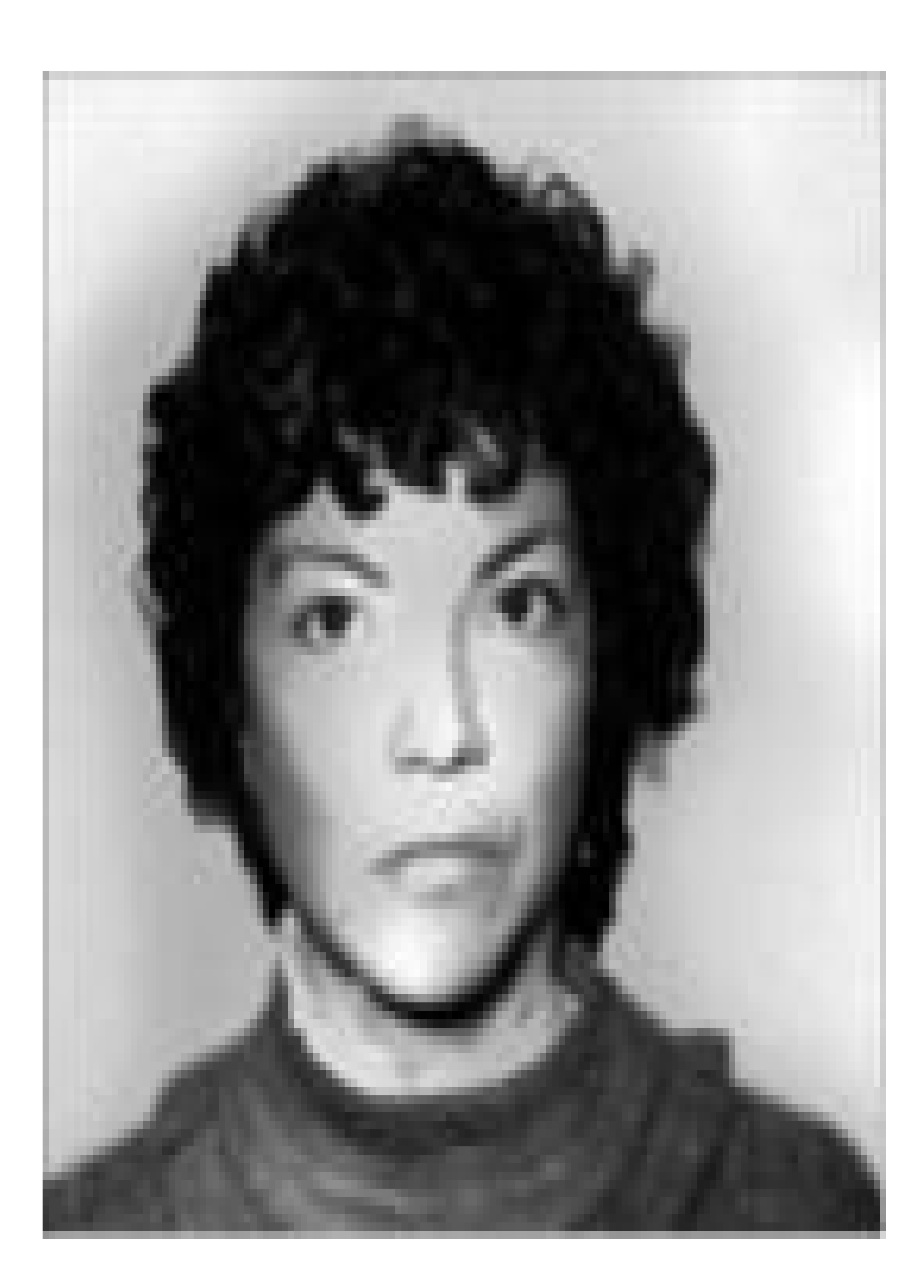
El intendente de Concepción, Fernando Álvarez Castillo.



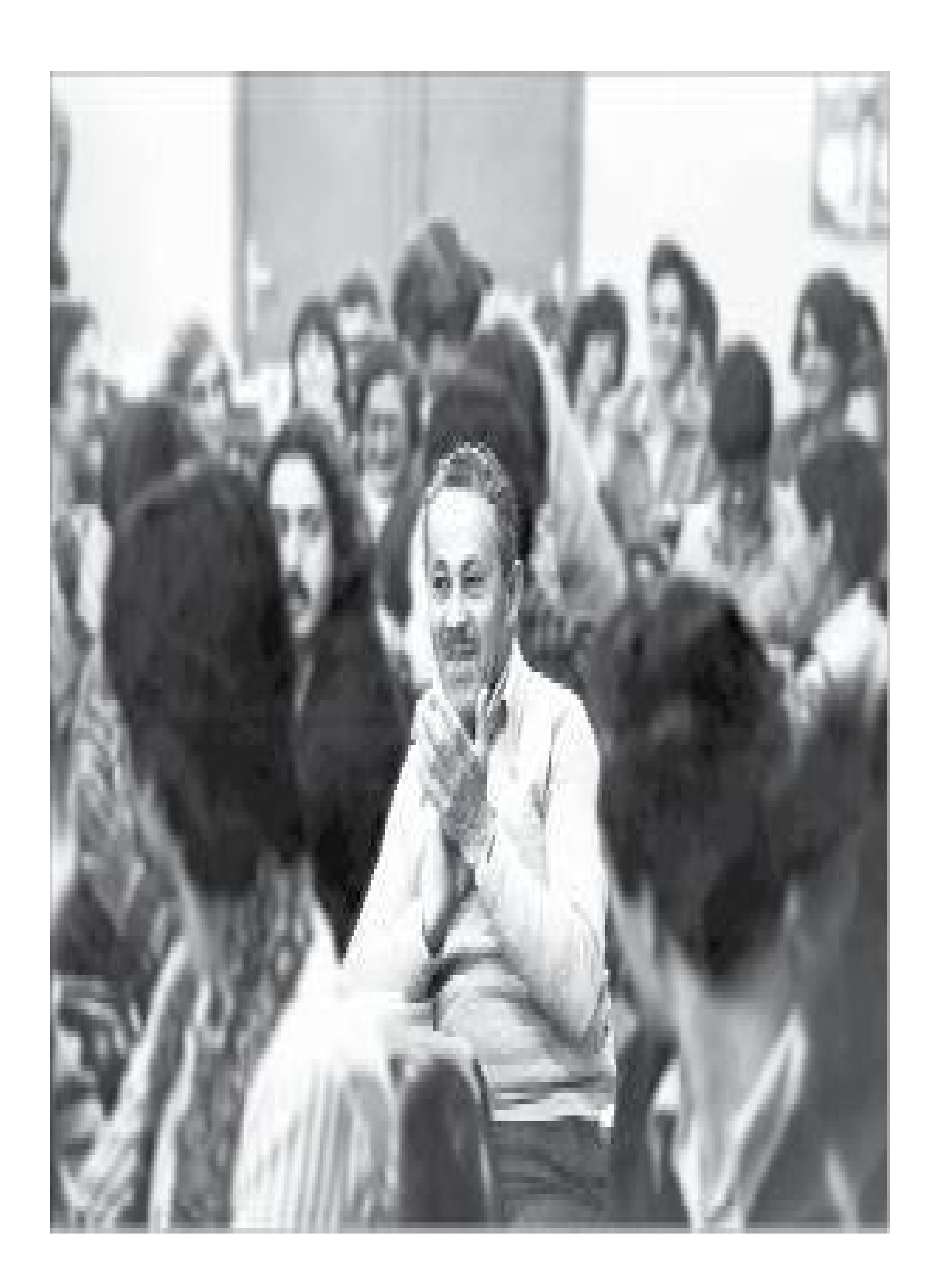
Luis Vargas, a la derecha, en un barco rumbo a París.



Manuel Rodríguez, gerente de personal de Enacar durante el gobierno de la Unidad Popular.



Apolonia Ramírez.



José Campusano.



Jorge Schindler, el capitán (r) José Muñoz y Emir Egaña.



Quintín Romero, de camisa blanca, junto a parte de sus colegas detectives que integraron la guardia del presidente Allende.



Jorge Schindler con Armando Gatica.



Gladys Marín con Braulio Quintana.



Julio, Gabriela y Jorge Schindler.



Jorge Schindler y su esposa en Frankfurt,

donde ambos viven junto a su familia.